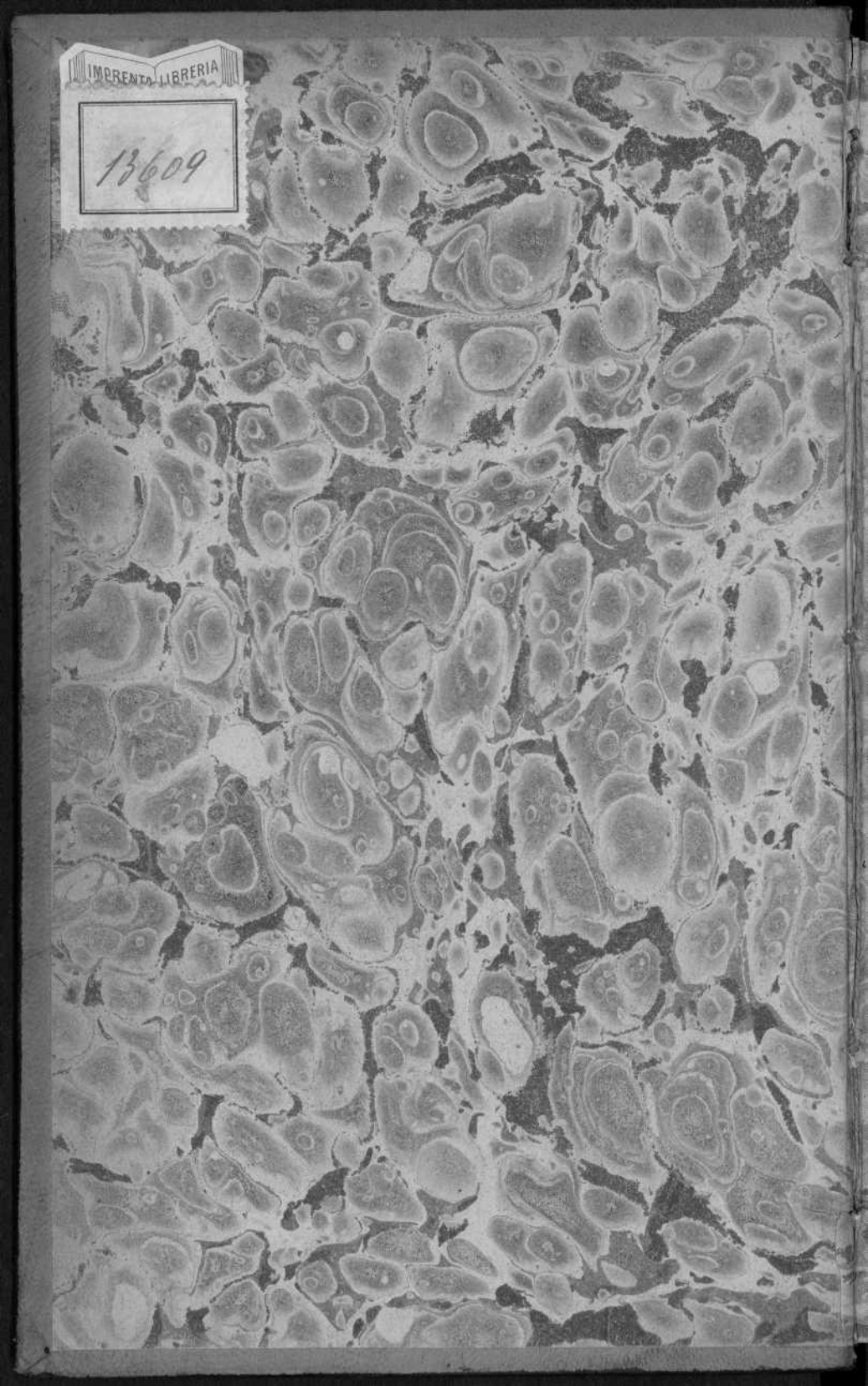
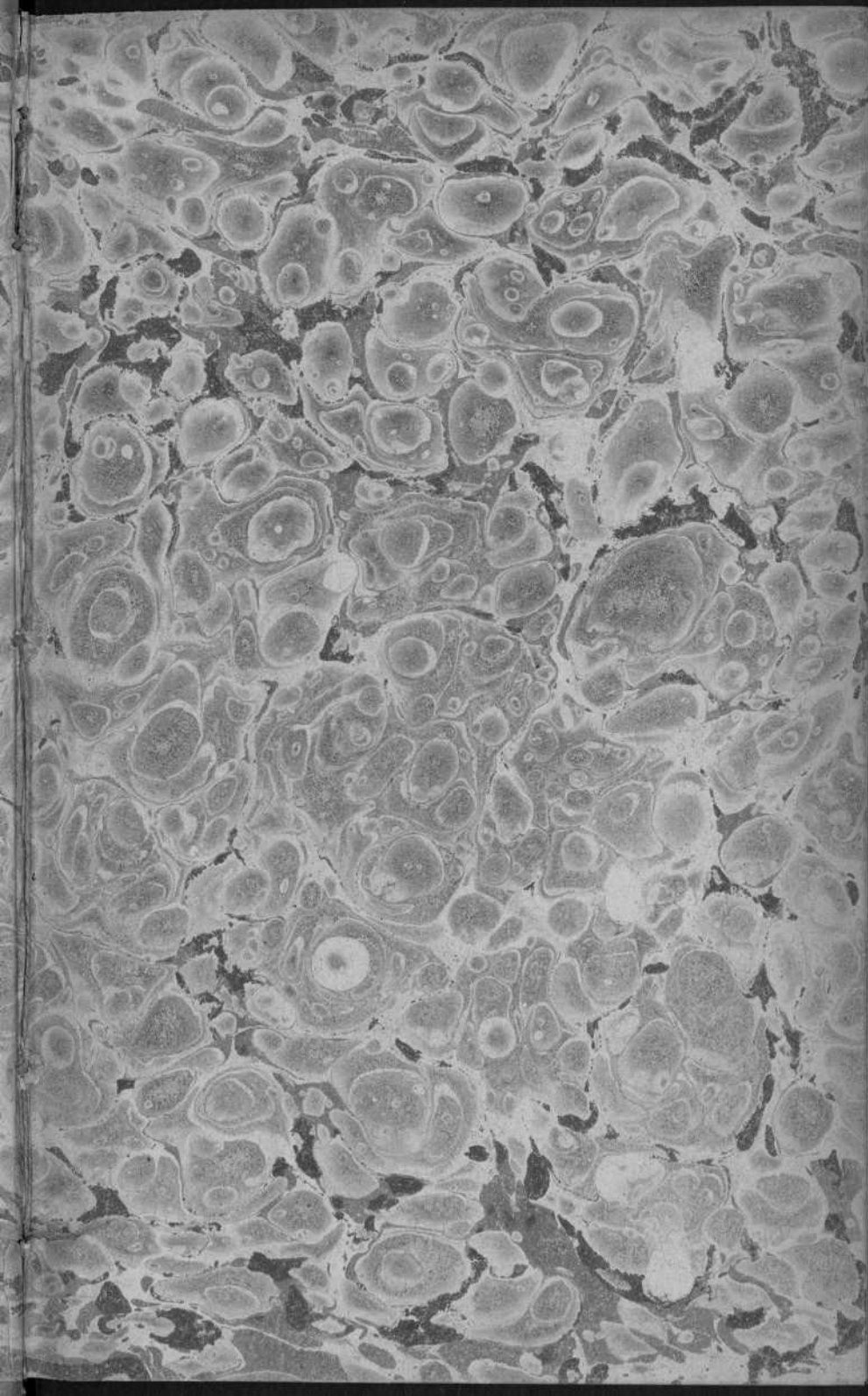


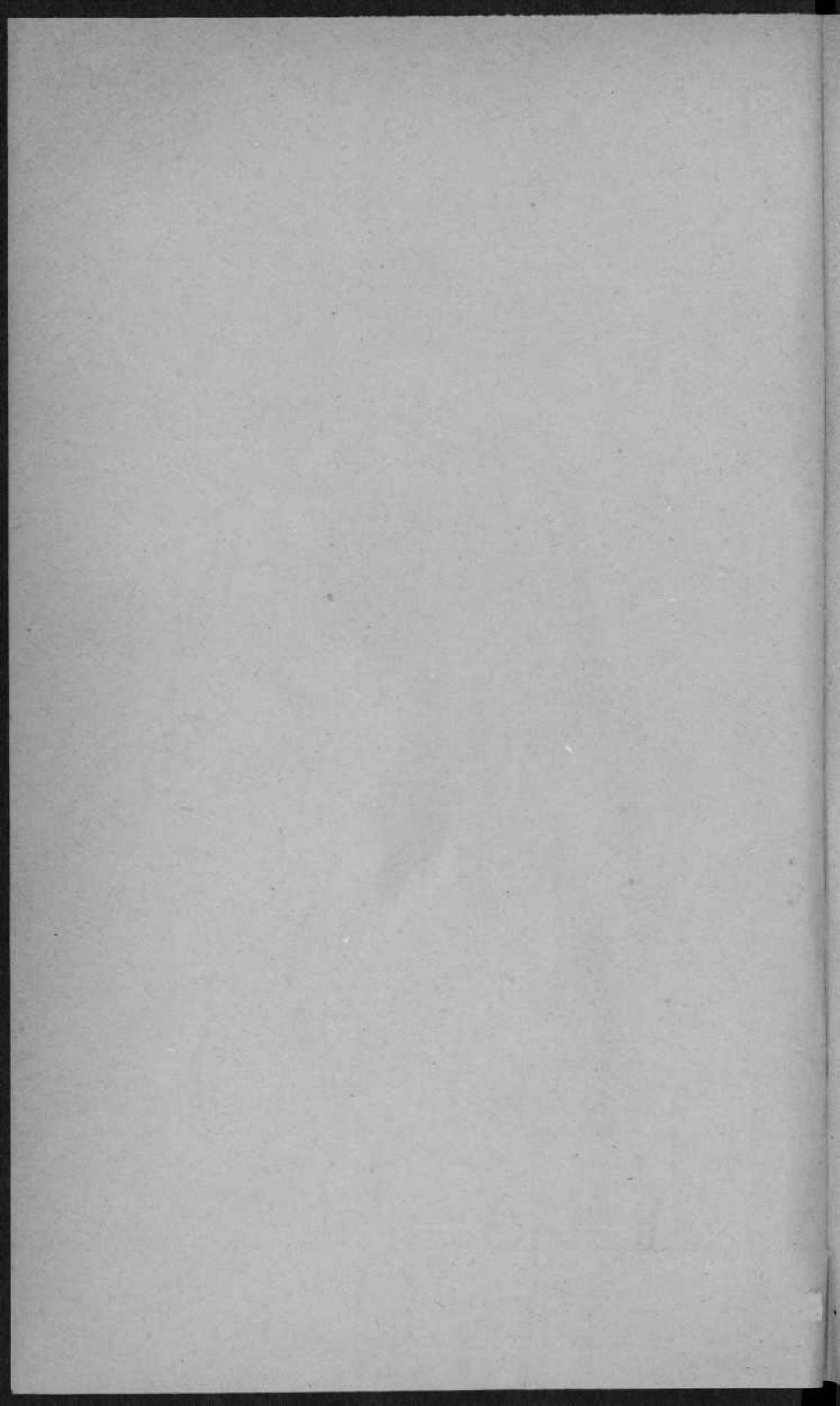
The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a traditional marbled paper pattern, featuring intricate, swirling, and wavy lines in various shades of grey, black, and white. The pattern resembles a stone or water marbling style. On the left side, the spine of the book is visible, and a small, rectangular white paper label is attached to it. The label has the number '09' printed on it in a simple, black font. The overall appearance is that of a well-used, antique volume.

IMPRESA LIBRERIA

13609

The background of the entire page is a dense, intricate marbled paper pattern. It features a complex, organic design with swirling, cell-like shapes in various shades of gray, from light to dark, creating a rich, textured appearance. The pattern is reminiscent of traditional marbling techniques used in bookbinding.





LA
MUJER GRANDE.



R. 9114

92

LA MUJER GRANDE.



— * —
VIDA MEDITADA

DE

SANTA TERESA DE JESÚS,

ENSEÑANDO

COMO MADRE, MAESTRA Y DOCTORA UNIVERSAL,
CON EJEMPLOS Y DOCTRINA.

OBRA DISTRIBUIDA EN LECCIONES

QUE FORMAN UN AÑO CRISTIANO COMPLETO,

POR EL RDO. P. FR. M. DE T.

=====
NUEVA EDICION CORREGIDA Y AUMENTADA

POR

el Rdo. D. Enrique de Ossó, Pbro.,

DIRECTOR DE LA REVISTA TERESIANA.

=====
Tomo II.
=====



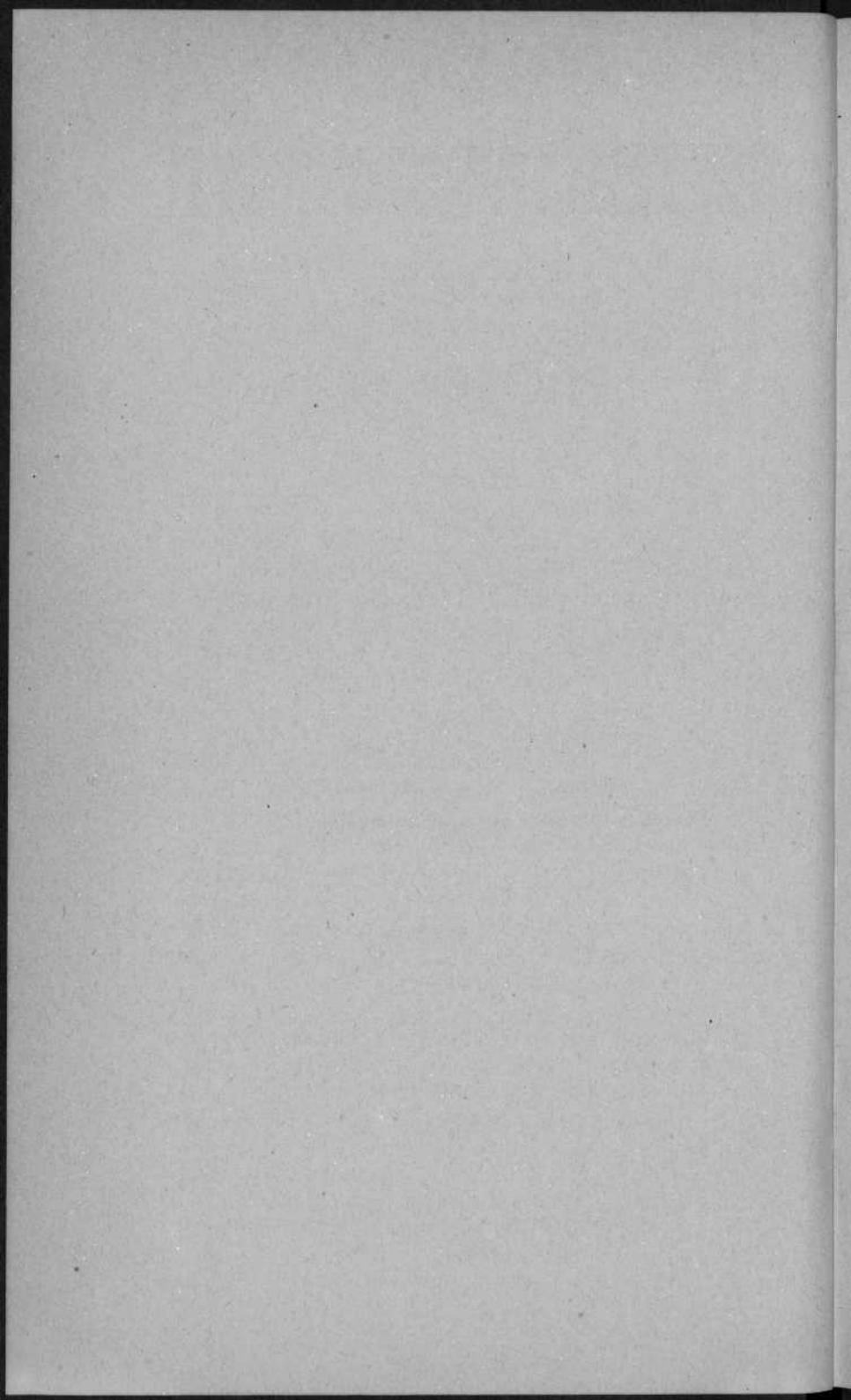
CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



BARCELONA:

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, n.º 5.

1882.





PRÓLOGO.



Ahí tienes, lector benévolo, el segundo tomo de la vida meditada del serafín del Carmelo, para tu alimento espiritual.

Si has leído, como presumo, el primero con pausa, habrás admirado su celestial doctrina, y con aquellos conceptos caldeados con fuego del divino amor te habrás visto forzado á exclamar como los discípulos de Emaus: «¿Por ventura mi corazón no estaba ardoroso mientras iba de camino, alimentándome de esta celestial doctrina?» Porque aquel fuego divino que en aquel pecho santo ardía, como observa fray Luis de Leon, salió pegado en cada una de sus palabras y levantan llama por doquiera que pasan, y como dice la Iglesia, con la lectura de los escritos de santa Teresa de Jesús los corazones de los fieles, *maximè*, sobremanera se excitan al deseo de las cosas celestiales y al desprecio ó hastío de las cosas terrenas.

Por ahí comprenderás ya por sabrosísima experiencia cuánta razón tiene la Iglesia nuestra Madre, en su tierna solicitud por la salud de sus hijos, al pedir al cielo que seamos alimentados con el pábulo de su celestial doctrina, pues si uno de los cuidados más principales de una madre buena es buscar alimentos sanos para sus hijuelos, apartándolos de los venenosos ó malos, hoy día que tanto abundan por desgracia los

alimentos averiados ó malos como son tantos libros y doctrinas de enseñanza atea ó impía é inmoral, es un favor grande del cielo el ofrecerte estos pastos de salud para evitar tu perdicion eterna.

Recrea, pues, y alimenta tu alma, lector querido, con esta celestial doctrina: rumíala ó medítala para que te haga mayor provecho, y verás como *engorda* tu voluntad flaca, segun la exacta expresion de la seráfica Doctora, y cada dia te encuentras más animoso para el bien, más despreciador de lo terreno, más codicioso de lo eterno, más enamorado de la virtud, más amigo á Dios y más enemigo del mundo y de tí mismo. Que si el primer tomo es sustancioso por las virtudes que en él resplandecen esmaltadas por haberlas practicado tan bella alma, este segundo sube de punto por otras de más subidos quilates, que, engarzadas con las primeras, forman el joyel de más preciado valor que codiciarse puede.

Concedáanos el cielo en este tercer Centenario por intercesion de la gran Santa, á quien aseguró Jesucristo que ninguna cosa le pediria que no la hiciese, que al meditar esta vida celestial, sembrada de riquísimos méritos, nos enamoremos más de Jesús por medio del amor de su seráfica esposa Teresa, y con ello logremos un dia formar coro con tan celestial Madre en el cielo para cantar eternamente las misericordias del Señor.

Barcelona, dia consagrado á nuestro Señor y Padre san José, 19 de Julio de 1882.

Enrique de Ossó, Pbro.



VIDA MEDITADA
DE
SANTA TERESA DE JESÚS.

LECCION XCII.

DIA 1 DE ABRIL.

ORACION.

¡Oh Dios mio, dulzura y alegría de mi corazón! Mira como mi alma por tu amor pretende nutrirse con el pábulo de la celestial doctrina de la inspirada Maestra y Doctora santa Teresa de Jesús. Amas tú, oh Jesús mio, la discreción, amas la luz, amas el amor sobre todos los afectos del alma. Haz, pues, que las enseñanzas de tu seráfica virgen Teresa den discreción á mi espíritu, le alumbren en el camino de la vida y le provean de amor para su viaje ó peregrinación por este valle de miserias hasta verte en la gloria consumada, después de haber sido acá semejante á Tí por mediación de santa Teresa en la vida, condición y virtudes. Amen.

Santa Teresa de Jesús, Patrona de las Españas, rogad por nosotros, por la Iglesia y por el Sumo Pontífice.

Enseña santa Teresa como por la pobreza de espíritu deben los Religiosos dejar los parientes y su trato, y que los mejores amigos son Dios y sus siervos.

Como la pobreza religiosa y que enseña el Evangelio no consiste sólo en dejar las riquezas, sino en dejarlo *todo, todo*, en el afecto, santa Teresa se extiende en muchas cosas relativas á este objeto. «Si entendiésemos, dice (1), el daño que nos viene de tratar mucho con deudos, ¿cómo huiríamos de ellos? No entiendo qué consolacion nos puedan dar para nuestro sosiego. De sus recreaciones no podemos gozar, ni es lícito: sentir sus trabajos, sí: ninguno dejamos de llorar, y algunas veces más que ellos. A osadas, que si algun regalo hacen al cuerpo, que lo paga bien el espíritu: de esto estais aquí bien quitadas, pues todo es para el comun. Espantada estoy del daño que hace tratarlos, ¿y qué olvidado está el dia de hoy en las Religiones, á lo menos en las más, esta perfeccion? *No sé yo lo que dejamos del mundo*, los que decimos que *todo* lo dejamos por Dios, si no nos apartamos de lo *principal*, que son los parientes. Viene la cosa á estado, que tienen por falta de virtud, no querer tratar mucho los religiosos á sus deudos. En esta casa mucho cuidado de encomendarlos á Dios, despues de lo que toca á la santa Iglesia, que es razon, en lo demás apartarlos de la memoria lo más que podamos, y tengo por experiencia en mí y en otras, que dejados padres, ó fuera de los padres, que por maravilla dejan de hacer por los hijos, en lo demás, aunque me he visto en trabajos, mis deudos han sido los que menos me han ayudado en ellos, y he sido muy querida á lo que decian, y yo los queria mucho, y quien me ha ayudado en ellos han sido los siervos de Dios. Creedme, hermanas, que sirviéndole vosotras como debeis, que no hallaréis mejores deudos que los siervos suyos que Su Majestad nos enviare. Yo sé que es así, y en hacer otra cosa faltais al verdadero amigo y

(1) Cam. de perf., cap. ix.

Esposo vuestro. Creed, que muy en breve ganaréis esta libertad, y de los que por sólo Dios os quisieren, podeis fiar más que de todos vuestros deudos, y que no os faltarán, y en quien no pensais hallaréis padre y hermanos, porque como éstos pretenden la paga de Dios, hacen por nosotras; pero los que la pretenden de nosotras, como nos ven pobres y que en nada les podemos aprovechar, cánsanse presto, que aunque esto no sea en general, es lo más usado en el mundo, porque en fin es mundo. Quien os dijere otra cosa, y que es virtud hacerla, no lo creais, que si dijere todo el daño que traen consigo, me habia de alargar mucho. Y porque otros que saben lo que dicen mejor, han escrito en esto, baste lo dicho. Parece que, pues siendo yo tan imperfecta lo he entendido tanto, ¿qué harán los que son perfectos? Todo este decirnos que huyamos del mundo, que nos aconsejan los Santos, claro está que es bueno; pues creed que como he dicho, lo que más se apega de él son los deudos, y lo más malo de desapegar. Por esto hacen bien los que huyen de sus tierras, si les vale, digo, que no creo va en huir el cuerpo, sino que determinadamente se abraze el alma con el buen Jesús Señor nuestro, que como allí lo halla todo, lo olvida todo. Aunque ayuda es muy grande apartarnos, hasta que ya tengamos conocida esta verdad, que despues podrá ser que quiera el Señor por darnos cruz en lo que solíamos tener gusto, que tratemos con ellos.»

Esta instruccion es muy propia para los religiosos, y con ella acabarán de conocer, que sólo nos buscan los deudos y seculares para los trabajos y su consuelo, pero no para sus alivios y regalos. Esta es una verdad demasiado experimentada, y un justo castigo de Dios, porque despues de haber dejado un puñado de tierra, y dádonos el Señor á sí mismos en herencia y porcion, volvemos á lo que dejamos, queremos consuelos é intereses de los parientes, y hallamos espinas y no rosas. Ni por esto puede quejarse el religioso de los parientes, porque la mano de Dios es quien decreta en su justo juicio que el religioso reciba desengaños donde creia hallar lo que no era propio de su estado: en una pala-

bra, el religioso está muy expuesto en el trato de sus parientes, como dice santa Teresa; mas debe servirlos espiritualmente en todas sus necesidades, aunque no se lo agradezcan ni le paguen. Es bien gracioso lo que dice santa Teresa á su hermano D. Lorenzo (1), que la enviaba algunos regalitos, y en pago le dice: «Hay le envío ese cilicio, que despierta mucho el amor, que es tanto lo que contenta hacer algo por Dios, que no quiero lo deje de probar. Escribame cómo le va con esa niñería. *Riéndome estoy como él me envía confites, regalos y dineros, y yo cilicios.*» Los parientes y religiosos pueden aprender; pero hay pocos D. Lorenzos, y menos Teresas.

Mas tambien pueden aprender los seculares de esta doctrina, el mucho peligro que hay en todos, de aficionarse á la carne y sangre, pues á veces por este mal amor se atropellan las reglas de justicia y la ley. Conozcamos todos lo poco que hay que fiar en brazos de carne, y que vale más un amigo, si es siervo de Dios, que todos los parientes y confianzas del mundo; pues las amistades de tierra sólo duran mientras se ve al ojo el interés ó su esperanza, y en fin, que Dios es el mejor amigo, y en Él sólo de quien debemos esperar lo que más nos conviene y recibirlo como de un verdadero Padre, que siempre atiende á nuestras necesidades y verdaderos intereses, pues los conoce mejor que nosotros mismos.

(1) Tom. I, cart. 32, n.º 44.

FRUTO. — No fiarnos del apoyo del mundo y de sus promesas, porque cuando ve que no le podemos aprovechar cánsase presto y nos abandona, porque en fin es mundo.

MÁXIMA. — No hallaréis mejores deudos que los siervos de Dios.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION XCIII.

DIA 2 DE ABRIL.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Acaba la Santa de explicar el voto de pobreza con la renuncia total de sí y de su voluntad, para vivir en humildad con Jesucristo.

Hablando santa Teresa de la union con Dios, á que debe aspirar una alma religiosa, dice (1): «Mirad, hijas mias, que el Señor no quiere que os quedeis con nada, (este es el voto de la pobreza). Poco ó mucho, todo lo quiere para sí, y conforme á lo que entendiéredes de vos que habeis dado, se os harán mayores ó menores mercedes. No hay mejor prueba de si nuestra oracion ha llegado á la union que este desasimiento de todo, y de nosotros mismos. En fin, como quien de todo punto ha muerto al mundo para vivir más á Dios: esta es union donde no puede haber engaño. Desasiéndonos del mundo, añade (2), y deudos, y encerradas aquí, con las condiciones que están dichas, ya parece que lo tenemos todo hecho, y que no tenemos que pelear con nada. ¡Oh hermanas mias! No os asegureis ni os echeis á dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado, habiendo muy bien cerrado las puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Ya sabeis que no hay peor ladron que el de casa, pues quedamos nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado y cada una como en negocio más importante que todos, no mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que buscamos, que pueda volar á su Hacedor sin ir cargada de tierra y plomo. Gran remedio es para esto traer de continuo en el pensamiento la vanidad que es

(1) Mor. V, cap. 1, n.º 3.

(2) Cam. de perf., cap. x, n.º 1.

todo, y cuán presto se acaba, que aunque parece flaco medio, viene á fortalecer mucho el alma, y en las muy pequeñas cosas tener gran cuidado en aficionándonos á alguna, procurar apartar el pensamiento de ella, y volverle á Dios, y Su Majestad ayuda. Puesto que este apartarnos de nosotras mismas, y ser contra nosotras es récia cosa, porque estamos muy juntas y nos amamos mucho, aquí puede entrar la verdadera humildad, porque esta virtud y estotra paréceme que andan siempre juntas y son dos hermanas, que no hay para qué las apartar. No son estos los deudos de que yo aviso que se aparten, sino que los abracen y los amen, y nunca se vean sin ellos. ¡Oh soberanas virtudes, negacion de sí y humildad! Señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de los lazos y enredos que pone el demonio, y tan amadas de Nuestro Señor. Quien las tuviere, bien puede salir á pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus ocasiones, no haya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos. Bienaventurados los pobres de espíritu, que de ellos es el reino de los cielos. No tiene á quien temer, porque nada se le da de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida, sólo teme descontentar á Dios. Ahora, pues, lo primero que hemos de procurar, es quitar de nosotros el amor de este cuerpo... Determinaos á morir por Cristo, y no á regalaros... Vamos á otras cosas, dice más adelante (1), que importan mucho, aunque parecen menudas. Trabajo grande es, porque es guerra contra nosotras mismas; mas ya que pasamos trabajos y ayunos, ¿por qué no concertáremos el exterior con el interior, pues bien concertado es más meritorio, y despues se obra con más suavidad y descanso? Esto se adquiere poco á poco, no haciendo nuestra voluntad y apetito en cosas menudas, hasta rendir el cuerpo al espíritu. Todo está en perder este cuidado de nosotros mismos, y el que de verdad comenzó á servir á Dios, lo menos que puede darle es la vida, pues le dió la libertad y voluntad. Ya sabeis que la vida del reli-

(1) Cam. de perf., cap. xii.

gioso y del que quiere ser amigo de Dios (con todos habla), es un largo martirio, comparado con los que de presto degollaban, pero siempre es corto, porque lo es mucho y muchísimo la vida. Mostrémonos á contradecirnos en todo la voluntad, que aunque no se haga de presto, poco á poco os hallaréis en la cumbre. En los movimientos interiores se traya mucha cuenta, en especial, si tocan en mayorías. Dios nos libre decir y pensar para detenerse en ello: si soy más antigua en la Orden, si hé más años, si he trabajado más, si tratan á la otra mejor. El detenerse en pensar en esto (cuanto más en decirlo) es pestilencia, y nacen grandes males. Créanme una cosa, que si hay punto de honra ó de hacienda en los monasterios ó fuera, aunque tengan oracion muchos años, nunca medrarán mucho. Mirad si os va mucho en estas que parecen naderías: vosotras no quedaréis más honradas y el provecho perdido en lo que podais ganar: así, que deshonra y pérdida caben aquí junto. Al verdadero humilde, aún de primer movimiento no osará el demonio tentarle en cosa de mayoría, porque temerá el golpe, pues el humilde gana en estas tentaciones más fortaleza en su humildad. La misma honra se pierde con desealarla, especial en las mayorías, que no hay tósigo en el mundo que así mate. No digáis que son cosillas naturales, que no hay que hacer caso; no os burleis; que crece como espuma en los monasterios, y no hay cosa pequeña como estos puntos de honra, y mirar si nos hicieron agravio. Finalmente, pone el demonio un caramillo en la lengua de otros, que ya que uno acaba consigo de no hacer caso de los agravios, le dice, y pensando que es caridad, que cómo consiente aquel agravio: ni un Santo lo sufriría, y así se tienta de vanagloria. Y aún puede que vengan y os digan, *que si sois bestia*, que bien es que se sientan las cosas. ¡Oh! por amor de Dios, hermanas. A ninguna le mueva esta indiscreta caridad, ni hacer pensar á los otros que tienen motivo para sentir estos fingidos agravios. Húyanse mil leguas estas palabras (1): *Razon tuve; hiciéronme sin razon; no tu-*

(1) Cam. de perf., cap. XIII, n.º 4.

vo razon quien esto hizo conmigo. De malas razones nos libre Dios. ¿Pareceos si habia *razon* para lo que hicieron con Jesús? La que no quiera cruz, sino muy puesta en *su razon*, tórnese al mundo, donde le guardarán *esas razones*. La mujer honrada participa las honras, como las deshonoras de su esposo, ¿pues qué razon hay para querer tener parte en el reino de Jesús nuestro Esposo y gozarle, y de las deshonoras y trabajos querer quedar sin ninguna parte? Esto es disparate. La que sea tenida en menos se tengá por bienaventurada, y créame á mí, que la que así lo haga, no le faltará honra ni en esta vida ni en la otra.»

Este es el compendio de la pobreza religiosa, aunque algunos lo extrañen. En la pobreza se incluye por esencial esta negacion, y lo que dijo el Salvador; el que no deja padre y madre, y cuanto posee, esto es, mundo, intereses, deudos, esperanza, voluntad, honras y á sí mismo, no puede ser discípulo de Jesucristo. Mas no es este punto indiferente á los del mundo, donde, como dijo la Santa, *no se guardan estas razones*, ó donde suele estar todo muy trastocado, honrando al malo y deshonorando al bueno. Todos tienen obligacion de despreciar estos puntillos de honras, estos agravios, que la Santa llama *naderias*, porque realmente el mundo es el centro de esas *niñerías*, ó mejor *naderias*, pues las honras se ponen en cosas de niños, en ceremonias ridículas, no menos que las que reimos de los asiáticos y ellos se rien de las nuestras, y en verdad, cualquier hombre sensato se rie, y lo desprecia todo esto en su corazon. La doctrina de santa Teresa es más cierta, esto es, que el que desprecia estas *naderias*, y no se queja, queda más honrado aquí, y en la otra vida mucho más, que los *vengadores de agravios*.

FRUTO.—Traer de continuo en el pensamiento la vanidad que es todo y cuán presto se acaba, y así fortaleceréis mucho el alma y la uniréis á Dios.

MÁXIMA.—No hay peor ladron que el de casa... importa, pues, mucho andar contradiciendo nuestra voluntad.

JACULATORIA.—Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION XCIV.

DIA 3 DE ABRIL.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Ejemplo singular de la mayor pobreza en la fundacion de monjas de Toledo por la Santa, con otras cosas que nos enseñan la justa confianza que debemos tener en Dios.

La que sabe dar doctrina tan singular de la santa pobreza, la practica y enseña mucho más con obras que palabras. Veamos, pues, una de estas pruebas efectivas en la fundacion de monjas de Toledo. Avisaron á la Santa que estaba en Valladolid, como Martin Rodriguez, mercader, dejó bienes para fundar un convento de Descalzas en Toledo; al punto fué allá y se hospedó en casa de su amiga D.^a Luisa. Ni pudo componerse con el heredero, hermano del fundador, ni tampoco sacar la licencia del Gobernador, por muchos empeños y medios que buscó. Tampoco la pudieron hallar casa. Quería Dios que todo lo hiciera la pobreza, y no los hombres. Desauiciada de todo, habló por sí al Gobernador pidiendo la licencia, con tal valentía, como fué decirle (1): «Cosa récia es que haya mujeres que quieran vivir en recogimiento y perfeccion, y que los que no piensan en más que en sus regalos quieran estorbar obras de tanto servicio de Dios.» Con esto le dió la licencia. «Ya me fuí muy contenta, dice, como si lo hubiera todo, sin tener nada, pues tres ó cuatro ducados que tenía los gasté en componer dos lienzos para altar, dos jergones y una manta. De tener casa no habia ni memoria. Un pobre llamado Andrada, nada rico, confesado de un Francisco, me vió, y me dijo que su confesor lo enviaba para que se ofreciese á mí, y que haria todo lo que le mandase, aunque sólo con su per-

(1) Fund., cap. xv, n.º 2.

sona nos podia ayudar. A todas nos cayó en gracia ver la ayuda que nos enviaba el Religioso, porque su traje no era para tratar con Descalzas. Yo tenia la licencia, pero no sabia de quien servirme para buscar casa alquilada.» Ocurrió á la Santa servirse de este hombre infeliz, y las compañeras se rieron, y la disuadieron, diciendo que sólo serviria á descubrir la idea. «Yo no las quise oír, dice, por ser enviado de aquel siervo de Dios. Le hablé con secreto, y dije buscara casa, que yo daria fiador del alquiler. (Nada ni á nadie tenia la Santa). Al dia siguiente me trajo las llaves, y era muy buena casa. Nos dijo que ya estaba desocupada, y podíamos llevar el ajuar: Le dije que poco habia que hacer, pues no teníamos sino dos jergones y una manta. A mis compañeras les pesó que lo dijera, temiendo que no nos ayudase, viéndonos tan pobres. Yo no advertí en eso, porque quien le daba aquella voluntad, habia de llevarlo adelante, hasta hacer su obra, y así fué, pues no trabajábamos más que él para acomodar la casa, buscando recado para decir Misa al otro dia. Fuimos á boca de noche con una campanilla de alzar á Dios, que no habia otra, y con harto miedo anduvimos toda la noche para disponer, donde hacer Iglesia, y no tenia entrada sino por la casa vecina, que su dueño tambien nos habia alquilado, y no quisimos decir nada á las mujeres que habia, porque no nos descubrieran. En fin, al amanecer comenzaron á derribar un tabique, para darle entrada por el patio: Las vecinas se alborotaron, pero se acallaron, y luego se dijo Misa, y se tomó posesion año 1569. Los del Consejo (estaba ausente el Gobernador que habia dado la licencia, y Arzobispo no habia) estaban muy bravos, y querian hacer y acontecer, y á pocos dias nos enviaron una descomunion, para que no se dijera Misa hasta mostrar la licencia. Estuvimos algunos dias con los jergones y manta sin más ropa, ni áun serojas de leña teníamos para hacer una sardina, pero Dios movió, no sé á quién, nos dejara un hacecito en la Iglesia, con que nos remediámos aquel dia. Pasábamos frio por las noches, aunque nos abrigámos con la manta y capas.

«Parecerá imposible que estando en casa de aquella señora que me queria tanto, entráramos con tanta pobreza : No sé la causa, sino que quiso Dios que experimentáramos el bien de esta virtud. Yo no le pedí nada (á la señora), y ella no advirtió por ventura, pues le soy á cargo de otras muchas cosas, sobre lo que podia pedirla. Ello fué bien para nosotras, porque era tanto el consuelo interior que traíamos y alegría, que muchas veces se me acuerda lo que Dios tiene encerrado en las virtudes (y más en la pobreza). Como una contemplacion suave, nos causaba la falta (de lo necesario) que teníamos, aunque duró poco, porque el mesmo Alonso Alvarez (hermano del fundador, que no pudo avenirse con la Santa) y otros nos fueron proveyendo más de lo que quisiéramos, y era tanta mi tristeza (por la abundancia), como si nos quitaran muchas joyas : así sentia pena de que se nos fuera acabando la pobreza, y mis compañeras lo mesmo, porque preguntándolas por qué estaban tristes, me respondieron : Qué hemos de haber Madre, que ya no parece somos pobres. Desde entónces me creció el deseo de serlo mucho, y me quedó señorío para tener en poco los bienes temporales, pues su falta hace crecer el bien interior, que trae otra hartura y quietud.»

Nuestra historia añade varias cosas tocante á este punto (1). Cuando se descompuso la Santa con el hermano del fundador, y quedó sin amparo, más que del pobre Andrada, dijo: Ahora que falta el idolillo del dinero, se negociará todo mejor. Aquí fué, donde acudiendo á la novedad de la nueva iglesia, dijo un niño en voz alta : ¡ Bendito sea Dios y qué lindo está esto ! Oyéndolo la Santa, dijo : «Por solo este acto de la gloria de Dios que ha hecho este angelito, doy bien por empleado todo el trabajo de esta fundacion.» Muchos dias, dice la historia, se acostaron á oscuras : alguno hubo que entre las tres monjas se repartieron una sardina : otro dia asaron en el rescoldo un huevo para las tres, y molieron un poco de sal entre unos papeles con

(1) Tom. 1, lib. 2, cap. xxiii.

una piedra. No recibían sino lo preciso, y como una señora, sabiendo que no tenían ropa para abrigarse, les enviara un paño de valor, no lo quisieron. Como tomara luego el hábito una doncella rica que se llamó Ana de la Madre de Dios, y le enviara ropas y alhajas que la faltaban, la dijo la Santa: «Hija, no me traiga más cosas, que juntamente con ellas la echaré de casa.» Aquí fué donde no quiso admitir otra, que dijo traería la Biblia, diciéndola: «Aquí somos ignorantes, y no sabemos más que hilar y hacer lo que nos mandan.» Estando una enferma, y no habiendo un bocado de pan, halló la enfermera dos canastillos de pan muy buenos, sin saber de dónde, ni quien los puso. Estando enferma aquí la Santa, apeteció unas granadas, y aunque no lo dijo, las trajeron al torno, pero no las quiso comer, por lo mismo, dice, que las había deseado mucho.

¿Qué dirán á todo esto los despreciadores de la pobreza y providencia, y los que piensan les ha de faltar todo? ¿Quién daba tanto ánimo á Teresa para emprender una fundación sin nada? ¿Quién la hizo hablar con tal firmeza al Gobernador? ¿Quién hizo olvidar á doña Luisa de la Cerda de estas pobres? ¿Quién las dió tanta alegría y descuido de pedir, y tanta confianza con una sardina para tres? Dios y la santa pobreza, no sólo en la falta de lo necesario, sino en no desear nada, en no buscar su comodidad, en negarse á sí, á los deseos y á toda abundancia. Diga el mundo lo que quiera, que en el infierno conocerán los vanos y ricos la razón del justo que confía en Dios, sin cuidado de nada terreno, y su locura propia.

FRUTO. — Amemos la santa pobreza y nos quedará señorío para tener en poco los bienes temporales.

MÁXIMA. — La falta de bienes temporales hace crecer el bien interior, que trae otra hartura y quietud.

JACULATORIA. — Jesús mío, misericordia y enmienda.

LECCION XCV.

DIA 4 DE ABRIL.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 1.

Varios casos sobre pobreza, en que santa Teresa llega á la mayor perfeccion de este voto, y da excelentes documentos, que acreditan la ventaja del pobre de espíritu sobre todos los ricos y poderosos.

Aunque lo dicho bastaba para asegurarnos de la pobreza de espíritu de la Santa, añadiremos alguna cosa más para instruccion y ejemplo. El aviso diez y nueve de la misma dice: *Procuren los Religiosos ser muy amigos de pobreza y alegría, que mientras durare esto, durará el espíritu que llevan.* Aquí nota el V. Sr. don Juan de Palafox, que la Santa habla de la pobreza de deseo, que es la que trae consigo la alegría siempre, porque es cosa voluntaria, pues la forzada de los pobres del mundo no acostumbra acompañarse de esta santa alegría y gozo espiritual. En prueba de que es así, y que ni las riquezas del mundo alegran el alma, sabemos que hallándose la Santa en casa de su amiga D.^a Luisa de la Cerda, muy rica, como dicha señora la viera enferma y llena de penas y trabajos (1), se compadecía mucho, y para alegrarla hizo que la sacaran muchas joyas de oro y piedras preciosas y diamantes; «pero yo, dice, me estaba riendo entre mí, y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me era, aunque quisiera, tener en algo aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma, tan grande, que no sé si lo entenderá, sino quien lo posee.» Hablando de la misma señora, dice (2): «Abo-

(1) Tom. II, cart. 40. Vid., cap. xxx, n.º 1 y 2.

(2) Vid., cap. xxxiv, n.º 3.

recí el ser señora, pues aunque esta es muy buena, de las principales, y de mucha llaneza, la había lástima de ver como va muchas veces, no conforme á su inclinacion, por cumplir con su estado, y la pobre que estaba en el gozo y alegría, pues fué para consolarla.» Escribiendo al rey Felipe II, le dice (1) que, pues Dios oye á los pobres, espera ella la oiga tambien, y perdone el atrevimiento de escribirle. Dando cuenta á san Pedro Alcántara de su vida y deseos de pobreza, le dice que la tiene con imperfeccion, «mas pareceme, que aunque tuviera muchos tesoros, no tenia renta particular, ni dineros para mí sola, ni se me da nada, sólo querria tener lo necesario. Con todo, siento harta falta en esta virtud, porque aunque para mí no lo deseo, querriálo tener para dar;» pero en la carta siguiente, dando cuenta á otro confesor, Fr. Pedro Ibañez, Dominicó, dice de este modo (fué mucho despues que en la primera ocasion): «En lo de la pobreza me ha hecho Dios mucha merced, porque áun lo necesario no querria tener, sino de limosna, y ansí deseo en extremo estar donde no se coma de otra cosa, pues el estar donde es segura la comida y vestido, me parece no se cumple con tanta perfeccion el voto, ni el consejo de Cristo, como no hay renta, y faltará alguna vez, y con la verdadera pobreza se ganan muchos bienes, que no los quisiera perder.»

Bien gozó de todo lo que aquí deseaba, pues escribiendo (2) á María de San José, priora de Sevilla, dice la han hecho Priora segunda vez de San José de Avila, que están muy pobres, y que ansí es *Priora de pura hambre*. No así en otro convento, que se cree era de Medina, desde donde escribe á su confesor diciendo (3): «Me es mucha mortificacion ver la forma que hay de nuestra pobreza, y estar muy regaladas nosotras, cuanto al comer, y algo bonita la casa y bien acomodada. Algunas cosillas faltan, *mas yo temo que nos ha de so-*

(1) Tom. II, cart. 4, n.º 2. Cart. 11, n.º 11.

(2) Tom. II, cart. 100.

(3) Tom. III, cart. 44.

brar todo, que harto nos dan, y enviámoslo á los hermanos.»

De este modo iba santa Teresa llegando al heroísmo de la virtud de la pobreza de espíritu. Nada apetecía, sino vivir de limosna, y el deseo de tener *para dar* la causaba escrúpulo. Se alegraba cuando le faltaba lo necesario, y temía que le sobrara cosa alguna, sirviéndola de mortificación el tener la comida segura, que aunque decía era de *regalo ó regalada*, sería bien pobre, pues al mismo tiempo confesaba las faltaban algunas cosas, y con todo partía con los pobres que miraba como hermanos, pues se cree que en aquel tiempo no había Religiosos Descalzos en el mismo pueblo. Aún manifiesta más sus escrúpulos en materia de pobreza, escribiendo á su cuñado Juan de Ovalle, pues habiendo enviado un propio con la carta, le dice que pague dos reales, porque se le hace escrúpulo darle los siete en que lo había concertado, hasta que pregunte si lo puede hacer, *y es gran trabajo estos atamientos de nuestra pobreza*. No se muestra menos escrupulosa en gastar algo del convento, no obstante que tenía licencia de los Prelados para aplicar á unos lo que sobraba á otros, y así dice (1) á su hermano que ella nada necesita, pues todo le sobra, y por esto lo que la envía de limosna gastara parte con su hermana que estaba pobre, y en buenas obras por él. Que le vino á buen tiempo por algunos escrúpulos que traía de algunos agasajos hechos á letrados, de naderías, y que por si ha gastado en esto más de lo que debía de las cosas del monasterio, dará algo de lo que la envía á la casa, y quedará libre de sus dudas, y con libertad, pues el mundo está tal de interés, que tiene aborrecido este tener nada.

¡Qué documentos tan admirables se cierran en todo lo dicho, y qué espíritu tan sublime descubre aquí la Santa! Por la brevedad no es posible detenernos, si sólo insinuarlos para que se mediten despacio. Los trabajos que ve la Santa, estando con mal de corazón, en D.^a Luisa, rica, pero triste, la hacen aborrecer hasta el

(1) Tom. I, cart. 30, n.º 40.

deseo de ser señora, para radicar en nosotros este espíritu de pobreza que se destruye, envidiando lo que el mundo llama felicidad de los ricos, porque sólo vemos el exterior brillante del oro, diamantes y riquezas, mas no las espinas de estas rosas que nos descubre el Evangelio y santa Teresa. Al rey Felipe II le hace fuerza diciendo, que Dios *oye á los pobres*, para enseñar á todo grande, como debe oír á los infelices. También vemos el contraste de su espíritu entre el amor á la pobreza, y el sentimiento de su generoso corazón, por no tener para dar, y sus escrúpulos en cosas que llama naderías. A Teresa le parece que todo le sobra, y reparte lo poco que la dan, para remediar su miseria con otros. Al mundo y á los ricos siempre les parece que les falta, y como los abismos de la mar, nunca dicen: *Basta*. Todo esto prueba bien, cuanto más rico es el pobre de espíritu que el ambicioso y poderoso que jamás puede saciar sus deseos. Es muy escrupulosa la Santa, no sólo en gastar, como dice á su hermano, sino en pedir á nadie, ni á los amigos, *para tener libertad en decir su parecer*, como dice en la misma carta. Documento admirable, para quien no quiera ser esclavo del capricho ajeno, pues el juez y el sabio, y todo el que recibe dones, queda atado y sin libertad: en fin, cerremos este asunto con esta sentencia de la Santa (1): «Los seglares en materia de intereses miran poco á la razón. Estas casas se han fundado sólo confiando en Dios, y así temo que en comenzando á poner la confianza en medios humanos, nos han de faltar algo de los divinos.» Hasta aquí la Santa. El *mío* y *tuyo*, dice san Juan Crisóstomo, son la fuente de todas las discordias, porque en materia de intereses se *mira poco la razón*. Así vemos que por esta *sinrazón*, no hay padres para hijos, ni hijos para padres, ni hermanos, ni amigos en el mundo, pues este negro interés vomita los escándalos enormes, los pleitos más sangrientos, las muertes más alevosas, las quejas más amargas, y la confusión de todo el orden social, político y religioso.

(1) Tom. iv, cart. 31, n.º 4.

No gastemos el tiempo en indagar si este maldito interés está metido en la Iglesia, como dicen, los que nada tienen de desinteresados, ó si es el carácter propio del mundo, de sus pompas y de su malignidad, como dice el Evangelio. Cada uno entre la mano en su pecho más que en el ajeno: cada uno corrija sus excesos, que si se hace así, el mundo y los que llevan hábito religioso ó de Iglesia, pero no en el alma, todos serán santos, todos tendrán el espíritu de la pobreza del Evangelio, y cada uno dará cuenta de sus obras. Es un error y *sinrazon* cuidar de los otros y declamar contra el vecino: vemos la paja en el hermano, y no vemos la viga de nuestro ojo, que debíamos quitar primero.

FRUTO. — No fijarnos en nuestras necesidades temporales sino en las de los prójimos.

MÁXIMA. — En lo de la pobreza me ha hecho Dios mucha merced, porque aún lo necesario no querría tener sino de limosna.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION XCVI.

DIA 5 DE ABRIL.

HUMILDAD.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Distincion de la verdadera y falsa humildad, y como santa Teresa lo explica admirablemente en cosas suyas y propias.

Aunque en lo dicho sobre las virtudes teologales, cardinales y votos religiosos se comprenden todas las demás virtudes morales, como fácilmente se deja ver, será preciso decir algo de algunas otras más sobresalientes.

tes de la Santa, aunque se repita alguna cosa, pues la Santa no reparaba en hacerlo así cuando conocía que podía ser útil.

La humildad, pues, es el fundamento de toda virtud sólida, y por esto se ve sellada en todas las cláusulas que escribe esta gran Maestra, y no menos en sus obras. Así la vemos continuamente ponderar sus defectos, dar licencia á sus confesores para publicar sus pecados, quiere que la tengan por muy grande pecadora, á fin de que así brillé más la piedad de su Dios, y aún cuando ella publica sus favores, léjos de tentarse de la vanidad, la sirve esto de la mayor confusion, porque fija la vista en sus pecados. En sus escritos casi de continuo se apellida nécia, ignorante y boba, que si dice algo bueno se lo pone Dios en la boca, como las madres á los pajaritos la comida. Resiste las mercedes de Dios por humildad, y dice que es falta quererse levantar á cosas sobrenaturales, si Dios no levanta el alma. Todas las mercedes y favores que recibió de Dios la dejaban más humilde y aún más mortificada que los trabajos, porque la era gran pena *conocerse* por tan indigna, y verse tan favorecida. Nos repite muchas veces que vió el infierno y lugar que la tenian prevenida los demonios, para que la tengamos por muy pecadora, aunque mirado esto con todo rigor, sólo resulta que vió el lugar que tenia prevenido si hubiera sido mala.

Sabe distinguir la verdadera de la falsa humildad, y así dice que dejó al principio la oracion por una falsa humildad, viéndose tan defectuosa, mas que así engaña el demonio. No lo es menos la que impide tener deseos grandes de virtud, amedrentando al alma, con que será soberbia tener estos deseos. La parecia á la Santa que ella era causa de todas las herejías y pecados del mundo, mas luego conoció que esta era falsa humildad y ardid del demonio para inducir la á desesperacion. Tambien dice es humildad nécia dejar de hablar con Dios palabras amorosas, por creer que esto es demasia. «A veces, dice, pone una tentacion el enemigo de unas humildades inquietas por la gravedad de nuestros pecados, que hacen mucho daño si no se vencen, y de

este modo nos hace creer el demonio que somos humildes, y de camino que desconfiemos de la misericordia de Dios. Guardaos, hijas, dice (1), de estas humildades que aprietan de muchas maneras, hasta apartarnos de las Comuniones y de tener oracion por no lo merecer, ó si se aparejan bien para comulgar y se les va el tiempo en esto, que debia ser para recibir mercedes: mirad, alguna vez podrá ser humildad y virtud, y otras gravísima tentacion; porque yo he pasado por ello, la conozco.»

Todo es admirable en santa Teresa: su humildad igual á su doctrina; mas para distinguir la verdadera de la falsa, nos dice: «Que la humildad verdadera no inquieta, ni desasosiega, ni alborota al alma por grande que sea, sino que viene con paz, regalo y sosiego. Aunque de verse ruin entienda que merece el infierno y se aflige, le parece justo que todos la aborrezcan, y casi no osa pedir misericordia: si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento, que no querriamos vernos sin ella, no alborota ni aprieta, sino la dilata para más servir á Dios. Esta otra pena todo lo turba y revuelve. Pretende el demonio que desconfiemos de Dios: cuando así os halláredes, atajad el pensamiento de vuestra miseria, y ponedlo en la misericordia de Dios, y en lo que nos ama y padeció por nosotros. Y si es tentacion, aún esto no podréis hacer ni sosegar el pensamiento, ni ponerlo en cosas sino para fatigaros más: harto será si conoceis que es tentacion. Lo mismo sucede en penitencias desconcertadas, para haceros creer que sois más penitentes que las otras: si os escondéis del confesor ó Prelado, es clara tentacion. Procurad, aunque más pena os dé, obedecer, pues en esto está la perfeccion.»

Para fomentar este sólido conocimiento de humildad, cuenta la Santa (1) que estando en oracion, le comenzó el Señor á traer á la memoria su mala vida, «de modo, dice, que me hacia mucha confusion y pena, aunque no va con rigor, y se siente más conocimiento con

(1) Cam. de perf., cap. xxxix.

(2) Vid., cap. xxxviii, n.º 41.

una de estas palabras, que nosotras con mucha consideración de nuestra miseria. Trae una verdad que queda muy esculpida. Representóseme las voluntades que con tanta vanidad habia tenido, y díjome que tuviera en mucho querer (el Señor) que se pusiera en Él voluntad que tan mal se habia gastado como la mia, y admitiria Él. Otra vez me dijo me acordase cuando parece tenia por honra el ir contra la suya. Otras, que me acordase lo que le debía, pues cuando yo le daba mayor golpe, me estaba Él haciendo mercedes. Si tenia algunas faltas, que no son pocas, me las presentaba el Señor de modo, que toda parece me deshago, y como tengo muchas, es muchas veces. Acaeciome reprenderme el confesor, y quererme consolar en la oración, y hallar allí la reprension verdadera.»

Por lo dicho aquí se conocerá cuál es la humildad verdadera, y lo útil que es, por ser el fundamento de todo bien y de la oracion, mas se advertirán los medios por donde la va grabando el Señor en el corazon; que debemos tenernos siempre por siervos inútiles, pidiendo á Dios favor, sin fiar de nosotros. Aprenderán los Maestros y Directores á llevar y conllevar las almas poco á poco y con humildad, y todos verán en los ejemplos, palabras y acciones de la Santa, cuanto puede desearse sobre esta virtud, y como no funda su carácter y esencia en palabras humildes que se las lleva el aire, sino en un profundo conocimiento de nuestra miseria, y de modo que á vista de los favores que recibimos de Dios, no produzca soberbia en el corazon, sino agradecimiento al ver que se comunica á quien no merece sino el infierno; y cuando el mundo nos honra, humillarnos, y no quejarnos jamás de los agravios, persuadidos de que si nos conociesen, sólo nos darian desprecios, que es lo único que merecemos.

FRUTO. — Humillarnos cuando el mundo nos honra, y no quejarnos jamás de las injurias, persuadidos de que si nos conociesen, sólo nos darian desprecios, que es lo único que merecemos.

MÁXIMA. — Guardaos, hijas, de las falsas humildades, que aprietan de muchas maneras hasta apartarnos de la Comuniones y de tener oracion.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION XCVII.

DIA 6 DE ABRIL.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Santa Teresa alaba la humildad, inspirando su amor y práctica con una idea bien sublime. Ridiculiza lo que llama punto de honor el mundo, y aún el claustro religioso.

Despues que la Santa da mil alabanzas á la humildad y pobreza, añade (1): «Verdad es que estas virtudes tienen tal propiedad, que se esconden de quien las tiene, ni acaba de creerlo; pero las estima en tanto, que siempre anda procurándolas, y ellas se dan pronto á conocer, sin querer, de quien trata á los humildes. ¿Qué desatino ponerme yo á loar la humildad, estando tan loada del Rey de la gloria y confirmada con sus trabajos?» En el *Camino de perfeccion*, capítulo xvi, hace una comparacion admirable del juego del ajedrez, para enseñar el modo de rendir á Dios, y dice: «Aquí veréis la Madre que os dió Dios, que hasta esta vanidad sabia (jugar este juego, y hablar de juegos no habiéndolos de haber en estas casas); pero dicen que es lícito algunas veces, y cuán lícita seria para nosotras esta manera de juego, y cuán presto, si mucho lo usamos, darémos *mate* á este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá. La *Dama* es la que más guerra le podrá hacer en este juego, y todas las

(1) Cam. de perfec., cap. xvi.

otras piezas ayudan. No hay *Dama* que así le haga rendir como la humildad. Esta lo trajo del cielo á las entrañas de la Virgen, y con ella le traemos nosotras de un cabello á nuestras almas. Y cree que quien más tuviere, más le terná, y quien menos, menos. Porque yo no entiendo ni puedo entender como haya ni pueda haber humildad sin amor, ni amor sin humildad. Ni es posible estar estas dos virtudes en su perfeccion, sin grande desasimiento de todo lo criado. ¡Oh Señor! ¡Todo el daño nos viene de no tener los ojos puestos en Vos! Que si no mirásemos más que al camino, presto llegaríamos, mas damos mil caídas y tropezones, y erramos el camino que sois Vos. No parecemos cristianos, ni que leímos la Pasion en nuestra vida. Pues tocar en un puntico de ser menos, no se sufre: luego dicen: no somos Santos; Dios nos libre de decir: no somos Angeles, no somos Santos. Aunque no lo seamos, es gran bien pensar que lo podemos ser, y no haya miedo que quede por Dios, sino por nosotros; y pues no venimos á otro, manos á la obra, como dicen: no entendamos cosa fuera de servir á Dios. Esta presuncion querria yo en esta casa, que hace siempre crecer la humildad y tener una santa osadía, que Dios ayuda á los fuertes, y no es acertador de personas.»

Como una de las cosas más contrarias á la humildad sean los puntos de honra, aunque ya tratámos de esto hablando de la pobreza, conviene oír estas palabras de la Santa (1): «Creedme, hijas, que si hay punto de honra ó de hacienda, aunque tengan años de oracion, nunca medrarán mucho. Cada una mire lo que tiene de humildad, y verá lo que está aprovechada. Parece-me que el verdadero humilde, áun de primer movimiento, no osará el demonio tentarle con cosas de mayorías, porque como es sagaz teme el golpe. Es imposible, si una se humilla, que no gane más fortaleza en esta virtud y aprovechamiento, si el demonio la tienta por ahí (esto es, por mayorías), porque está claro que ha de dar vuelta sobre su vida y mirar lo poco que ha

(1) Cam. de perf., cap. xii.

servido, con lo mucho que debe al Señor, que nos dejó tales ejemplos de humildad, y mirar sus pecados y á donde merecia estar por ellos. Y con estas consideraciones sale el alma tan gananciosa, que no osa tornar el demonio otro dia por no ir quebrada la cabeza. Este consejo tomad de mí si quereis vengaros del demonio y libraros más presto de la tentacion, y es, que ansi como os venga (tentacion de vanidad) os descubrais á la Prelada y le pidais hacer algun oficio bajo, ó como pudiéredes lo hagais vos y andeis estudiando en esto, como doblar vuestra voluntad en cosas contrarias, que el Señor os las descubrirá, y con mortificaciones públicas que se usan en esta casa, y con esto durará poco la tentacion.»

Admiremos en todo lo dicho este gran modo que tiene la Santa en elogiar las virtudes, de suerte que las hace amables é inspira el deseo de poseerlas. ¡Con qué dulzura habla á sus hijas! ¡Con qué humildad se abate desde su misma elevacion! ¡Cómo declara la fuerza que tiene la humildad sobre todas las virtudes para conseguir de Dios lo que se pide, ó para rendir á este gran Rey á nuestra bajeza! La humildad es la regla para medir los grados de nuestra virtud. Y no consiste ésta en decir: no somos santos, para obrar lo perfecto. Dios nos libre de esta humildad, dice la Santa. Conozcamos que si no somos santos, no lo somos por nuestra culpa y que debemos procurar la santidad. Así haremos las diligencias para ser santos, pero sin vanidad, conociendo no hacemos más que cumplir con lo que debemos y nos es obligatorio, redundando en nuestra propia utilidad únicamente. ¿Y qué diria la Santa de los resentimientos de muchos por agravios imaginados, cuando así habla de sus hijas, donde no habia estas faltas de humildad, ni casi las podia haber, como dice la Santa, sino en naderías? ¿Qué diria de los que se vengan por bagatelas y de los que provocan á la venganza á los que no la tomarian? Bien es cierto que los tales, como dice explicando el *Padre nuestro*, no pueden decir: Perdónanos como perdonamos, notando que antes de orar debemos haber perdonado las ofensas, pues no

dice: *perdonarémos*, sino como *perdonamos*. «Parece que hacemos casas de pajitas, dice, como niños con estos puntos de honra. ¡Oh váleme Dios, si entendiésemos qué es honra y en qué está el perderla! No hablo con vosotras, hijas mías, sino conmigo misma por el tiempo que me precié de honra (cuando seglar) sin entender cómo era, íbame al hilo de la gente. ¡Oh! y de qué cosas me agraviaba, que yo tengo vergüenza ahora. Y no era de las que mucho miraban estos puntos, mas no estaba en el punto principal, porque no miraba yo ni hacia caso de la honra que tiene algun provecho, que esta es la que aprovecha al alma: no sé si se dijo á este propósito: *Provecho del alma y lo que el mundo llama honra, nunca pueden estar juntos*. Es cosa que espanta ver qué al revés anda el mundo. Bendito sea Dios que nos sacó de él. Plega á Su Majestad que esté siempre tan fuera de esta casa como ahora. Pero mirad, no nos tiene olvidadas el demonio. Tambien inventa las honras en los monasterios y pone sus leyes, que suben y bajan en dignidades como los del mundo, y ponen su honra en cositas que me espanto. Los letrados deben ir por sus letras. El que ha llegado á leer Teología, que es un punto de honra, no ha de bajar á leer Filosofía, que no ha de bajar sino subir, y áun en su seso, si se lo mandase la obediencia, lo ternia por agravio y habria quien tornase por él, y diria que es afrenta, y luego el demonio descubre razones, y áun en la ley de Dios parece llevan razon. Pues entre monjas, la que ha sido priora, ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo; un mirar á la que es más antigua, esto no se nos olvida, y áun parece merecemos en ello, porque lo manda la Orden. Cosa es para reir ó para llorar, que aún lleva esto más razon. Sé que no manda la Orden que no tengamos humildad. Mándalo porque haya concierto, mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de la Orden, como de otras cosas que guardaré imperfectamente. Es el caso, que como somos inclinados á subir (con orgullo), aunque no habemos de subir por aquí al cielo, no ha de haber bajar. ¡Oh! que lle-

vamos perdido el camino por aquí, y errado desde el principio si guardamos estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la verdadera (1).»

FRUTO. — Huir los puntos de honra, porque es errado camino para subir al cielo.

MÁXIMA. — Es gran bien pensar que podemos ser santos. Esta santa presuncion querria yo, que hace siempre crecer la humildad y tener una santa osadía, que Dios ayuda á los fuertes, y no es acetador de personas.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION XCVIII.

DIA 7 DE ABRIL.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

A fuerza de agravar santa Teresa su poca humildad y sus faltas, nos enseña más esta virtud, y nos precisa á despreciar los puntos de la honra mundana.

Como tan experimentada santa Teresa, nos dice (1): «No creamos tener ganada una virtud si no se pone á experiencia de su contrario. Siempre debemos estar sospechosos y nunca descuidados mientras vivimos, porque mucho se nos pega luego, si como digo no está ya dada del todo la gracia para conocer lo que es todo, y en esta vida nunca hay todo sin muchos peligros. Parecíame á mí pocos años há, que no sólo no estaba asida á mis deudos, sino que me cansaban, y era cierto así, que su conversacion no la podia llevar. Ofrecióse cierto negocio de harta importancia, y hube de estar con una hermana mia á quien yo queria muy mucho antes;

(1) Cam., cap. xxxvi.

(2) Vid., cap. xxxi, n.º 8.

y puesto que en la conversacion, aunque ella es mejor que yo, no me hacia con ella, porque como tiene diferente estado, que es casada, no puede ser siempre la conversacion en lo que yo la queria, y así lo más que podia me estaba sola, vi que me daban pena sus penas, más que de prójimo, y algun cuidado. En fin, entendí de mí que no estaba tan libre como yo pensaba, y que aún habia menester huir la ocasion para que esta virtud que el Señor me habia comenzado á dar fuese en crecimiento, y así con su favor lo he procurado hacer siempre despues acá.

«Ni todos los que pensamos estar desasidos, lo estamos. Y cualquier persona que sienta en sí algun punto de honra, si quiere aprovechar, créame, que esté atamiento es una cadena, que no hay lima que la quiebre, sino es Dios con oracion, y hacer mucho de nuestra parte. Paréceme que es una ligadura, que yo me espanto del daño que hace. Veo personas santas en sus obras, ¡pero válame Dios! ¿Por qué está en la tierra esta alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfeccion? ¿Qué es esto! ¿Quién detiene á quien tanto hace por Dios! ¡Oh! que tiene un punto de honra, y lo peor que tiene es que no quiere entender que lo tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio que es obligado á tenerle. Pues créanme, crean á esta hormiguilla que quiere el Señor que hable, que si no quitan esta aruga, que ya que á todo el árbol no dañe, porque otras quedarán, mas serán todas carcomidas. No es árbol hermoso el que no medra, ni aún deja medrar á los que andan cabe él, porque la fruta que da de buen ejemplo no es nada sana, poco durará. Muchas veces lo digo, que por poco que sea el punto de honra, es como el canto del órgano, que un punto ó compás que se yerre disuena toda la música, y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino es pestilencia. Queremos seguir los consejos de Cristo cargado de injurias y testimonios, pero queremos muy entera nuestra honra y crédito. Esto no puede ser. No es posible llegar allá, pues no vamos por un camino. Sólo llega el Señor el alma á sí, perdiendo

nosotros mucho de nuestro derecho. Dirán algunos: no tengo en qué perder ni se me ofrece nada; pues yo creo que el que tenga esta determinacion no querrá el Señor que pierda tanto bien, y ordenará cosas en que gane esta virtud, y serán más de las que quiera. Manos á la obra, quiero decir, las naderías y poquedades que yo hacia cuando comencé; las pajitas que tengo dichas pongo en el fuego, que no soy yo para más; todo lo recibe el Señor, sea bendito para siempre. Entre mis faltas tenia esta, que sabia poco de rezado, y de lo que habia de hacer en el coro, y como lo regia de puro descuidada y metida en otras vanidades, y veia á otras novicias que me podian enseñar. Acacciáme no las preguntar, porque no entendiesen sabia yo poco, luego se pone delante el buen ejemplo: esto es muy ordinario. Ya que Dios me abrió un poco los ojos, áun sabiendo, tantico que estaba en duda, lo preguntaba á las niñas. Ni perdí honra ni crédito, antes quiso el Señor darme despues más memoria. Sabia mal cantar, sentia tanto si no tenia estudiado lo que me encomendaban, que de puro honrosa me turbaba tanto, que decia muy menos de lo que sabia. Tomé despues por mí, cuando no lo sabia muy bien, decir que no lo sabia. Sentia esto harto á los principios, y despues gustaba de ello, y es así, que comencé á no se me dar nada de que se entendiese, que no lo sabia, que lo decia muy mejor, y que la negra honra me quitaba supiese hacer esto, que yo tenia por honra, que *cada uno la pone en lo que quiere*. Con estas naderías, que son nada, y harto nada soy yo, pues esto me daba pena, de poco á poco á poco se van haciendo con actos y cosas poquitas como estas, que en ser hechas por Dios les da Su Majestad tomo, y ayuda para cosas mayores el Señor. Y así en cosas de humildad me acaccia, que de ver que todas se aprovechaban sino yo, que nunca fuí para nada, de que se iban del coro, coger (ó plegar) todos los mantos. Parecíame servir á aquellos Angeles que allí alababan á Dios, que no sé cómo vinieron á entenderlo, que no me corrí yo poco, porque no llegaba mi virtud á querer que entendieran estas cosas, y no debia ser por humilde, sino

porque no se riesen de mí, como era tan no nada. ¡Oh Señor! ¡Qué vergüenza es ver tantas maldades, y contar unas arenitas que aún no las levantaba de la tierra por Vos! ¡Oh Criador mio! ¡Quién tuviera algo que contar entre tantos males que fuera de tomo! No sé cómo puede sufrirlo mi corazón, ni cómo podrá dejar de aborrecerme quien esto leyere, viendo tan mal servidas tantas mercedes, mas yo cuento estos tan bajos principios para que tenga esperanza quien los hiciere grandes.»

Aquí se verifica de santa Teresa, que así como los que excusan sus faltas las agravan con sus excusas, así la Santa por el contrario, agravando sus faltas, nos da la más sublime idea de sus virtudes, y nos enseña y arrastra á imitarla, humillarnos y despreciar este puntillo negro de honor. Nadie como Teresa ha penetrado más los pliegues del corazón humano, pues con estos ejemplos, que parece son nada ó *naderías*, se descubre lo que es el hombre, sus bagatelas y vanidades, y los pasos por donde adquiere las más altas virtudes, ó se precipita en los vicios más grandes. Lo bueno y lo malo comienza por poco y acaba por mucho. Santa Teresa lo dice todo y nada deja que añadir á sus reflexiones.

FRUTO. — Fijar la vista en Cristo cargado de injurias y testimonios, para despreciar todo punto de honra y crédito.

MÁXIMA. — Sólo llega el Señor el alma á sí, perdiendo nosotros mucho de nuestro derecho.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION XCIX.

DIA 8 DE ABRIL.

ORACION. — ¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Después de referir la Santa por obediencia los grandes favores que recibió de Dios, se humilla hasta lo sumo, y electrizada predica la humildad á todos con una fuerza inimitable.

Como la Santa era tan humilde y la mandaban escribir las mercedes que Dios la hacia, casi en todas estas relaciones acaba abatiéndose como la criatura más ingrata á Dios, y predicando un sermón sublime y lleno de fuego sobre la humildad. Oigámosla como maestra, aún de su mismo confesor, después de referir favores singulares (1). «¡Oh benignidad admirable de Dios, que así os dejais mirar de unos ojos que tan mal han mirado como los de mi alma! Queden ya Señor de esta vista acostumbrados en no mirar cosas bajas, ni que les contente ninguna fuera de Vos. ¡Oh ingratitud de los mortales! ¿Hasta cuándo ha de llegar? Yo sé por experiencia que es verdad lo que digo, y es lo menos que haceis con una alma que traeis á tales términos. O almas que habeis comenzado á tener oración y teneis verdadera fe, ¡qué bienes podeis buscar, aún en esta vida (dejemos lo que se gana para sin fin), que sea como el menor de estas! Mira que es así cierto, pues se da Dios á los que todo lo dejan por El. No es acetador de personas; á todos ama, no tiene nadie excusa por ruin que sea, pues así lo hace conmigo trayéndome á tal estado. Mira que no es cifra lo que digo de lo que se puede decir: hace aborrecer todos los deleites de la vida, que son basura todos juntos. Es asco traerlos á ninguna comparacion aquí, aunque sea para gozarlos sin fin; y esto que el Señor no da sino una sola gota de agua del gran río caudaloso que nos está aparejado.

(1) Vid., cap. xxxvii.

«Vergüenza es, y yo cierto la hé de mí, y si pudiera haber afrenta en el cielo, con razon estuviera yo allá más afrentada. ¿Por qué hemos de querer tantos bienes y deleites y gloria para sin fin, todos á costa del buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalen, ya que no le ayudemos á llevar la cruz con el Cireneo? ¿Qué? ¿Con placeres y pasatiempos hemos de gozar lo que El nos ganó á costa de tanta sangre? Es imposible. ¿Y con honras vanas pensamos remediar un desprecio como El sufrió, para que nosotros reinemos para siempre? No lleva camino. Errado, errado va el camino, nunca llegaremos allá. Dé voces vuesa merecé en decir estas verdades, pues Dios me quitó á mí esta libertad. A mí me las queria dar siempre, y oyóme tan tarde y entendí á Dios, como se verá, que me es gran confusion hablar en esto, y ansí quiero callar: sólo diré lo que algunas veces considero. ¿Qué gloria accidental será, y qué contento de los bienaventurados que ya gozan de esto, cuando vieren que, aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fué posible? Ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron, conforme á sus fuerzas y estado, y el que más, más. ¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado el que no quiso honra por El, sino que gustaba de verse muy abatido! ¡Qué sabio el que se holgó que lo tuvieran por loco, pues lo llamaron á la mesma sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya parece se acabaron los que las gentes tenian por locos, de verlos hacer obras heróicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo! ¡Cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan! Mas si pensamos se sirve más á Dios, de que nos tengan por sabios y discretos, eso, eso debe ser, segun se usa de discrecion: luego nos parece es poca edificacion no andar con mucha compostura, cada uno en su estado.

«Hasta el fraile, clérigo ó monja, nos parecerá que traer cosa vieja y remendada es novedad, y dar escándalo á los flacos, y áun estar muy recogidos y tener oracion, segun está el mundo, y tan olvidadas las co-

sas de perfeccion , de grandes ímpetus que tenían los Santos , que pienso hace á las desventuras que pasan en estos tiempos, que no haria escándalo á nadie dar á entender los religiosos por obras , como lo dicen por palabras, en lo poco que se ha de tener el mundo, que de estos escándalos el Señor saca grandes provechos, y si unos se escandalizan , otros se remuerden ; siquiera que hubiera un dibujo de lo que pasó por Cristo y sus Apóstoles, pues ahora más que nunca es menester. Y que bueno nos lo llevó ahora en el bendito Fr. Pedro Alcántara. No está ya el mundo para sufrir tanta perfeccion... (Aquí dice mucho de la penitencia del Santo, lo que referiremos en otra parte)... Veo tanta perdicion en el mundo , prosigue , que aunque no aproveche más el decirlo yo , que de cansarme en escribirlo, me es descanso , que todo es contra mí lo que digo. El Señor me perdone lo que en esto le he ofendido. Parece que quiero hacer penitencia de lo que en esto pequé...»

¡ Qué enlace tan singular de virtudes se descubren en estas palabras de Teresa ! Viva y penetrante es la palabra de Dios, dice el Espíritu Santo, y en Teresa se ve sensible esta verdad, y aún otra que no pueden entender los mundanos, tan soberbios que se desvanecen y engrien al paso que reciben favores de los hombres. Confundámonos al ver la humildad de Teresa , que cumple á la letra esta sentencia de la Escritura: Cuanto mayor seas, tanto más debes humillarte en todas las cosas. Y en efecto, cuanto son más grandes los favores que recibe del cielo la Santa , tanto más se abate , por una solidísima razon , que debían tener presente todos los grandes , y es , que la grandeza del favor, cuando es de un Rey poderoso á un hombre infeliz , excita en éste la gratitud, el amor y la humildad , conociendo la gran distancia de uno á otro , su indignidad propia, y la bondad de quien se digna favorecer al que no tiene mérito alguno. Esto que los privados de Rey conocen en quien tiene una corona mortal, desconocen los más de los vivientes, cuando se ven honrados de la naturaleza , y del autor de la gracia , que está infinitamente

elevado sobre todos los reyes de la tierra. Teresa, penetrada de este sólido conocimiento, nos confunde y enseña prácticamente, pues se humilla y abate, cuanto Dios más la honra, y se cree como la única culpada en cuanto dice y obra, insistiendo en sus faltas de humildad y gratitud, publicando las divinas misericordias con quien tan poco las merece. Bien dice, pues, cuando nota que el mundo va todo al revés, que los más soberbios se tienen por más humildes, se creen más agraviados, y piensan que aún merecen más; pero por el contrario, los humildes verdaderos se creen faltos de esta virtud. Con todos habla la Santa, affigida por ver el daño que causa este punto de honor, y más el no querer conocer que lo tenemos, y avergonzarnos de las naderías que nos desasosiegan. Tengamos, pues, el mundo en nada, y sus honras nos parecerán humo, y no pensaremos en mayorías, ni en otra cosa que en seguir á Jesucristo por el camino de la humillacion hasta la muerte, en que, como á él, nos dará su Padre la gloria por la humildad.

FRUTO. — Aborrecer todos los placeres de la vida, que son basura todos juntos.

MÁXIMA. — Mirad que es así cierto, que se da Dios á los que todo lo dejan por Él.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION C.

DIA 9 DE ABRIL.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Reune santa Teresa en su práctica todo lo que enseña con su doctrina sobre la humildad.

Parece asunto interminable el de la humildad de santa Teresa en obras y palabras. Tan humildes quería la Santa á sus hijas, que escribiendo á las monjas de Sevilla (1), dice á una que se firmó por humildad *Jerónima del Muladar*: «Plegue á Dios no sea en la palabra sola esa humildad.» Al Arzobispo de Evora, don Teutonio de Braganza le escribe muy largo, y acaba diciéndole, que no la atormente con los sobreescritos pomposos que se usaban antes de la Pragmática de Felipe II, que los moderó. Dando cuenta de su espíritu al P. Rodrigo Alvarez, le dice que no tenia tentacion de vanagloria, ni soberbia, ántes se afrentaba de que se entendiera su espíritu, y sentia más decir las mercedes, que sus grandes pecados, porque le parecia se habian de burlar como de cosas de mujercillas, que siempre habia aborrecido el oír. Toda la honra la ponía en ser una monjuela que andaba remendada, y que habia salido la más ruin de los hermanos, que no merecia la reconociese por tal su hermano D. Lorenzo de Cepeda, que venia de Indias. Al mismo añade, que andaba bueno el Señor, levantando á gente ruin, para mostrar sus grandezas, y que esto lo dice por ella y su hermano.

Aunque la Santa dice que se afrentaba de que supiesen las mercedes que Dios la hacia, luego cobró libertad, y así dice á san Pedro Alcántara, que «de poco

(1) Tom. 1, cart. 52, y cap. III. Cart. 49, n.º 8. Cart. 29 y 31.

acá (1), paréceme que son (las mercedes que Dios la hacia) como de otra persona, antes me parecia como afrenta, ahora paréceme no soy mejor que eso, sino más ruin, pues tampoco me aprovecho con tantas mercedes. Y cierto me parece no ha habido otra peor que yo en el mundo, y creo que de flaca y ruin me ha llevado el Señor así, cuando á otras mejores se las dará por junto en el cielo.»

Con tales sentimientos no se hará extraño creer mil actos de humildad de la Santa, como son: haber servido la cocina despues de ser fundadora (2); haber pedido al Provincial el P. Gracian la quitara el hábito, y se lo volviera á dar, para comenzar á ser Monja verdadera al fin de su vida. Hacia por sí las camas de las monjas que salieron de la Encarnacion. Al P. Gracian le dice: «Harta envidia tengo de las monjas que ha de aprovechar V. R., y lástima de verme aquí, sin hacer más que comer y dormir, y hablar con estos Padres nuestros hermanos, como siempre haya ocasion (seria sobre los asuntos de los Calzados).» Los vituperios que dice de sí misma son innumerables. Se llama boba, necia, inútil, loca, flaca de espíritu, que la cárcel era poco, pues merecia el infierno, que por sus pecados castigaba Dios la Reforma, que era una Santa sin piés ni cabeza. En fin, cuando estaba para morir, se confiesa pecadora y escandalosa, no quiere disponer de su cuerpo, y dice no merece sino un muladar, como deponen el Dr. Polanco en sus informaciones (3). Si Jesucristo dice que el que practica y enseña la ley de Dios será grande en el reino de los cielos, ¿no se le podrá aplicar á santa Teresa este elogio? Por el contrario: en el mundo nõ vemos más que palabras de humildad, sumision y áun bajeza; cuando se piensa por este medio conseguir algun honor é interés, y por otro lado todo es orgullo y soberbia para hacerse respetar. Todo es igualmente malo, porque los primeros, bajo la apa-

(1) Tom. II, cart. 44, n.º 20.

(2) Tom. II, cart. 91, not. 6. Tom. III, cart. 12, not. 25. Cart. 36. Tom. IV, cart. 25.

(3) Tom. II, cart. 68, not. 7.

riencia humilde, ocultan la soberbia más refinada, y los segundos son demonios vestidos de carne. Sólo aprecia Dios la humildad, que se reúne igualmente en obras y palabras, en la boca y en el corazón, en el alma y en el cuerpo, como la de santa Teresa; porque no los que dicen: *Señor, Señor*, entrarán en el cielo, si no los que hacen la voluntad de Dios, y son humildes de corazón y de verdad.

FRUTO. — Ocuparse en oficios bajos y humildes, practicando así la humildad verdadera.

MÁXIMA. — Conozcamos que si no somos santos no lo somos por nuestra culpa.

JACULATORIA. — Jesús mío, misericordia y enmienda.

LECCION CI.

DIA 10 DE ABRIL.

ORACION. — ; Oh Dios mío... *como en la página 7.*

Admirable providencia con que Dios comienza á preparar á santa Teresa para sus grandes designios, llenándola de humildad y demás virtudes, y haciéndola maestra de oración.

Tanta perfección de virtudes en santa Teresa no podía ya contenerse en un cuerpo de mujer, ni aún en el convento de la Encarnación. Como el fuego no puede estar escondido mucho tiempo, ni crecer sin mucho combustible, dando luz y calor por todas partes, así tantas virtudes en Teresa no podían ya reducirse ni contenerse en la santificación propia únicamente, sino que debían extenderse á la utilidad común. Es verdad que la relación hecha de sus virtudes teológicas, cardinales y religiosas, comprenden acciones relativas á

toda su vida , pero conviene notar aquí la gran perfeccion con que las tuvo , aún ántes de pensar en la gran Reforma , á que Dios la tenia destinada , y la quiso preparar muchos años primero con el ejercicio ya dicho de las virtudes , y más particularmente de la humildad y oracion , que son el fundamento de la perfeccion , y la canal y el medio por donde el Señor la debia instruir , y comunicar sus órdenes y mandatos. Esto era muy conforme á la divina Providencia , que aunque no está sujeta á las reglas de la prudencia humana , porque sabe formar de las piedras hijos de Abraham , de Saulo un Paulo , y hablar igualmente bien por Saul , Baalan y Pilatos , que por sus Profetas santos ; pero lo comun es proporcionar y disponer sus criaturas poco á poco , para los fines que intenta. Esto es tanto más regular en las obras de reformation , cuanto para su firmeza y perpetuidad se necesita más de la práctica del ejemplo que de las palabras. Así lo ha practicado Dios desde el principio del mundo ; en Noé , que , siendo el más justo , comenzó á predicar penitencia , para que los hombres evitaran la destruccion y el diluvio ; en Abraham , destinado á ser padre de un nuevo pueblo ; en Josef , para salvar á Egipto y su familia ; en Moisés , para sacar su pueblo de la esclavitud y conducirlo por el desierto : en los Profetas , en fin , y en su Hijo , que venia á salvar todo el mundo del demonio. A este modo , pues , selló su divina gracia en santa Teresa desde su bautismo ; la dió un alma noble y generosa que templara las pasiones de la concupiscencia , y la hiciera como naturales las virtudes ; la inclina al estado religioso y á la oracion , con los buenos ejemplos de sus padres y lectura de buenos libros ; la tomó por esposa suya cuando profesó , sin desampararla ya jamás. Pero todavía aparece Dios más admirable en esta economía de su conducta sobre Teresa , en haber permitido que la Santa se entibiase (aunque fué muy poco) en la oracion y ejercicio de las virtudes ; habia de recibir muchos favores del cielo , y como esto lisonjea la flaqueza humana , para olvidar su miseria y reputarse por algo en la presencia de Dios con estos defectos , conoció más la Santa

que el hombre nada bueno tiene de sí, y sólo es suya la concupiscencia y el error. Por este principio se asegura la Santa en los dos ejes de la vida espiritual, que son el conocimiento propio y la necesidad de la oración, sin atribuir á mérito suyo ningun favor, sino á la voluntad de Dios, que por pura gracia levanta al hombre del polvo de la tierra, y que en dejándolo de su mano un momento, perece, se corrompe, y se reduce al polvo y nada. De aquí provino la oración continua de la Santa, sus clamores al cielo, sus exclamaciones y sus exhortaciones tan repetidas á inspirar el amor al ejercicio continuo de la oración, mirándola como indispensable para todo género de personas. De aquí, en fin, nace su magisterio sublime, su doctrina singular, y la explicación de todos los secretos de este ejercicio, que los demás Doctores no pudieron reducir á un método tan claro y sencillo como lo hace santa Teresa en el libro que escribió del *Camino de perfección*, en el de las *Moradas*, y en varias cartas.

No es propio de esta obra entrar en una explicación exacta de todo esto, pero sí lo es dar algunas lecciones y avisos de esta Maestra, necesarios para toda clase de personas que se quieran dedicar, como deben, á este ejercicio; pues con él, ni se ensorbercerán con los dones naturales ni sobrenaturales, porque verán que todo es pura gracia de Dios, sin el menor mérito de la criatura, ni radicarán en su corazón las vanas esperanzas de la tierra, viendo que todo es basura en coitejo de los bienes que Dios ofrece y da á los Santos en esta y en la otra vida. En fin, con la oración hallarán consuelo en todos los trabajos, y confianza segura en la divina misericordia. Conozcamos, pues, con san Gregorio, que si queremos levantar la fábrica espiritual de virtudes en nosotros, debemos pensar primero en el fundamento de la más profunda humildad. Sin esto nada somos, ni seremos otra cosa que corrupción. A fuerza de clamar al cielo en oración humilde, inclinaremos la bondad divina y su gracia, para fortalecernos contra los reveses del mundo, demonio y carne.

FRUTO. — Reconocer que el hombre nada bueno tiene de sí, y sólo es suya la concupiscencia y el error.

MÁXIMA. — La humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido.

JACULATORIA. — Jesús mío, misericordia y enmienda.

LECCION CII.

DIA 11 DE ABRIL.

ORACION. — ¡ Oh Dios mío... como en la página 7.

Comienza santa Teresa á instruirnos en el modo de entrar en la oracion; sus impedimentos que son los pecados mortales; y como sus ejes principales son el conocimiento propio y el de Jesucristo, para no engañarnos con falsa humildad.

Cuando santa Teresa comienza el libro desus *Moradas ó Castillo interior*, en que describe los grados de oracion, y los muchos favores que reciben los que entran en este ejercicio, comienza esta materia diciendo: «Que las almas que no tienen oracion, son como un cuerpo tullido con perlesía, que aunque tiene piés y manos, no los puede usar ni mandar. Así son algunas almas tan enfermas y mostradas á estarse en cosas exteriores, que no pueden entrar dentro de sí, ni hay remedio para que traten con Dios, ocupadas siempre con sabandijas y bestias, hechas una cosa con ellas. Y si no procuran remediar esta miseria, se quedarán hechas una estatua de sal, como la mujer de Lot, y nunca entrarán en este castillo de su alma, ni verán sus preciosidades. La puerta para entrar no es otra que la oracion, no digo más vocal que mental, pues toda oracion debe de ser atenta, y si no advierte con quien habla, lo que pide y á quien pide, no la llamo yo oracion, aun-

que mence los labios. Esto se entiende si se hace así de costumbre, porque una ú otra vez no se puede remediar este descuido.»

Estas sin duda son las almas que están en pecado mortal, pues dice la Santa que si no viene el Señor y las manda levantar, como al paralítico del Evangelio, tienen harta mala ventura y gran peligro, «por lo que sólo hablo (continúa) con otras almas, que por fin entran en este castillo (de oracion), y aunque estén muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos, y alguna vez, aunque de tarde en tarde, se encomiendan á nuestro Señor, y alguna vez rezan, aunque lleno el pensamiento de mil negocios, y si entran á la primera entrada del castillo de la oracion, entran con ellos tantas sabandijas, que ni les dejan ver la hermosura del castillo, ni sosegar. Harto hacen en haber entrado.»

Por lo dicho se ve que el mayor impedimento para entrar en la oracion no son los pecados veniales, ni las ocupaciones del mundo, sino los mortales. Por esto continúa en el capítulo segundo diciendo que este castillo interior de nuestra alma es muy resplandeciente y hermoso, una perla oriental, el árbol de la vida, pero cuando cae el alma en un pecado mortal, no hay tinieblas más tenebrosas que éstas. «No queráis saber más, sino que no obstante que el mismo sol, que es Dios, todavía está en el centro del alma, es como si allí no estuviese, y de aquí es que ninguna cosa le aprovecha, y todas las buenas que hiciere en pecado mortal son de ningun fruto para alcanzar la gloria, porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, por quien nuestra virtud es virtud, no puede ser agradable á sus ojos. Vista un alma cuando peca, si lo entendiesen, no seria posible pecar ninguno, y huiria toda ocasion, aunque pasara los mayores trabajos. En este estado es el alma como un cristal cubierto con un paño negro, que aunque esté al sol, y éste sea muy claro, no hace operacion alguna en el cristal. ¡Oh almas redimidas por la sangre de Dios, tened lástima de vosotras! Quitad esta pez del cristal. Mira que se os

acaba la vida, y jamás tornaréis á gozar esta luz. ¡ Oh Jesús ! ¡ Qué es ver un alma apartada de Vos ! ¡ Cuáles quedan sus aposentos , qué turbados los sentidos y las potencias ! Oí á un hombre espiritual, que no se espantaba de cosas que hiciese el que está en pecado mortal, sino de lo que no hacia.»

Santa Teresa, que vió la fealdad del pecado mortal, sacó, dice, dos cosas: la una un temor grande de ofenderle, y así andaba siempre suplicando á Dios no la dejase caer en él. (Este es el primer paso de la oracion). La segunda fué tener un espejó para la humildad, mirando en él cómo lo bueno no viene de nosotros, sino de esta fuente á donde está plantado este árbol de nuestras almas, y de este sol que da calor á nuestras obras. De aquí le procedia cuando algo bueno hacia, acudir á su principio y alabar á Dios, autor de esto, y lo más ordinario no se acordaba de sí en cosa buena que hiciese. «Esta noticia prévia, continúa la misma, importa mucho á cualquier alma que tenga oracion poca ó mucha, mas no por esta humildad, que es el fundamento, la han de arrinconar ó apretar: déjenla andar por esas moradas arriba ó abajo y á los lados: no se estruje en estar mucho tiempo en una sola pieza (del castillo ú oracion), aunque sea en el propio conocimiento. La humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto toda va perdido: mas consideremos que la abeja no deja de salir á volar para traer flores: así el alma en el propio conocimiento, créame, y vuela algunas veces á considerar la grandeza y majestad de Dios, aquí hallará su bajeza mejor que en sí mesma, y más libre de las sabandijas á donde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento. Y créame, que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud que muy atadas á nuestra tierra. Mientras vivimos, por muy altos que estemos, no hay cosa que más importe que la humildad. Y ansí es bueno y muy re-bueno tratar de esta humildad, pero tambien procuremos conocer la grandeza de Dios, y ansí veremos más nuestra suciedad; considerando la humildad divina, veremos cuán distantes estamos de ser humildes. Y en

esto hay dos ganancias, la una es que la cosa blanca parece muy más blanca cabe la negra, y al contrario la negra cabe la blanca. La segunda es, que nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien, tratando á vueltas de sí con Dios, y si nunca salimos de nuestro cieno y miseria es mucho inconveniente. El que jamás sale de su miseria y tierra, nunca el corriente saldrá del cieno de los temores de pusilanimidad y cobardía, de mirar si me miran, no me miran, si yendo por este camino me sucederá mal, si osaré comenzar aquella obra, si será soberbia, si es bien que una persona tan miserable trate de cosa tan alta como la oracion, si me ternán por mejor, si no voy por el camino de todas, que no son buenos los extremos, aunque sean en virtud, que como soy tan pecadora, será caer de más alto, quizá no iré adelante y haré daño á los buenos, que una como yo no ha menester particularidades.

«¡Oh hermanas mías! Qué de almas debe el demonio de haber hecho perder mucho por aquí. Que todo esto le parece humildad, y viene de no acabar de entendernos, tuerce el propio conocimiento, y si nunca salimos de nosotros mismos no me espanto, que esto y más se puede temer. Por esto digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo, y allí deprenderemos la verdadera humildad y en sus Santos, y ennoblecerse há el entendimiento, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde. Terribles son los ardides del demonio, para que las almas no se conozcan ni entiendan sus caminos.»

Por esta leccion de santa Teresa se ve lo primero, como el pecado mortal es el mayor impedimento para la oracion, no porque el hombre en pecado no pueda levantar los ojos á Dios, sino porque esto no lo puede hacer como conviene, sin una *gracia* excitante, como la que hizo con el paralítico, la cual jamás niega el Señor, si el pecador no se hace sordo á los golpes, llamamientos é inspiraciones. Lo segundo, que para comenzar el camino de oracion no es necesaria la perfeccion, sino el deseo de ella y de salir de la barahunda del mundo y de las cosas que no le son necesarias por

su estado y le impiden; pues en la oracion es donde se van purificando y fortaleciendo esos deseos y las buenas obras. Lo tercero, que los dos ejes de la oracion deben ser el conocimiento propio y el de Jesucristo, por manera que el primero nos haga conocer que somos ciegos, desnudos y mendigos pobres, y esto nos haga levantar los ojos y corazon á Jesucristo, que es la fuente de toda gracia. Todo esto debe servirnos para humillarnos y no ensoberbecernos, conociendo que nada podemos sino por Dios, mas esto debe ser sin cobardía, mirando á quien es nuestra fortaleza y nos alarga la mano, y así se excitará en nosotros un valor grande para emprender este camino, *fiados* en la gracia de Dios y *desconfiados* de nuestras fuerzas.

FRUTO. — Huir de todo pecado mortal, que es el principal impedimento para entrar en oracion.

MÁXIMA. — La puerta para entrar en el castillo de nuestra alma no es otra que la oracion, no digo más vocal que mental, pues toda oracion debe de ser atenta.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CIII.

DIA 12 DE ABRIL.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Exhorta la Santa á que todos entren en el camino de la oracion, para la que se necesita gran determinacion y desprecio de los vanos temores que procura inspirar el mundo.

Es inimitable santa Teresa en sus dulces exhortaciones. Oigamos cómo llama á todos los hombres al ejercicio de la oracion (1). «Como Su Majestad entendió nuestra flaqueza, proveyó como quien es, en disponer

(1) Cam. de perf., cap. xx.

varios caminos para venir á beber de esta fuente de agua viva (en la oracion). Públicamente nos llama á voces, mas como es tan bueno no nos fuerza, antes da de muchas maneras á beber á los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado ni muera de sed. Porque de esta fuente caudalosa salen arroyos (esto es, de la oracion), unos grandes, otros pequeños, y algunas veces charquitos para niños, que á aquellos les basta, y más les seria espantarlos ver mucha agua: Estos son los que están á los principios. Ahora, pues, para comenzar este camino, de modo que no se yerre desde el principio, veamos cómo debe comenzarse esta jornada, que es lo que más importa para todo. No digo que quien no tuviere la determinacion que aquí diré deje de comenzar, porque el Señor le irá perfeccionando, y cuando no hiciere más que dar un paso, no dejará de ser bien pagado. Ansí que aunque no vaya despues por el mesmo camino, lo poco que hubiere andado por él le dará luz para que vaya bien por otros, y si más anduviere, más. En fin, tengo por cierto no le hará daño el haber comenzado para cosa ninguna, aunque la deje, porque el bien nunca hace mal.»

Aquí sigue encargando á sus hijas que procuren quitar el miedo de comenzar el camino de oracion, á cuantos tratan con alguna amistad, y que su trato se reduzca á esto solo, y no varias expresiones de si me quiere ó no me quiere, que *no es tiempo de juego de niños, que tales parecen las amistades del mundo, aunque sean buenas.* «Bien puede acaecer, añade, que para que os escuchen una verdad sea menester disponer la persona con estas pláticas y muestras de amor que á la sensualidad contentan, y acaecerá tener en más *una buena palabra*, que ansí llaman, que muchas de Dios, y ansí yendo con advertencia de aprovechar no las quito, mas si no es para esto, ningun provecho puedè traer, y sí hacer mucho daño sin entenderlo. Quien os quisiere tratar, deprenda este trato y lenguaje de oracion, ó sino, guardaos vosotras de deprender el suyo, que será infierno. Si os tuvieren por groseras, poco va en ello: si por hipócritas, menos. Ganaréis de aquí que

no os vea, sino quien se entendiére por esta lengua...» Prevenidas las hijas con estas advertencias, sigue hablando de la oracion en esta forma (1): «No os espanteis de las muchas cosas que es menester mirar para comen- zar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Gánase yendo por el gran tesoro, y tiempo vendrá que se vea cuán no nada es todo lo que ahora cuesta la ora- cion. Lo primero, y que más importa al principio para seguir el camino de oracion, es una grande y determi- nada determinacion de no parar hasta llegar á ella (es- to es, hasta la contemplacion), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, ó se muera en el camino, ó no tenga corazon para los tra- bajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo, co- mó muchas veces acaece, con decirnos: hay peligros; fulano por aquí se perdió; el otro se engañó; el otro que rezaba mucho, cayó; hacen daño á la virtud; no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones; mejor será que hilen; no han menester esas delicadezas; bas- ta el *Pater noster* y *Ave Maria*. Esto así lo digo yo, ¿y cómo si basta? Siempre es gran bien fundar vuestra oracion sobre oraciones, dichas de tal boca como la del Señor. En esto tienen razon, que si no estuviese nues- tra flaqueza tan flaca y nuestra devocion tan tibia, no eran menester otros conciertos de oraciones, ni otros libros, y por estos principios iré fundando todo lo que es oracion. No digo que diré declaracion, sino conside- raciones sobre el *Pater noster*. Ningun caso hagais de miedos que os pusieren, ni de peligros que os pintaren por la oracion. Donosa cosa que quisiera yo ir por un camino á donde hay tantos ladrones sin peligros y ga- nar un gran tesoro. Pues bueno anda el mundo para que os lo dejen tomar en paz, sino que por un marave- dí de interese, se pondrán á no dormir muchas noches y á desosegaros cuerpo y alma. Pues si yéndolo á ga- nar por camino real os dicen hay tantos peligros y os ponen tantos temores, los que van á su parecer á ganar

(1) Cam. de perf., cap. xxi.

este bien (el cielo) sin camino, ¿qué son los peligros que llevarán? Muchos más sin comparacion, pues ni tienen camino ni quien les dé la mano, ni poca ni mucha agua, ni entienden hasta que dan en el verdadero peligro: está claro que morirán de sed. Pues creedme, que no hay otro camino sino el de la oracion (para salvarse). Y no hablo que sea vocal ó mental, que todo es necesario. Quien os dijere que esto es peligro, tenedle por el mismo peligro, y huid de él. Peligroso será no tener humildad y las otras virtudes, ¿pero camino de oracion *camino de peligro*? Nunca Dios tal quiera; que el demonio parece ha inventado poner estos miedos, y así ha sido mañoso para hacer caer á algunos que tenían oracion. Y miren cuán grande es la ceguedad del mundo, que no miran los *millares* que han caido en herejía y en grandes males sin tener oracion ni saber qué cosa era; y porque el demonio hizo caer á algunos que tenían oracion, ponen tanto temor á los que van por este camino. Esto es huir del bien por librarse del mal. Nunca tan mala invencion he visto del demonio. ¡Oh Señor mio! Tornad por Vos; mirad que entienden al revés vuestras palabras. A quien Su Majestad ha dado luz para conocer el verdadero camino, le crece más el deseo de no parar por estos temores. Ve el golpe que quiere darle el demonio, y hurtarle el cuerpo, y quiébrale la cabeza, pues siempre levanta el Señor alguno que abra los ojos, y diga que el demonio pone nieblas, y ciega para no ver bien el camino, y á las veces un hombre solo ó dos que digan verdad valen más que muchos juntos. Si dicen que hay peligro en la *oracion*, hacen entender cuán buena es la *oracion*, si no por palabras, que sea por obras. Si dicen que no es bien tan á menudo las comuniones, entonces frecuentarlas más: así que como haya uno ó dos que sin temor sigan lo mejor, luego torna el Señor poco á poco á ganar lo perdido. Dejaos, pues, de estos miedos, no hagais caso de la opinion del vulgo; mirad que no son tiempos de creer á todos, sino á los que viéredes van conforme á la vida de Cristo. Conciencia limpia, menosprecio del mundo, y creer lo que dice la fe y la Iglesia;

bien seguro camino llevaréis. Dejaos de temer donde no hay motivo de temer. »

Esta instrucción arrastra sin duda á quien la lea para dedicarse á la oracion, y se le quitan todos los temores, que es el fin de la Santa, para que todos la sigan.

FRUTO. — Entrar animosos por el camino de la oracion, determinados á no parar hasta llegar á la contemplacion, siquiera se hunda el mundo.

MÁXIMA. — No os espanteis de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CIV.

DIA 13 DE ABRIL.

ORACION. — ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Nos hace ver santa Teresa qué cosa es oracion mental y vocal, y como toda consiste en atender con quien hablamos, y lo que somos nosotros, y cuántos grados hay de oracion.

Para explicar santa Teresa qué cosa es oracion, gasta muy pocas palabras, pues algunos que quieren declararlo lo confunden más con sus precisiones y discursos. Todos saben que orar no es otra cosa que hablar con Dios ó pensar en él, y supuesto este principio, reduce la Santa cuanto puede decirse, á que se entienda y se atienda con quien hablamos. «Sabed, hijas, dice (1), que no está la falta para ser ó no ser oracion mental en tener cerrada la boca. Si hablando entiendo que hablo con Dios y estoy con advertencia en ello,

(1) Cam. de perf., cap. xxii.

junto esta oracion mental y vocal; mas si rezando el *Pater noster* pensamos en el mundo, aquí callo, porque ni es oracion vocal ni mental. Si habeis de estar como es razon se hable con tan gran Señor, es bien mireis con quién hablais y quién sois, siquiera por hablar con crianza. Porque ¿cómo podeis llamar al Rey Alteza, ni saber lo que se hace con un Grande, si no entendeis su estado y el vuestro? Conforme á esto se debe hacer el acatamiento. ¡Pues qué es esto, Rey mio! Rey sois, Dios, *sin fin*, que no es reino prestado el que teneis. Cuando en el *Credo* se dice: Vuestro reino no tiene fin, casi siempre me es particular regalo. Aláboos y bendígoos, Señor, para siempre. En fin, *vuestro reino durará para siempre*. Nunca será bueno el que os hablare sólo con la boca. ¡Qué es esto, cristianos! Los que decís no es menester oracion mental, ¿entendeis os? ¿Quereis que todos desatinemos? Ni sabeis cuál es oracion mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, que si lo supiéredes, no condenaríais por un cabo lo que alabais por otro. Yo he de poner siempre oracion vocal y mental, porque no os espanten con miedos en este camino, pues en diciendó á un caminante que va errado, se turba, va de un cabo á otro, se cansa, pierde el tiempo y llega tarde. ¿Quién puede decir que es mal si comienza uno á rezar las horas ó el Rosario, que comience á pensar con quien va á hablar y quién es el que habla, para ver cómo le ha de tratar? Pues yo os digo, hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en entender estos dos puntos se hiciese bien, que primero que comenceis la oracion vocal que vais á rezar, ocupeis harto tiempo en la mental. Sí, que no hemos de llegar á hablar á un príncipe con el descuido que á un labrador, ó como un pobre como nosotras, que como quiera que nos hablaren va bien. Razon es que ya que por la humildad de este Rey no hecha fuera al grosero y pobre que no sabe más, y que gusta más de la grosería de un pastorcillo humilde, que ve que si más supiera más dijera, que de los muy sabios letrados, si no van con humildad; no porque Él sea tan bueno hemos de ser nosotros descomedidos. En mil vidas no

acabaremos de entender cómo merece ser tratado este Señor que los Angeles tiemblan delante de El, todo lo manda, todo lo puede, su querer es obrar. Acá, cuando uno se casa, primero sabe con quién y qué tiene: nosotras ya desposadas, ¿por qué nos quitarán que procuremos entender quién es este Hombre, quién su Padre y qué tierra es á donde me ha de llevar, y qué bienes son los que promete darnos, qué condicion tiene, cómo podré contentarle mejor, en qué le haré placer, y estudiar cómo haré mi condicion que conforme con la suya? Esta es oracion mental, entender estas verdades. Si quieres ir entendiendo y rezando vocalmente, muy enhorabuena, no me esteis hablando con Dios y pensando en otras cosas, que esto hace entender que es oracion mental.»

Con lo dicho por santa Teresa se puede formar idea de lo que es oracion, y cuán unidas están la mental y vocal. Mas no contenta con esto la Santa, nos da una idea general de todos los grados de oracion con una comparacion excelente, y aunque no es mi ánimo seguirla cumplidamente por todas sus partes, sino sólo en orden al primer grado, que es y debe ser comun á todos los hombres, será bueno decir sus palabras, para que lo entienda quien lo necesitare, y que en sus obras se halla todavía más explicada la materia.

«Páreceme ahora á mí, dice (1), que he leído esta comparacion, ni sé donde, ni á qué proposito, mas para el mio ahora conténtame. Ha de hacer cuenta el que comienza (oracion), que comienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas yerbas, y ha de plantar buenas. Pues hagamos cuenta que ya está hecho esto, cuando se determina á tener oracion un alma, y lo ha comenzado á usar, y con ayuda de Dios hemos de procurar crezcan estas plantas, y regarlas para que no se pierdan, sino que echen flores, y así venga el Señor á este huerto muchas veces á deleitarse. Pues veamos cómo se ha de regar, y el trabajo que nos costará. Esto puede ser de cuatro maneras. Primero,

(1) Vid., cap. xi, n.º 3.

sacando el agua de un pozo á brazos. Segundo, sacándola con noria, que es menos trabajo y sale más. Tercero, por medio de rio ó arroyo, que es muy mejor, y queda la tierra más harta y con menos trabajo del hortelano. Cuarto, cuando llueve mucho, que lo riega todo el Señor, sin trabajo alguno nuestro. Por estos cuatro modos de regar se pueden explicar todos los grados de oracion. Quiera Dios que aproveche á una de las personas que me mandaron escribir esto, que el Señor, en cuatro meses que há que tiene oracion, la ha traído más adelante que yo estaba en diez y siete años; hase dispuesto mejor, y ansí sin trabajo suyo, riega este vergel con todas estas cuatro aguas.»

Supuesto, pues, que ya sabemos qué cosa es oracion, dispongámonos como éste de quien habla la Santa, que Dios no dejará de darnos esta agua de vida, si no falta por nuestra culpa. No decaigamos de ánimo por el trabajo de sacar el agua del pozo, ni desistamos porque falte el agua del consuelo, pues Dios no abandona á quien en El confía, y despues de la sequedad viene la lluvia, con que Dios riega con su favor y sin trabajo del hortelano. *La paciencia todo lo alcanza.*

FRUTO. — En la oracion atender ante todo y entender con quien hablamos.

MÁXIMA. — Si habeis de estar como es razon se hable con tan gran Señor, es bien mireis con quién hablais y quién sois, siquiera por hablar con crianza.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CV.

DIA 14 DE ABRIL.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Explica la Santa el primer grado de oracion, y dice por qué permite Dios las sequedades; y los medios para aprovecharse de ellas, y evitar las turbaciones.

«Los que comienzan á tener oracion, dice la Santa (1), son los que sacan el agua del pozo para regar, que es muy á su trabajo, porque han de cansarse en recoger los sentidos, acostumbrados á andar derramados. Se han de ir acostumbrando á no se les dar nada de ver ni oír, y ponerlo por obra las horas de oracion, estar en soledad para pensar su vida pasada. Al principio andan con pena, pues no acaban de entender que se arrepienten de los pecados; y sí lo hacen, pues se determinan á servir á Dios de veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo, y cánsase el entendimiento en esto. Hasta aquí podemos adquirir nosotros, con el favor de Dios, que sin éste ya se sabe no podemos tener un buen pensamiento. Esto es comenzar á sacar agua del pozo, y plega á Dios que haya agua en él, mas al menos no quede por nosotros, que ya vamos á sacarla, y hacemos lo que podemos para regar estas flores; y es Dios tan bueno, que cuando quiere por nuestro provecho que el pozo esté seco (esto es, que no haya devocion, sino aridez), si hacemos lo que podemos, sin agua sustenta las flores, y hace crecer las virtudes.

«¿Mas qué hará el que ve que en muchos dias no hay más que sequedad, disgusto, desabor, y tan mala gana para venir al pozo, ó echar muchas veces el caldero y sacarle sin agua? Muchas veces le acaecerá no poder

(1) Vid., cap. II, n.º 5.

alzar los brazos para esto, ni podrá tener un buen pensamiento, que este obrar con el entendimiento es el sacar el agua del pozo. ¿Pues qué hará aquí el hortelano? Alegrarse y consolarse, pues trabaja en un huerto de tan gran Emperador, y sabe le contenta en aquello, y su intento no ha de ser contentarse á sí, sino á El, alábele mucho, que hace de él confianza, pues ve que sin pagarle nada, tiene tan gran cuidado de lo que le encomendó, y ayúdele á llevar la cruz, y piense que toda la vida vivió en ella, y no quiera acá su reino, ni deje jamás la oracion. Aunque toda la vida dure esta sequedad, no deje á Cristo caer con la cruz; tiempo verná que se lo pague por junto, no haya miedo se pierda el trabajo, á buen amo sirve, mirándole está; no haga caso de malos pensamientos, mire que tambien los representaba el demonio á san Jerónimo en el desierto. Su precio se tienen estos trabajos. Sé que son éstos grandísimos, y es menester más ánimo que para otros muchos trabajos del mundo; mas he visto, no deja Dios sin gran premio áun en esta vida, pues con una hora de gusto que me ha dado el Señor de sí, quedan pagadas todas las congojas que pasé. Da el Señor estos tormentos y tentaciones para probar á sus amadores, y saber si podrán beber el cáliz, y ayudarle á llevar la cruz, antes que ponga en ellos grandes tesoros, y tambien lo hace para que entendamos bien lo poco que somos. Quiere que veamos antes nuestra miseria que sus favores, porque no nos acaezca lo que á Lucifer. No hay que afligirse gente espiritual, que quiere tratar á solas con Dios, y dejar los pasatiempos del mundo: lo más está hecho; alabad por ello á Su Majestad, y fiad en su bondad que nunca falta á sus amigos; atapad los ojos; no penseis por qué á éste de pocos dias de oracion da la devocion, y no á mí de tantos años. Creamos que todo es para nuestro bien. Guie Su Majestad por donde quisiere, ya no somos nuestros, sino suyos. Harta merced nos hace en que estemos en el huerto, y cabe á Él, que cierto está con nosotros. Si Él quiere que crezcan las flores y virtudes con agua y sin agua, ¿qué se me da á mí? Padecer quiero, pues padecisteis por

mí, cúmplase de todas maneras vuestra voluntad. Quien comienza á caminar, no dándosele mucho de consuelos ni desconsuelos, de gustos y ternuras, ó de sequedades, ya tiene andado gran parte del camino, y no haya miedo de tornar atrás, aunque más tropiece, porque va comenzado el edificio en firme fundamento. No está el amor de Dios en tener lágrimas, ni gustos ó ternuras, sino en servir en justicia, fortaleza de ánimo y humildad. Hay muchos que jamás acaban de acabar esta determinacion. Andan afligidos, pareciéndoles no harán nada; en no obrando el entendimiento no lo pueden sufrir, y por ventura entonces engorda la voluntad y toma fuerzas, y ellos no lo entienden. Hemos de pensar que no mira el Señor estas cosas, que aunque á nosotros nos parecen faltas, no lo son; ya sabe Su Majestad nuestra miseria mejor que nosotros, y sabe que estas almas desean siempre pensar en Él, y amarle. Esta determinacion es la que quiere; estoto afligimiento no sirve más de inquietar el alma, y si habia de estar inhábil para aprovechar una hora, que lo esté cuatro. Muchas veces viene de indisposicion natural ó corporal, que somos tan miserables, que participa la pobrecita alma encarcelada de las miserias del cuerpo y mudanzas de los tiempos, y las vueltas de los humores muchas veces hacen que sin culpa suya no pueda hacer lo que quiere, sino que padezca, y cuanto más la quieren forzar en estos tiempos es peor y dura más el mal, sino que *haya discrecion*. Entiendan son enfermos, mudese la hora de oracion; pasen como pudiesen este destierro, que harta mala ventura es de un alma que ama á Dios ver que vive en esta miseria, y que no puede lo que quiere, por tener un tan mal huésped como este cuerpo. Dije con discrecion, porque alguna vez el demonio lo hará, y así es bien, ni siempre dejar la oracion cuando hay gran distraimiento y turbacion, ni siempre atormentar el alma á lo que no puede: otras cosas hay exteriores de obras de caridad y de leccion, aunque á veces aún no estará para esto, sirva entónces al cuerpo por amor de Dios, porque otras veces muchas sirva él al alma, y tome algunos pasatiem-

pos santos de conversaciones que lo sean, ó irse al campo, como aconsejare el confesor, y en todo es gran cosa la experiencia, que nos da á entender lo que más conviene, y en todo se sirve á Dios. Suave es su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, como dicen, sino llevarla con suavidad para su mayor aprovechamiento. Ansí torno á avisar, y aunque lo diga muchas veces no va nada, que importa mucho, que ni de sequedades ni de inquietud y distraimiento en los pensamientos nadie se apriete ni aflija si quiere ganar libertad de espíritu y no andar siempre atribulado: comience á no se espantar de la cruz, y verá como se la ayuda á llevar el Señor, y con el contento que anda y el provecho que saca de todo, porque ya ve que si el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el agua. Verdad es que no debemos estar descuidados para cuando la haya sacarla, porque entónces ya quiere Dios por este medio multiplicar las virtudes.»

Y para que conozcamos más este estado, veamos lo que la sucedía á la Santa, áun cuando estaba en el estado más sublime (1). «Me ha acaecido estar ocho dias, que ni conocimiento ni memoria de las mercedes parece tenia, sino embobada el alma, puesta ni sé en qué, ni cómo, no en malos pensamientos, mas tan inhábil para los buenos, que me reía de mí, y gustaba de ver la bajeza de un alma, cuando no anda Dios *siempre obrando en ella*. Aunque pone leña, y hace eso poco que puede, no hay arder el fuego de amor de Dios; harta misericordia suya es, que se ve el humo, para entender no está del todo muerto, torna el Señor á encender, que entónces un alma, aunque se quiebre la cabeza en soplar y concertar los leños, parece que todo lo ahoga más. Creo es lo mejor rendirse del todo á que no puede nada por sí sola, y entender en otras cosas, como he dicho meritorias, porque quizá la quita el Señor la oracion, porque entienda en ellas y conozca por experiencia lo poco que puede por sí...» ¡Será posible que alguno lea esta doctrina que no se sienta deseoso de entrar en

(1) Vid., cap. xxxvii, n.º 4.

el camino de la oracion, y determinarse á la vida espiritual, con una Maestra tan sábia y Madre tan amorosa! Tomemos, pues, este aviso suyo, que es el sesenta y cinco: «En tiempo de tristeza y turbacion no dejes las buenas obras que solias hacer de oracion y penitencia, antes tengas más que solias, y verás cuán presto te favorece el Señor.»

FRUTO.—No dejar jamás la oracion, aunque toda la vida dure la sequedad.

MÁXIMA.—Da el Señor estos tormentos de *sequedades* y tentaciones en la oracion para probar á sus amadores y saber si podrán beber el cáliz y ayudarle á llevar la cruz.

JACULATORIA.—Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CVI.

DIA 15 DE ABRIL.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Causas y razones que presenta la Santa para no volver atrás en la oracion jamás, y cómo se debe orar vocalmente, y cuán junta se halla la oracion vocal con la mental.

No se cansa santa Teresa de repetir cuán necesaria es la total determinacion de no volver atrás en el camino de oracion, por muchas razones. «La una es, dice (1), porque no es razon á quien tanto nos da y ama, darle esto poquito como prestado, para volvérselo á quitar dentro de poco. Esto no me parece á mí que es dar, antes siempre queda con algun disgusto á quien han prestado alguna cosa cuando se la tornan á tomar, en especial si la miraba ya como suya propia. Aún mucho

(1) Cam. de perf., cap. xxiii.

más si son amigos, y á quien la prestó debe muchas, dadas sin interés, con razon le parecerá poquedad y muy poco amor, que aún una cosa suya no quiere dejar en su poder, siquiera por señal de su amor. ¿Qué esposa hay que recibiendo muchas joyas de su esposo, no le quiera dar una sortija, no por lo que vale, pues ya es todo suyo, sino por prenda de que será suya hasta la muerte? ¿Pues qué menos merece este Señor para que burlemos de El, dando y tomando una nonada que le damos? Este poquito tiempo que le damos (en la oracion) del mucho que gastamos con otros que no nos lo agradecerán, démoselo libre el pensamiento, y desocupado de otras cosas con toda determinacion de nunca jamás se lo tornar á tomar por trabajos que por ello nos vengán, ni por contradicciones ni sequedades, sino que como cosa ya no mia, tenga aquel tiempo, y piense me lo pueden pedir por justicia, cuando del todo no se lo quisiere dar. Llamo del todo, porque no se entiende, que dejarlo algun dia ó algunos por ocupaciones justas ó indisposicion, es tomársele ya. La intencion esté firme, que no es nada delicado mi Dios, no mira en menudencias. En fin, haga algo, que todo lo toma en cuenta este Señor nuestro; para tomarnos cuenta no es nada menudo, sino generoso, por grande que sea el alcance, tiene El en poco perdonarle, para ganarle. Es tan mirado, que no hayais miedo que un alzar de ojos con acordarnos de El, deje sin premio.

«Otra causa es (para esta determinacion) porque el demonio no tiene tanta mano para tentar. Há gran miedo á almas determinadas, porque tiene él ya experiencia que le hacen gran daño, y cuanto él ordena para dañarlas viene en provecho de ellas y de otras, y que sale él con pérdida. Mas no hemos de estar descuidados, porque las hemos con gente traidora, y si viese descuido haria gran daño. Pero si conoce á uno por mutable y que no está firme en el bien y con gran determinacion de perseverar, no le dejará á sol ni sombra, miedos le porná é inconvenientes que nunca acabe. La otra cosa que hace mucho al caso es, que pelea con más ánimo, ya sabe que venga lo que viniere no ha de

tornar atrás. Es como uno que está en una batalla, que sabe que si le vencen no le perdonarán la vida, y que ya que no muera en la batalla ha de morir despues, pelea con más determinacion y quiere vender bien su vida, como dicen, y no teme tanto los golpes porque lleva delante la victoria, que es lo que le importa, y como que le va la vida (eterna) en vencer. Es tambien necesario comenzar con seguridad de que si no nos dejamos vencer saldremos con la empresa; esto sin ninguna duda y por poca ganancia que saquen saldrán muy ricos. No hayais miedo que os deje morir de sed el Señor que nos llama á que bebamos de esta fuente. Esto ya queda dicho y querríalo decir muchas veces, porque acobarda mucho á personas que aún no conocen del todo la bondad del Señor por experiencia, aunque le conocen por la fe. Mas es gran cosa hacer experiencia con la amistad y regalos que trata á los que van por este camino, y como les hace casi toda la costa, y los que esto no han probado no me maravillo que quieran seguridad de algun interés. Pues ya sabeis que es ciento por uno aún en esta vida, y que dice el Señor: Pedid y daros han: si no creéis á Su Majestad, que lo dice en el Evangelio, poco aprovecha que me quiebre yo la cabeza á decirlo. Todavía digo, á quien tuviere duda, que poco se pierde en probarlo, que esto tiene de bueno este viaje, que se da más de lo que se pide ni acertamos á desear. Esto es sin falta, y lo sé, y á muchas de vosotras puedo presentar por testigos. Algunos se atemorizan (1) de sólo oír el nombre de oracion mental, pues para estas tales personas quiero decir como han de rezar el *Pater noster*, pues es razon entendais lo que decís. Y porque quien no puede pensar en Dios puede tambien que oraciones largas le cansen, tampoco me quiero entremeter, sino en las que por cristianos debemos decir como el *Padre nuestro*: lo que yo quiero es, que cuando decimos *Credo*, razon será se entienda y sepa lo que se cree, y cuando digo *Padre nuestro*, amor será entender quien es este Padre nuestro que

(1) Cam. de perf., cap. xxiv.

nos enseñó esta oracion. Pues quanto á lo primero ya sabeis que enseña Su Majestad que sea á solas (la oracion), que ansí lo hacia El siempre que oraba, y no por su necesidad sino por nuestro enseñamiento. Ya esto dicho se está, que no se sufre hablar con Dios y con el mundo, que no es otra cosa estar rezando y escuchando por otra parte lo que otros hablan, ó pensar en lo que se le ofrece sin más irse á la mano; salvo si no es en algunos tiempos, que ó de malos humores y más si tiene melancolía ó flaqueza de cabeza, que aunque más lo procura no puede; ó permite Dios dias de grandes tempestades en sus siervos para más bien suyo, y aunque se afligen y procuran quietarse, no pueden ni están en lo que dicen, aunque más hagan, ni asienta en nada el entendimiento, sino que parece tiene frenesí, segun anda desbaratado, y en la pena que da á quien lo tiene verá que no es la culpa suya. Y no se fatigue, que es peor, ni se canse en poner seso á quien por entonces no lo tiene, que es su entendimiento, sino reze como pudiere, y aún no rece; como enfermo, procure dar alivio á su alma, y entienda en otra obra de virtud. Esto es para personas que traen cuidado de sí y tienen entendido no han de hablar á Dios y al mundo junto. Lo que podemos nosotros hacer es procurar estar á solas, y plega á Dios que baste, y nos responda el Señor. ¿Pensáis que se está callando, aunque no le oimos? Bien habla al corazon: quando le pedimos de corazon no se necesita dar voces, que muy junto está el Maestro al discípulo. Diréis que esto es ya oracion mental, que no quereis ni podeis más que rezar vocalmente, porque hay personas tan mal sufridas y amigas de no se dar pena, y dicen que no saben ni pueden más que rezar vocalmente sin recoger el pensamiento. Teneis razon en decir que es oracion mental, mas yo os digo cierto, que no sé cómo lo aparte, si ha de ser bien rezado ló vocal, y entendiendo con quien hablamos, y aún es obligacion que procuremos rezar con advertencia, y plega á Dios que con estos remedios vaya bien rezado el *Pater noster*, y no acabemos en otra cosa impertinente. El remedio mejor es procurar tener el pen-

samiento en quien enderezó las palabras. Por esto tened paciencia y procurad hacer costumbre de cosa tan necesaria (1). Es muy posible que estando rezando el *Pater noster* os ponga el Señor en contemplacion perfecta, pues así muestra Su Majestad que oye al que le habla».

No puede decirse más, ni mejor, ni con más energía y suavidad lo que importa determinarnos á la oracion vocal y mental, cuya diferencia no consiste en hablar como el papagayo y orar sin palabras por discurso. Ciertamente aquí hallarán consuelo los que son atormentados de distracciones; pero, como advierte la Santa, siempre se debe tener gran cuidado de no fomentar los pensamientos, ni estar voluntariamente distraidos, ni rezar tan de priesa, como quien quiera acabar la tarea, ni poner la fuerza en muchas y largas oraciones vocales, sino en decirlas con atencion al Señor con quien se habla; y si por esto en una hora no se puede rezar más que un *Padre nuestro* y *Ave María*, no por esto se ganará menos que rezando muchos Rosarios enteros (2). No es amigo de que nos quebrems las cabezas hablándole mucho.

FRUTO. — En este poquito tiempo que damos á Dios en la oracion, darle libre el pensamiento y desocupado de otras cosas, con toda determinacion de nunca jamás se lo tornar á tomar por trabajos que por ello nos vengán ni por contradiccion ni sequedades.

MÁXIMA. — Há gran miedo el demonio á algunas almas determinadas, porque tiene él ya experiencia que le hacen gran daño... pero si conoce á uno por mudable, no lo dejará á sol ni sombra.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

(1) Cam. de perf., cap. xxv, n.º 4.

(2) Id., cap. xxix, n.º 4.

LECCION CVII.

DIA 16 DE ABRIL.

ORACION.—; Oh Dios mio... como en la página 7.

Enseña la Santa prácticamente cómo se ha de procurar recoger el pensamiento, considerando al Señor dentro de su alma, y cuanto se facilita por este medio este ejercicio.

«Para rezar (ú orar) como es razon, dice santa Teresa (1), lo primero ha de ser examinar la conciencia, santiguaros y decir la Confesion. Luego procurad, pues estais solo, buscar ó tener compañía. ¿Y qué mejor que la del mesmo Maestro que nos enseñó la oracion que vais á rezar del *Padre nuestro*? Representad al mesmo Señor junto á vos y mirad con qué amor y humildad os está enseñando, y creedme, no esteis sin tan buen amigo. Si os acostumbrais á esto, no le podréis echar, como dicen, de vos; no os faltará para siempre; ayudaros há en todos los trabajos; tenerle heis en todas partes. No os pido ahora que penseis en El, ni que saqueis muchos conceptos, ni que hagais grandes ni delicadas consideraciones; no os pido más que le mireis. ¿Pues podeis mirar cosas muy feas y no podeis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Si no os pareciere bien, os doy licencia que no le mireis, pues nunca quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. Haos sufrido mil cosas feas y abominaciones, y no ha bastado para que os deje de mirar; ¿y será mucho que, quitados los ojos de estas cosas exteriores, le mireis algunas veces? No aguarda sino que le miremos. El quiere que vosotras seáis la señora, y andar El á vuestra voluntad. Si estais alegre, miradle resucitado, que sólo imaginar cómo salió del sepulcro, os alegrará ver con

(1) Cam. de perf., cap. xxvi.

la hermosura con que sale, y como ganó en la batalla un tan gran reino, que todo lo quiere para vos. ¿Y será mucho que á quien tanto os da volvais una vez los ojos á mirarle? Si estais con trabajos ó tristes, miradle camino del huerto, qué afliccion tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mesmo sufrimiento la dice y se queja de ella, y miradle atado á la coluna, lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama, perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado de ellos, sin que nadie vuelva por El, helado de frio, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podeis consolar, ó miradle cargado con la cruz, que aún no le dejaban huelgo. Miraros ha El con unos ojos tan hermosos y piadosos, que olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque volvais á El la cabeza. Si se enternece el corazon de verle así, decidle, no con oraciones compuestas, sino con la pena que sentís: ¡Oh Señor del mundo! ¡Esposo mio! ¡Tan necesitado estais, bien mio, que quereis admitir una compañía tan pobre como la mia, y en vuestro semblante veo que os habeis consolado! ¿Pues cómo es posible os dejen los Angeles y vuestro Padre? Si es así y que todo lo quereis pasar por mí, ¿qué es lo que yo paso por Vos? ¿De qué me quejo? Yo tengo vergüenza y quiero pasar por Vos todos los trabajos que me vinieren y tenerlos por un gran bien é imitaros. Juntos andemos, Señor, por do quisiéredes; por donde pasáredes tengo yo de pasar. Tomad, hijas, de aquella cruz, no se os dé nada que os atropellen los judíos, porque El no vaya con tanto trabajo, no hagais caso de lo que os digan, haceos sordos á las murmuraciones, tropezando y cayendo, no os aparteis de la cruz ni la dejeis. Si comparais vuestras penas con las suyas saldréis consolados, porque veréis que las vuestras son cosa de burla al lado de las suyas. Ni digais que si viviérades en su tiempo le miráredes siempre, mas ahora, no teniéndole en vida delante de los ojos, no podeis. No creais esto, pues quien ahora no se hace un poco de fuerza para mirarlo dentro de sí, muy menos se pusiera al pié de la cruz con la Magda-

lena que via la muerte al ojo. Lo que podeis hacer para ayuda de esto es procurar traer una imágen y retrato de este Señor que sea á vuestro gusto, no para traerle en el seno y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con El, que El os dará qué le decir. Como hablais con otras personas, ¿por qué os han de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creais: al menos yo no lo creeré si lo usais, porque si no, si faltaran, que el no tratar con una persona causa extrañeza, y no saber cómo no hablar con ella, que parece no la conocemos, y aunque sea deudo, porque deudo y amistad se pierde con la falta de comunicacion. Tambien es remedio tomar un libro de romance bueno, áun para recoger el pensamiento para venir á rezar bien vocalmente, y poquito á poco ir acostumbrando el alma, con halagos y artificio para no la amedrentar. Haced cuenta que há muchos años se fué vuestro Esposo de con vosotros, y que para que torne es menester mucho artificio y ruegos, que ansí somos los pecadores. Tenemos el alma acostumbrada y el pensamiento á andar á su placer, ó más bien á su pesar, de modo que ella no se entiende, ni puede valerse para tornar á tomar amor á su casa y necesita arte para estar en ella, y si no es ansí poco á poco, no harémos nada. Pues juntaos cabe este Maestro muy determinadas á deprender lo que os enseñare, y Su Majestad hará que salgais buenas discípulas, ni os dejará si no le dejais. No le volvais la espalda (1), que esto es estar hablando con Dios y pensando mil vanidades. Viene todo el daño de no mirarlo cerca (dentro del alma), sino léjos, y cuán léjos si le vamos á mirar en el cielo. »

Parece que ni más sencilla ni más eficazmente se puede explicar el modo práctico de tener oracion, empenando á todos en este ejercicio sin hacer caso de los vanos temores de perderse. «Cosa extraña es, dice, este temor, como si el demonio no tentara á los que no tienen oracion, y que se espanten más de uno que engaña allegado á perfeccion, que de cien mil que hay en

(1) Cam. de perf., cap. XXIX, n.º 4, y cap. XXXIX, n.º 6.

pecados públicos, donde no hay que andar á mirar si es bueno ó malo, pues de mil leguas se entiende.»

Conviene que se repita esta doctrina y reflexion de la Santa sobre la inconsecuencia del mundo en temer la oracion, porque los puede engañar y engañó á alguno, y se estén muy serenos en medio de los peligros y sin armas; y aún podíamos continuar la letra de la Santa, si no la hubiéramos ya traído otra vez. «Si nosotros aquí retirados en las cuevas, decian en una ocasion los hijos de Israel, aún tememos el enemigo, ¿qué seria si lo viéramos delante de nosotros ó saliéramos á donde él está?» Pues si aún en la oracion y retiro hay tanto peligro, ¿cuánto más lo tendremos en medio del mundo, que es el campo de batalla, rodeados por todas partes y desarmados é indefensos? Con esta reflexion cerraremos la boca á los que quieran desviarnos de la vida espiritual por las caidas y escándalos de algunos.

FRUTO. — Representar en la oracion al mismo Señor junto á nosotros, ó dentro del alma, y mirar con qué amor y humildad nos está mirando y enseñando.

MÁXIMA. — En la oracion no esteis sin tan buen amigo *como es Cristo*. Si os acostumbrais á esto, no le podreis, como dicen, echar de vos... Miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos que olvidará sus dolores para consolar los vuestros.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CVIII.

DIA 17 DE ABRIL.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Trata la Santa sobre la gran necesidad que todos tienen, aunque muy espirituales, de pensar en la Humanidad de Jesucristo, respondiendo á todos los argumentos, y aficionándose á meditar en la Pasion del Señor.

Uno de los puntos en que más insiste santa Teresa es en que jamás deje quien tiene oracion de meditar en la Pasion de Jesucristo y su Humanidad, y esto aunque haya llegado á lo más subido de la contemplacion. «Esto es, dice (1), cosa que aunque me han contradecido en ella y dicho que no lo entiendo, á mí no me harán confesar que es buen camino (dejar la Humanidad por pensar en cosas de la Divinidad y no corpóreas). Yo puede ser que me engañe, y que digamos todos una cosa, mas yo ví me queria engañar el demonio por ahí y así oso decir, no creais á quien os dijere otra cosa, y yo procuraré darme á entender. Tambien les parecerá á algunos no pueden pensar en la Pasion, pues menos podrán en la Virgen y Santos, que tanto nos aliena su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan, porque apartados de todo lo corporal, para espíritus angélicos es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate, piense y se acompañe de los que teniéndole hicieron tan grandes hazañas por Dios, cuanto más apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio, que es la Humanidad de Cristo, y no puedo creer lo hacen, sino que no se entienden, y así harán daño á sí y á otros. Al menos yo les aseguro no entren en estas dos moradas postreras (que son las del más subido

(1) Mor. VI, cap. vii, n.º 4.

grado de oracion); porque si pierden la guia que es Jesús, no acertarán el camino, harto será si están en las otras con seguridad. El mismo Señor que dice es camino, dice tambien que es luz, y que ninguno puede ir al Padre sino por Él, y quien me ve á Mí ve á mi Padre. Dirán que se da otro sentido á estas palabras. Yo no sé otros sentidos, con este que siente mi alma ser verdad, me ha ido muy bien. Hay almas que como las da el Señor contemplacion perfecta quisieran estarse siempre allí, y no puede ser; mas quedan de manera que no pueden discurrir en los misterios de la Pasion y vida de Cristo como antes, y queda como inútil el entendimiento para la meditacion; creo debe ser la causa, que como en la meditacion se busca á Dios, una vez que se halla y queda el alma acostumbrada á buscarle por la *voluntad*, no quiere cansarse con el *entendimiento*: pero muchas veces es menester quien sople (el entendimiento) para echar calor de sí. ¿Seria acaso bueno que el alma se estuviese con esta sequedad, esperando fuego del cielo, como hizo nuestro Padre Elías? No, por cierto, ni es bien esperar milagros: el Señor los hace cuando es servido, mas quiere nos tengamos por tan ruines que no merecemos los haga, sino que nos ayudemos cuanto podamos. Y tengo para mí que hasta que muramos, por subida oracion que haya, es menester esto. Verdad es que á quien el Señor mete en la séptima morada casi nunca necesita esta diligencia, mas es tambien muy continuo no se apartar de andar con Cristo en una manera admirable, á donde divino y humano junto es siempre su compañía. Ansí, cuando no hay encendido este fuego, ni se siente la presencia de Dios, es menester que la busquemos, como lo hacia la Esposa, y preguntemos á las criaturas quién las hizo, como dice san Agustin, creo en sus meditaciones ó confesiones, y no nos estemos bobos, perdiendo tiempo en esperar lo que una vez se nos dió. Andemos diligentes en contentar á Dios por los mandamientos y consejos, y en pensar su vida y muerte y lo mucho que le debemos: lo demás venga cuando el Señor quisiere. Aquí viene responder, que no pueden detenerse

en estas cosas (corporales), y quizá tendrán razon en alguna manera. Una cosa es discurrir con el entendimiento, y otra que la memoria represente á éste verdades. Llamo *meditacion* al discurrir mucho con el entendimiento de esta manera. Comenzamos á pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos á su Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante á los misterios de toda su vida y Pasion, ó comenzamos en la oracion del huerto, y no pára el entendimiento hasta que está puesto en la cruz; ó tomamos un paso, digamos el prendimiento, y andamos en él considerando las cosas que hay que pensar y sentir, así la traicion de Judas, la huida de los Apóstoles y todo lo demás; y es admirable y muy meritoria esta oracion. De ésta digo, que los que han llegado á cosas sobrenaturales y perfecta contemplacion, no podrán (meditar). Mas no tendrán razon para decir que no puede detenerse en los misterios, y traerlos presentes muchas veces, en especial cuando los celebra la Iglesia; ni es posible que pierda memoria el alma, que ha recibido tanto de Dios, de las muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla más en el que tiene á Nuestro Señor, porque entiende el alma estos misterios por manera más perfecta, y es que se los representa el entendimiento y estánpanse en la memoria, de manera que de sólo ver al Señor caido con aquel espantoso sudor en el huerto, basta, no sólo para una hora, sino para muchos dias, mirando con una sencilla vista quién es y cuán ingratos somos á tan gran pena; luego acude la voluntad, aunque no sea con ternura, á desear servir en algo tan gran merced. Y creo que por esta razon le parece no puede pensar en la Pasion. Y si esto no hace, es bien que lo procure hacer, que yo sé no le impedirá la muy subida oracion, y no tengo por bueno que no se ejercite en ello muchas veces. Si de aquí le suspendiere el Señor, muy en hora buena, que aunque no quiera la hará dejar en lo que está, y tengo por cierto no es estorbo este modo de proceder sino gran ayuda para todo bien. Algunos que llegan á oracion de quietud y á gustar los regalos creen que es gran co-

sa estarse allí siempre gustando: pues créanme no se embeban tanto que es larga la vida y muchas las penas, y se necesita mirar á Jesús cómo las pasó, y áun á sus Santos, para llevarlas con perfeccion. Es muy buena compañía nuestro buen Jesús y su Madre, y gusta nos dolamos de sus penas, aunque dejemos por esto nuestro contento y gusto algunas veces. Creo queda dado á entender, como por espirituales que sean, conviene no huyan tanto de cosas corpóreas que les parecerá aún hace daño la Humanidad de Jesucristo. Alegan lo que el Señor dijo á sus discípulos, *que convenia que El se fuese*. Yo no puedo sufrir esto. A osadas que no lo dijo á su Madre, porque estaba firme en la fe, que sabia era Dios y hombre, aunque ésta la amaba más que los Apóstoles, no le impedía su presencia, sino que antes la ayudaba. No debian estar entonces los Apóstoles tan firmes en la fe como despues estuvieron, y nosotros tenemos motivos para estarlo mucho. Yo os digo que lo tengo por peligroso camino, y que podría el demonio venir á hacer perder la devocion al Santísimo Sacramento. »

De esta doctrina sacamos dos utilidades. La primera, ver cuán necesaria es la meditacion de los misterios de Jesucristo á toda clase de personas espirituales y de oracion, y mucho más á los que no han llegado á lo más sublime, pues como dice la Santa, no debemos pensar alto, sino humildemente de nosotros, y no esperar milagros, sino hacer lo que podamos, que cuando Dios quiera levantarnos ya lo hará, aunque no queramos, y que todo lo demás es peligroso. Lo segundo, nos enseña cuál es la diferencia de la meditacion y contemplacion, pues en la primera obra el entendimiento, y en la segunda la voluntad. Y aunque esto parece ya cosa más subida de lo que pide esta obra, que es para todos, conviene insinuarla para que nadie se engañe.

FRUTO.— Meditar á menudo en la Pasion de Cristo y su Humanidad.

MÁXIMA.— A mí no me harán confesar que es buen camino

dejar la humanidad de Cristo por pensar en cosas de la divinidad y no corpóreas.

JACULATORIA.— Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CIX.

DIA 18 DE ABRIL.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Santa Teresa se descubre práctica y efectivamente Maestra de oración de los más doctos y santos, y nos enseña el método más sencillo de orar y meditar en la Pasión del Señor.

Ya hemos visto que santa Teresa inspira á los que quieren tener oración, la presencia de la Humanidad de Jesucristo, y la diferencia de meditacion y contemplacion, de oración vocal y mental, que para el comun de los fieles se distingue poco, pues toda pide atencion del ánimo, y la contemplacion no es más que el efecto de la meditacion, porque si en ésta se discurre, en la contemplacion se cesa de discurrir y se admiran los atributos y perfecciones divinas, sobre lo que se necesita maestro para saber cuando se halla el alma en esta disposicion, y no adelantarse vanamente, ni tampoco resistir á Dios, cuando eleva el alma á lo más sublime. Pero dejando la delicadeza de estas materias, sigamos el magisterio de Teresa, que sin duda se puede decir que en materia de oracion ha excedido á los maestros más espirituales, pues un san Juan de la Cruz suspende su pluma sobre los éxtasis y raptos (1), por haber tratado estas materias la Madre Teresa con mucho acierto. Ni es sólo san Juan de la Cruz el que así habla

(1) Can. Ep. Stro. XIII, n.º 403.

de la Santa. D. Alvaro de Mendoza (1) la hizo censora de los sugetos más sabios y espirituales. Del P. Gracian dice la Santa (2), que la comunicó toda su alma, y tan por menor, que con ninguno, ni áun con confesor, se habia explicado tanto como con ella. El P. García de Toledo la oía, siendo su confesor, como á Maestra (3); y el P. Ibañez la consultaba y pedia consejo, y áun queria que lo llamase hijo, no obstante que era su confesor. A D. Sancho Dávila, obispo de Jaen y confesor suyo, le instruye y consuela como á hijo en los escrúpulos que tenia de no sentir gran determinacion de no ofender á Dios, en los temores de su miseria y distracciones del Oficio, diciéndole (4) «que no ande en delgadezas de su miseria, y sobre los escrúpulos del rezo, que todo es flaqueza.»

Mas demos una prueba más efectiva de este magisterio de Teresa con los mayores hombres y confesores suyos. Sea el primero el Ilmo. Sr. D. Alonso Velazquez, obispo de Osma, de cuya santidad se trata en una carta y sus notas (5). Mandó este señor Obispo á la Santa, que lo instruyera sobre el modo de tener oracion, y le responde en esta sustancia: «Obedeciendo á su mandato, pedí al Señor le perfeccionara en todas las virtudes de humildad, caridad y zelo de las almas que tiene, y Su Majestad me dió á entender le faltaba lo más necesario para estas virtudes, que es la oracion, pues sin la perseverancia en ésta no pueden durar las virtudes. Es menester sufrir la importunidad, tropel de pensamientos, movimientos sensuales, sequedad, etc. Lo que me fué mostrado del orden que V. S. debe tener en la oracion es, que en el principio, hecha la señal de la cruz, se acuse de sus faltas, y se desnude de todas las cosas, como si hubiera de morir en aquella hora, arrepentirse, y decir en penitencia el *Miserere*. Tras esto diga: A vuestra escuela, Señor, vengo á aprender, y no á ense-

(1) Tom. 1, cap. 5.

(2) Fund., cap. xxiii, n.º 8.

(3) Vid., cap. xxxiv, n.º 7 y 8. Vid., cap. xxxviii, n.º 9.

(4) Tom. 1, cart. 6.

(5) Tom. 1, cart. 8.

ñar. Hablaré con vuestra Majestad, aunque polvo y ceniza y miserable gusano de la tierra. Mostrad en mí, Señor, vuestro poder, aunque miserable hormiga de la tierra. Luego se ha de ofrecer en perpétuo sacrificio de holocausto, y poner delante de los ojos á Jesucristo crucificado, al que con reposo mire y remire parte por parte. Primeramente, considerando la naturaleza divina unida con la humana, mire aquel inefable amor, aquella profunda humildad con que Dios se deshizo tanto hasta ser hombre, y la largueza de su poder en hacernos participantes de su gloria. Y si esto le causare admiracion, quédese aquí. Mírele la cabeza coronada de espinas, adonde se considera la rudeza de nuestro entendimiento y ceguedad: pedirle nos abra los ojos del alma y clarifique nuestro entendimiento con la lumbre de la fe, para entender con humildad quién es Dios, y quién nosotros, y así guardemos sus mandatos y consejos haciendo su voluntad. Y mirarle sus manos clavadas, considerando su largueza y nuestra cortedad. Mirarle los piés clavados, considerando la diligencia con que nos busca, y la torpeza con que le buscamos. Mirarle el costado abierto, descubriendo su corazon y amor con que nos amó, queriendo que por aquella puerta entrásemos en el arca al tiempo del diluvio de nuestras tentaciones y trabajos. Abrir nuestro corazon y descubrirselo, para que lo remedie en sus necesidades. A esta oracion se debe llegar con rendimiento, para ir por donde Dios le quiere llevar. Oiga con atencion la leccion que le diere, hora le muestre la espalda y esconda su rostro, dejándolo fuera y en sequedad, hora le tome de su mano, y lo meta en su recámara. Todo lo ha de llevar con igualdad y humildad. Y cuando le consolare, téngase por indigno, pero alabe su bondad y largueza en comunicarse al hombre. Si es polvo y ceniza, guarde sus condiciones, que son estar en el centro de la tierra; mas cuando el viento le levanta, suba cuanto el soplo de Dios quiera, y en cesando vuelva á su lugar. Esté siempre como el polvo, siempre sentado en su conocimiento propio, y reciba los dones y gracias con gratitud.

«Dícese también, prosigue, que ha de estar como el gusano de la tierra, cuya propiedad es estar el pecho pegado á ella, humillada al Criador y criaturas, aunque la huellen ó las aves la piquen, no se levanta. Por *hollar* se entiende, cuando en la oracion se levanta la carne contra el espíritu con tentaciones y pensamientos, de que haria más provecho en otras ocupaciones, como son de caridad, estudio y gobierno. A lo que debe decir, que la caridad comienza por sí mismo, y que el pastor ve más desde lo alto de la oracion. Llámase gusano de la tierra, porque aunque las aves, que son los demonios, le piquen y molesten con imaginaciones y pensamientos en aquella hora, no dejan su lugar, y aunque parezca se va el corazon, no es poco el fruto que sale de la oracion sufriendo estas molestias, lo cual es ofrecerse en holocausto. Y el estar allí sin sacar nada, no es tiempo perdido, sino de mucha ganancia, porque se trabaja sin interés por la gloria de Dios, y es como los hijos que trabajan en haciendas de sus padres, que aunque no reciben á la noche el jornal, al fin del año se lo llevan todo. El que llega á la oracion, debe trabajar en verano, para tener en el invierno y tiempo de diluvios, trabajos y tentaciones, como la hormiga, y así no perecerá de hambre, como otros animales desapercibidos. Para ir á la oracion, se necesita ir con vestidura de boda y pascua, que es de descanso y no de trabajo, esto es, sin cuidados y negocios del mundo.» Hasta aquí la santa Maestra instruyendo á un grande Obispo, como si fuera un niño. Al P. Rector de la Compañía de Avila, Gonzalo de Avila, y confesor suyo, que la pidió consejo para no distraerse con los negocios precisos, le escribe (1) como Maestra, diciéndole que ella muy de ordinario se acostaba á la una ó las dos, y aún más tarde de la noche por desocupar negocios y estar dispuesta á la oracion, pues aunque algun daño le hace esto al cuerpo, queda el alma libre para Dios. También encargaba muchas cosas á las hermanas, aunque conocia se haria mejor por su mano, mas como se hace

(1) Tom. I, cart. XXI.

por este fin de orar, Su Majestad lo suple. Pero advierte, que esto no se entiende con los asuntos graves, que no pueden excusarse, como lo serán los del P. Rector, y así no los debe encargar todos, pues, haciéndose por Dios, todo es oracion. Baste lo dicho, pues, para confirmar el magisterio de Teresa, y cuán útil es su doctrina de oracion para todos.

FRUTO. — Sufrir la importunidad, tropel de pensamientos, movimientos naturales, sequedad, etc., en la oracion, sin dejarla por ellos.

MÁXIMA. — Regalos ó sequedades en la oracion, todo lo ha de llevar con igualdad y humildad.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CX.

DIA 19 DE ABRIL.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Práctica de Santa Teresa, y medios por donde subió á la contemplacion perfecta, y á recibir singulares favores, en lo que nos enseña, no hay otro camino para salvarnos de los peligros que la oracion.

Como la Santa escribe en su Vida (1) que no dirá cosa que no haya experimentado en sí, y por otra parte confiesa que Dios la enseñaba á explicarse bien, es preciso recoger en breve todo lo que pertenece á la práctica de la oracion de la misma. Y dejando los buenos principios de oracion en su niñez, y las devociones que la enseñó su madre, y la maestra que tuvo en el convento de Agustinas, comencemos por el segundo año de Religiosa, en que salió enferma de la Encarnacion, y pasando por Hortigosa, donde estaba su tio don

(1) Vid., cap. xviii, n.º 4.

Pedro, la dió éste la tercera parte del *Abecedario espiritual* del P. Francisco Osuna, y aplicada á leer libros, frecuentar Sacramentos, penitencias y retiro, comenzó á recibir mayores favores sobre el dón de lágrimas y oracion de quietud, con una gran presencia de Dios, y de la pasion. Desde entonces se hizo Dios su maestro, porque no tenia confesores del caso, ayudada de buenos libros, y preguntando á muchos. En los tres años que estuvo enferma no dejó la oracion, antes pedía la salud para poder orar con más retiro; mas la experiencia y efecto declaró que la enfermedad no es impedimento para orar, pues estando tan enferma, jamás la dejó, y adelantó en ella, hasta tener oracion de quietud y áun de union; pero despues de haber logrado la salud, fué cuando se resfrió algo en ella, pero no de modo que la abandonara totalmente, pues sabemos que excitaba á otras para que se dieran á este ejercicio, y era observantísima de todas sus obligaciones (1). Despues de un año de oracion tibia, volvió á su fervor, y Dios la probó con diez y ocho años de sequedades casi continuas. En este tiempo sufrió con heróica constancia los trabajos interiores, y el no poder entrar en la oracion muchas veces sin tener un libro al lado, excepto el dia de la Comunió, que Dios la regalaba y consolaba. Algunos años estuvo de modo, que deseaba diera el reloj para finir la oracion, pues parece que temia más entrar á orar, que hacer la mayor penitencia.

Despues de estas pruebas tan fuertes y largas, comenzaron los raptos continuos y favores singulares, pero los recibia con tal humildad, que sólo una vez, dice (2), habia pedido consuelo en sus aficciones, y cuando más favorecida, decia: «Parece que lo que otros reciben con trabajo, el Señor me lo da como quien ruega, para que los admita;» y aunque la Santa sólo los llama *sobrenaturales*, eran algo más, por ser ya muy *extraordinarios y singulares*. Mas no era todo gozar, porque aquí comenzaron á dudar si estos favores eran del demonio. A este temor contribuia la humildad de la

(1) Vid., cap. VII y VIII, n.º 5.

(2) Vid., cap. IX.

Santa, y ver que se le suspendia el entendimiento, y por lo mismo temia fuese ardid del enemigo, para que no pensara en Jesucristo, y á esto se añadia, saber que en aquel tiempo habia muchas *ilusas*, y entre ellas la famosa Magdalena de la Cruz. Con todo, como se veia sensible el aumento de las virtudes y amor de Dios, éste la aseguraba diciendo: «Si es de Dios no puedo sufrir daño: si del demonio, tampoco me dañará, si procuro dar gusto á Dios.» El P. Daza y Salcedo, y el caballero santo, la tuvieron por engañada al principio, y se lo dijeron, por lo que se turbó mucho; pues conocia la Santa la virtud, letras y amor que éstos la tenian. Por este tiempo fué cuando rezando las horas, y pensando aquellas palabras: *Justo eres, Señor, etc.*, decia, ¿cómo la daba á ella tantos favores, y no á otros que lo merecian más? y el Señor la respondió: Sírveme tú á Mí, y no te metas en eso (1). De estas dudas la sacó un Jesuita llamado Juan Padranos, que murió en Valladolid, como dice Fr. José de Santa Teresa en las *Flores del Carmelo*. La mandaron, pues, los confesores tímidos, que resistiera los favores del cielo, y lo hizo dos meses; hasta que san Francisco de Borja y este Jesuita la aprobaron el espíritu. Luego se fueron éstos, y quedó la Santa en nuevas dudas por dos años. Despues comenzó á asegurarla el Señor, y á descubrirle, como dice en su Vida (2), poco á poco, andando á su lado, manifestándole primero sus manos, despues su rostro, y finalmente toda su humanidad, donde explica la Santa como son estas visiones.

En premio de todos estos trabajos, la comenzó á aumentar los favores por los años 1558, y con finezas extraordinarias. Un Angel la traspasó el corazon, y tuvo muchos raptos, que son como muerte del cuerpo. Para conocer hasta dónde llegó, deben leerse sus Moradas sexta y séptima, y lo que allí dice de la transformacion, desposorio y matrimonio espiritual. La parecia que siempre iba acompañada de Jesucristo: su oracion era tan continua, que por más que resistia, obedecien-

(1) Vid., cap. XIX, n.º 5, y cap. XXIII.

(2) Vid., cap. XXVII y XXVIII.

do á los confesores, tanta más oracion tenia; aunque quisiera, no podia divertirse, en la conversacion misma la suspendia el Señor, y áun durmiendo la parecia (1) estar en oracion, porque aquí era crecer el amor de Dios, ni era en su mano dejar de pensar en El. Desde el capítulo veinte y seis de su Vida habla de las visiones singulares que tuvo de la Santísima Trinidad, y otras muchas en las *Adiciones*, como veremos.

Mas nadie crea que estos favores eran sin grandes efectos de virtudes y utilidades comunes, pues como dice san Agustin contra los Maniqueos, que trataban de ociosos á los monjes ocupados en oracion (2); ignoran estos herejes y los del mundo la mucha utilidad de los que oran para beneficio comun, y á la Santa la dijo el Señor, que el mundo pereciera, si no fuera por las Religiones. Véase sobre esto lo que la Santa escribe en el capítulo tercero del *Camino de perfeccion*. Y aunque los favores que la Santa refiere en su Vida parezcan muchos y muy extraordinarios, adviértase lo primero, que sólo llega hasta el año 1563 muy al principio de las fundaciones, y que despues aún vivió cerca de veinte años; lo segundo, nótese que la Santa no refiere sino las menores mercedes, como lo dice al fin de su Vida. De tales favores nacia aquel ímpetu de amor que la hacia *loca de amor*, haciéndola hablar desatinos con su Dios, y como si no hubiera diferencia de ella á Dios, y como si fuera una misma cosa con El, esto la hacia decir y pedir como si mandara, diciendo de uno por quien oraba (3): «Señor, aunque es bueno, le quiero muy bueno, y no me habeis de negar esta merced, que es bueno este súgeto para nuestro amigo.»

Mas no pensemos que todos podemos hablar así con Dios, porque Teresa fué muy probada primero, hizo muchos sacrificios con el voto de obrar lo más perfecto, y su corazon fué purificado por el fuego de un Serafin, y como dice la relacion de la Sagrada Rota: «Su mente estaba firme de continuo en una presencia admirable

(1) Vid., cap. xxix, n.º 6.

(2) De morib. Ecl., lib. 4, cap. xxxi.

(3) Vid., cap. xxxiv, n.º 5.

de Dios dia y noche sin intermision, de modo que á veces no la dejaba comer ni dormir.» La madre Bautista, parienta de la Santa, dice que vió un papel de su letra (1), en el que entre otros favores, pidiendo la Santa algun medio para sufrir la vida, la dijo el Señor: «Mira que despues no hay mérito, y ahora sí; come, bebe y duerme, como si no fueras tú la que vives, sino Yo;» que esto es lo que decia san Pablo. Y el que quiera ver como en estos raptos y favores, en que parece lo hace todo Dios, se merece, lea á la Santa sobre los Cantares, capítulo sexto, y sabrá qué es, porque aunque parece se pierden las potencias, queda vivo el amor y la voluntad para amar.

Por lo insinuado aquí en general se verán las obras de Teresa bien hermanadas con su doctrina sobre la oracion, y se excitará el deseo de seguir este camino, que adelanta tanto en la perfeccion, y produce tantas utilidades. Mas conviene mucho no creer que todas son delicias, y que se necesita valor y ánimo para continuar con fruto este ejercicio hasta la muerte. Ya nos lo ha dicho la Santa, sin ocultarnos las utilidades y las tentaciones para no espantarnos por ellas. En efecto, la Santa puede ser nuestro ejemplo y fortaleza en tal camino. La vimos enferma y fervorosa en la oracion; la vimos con dón de lágrimas y oracion de quietud, y luego enfriarse cuando sana. La vimos diez y ocho ó veinte años en continuas sequedades, dudas y trabajos sobre si era Dios ó demonio quien la gobernaba, pero ya siempre firme y constante hasta la muerte. Todo esto nos enseña las diferentes situaciones que experimentamos en la vida, y que jamás debemos desconfiar aunque tengamos algunos defectos y faltas. Porque, ¿qué será de nosotros, si dejamos la oracion? Ni hay que pensar que sanos le serviremos mejor, ni tendremos más oracion. El ejemplo de santa Teresa nos puede servir de mucha instruccion y persuadirnos, como ella misma dice, que lo mejor es dejarnos en manos de Dios, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y

(1) Federico de San Antonio. Vid., tom. II, lib. 4, cap. II.

que la oracion y la paciencia son necesarias en todo estado para conseguir la perseverancia en el bien obrar y en el cielo.

FRUTO.—Persuadirnos que la enfermedad no es impedimento para orar.

MÁXIMA.—Es falsa humildad la que impide tener deseos grandes de virtud, amedrentando al alma con que será soberbia tener estos deseos.

JACULATORIA.—Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CXI.

DIA 20 DE ABRIL.

ORACION.—¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Favores singularísimos que recibe santa Teresa de Jesucristo y de toda la Santísima Trinidad, con los meritos de la Pasion que la da, y promesa de hacer cuanto le pida la Santa, en lo que vemos su bondad y proteccion de Teresa.

Aunque hemos insinuado en general los muchos favores que recibió la Santa por la oracion, despues que la dijo el Señor no queria que tratara ya con hombres sino con Angeles, debemos decir en particular algunas de las visiones que tuvo desde el año 1556 ó 1558, hasta que comenzó la Reforma. Bien que añadiremos algunos que se hallan en las Adiciones de su Vida, los que sin duda fueron despues del año 1563 en que acabó de escribir su Vida. Aunque en el principio tuvo la Santa una vision de Jesucristo á la columna, como despues pasaron muchos años de sequedad, parece que la Santa pone como primera vision la que ya insinuamos de la Humanidad del Señor, que se le fué descubriendo poco

á poco, y se le representaba á su lado derecho por más de un año, enseñándola y hablándola muchas veces por vision intelectual, sin verlo con la imaginacion, ni por figura, pero sí con mucha certidumbre, y más por el efecto que notaba de trocarse su alma, haciéndola capaz de lo más sublime del amor, y de modo, que como ella dice, *no se sufre escribir*.

La segunda vision fué irla descubriendo por partes su Humanidad, y el día de San Pablo, estando en Misa, le vió del todo y resucitado con tal hermosura, que segun dice, aunque no hubiera otra gloria que ver la hermosura de aquellos cuerpos, se pagaban bien todos los trabajos de la vida. En este estado acompañó á la Santa, Jesucristo, dos años y medio (1), excepto algunas veces, que para animarla la descubria sus llagas, algunas su cruz, y otras lo veía en el huerto, ó con la corona de espinas y llevando la cruz, aunque esto no era tan frecuente como verlo resucitado ó en la Hostia. Pasado este tiempo se le escondió Jesucristo, pero lo sentía más dentro de su alma, y desde allí la causaba unos grandes ímpetus de amor que la ponían á morir. Con todo, poco á poco se mudó esta escena de tantas maravillas, y lo que antes era una presencia intelectual de Jesucristo solamente, se convirtió ahora en una asistencia singular y continua de las tres Personas de la Trinidad, «que al principio, dice, como estaba yo mostrada á traer sólo á Jesucristo, siempre me parecía algun impedimento ver tres Personas juntas, aunque entiendo es un solo Dios; y díjome el Señor, no imaginara las cosas del alma como las del cuerpo, que eran muy diferentes, y el alma capaz para gozar mucho. Luego despues se convirtió esta presencia intelectual de toda la Trinidad en una manera de vision altísima, porque comencé á gozar de las tres Personas con grande luz y penetracion de la verdad, que entiende el alma, dice (2), con gran verdad ser todas tres Personas una sustancia, un poder, un saber y un solo Dios, de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma

(1) Vid., cap. xx,

(2) Mor. VII, cap. 1.

como por vista, aunque no es vision imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan y dan á entender aquellas palabras que dice el Evangelio, que vendrá el Señor (esto es, Jesucristo), el Padre y el Espíritu Santo, á morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos. ¡Oh, váleme Dios! ¡Cuán diferente es oír estas palabras que creerlas! ¡Oh entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada dia se espanta más el alma, porque nunca más parece se fueron de con ella (esto es, de la Santa), sino que notoriamente ve que está en lo interior de su alma, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras, y siente en sí esta divina compañía...» Y esta vision, dice el Sr. Yepes, la tuvo la Santa más de catorce años hasta que murió.

Ni aquí pararon los favores. También la dió el Señor á conocer como está en el alma por gracia. «Parecióme, dice, que está como una esponja, donde se embebe el agua, y así me parecia que mi alma se henchia de la Divinidad, gozaba y tenia las tres Personas, y me decia Dios: *enciérrate en Mi*. Las veia todas tres dentro de mi alma y se comunicaban á todo lo criado, sin hacerme falta ni dejar de estar conmigo.» Estando en la fundacion de Sevilla, dice: «Estando yo un dia en oracion, sentí estar el alma tan dentro de Dios, que no parecia haber mundo: acabando de comulgar, dia de san Agustin, se me dió á entender como las tres Personas son una esencia, por una juntura extraña y con luz tan clara, muy diferente, que tenerlo sólo por fe. He quedado que no puedo pensar en ninguna de las tres Personas, sin entender que están todas tres, y me dió el Señor á entender como siendo todas una esencia, se encarnó el Hijo de Dios y no el Padre ni el Espíritu Santo.»

Del ilustrísimo señor Yepes y actas de la canonizacion consta tambien que el dia de la Magdalena la dijo el Señor: «Esta fué mi amiga cuando yo vivia: ahora que estoy en el cielo, lo eres tú;» y por muchos años en el mismo dia la hizo igual y semejante favor. Otra vez la dijo: «Si no hubiera criado el cielo, por tí sola lo cria-

ra.» «Come, hija, la dijo estando enferma y afligida: Ya veo que es mucho lo que pasas, mas es preciso.» En una ocasion la dió una cruz de oro compuesta de cuatro piedras preciosas y esculpidas las cinco llagas. Esto fué cuando la mandaron hacer higas á Nuestro Señor y santiguarse, y tomándole la cruz se la convirtió á su vista en piedras preciosas. Otra vez la puso una corona: alguna vez la dió á beber su sangre caliente como salia de su cuerpo, ó se hallaba la boca llena de sangre despues de comulgar. Del capítulo treinta y ocho de su vida consta que vió la diferencia que hay de la luz criada y de la increada, á cuya vista todo lo de acá parece sueño, y muertos los que aquí viven. A esto siguió otra vision de la Humanidad de Jesucristo con más gloria que nunca, y vió cómo estaba el Hijo metido en los pechos del Padre, de modo que no lo pudo explicar, y esta vision la tuvo por tres veces más, «y me parece, añade, que es la más subida vision que el Señor me ha hecho, y que me dejó grandísimos provechos, pues purifica el alma y quita la fuerza casi del todo á esta nuestra sensualidad.» En las Moradas sextas, capítulo quinto, manifiesta como varias veces la inundaba el Señor de gloria, sin saber si salia su alma del cuerpo ó no, pero dejándola con tal humildad que la parece no hace nada por Dios; mas Este la respondió una vez: «Yo te doy todos los dolores y trabajos que he pasado en mi Pasion, y como propios tuyos los puedes ofrecer á mi Padre.» Otra vez, descubriéndola los tesoros de su gloria, la dijo: «Mira lo que pierden los pecadores (1).»

En vista de esto no parecerá extraña la promesa que Dios la hizo en el capítulo treinta y nueve de su vida, y es, de concederla cuanto le pidiese en adelante. Y en efecto, esta es la causa de tantas cosas como consiguió, que parecian imposibles y fuera del orden, y las muchas almas que sacó del purgatorio y de pecados. Saquemos de lo dicho la segura persuasion de la bondad de Dios, que parece forma sus delicias en descubrirse á las almas justas y estar en ellas, pues así como á Te-

(1) Vid., cap. xxxviii, n.º 3.

resa la decia: «Ya eres toda mia y Yo todo tuyo;» así haria con nosotros si correspondiéramos como Teresa. No olvidemos, pues, que la dió el Señor toda su Pasion, y la ofreció no negar cosa que la pidiera. Gane-mos, pues, la confianza de esta Santa, cuyo blason es la gratitud: hagamos algunas obras en su obsequio, imitemos sus virtudes, y seguramente conseguida su proteccion, nos conseguirá la gracia que necesitamos para salvarnos.

FRUTO.—Ganar la confianza de la gran santa Teresa de Je-sús, cuyo blason es la gratitud.

MÁXIMA.—Conozcamos que si no somos santos, no lo somos por nuestra culpa.

JACULATORIA.—Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CXII.

DIA 21 DE ABRIL.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Santa Teresa como otro Moisés trata no sólo con Dios, sino con los Santos y Angeles, como con hermanos, enseñándonos que la humildad es el medio para conocer á Dios y sus verdades.

Sobre estas y otras visiones que tuvo la Santa de toda la santísima Trinidad, parece que todos los Santos y Angeles se empeñaron en visitar á santa Teresa, sin que faltara María Santísima, y san José, y los apóstoles san Pedro y san Pablo, que la hacian compañía muchos ratos, y aún la acompañaban y asistian á sus conventos, cuidando de la portería, del coro y de todas las Religiosas. Santo Domingo en compañía de Jesu-cristo, la dió palabra de ayudarla en sus fundaciones,

como lo hizo bien sensiblemente por sus hijos. Lo mismo la prometió santa Clara y santa Catalina de Sena y aun san Francisco, por manera, que viendo un retrato de este Santo en la enfermería de Avila, dijo: «Bien se parece al del cielo.» San Alberto, carmelita, en compañía de Jesucristo la descubrió muchos secretos futuros. Los diez mil Mártires la ofrecieron asistir en su muerte, como se verificó. San Pedro de Alcántara se le apareció muchas veces, y otras muchas personas religiosas y seculares que habia conocido, y por sus oraciones vió salir muchas almas del purgatorio; pero es bien notable, que de tantos como vió despues de muertos, sólo dos entraron en el cielo sin pasar por el purgatorio, que fueron san Pedro Alcántara y un Religioso de su Reforma, sin más cosa sobresaliente que haber guardado su Regla y leyes. Tambien vió algunos condenados.

Pues con los Angeles aún fué quizá más frecuente su comunicacion. Muchas veces se veia rodeada de estos espíritus angélicos (1), y llegó á tratarlos como á hermanos suyos, pues confiesa que conocia la gran diferencia que habia en el cielo de unos á otros (2), y cuáles eran serafines, con otras muchas cosas que dice *no sabe explicar*. Aunque hablaremos luego de la Transverberacion de su corazon por un serafin, debemos advertir que todo la sucedió no una sino muchas veces, como lo dice la misma, y desde que el Señor la dijo: Ya no quiero que tengas conversacion con hombres sino con ángeles. Era tan ordinario su trato con estos espíritus, que los conocia, distinguia y trataba como iguales y compañeros.

De esta comunicacion tan frecuente con Dios y con sus Angeles y Santos, le resultaron á Teresa conocimientos muy sublimes de las cosas divinas, y que apenas pudieron explicar los mayores teólogos, como lo confiesa san Juan de la Cruz en la declaracion del Cántico espiritual (3). Se hizo, pues, sábia en un instante,

(1) Vid., cap. XL, n.º 8.

(2) Vid., cap. XXXIX y XXX, n.º 41 y 43.

(3) Estrofa 43.

como lo confiesa diciendo: «Hartos años estuve que nada entendia de cuanto leia, y áun mucho tiempo, que aunque Dios me lo daba, palabra no sabia decir para dárselo á entender, pero cuando Su Majestad quiere (1), en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Quería el Señor, que siempre fué mi Maestro, que no tuviese á nadie que agradecer, y sin querer ni pedirlo, dármelo Dios en un punto á entender con toda claridad, y para saberlo decir, de manera que se espantaban, y yo más que mis confesores, porque entendia mejor mi torpeza. Esto há poco.» Diciendo cuán difícil es hablar de oracion sobrenatural, de su ignorancia y falta de tiempo, añade: «Veo claro no soy yo quien dice estas cosas, ni lo ordeno con mi entendimiento, ni sé despues cómo lo acerté á decir. Esto me acaece muchas veces.» Esta facilidad ó inspiracion divina que le daba las palabras para tales asuntos intrincados, lo descubre y confiesa al fin del libro de su Vida y del *Camino de perfeccion*, y no menos al acabar el de las *Moradas*; libros todos que desde luego se ve claramente no ser posible escribirlos una mujer, ni el hombre más sabio, sin una asistencia muy particular. Y de esto no es menos prueba la luz que veian en su rostro, el no sentir ruido alguno que hiciera cuando estaba escribiendo y la velocidad con que llevaba su pluma, como declaran varios testigos en su canonizacion (2). «No es poco lo que hago contigo en esto (la decia el Señor comunicándola esta luz), y me debes quedar muy obligada, porque *todo el daño del mundo* nace de no conocer las verdades de la Escritura (3). Por los efectos conocerás lo que no habias entendido, esto es, *que Dios es verdad por esencia*, sin principio ni fin, y que todas las demás verdades dependen de ésta.»

En una ocasion tenia escrúpulo la Santa de tratar con buenos y confesores, mas el Señor la instruyó é hizo ver que estos tratos no hacian daño, como se mirase á Dios. Otro escrúpulo tuvo de tener imágenes de

(1) Vid., cap. XII, n.º 4, y cap. XIV, n.º 5.

(2) Actas, art. 1.º Testigo 7 y 20.

(3) Vid., cap. XL.

buena pintura, y el Señor la hizo reflexionar que el libro que la causó este temor no hablaba de imágenes bien hechas, sino de *imágenes curiosas*, esto es, del adorno, no de las que mueven á devocion: que antes era la caridad que la pobreza: que el demonio se sirvió de igual pretexto con los luteranos para que quitaran las imágenes. Otra instruccion la dió sobre el mérito (en las Adiciones á la Vida), haciéndola conocer que éste no estaba en gozar sino en padecer mucho por Dios y en amar.

Volvamos los ojos de esta alma de Teresa á la nuestra por un momento, para confundirnos y humillarnos. Teresa habla con Dios, con los Angeles y con los Santos como un amigo con otro. ¿Nosotros con quién comunicamos? Radicados en la maldita tierra vamos como sierpes venenosas arrastrando el pecho, corazon y alma en los objetos más viles y despreciables. Toda la conversacion de Teresa mira al cielo, pues como peregrina, sólo fija sus piés en tierra para pisarla, mas su alma corre á su centro y patria celestial. Qué diferentes somos, sin levantar los ojos al cielo, sin acordarnos jamás de nuestra patria, sin invocar de veras á Dios, de quien dependemos, y aún quizá burlando y despreciando la devocion á los Santos y Angeles. Deslumbrados con el oropel del mundo, no vemos aquellos bienes de los que dijo el Señor á Teresa: «Mira los bienes que pierden los pecadores.» La causa de todo esto es que Teresa por la *humildad* fué levantada por Dios, y á nosotros por la *soberbia* nos abandona Su Majestad á nuestras vergonzosas pasiones, segun lo que la Iglesia casi todos los dias nos repite, que Dios levanta los humildes y los coloca entre los Príncipes de su reino, y abate los soberbios al polvo y á la inmundicia. El orgullo derribó los Angeles y causó todos los males é ignorancia del mundo y de los hombres. La humildad es el único camino para conocer á Dios y sus misterios, y llegar al cielo. Huyamos, pues, de la soberbia, y los que se llaman espiritus fuertes. Hagámonos pequeñitos para entrar en el cielo, porque Dios esconde sus tesoros de los vanos y orgullosos, y los manifiesta á los

párvulos y sencillos. Dobleemos, pues, la cerviz á Dios, á la Iglesia y á los superiores, y participaremos de las felicidades, sabiduría, gracia y gloria de Teresa.

FRUTO.—Procurar, como Teresa de Jesús, que toda nuestra conversacion mire al cielo.

MÁXIMA.—No está el mérito en gozar, sino en padecer mucho por Dios y en amar.

JACULATORIA.—Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CXIII.

DIA 22 DE ABRIL.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Raptos y arrobamientos de santa Teresa: sus causas y efectos admirables, en los que podemos utilizar y aprender verdades sublimes y muy provechosas.

Nadie dudará que con tales favores recibidos debía tener Teresa su corazón bien inflamado en el amor de Dios. Por esto repetía casi de continuo: «Como cierva herida desea mi alma á Tí, mi Dios: eternamente cantaré vuestras misericordias.» Al mismo tiempo tenía escrito al pié de una pintura: No entres, Señor, en juicio con tu sierva. En efecto, el dardo del Serafín que la atravesó el corazón repetidas veces, la iba transformando toda en Jesucristo, renovándose como el fénix en la llama y fuego del amor. Para poder gozar más dulcemente de su Amado, quiso el Señor cerrarla muchas veces las potencias y sentidos, sacando su alma ó elevándola sobre el cuerpo con unos grandes arrobamientos que la levantaban de la tierra perdidos los sentidos, anegada en Dios y atraída á lo alto, como el

iman atrae el hierro. Faltábale el calor natural, perdía el color y hasta la respiracion, sin poder usar de sus miembros, ni de las manos, ni de la lengua, ni de los ojos, como si estuviera muerta. Las causas de estos raptos y su modo lo explica la Santa así (1): «Coge el Señor el alma, como las nubes los vapores de la tierra (por la atraccion), y levántala toda ella, ó como el sol sube los vapores al cielo y comiéndola á mostrar cosas del reino que la tiene aparejado. Parece aquí que el alma no anima al cuerpo, falta el calor y se enfria. Aquí no hay remedio de resistir como en la union, pues viene el ímpetu tan acelerado y fuerte, que vos sentís levantarse esta nube ó águila y cogeros con las alas y os veis llevar sin saber á donde. Algunas veces, aunque podia resistir algo, era con tal quebranto como si peleara con un jayan fuerte y quedaba muy cansada. Otras veces era imposible, me llevaban el alma y áun la cabeza y el cuerpo hasta levantarlo.» Una vez fué en el coro, siendo Priora en Avila, comulgándola D. Alvaro de Mendoza, obispo, y fué tal, que se levantó más alta que el comulgatorio. «Esto, dice (2), me dió grandísima pena, porque habia de haber mucha nota, y ansí mandé á las monjas no lo dijeran.» El maestro Bañez dice, que para resistir se asía á las esteras y reja, y las monjas estaban prevenidas para detenerla, aunque servia poco. «Otras veces, como veia, dice, que iba el Señor á hacerlo, y aún estando personas principales de señoras en una fiesta de un sermon, tendíame en el suelo y llegábanse á tenerme el cuerpo y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor no quisiese darme ya más mercedes que tuvieran muestras exteriores. Parece se ha servido oirme, que nunca más hasta ahora las he tenido. Verdad es que hace poco.» La María Bautista, priora de Valladolid, depone que la vió tantas veces arrobada, que no las puede contar, pues la sucedia casi siempre que comulgaba, oía Misa, sermon, y á veces por sólo oír una palabra de Dios se quedaba inmóvil, con el huso, con la rueca, con la pluma ó con

(1) Vid., cap. xx, n.º 2.

(2) Vid., cap. xx, n.º 3.

la sartén en la mano. «Pocas veces, dice la Santa, son las que puedo tener discurso en la oración, luego se recoge el alma en quietud ó arrobamiento sin poder usar los sentidos.» Mas al fin consiguió no tenerlos en público, y así en los quince años últimos no los tuvo jamás, «y esto pudo suceder muy bien, dice el ilustrísimo Sr. Yepes, porque así como una olla antes de estar bien cocida hierva con mucho ruido y rebosa fuera, pero despues, aunque el calor es mayor, está más sosegada, así acaece á las almas, que al principio, como no están del todo purgadas, salen de los sentidos, mas cuando perfectas, reciben el favor sin alterarse.»

Las causas de los raptos son tres: primera, fuerza del amor; segunda, exceso del deleite; tercera, la gran luz del cielo, y todas se vieron en la Santa. *Los ímpetus del amor* son ya conocidos, pues los respira en sus palabras y obras, y aún más en las exclamaciones. Esta fuerza del amor la hacía salir de sí, reñir con su sexo, y meterse en el mundo á dar voces, como la mujer del Evangelio, para decir que habia hallado la dragma, ó piedra filosofal que deseaba para arrastrar almas á su Dios. Querria ser pregonera de las divinas alabanzas, pues, como dice (1), viene como una saeta de fuego al hondo del alma, y este rayo hace polvo cuanto halla de terreno en el corazón.

Exceso del deleite. Este redundaba muchas veces en el cuerpo, quedando su rostro, aunque de sesenta años, como de treinta, segun lo dice y vió el Ilmo. Sr. Yepes muchas veces. Tambien se le quitaban todos los dolores y quedaba sana algun tiempo. Mas esto no era siempre, ni aún cuando sentia esta suavidad dejaba de padecer mucho en los raptos. «Es un récio martirio, pero sabroso (2): nada del mundo le contenta, y así algunas veces se me quitan los pulsos, las canillas muy abiertas, las manos yertas, con tal dolor, que parece me han descoyuntado. Toda la ánsia es morirme entonces, ni me acuerdo del purgatorio, ni de mis pecados pasados, con el ánsia de ver á Dios. Me dijo el Se-

(1) Mor. VI, cap. xi.

(2) Vid., cap. xx, n.º 8, 9 y 12.

ñor no temiera, y que tuviera en más esta merced que todas las demás; que en esta pena se purifica el alma, como el oro en el crisol, para mejor poner los esmaltes de sus dones...» Conviene mucho leer las Moradas sextas para entender esto, pues acaba la Santa diciendo: «Dos cosas hay de peligro de muerte en los raptos: la una es la gran pena y dolor, y la otra el excesivo gozo y deleite.»

Luz del cielo. Quedaba su alma con tal conocimiento de Dios, que todo lo de acá le parecía basura y la daba pena. «Considero, dice, que si una como yo, con esta luz, siente tanto vivir en el mundo, ¿qué tal sería el sentimiento de los Santos? Acaéceme (1), que los que me acompañan en los raptos, que son los Santos del cielo, pensar que éstos son los vivos y no los del mundo, que me parecen los muertos. Todo me parece sueño, y que es burla cuanto veo con los ojos. Queda el alma con grandísimos efectos, y perdido el miedo á los trabajos, porque en comparacion de los que aquí siente en el alma, son nada. Queda con gran desprecio del mundo y muy desasida de las criaturas, pues ve que nada le valieron en aquel estado, y que sólo Dios puede consolar, y con más cuidado y temor para no ofenderle, pues es quien sabe atormentar.

«Consideremos, hermanas, dice, aquellos que están en el infierno, y que no están con esta conformidad en el padecer, y sin este gusto, que hace suave la pena de los raptos, ¿qué será de ellos? El tormento del alma es tanto mayor que el del cuerpo, y en el infierno muy mayor que el que aquí se experimenta. ¿Qué será, pues, de aquellas desventuradas almas? Y qué podremos hacer en vida tan corta, ni padecer que sea nada para librarnos de tan terribles y eternos tormentos. Yo os digo que es imposible entender cuán terrible es padecer en el alma sobre todo lo del cuerpo, si no se pasa por ello.»

Meditemos en esta reflexion tan sublime que Teresa nos presenta como efecto de sus raptos. Reconozcamos

(1) Vid., cap. xxxviii. Mor. vi, cap. xi, n.º 68.

á vista de este *exceso de gusto*, que absorbe penas tan grandes, la vileza de todos los deleites carnales, y confesemos que nuestra vida no es más que una farsa de comedia. Procuremos conocer á Dios con esta *divina luz*, para ver que aquí no hay más que tinieblas y errores, y que los Santos son los únicos que viven, y los mundanos están muertos en realidad, ni saben más que mentiras. En fin, *esta llama impetuosa de amor* nos hará apreciar los verdaderos bienes y despreciar los falsos, nos arrancará del mundo, ó á lo menos de su cautiverio y pasión, y nos purificará para amar dignamente á este Dios que tan admirablemente muestra su bondad con Teresa.

FRUTO. — Despreciar los falsos bienes y gustos de la tierra para apreciar los verdaderos bienes, que son los del cielo.

MÁXIMA. — Acaéceme pensar que los Santos del cielo son los vivos, y no los del mundo, que me parecen los muertos.

JACULATORIA. — Jesús mío, misericordia y enmienda.

LECCION CXIV.

DIA 23 DE ABRIL.

ORACION.—; Oh Dios mío... *como en la página 7.*

Desposorio y matrimonio espiritual de santa Teresa: Sus grandes efectos sirven de confusión á la vanidad y orgullo de los hombres.

Parecerá que ya no puede recibir más favores una criatura de los que hemos visto en santa Teresa; pero aún quedan otros mayores, y los principales que calló la Santa, diciendo (1): «No se sufre escribirlos, pues algunas mercedes, por ser de tan grande admiración,

(1) Vid., cap. xxvii.

traen sospecha si no hay fe muy viva, y así yo pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho.» «Con todo, era ya tiempo, dice el Ilmo. Sr. Yepes, de que Teresa tratara con el Señor, no sólo como con Rey y Dios, sino como con esposo verdadero.» Este es, pues, el desposorio y matrimonio espiritual de que habla la Santa en las Moradas séptimas, capítulo segundo, y lo experimentó en sí. «La primera vez, dice, que Dios hace esta merced, muéstrase al alma en vision imaginaria de su humanidad, para que entienda bien el dón y conozca á quien va á recibir por esposo (este es el desposorio). Así sucedió á esta persona (habla de sí) acabando de comulgar, y como ya resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas las tomase ella por suyas, y El ternia cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir. Y es muy grande la diferencia que hay de estas visiones á otras anteriores, como del desposorio espiritual al matrimonio espiritual, como la que hay dentro dos desposados, que ya no se pueden apartar. Pero entiéndase que aquí no hay memoria de cuerpo más que si el alma no estuviese en él, sino sólo espíritu, y en el matrimonio espiritual muy menos, porque todo esto pasa en el centro muy interior del alma, que debe ser á donde está Dios, y no ha menester puerta (de sentidos) por donde entre, pues aparece el Señor en el centro sin vision imaginaria, como á los Apóstoles cuando les dijo: La paz sea con vosotros. Es un secreto muy grande, y no se puede decir más, sino que queda el alma, digo, el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios, porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que no se quiere apartar El de ella. El desposorio es diferente, porque muchas veces se apartan, y tambien en la union. En esta otra merced del Señor no, porque siempre queda aquella alma en aquel centro. Acá es, como si cayendo el agua del cielo en un río ó fuente, donde queda hecha tan una la un agua con la otra, que no se puede dividir, ó como si la luz entra por dos ventanas en una pieza, no hay quien distinga la una de la otra, y esto es lo que dice san

Pablo: El que se arrima á Dios, hácese un espíritu con El. Por las secretas aspiraciones se ve claro que Dios es quien da la vida: *Mihi vivere Christus est*. Su vida es ya Cristo. Y por esto, orando una vez Jesucristo, dijo que fuesen una cosa con el Padre y con El, como El estaba en el Padre y el Padre en El. Y todos entráramos en esto, si no fuera que nuestras culpas nos indisponen. Ni por esto digo que está segura su salvación y el no tornar á caer: no digo tal; entiéndase, mientras Su Majestad la tuviere de su mano, y ella no le ofendiere; ni ella se tiene por segura, ni deja de andar con temor. Sólo descansa en la gran penitencia, y la mayor es cuando le quita Dios la salud para que ella no la pueda hacer.»

Ni sólo gozó santa Teresa el desposorio espiritual, sino también este matrimonio divino, cuya relación es como se sigue, en las adiciones á su vida (núm. 17). Después de referir otros favores, que cada uno parece ser constitutivo del matrimonio espiritual, dice: «Representóseme el Señor por vision imaginaria muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa *desde hoy*. Hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como de Criador y como de Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía. *Mi honra es ya tuya y la tuya mía*. Quedé tan desatinada con esta merced, que dije al Señor, que ó ensanchase mi bajeza, ó no me hiciese tanta merced, porque no la podía sufrir el natural. He sentido gran provecho y mayor confusión al ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes...» Un día la estuvo el Señor hablando casi una hora de las penas con que Dios honra á sus amigos, como hizo con su Hijo, la enseñaba sus llagas y la decía: «Mira, no llegan á tanto tus penas; este es el camino de la verdad y del amor. Ayúdame á llorar la perdición de los hombres;» y acabó diciendo: «Como no estabas tú con salud para hablar conmigo (pues tenía un vehemente dolor de cabeza) he querido yo hablar y regalarte;» y esto fué por hora y media: otra vez la tomó de las manos, y poniéndoselas en el

costado, la dijo: «Mira mis llagas; no estás sin Mí; pasa la brevedad de la vida.» La llevó junto á su Padre, y le dijo Jesucristo: «Padre, ésta que me diste te doy,» y la tuvo un rato junto á sí. Las tres Personas de la Trinidad la hablaron, y las vió dentro de sí, y la dijeron que se veía muy mejorada en la *caridad*, en *padecer con contento* y en *sentir con ardor esta caridad*. Con esto vió como Dios es Trino y Uno, quedando las tres Personas esculpidas en su alma.

Con tales favores se veía el alma de Teresa embestida por todas partes, como una nube del sol, y más unida que los esposos entre sí. Por esto mismo ya no había secreto reservado, y su Esposo la introdujo en lo más escondido de sus gabinetes, mostrándola cuanto tenía en el cielo, tierra, purgatorio, y aún en el infierno. Una vez la hizo ver su propia alma como un espejo claro, sin lados, ni espaldas, ni alto ni bajo, en cuyo centro estaba Cristo. «Yo no sé, dice, como este espejo se esculpía todo en el mismo Señor amorosamente.»

Ciertamente son todos estos actos y hechos de un verdadero esposo enamorado de su esposa, y no lo estaba poco la Santa de su Dios, como confiesa diciendo que tales regalos la eran de más carga que si fueran grandes penas, y necesitaba más ánimo para recibirlos, viendo su indignidad, que si la castigara como merecía por sus culpas. Con estas saetas de amor, gozo y luz del cielo se quería deshacer á vista de la majestad que descubría y de la obligacion en que se hallaba de servirle, y por lo mismo se aniquilaba en su conocimiento propio. Lejos de desvanecerse con el desposorio y matrimonio espiritual, se posponía á los más grandes pecadores, y sólo decía los favores del cielo obligada de los confesores, y haciendo siempre resaltar más la bondad divina á vista de su ingratitude y ruin vida, que pintaba como la del más abandonado, porque al lado de su Esposo y hermosura los átomos de imperfeccion la parecían borrones muy feos y delitos gravísimos.

¡Qué diferentes somos nosotros! Siempre nos que-

jamos porque no nos honran como pensamos que pide nuestro mérito; si el rey ó algun superior nos distingue de los demás, se encrespan las olas de nuestra soberbia, no cabemos en el mundo y abusamos del favor y confianza. Nuestra ira y furor sale de madre si alguno nos falta en un ápice de honor. Nuestro orgullo ata las manos de Dios para favorecernos con sus dones, pues abusamos de ellos y nos atribuimos á nosotros lo que es de Dios. Oigamos lo que el Señor dijo á la Santa sobre esto (1): «Hija: la luz es distinta de las tinieblas. Nadie se pierde sin entenderlo. Lo mejor es entender el alma, que nada puede por sí y todo le viene de Mí. En un punto que yo me aparte, viene la noche. Esta es la verdadera humildad, conocer el alma lo que puede y lo que yo puedo. El alma en pecado está sin poder, como una persona atada, y atados los ojos, que aunque quiera ver no puede, ni andar, ni oír y en gran oscuridad...» No hay más que meditar esto para humillarnos y confundirnos de veras en la presencia de Dios y de los hombres.

FRUTO. — Estimar en mucho los favores del cielo que hacen resaltar más la bondad divina á vista de nuestra ingratitude y ruin vida.

MÁXIMA. — Lo mejor es entender el alma que nada puede por sí y todo le viene de Dios.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

(1) Adición á la Vida, n.º 6, 46.

LECCION CXV.

DIA 24 DE ABRIL.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... como en la página 7.

El Señor la descubre verdades muy sublimes; primero, cómo es el alma en gracia, y cómo en pecado: segundo, qué cosa es «andar en verdad,» de cuyos favores todos pueden sacar utilidad.

Muy corto es el entendimiento para conocer dónde llega el amor divino con las almas que elige por esposas. Sobre lo insinuado, que no es poco, la descubrió el Señor otras verdades muy útiles sobre lo comun que enseñan las ciencias y los libros, pues, como asegura el Ilmo. Sr. Yepes, con un rayo de la luz increada, que pasó en un momento por Teresa, descubrió verdades que en mil años no aprendiera por medio de los teólogos. ¿Y qué le descubriría el Señor cuando la arrebató al cielo, y sentándola junto á sí la comenzó á enseñar y correr los velos de la fe, mostrándola despacio sus tesoros? Ya vimos como la representó su alma como un espejo claro, pero más generalmente vió lo mismo del alma justa en figura de un globo, todo como un espejo clarísimo (1) por todas partes, en cuyo centro estaba Dios conglutinado por una comunicacion que no sabia explicar; pero al mismo tiempo vió como por el pecado se cubria de una densa niebla que no dejaba ver nada. Tambien la representó en este espejo y globo claro siete *Moradas*, como en un castillo donde residia su rey con gran luz y gloria que derramaba por todas partes; pero estando mirando esto desapareció la luz y el cristal quedó como un carbon, y abierta la puerta entraron de tropel los animales ponzoñosos que estaban fuera, y conoció ser éste el efecto del pecado mortal. De aquí

(1) Vid., cap. xl.

sacó lo primero, que Dios estaba en todas las cosas por esencia, presencia y potencia, lo que antes no penetraba. Lo segundo, conoció la malicia del pecado y sus daños. Lo tercero, sacó grande humildad y conocimiento propio de la nada que somos sin la gracia, que es pura misericordia. Lo cuarto, con esta luz escribió el libro de las *Moradas*, que es el más admirable de todos. También conoció como todas las cosas están en Dios y como todo se ve en Dios. «Escribir esto, dice, yo no lo sé; pero es una merced que me confunde y avergüenza, recordando mis pecados. Es la Divinidad como un claro diamante muy mayor que el mundo. Todo lo que hacemos se ve allí. Me espanté de ver en un instante tantas cosas allí juntas, y me lastimé viendo allí cosas tan feas, que se representaban con mis pecados, y quedé que no sabia dónde me meter. Allí se ve cuán bien se merece el infierno por una culpa mortal, y se ve su misericordia que nos sufre. ¿Qué será el día del juicio?» Hasta aquí la Santa. También conoció que estaban perdonados todos sus pecados, y que la Virgen y san José la vestían una ropa muy blanca.

También la descubrió el Señor (1) qué *cosa es verdad*, sin ver nada. «Todo el daño viene, la dijo, de no conocer las verdades de la Escritura;» mas como ella pensara que esto siempre lo había creído y creían todos los fieles, la añadió: «¡Ay hija! ¡Qué pocos me aman con *verdad*, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con *verdad*? Entender que todo es mentira lo que no es agradable á Mí.» «Así lo he entendido desde entonces, dice la Santa. Quédome una verdad de esta divina verdad, que se me representó sin saber cómo ni qué, y tan esculpida, que me hace tener nuevo respeto á Dios por la noticia que queda de Su Majestad y poder, pero que no puedo explicar. Nada oí, mas entendí el gran bien que es no hacer caso de cosa que no sea para más llegarnos á Dios, y así entendí *qué cosa es andar un alma en verdad delante de la misma verdad*. Entendí grandes

(1) Vid., cap. XL.

verdades sobre esta verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Ví que solo Dios es la verdad, que todas las demás dependen de ella. Como se sufre, Señor, tal favor á quien tan mal os lo ha merecido...» Aún explica más la Santa qué cosa es verdad, por un modo bien singular (1). «Acuérdate de Pilato lo mucho que preguntaba á Nuestro Señor, *qué era verdad*, y lo poco que entendemos acá de esta suma verdad. (Todos blasonan de verdad y es lo que menos se conoce). Yo quisiera darlo más á entender, mas no puedo. Saquemos de aquí, hermanas, que para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo, será bien que estudiemos siempre mucho de *andar en esta verdad*. No digo que digamos mentira, que en esto, gloria á Dios, ya veo que traeis gran cuenta, sino que *andemos en verdad delante de Dios y de las gentes, de cuantas maneras pudiéremos*; en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando á Dios lo que es suyo y á nosotros lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y así ternemos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no es durable.»

Es muy notable esta explicacion de santa Teresa, que *reduce la verdad* á la humildad, á conocer lo que somos y lo que es Dios, y no apropiarnos sus dones, y despreciar el mundo, que es todo mentira. Por manera, que aunque uno haga las obras más grandes, si apetece que lo tengan en algo, ó se lo apropia robándolo á Dios, es un *mentiroso*, un hipócrita, y no conoce, ni menos anda en verdad. Por esto la dijo el Señor una vez (1), que no era obedecer (de verdad) si no estaba aparejada á sufrirlo todo.

Esta es la causa porque se hacen tan creíbles estos favores tan nuevos y singulares de Teresa, pues sobre que ella no los dice, sino forzada por la obediencia, los escribe con tanta sencillez y confusion propia, que no deja lugar para dudar de su *verdad*, que resalta maravillosamente en todas sus palabras y obras por la *hu-*

(1) Mor. VI, cap. x, n.º 5.

(2) Vid., cap. xxvi.

mildad. Y este es tambien el motivo por que aquel hereje que escribió contra san Pablo, y quiso hacerlo contra el libro de la Vida de Teresa, no sólo no pudo, sino que quedó vencido de esta *verdad*, que jamás perece, ni es vencida, como que es un rayo de la esencia de Dios. Aprendamos, pues, á conocer y andar en *verdad* por las reglas que nos da santa Teresa y no por palabras hinchadas, que en lugar de hacernos hombres de *verdad* nos hace mentirosos y vanos. Aprendamos esta *verdad* poco ó nada conocida hasta santa Teresa, quiero decir, que poco se habia meditado que la *verdad es Dios*, y que andar en *verdad* es andar en *humildad* verdadera. «Considerando, dice, por qué Dios es tan amigo de la *humildad*, conocí (nótese bien esto) que es porque Dios es suma *verdad*, y andar en *humildad* es andar en *verdad*, porque es la mayor (*verdad*), que no tenemos cosa buena de nosotros, y quien no entiende esto anda en *mentira*...» ¡Qué idea tan nueva, pero qué sublime y verdadera! Acabemos con unas palabras de la Santa (1), que casi abrazan todo lo dicho: «Hagamos cuenta que Dios es este palacio. ¿Por ventura puede el pecador, para hacer sus maldades, salir de este palacio, que es todo el mundo ó la inmensidad de Dios? No, por cierto; sino que dentro, y en el mismo palacio, que es Dios, pasan las abominaciones y deshonestidades y maldades que hacen los pecadores. ¡Oh cosa temerosa y digna de gran consideracion y muy provechosa para los que sabemos poco, que no acabamos de entender *estas verdades*, que no seria posible tener atrevimiento tan desatinado! Consideremos, hermanas, la gran misericordia y sufrimiento de Dios en no nos hundir allí luego, y démosle gracias y hayamos vergüenza de nosotras, por sentirnos por cosa que se haga ó diga: es la mayor maldad del mundo ver que sufre nuestro Criador tantas á sus criaturas dentro de sí mismo, y que nosotros sintamos alguna vez una palabra que se dijo en nuestra ausencia, y quizá con no mala intencion. ¡Oh miseria humana! De buena gana

(1) Mor. VI, cap. x, n.º 3.

pasemos por todo y amemos á quien tanto nos ama y sufre, pues no nos ha dejado de amar aunque le hemos mucho ofendido, y así tiene razon en querer que todos perdonen por agravios que reciban.» Hasta aquí la Santa. Amemos, pues, la gracia, aborrezcamos el pecado, unámonos á la suma verdad que es Dios, que para todo esto nos dan materia los favores singulares que recibió Teresa, sacando reflexiones utilísimas de todos para sus virtudes y nuestra enseñanza, diciéndonos que andar en *verdad* es andar humildes y en gracia.

FRUTO.— No hacer caso de cosa que no sea para más llegar-nos á Dios.

MÁXIMA.— Andemos en verdad delante de Dios y de las gentes de cuantas maneras pudiésemos, en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos.

JACULATORIA.— Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CXVI.

DIA 25 DE ABRIL.

ORACION.— ; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Santa Teresa conoce los secretos del corazon humano, profetizando lo futuro y escondido, pero todo dirigido á aliviar penas y tentaciones en nosotros, si la tomamos por Madre y Maestra.

Habiendo gozado santa Teresa tantas gracias de su Esposo para conocer las verdades más sublimes y los tesoros de su gloria, no parecerá extraño que participe con El mismo la ciencia que escudriña los corazones por una luz singular que toca en profecía y discernimiento de espíritus. El Ilmo. Sr. Yepes es el principal

que confirma esta verdad. «Palpé, dice, como con la mano que (Teresa) penetraba mi estado y disposicion interior, así en ausencia como en presencia. Si yo me hallaba devoto y recogido, sus cartas me venian muy largas y espirituales, y si estaba distraido, eran secas y de mucha gravedad, de modo que me servian de freno, y esto era ya tan seguro, que casi llegué á ser profeta, pues cuando la iba á hablar, ó recibia carta suya, segun la disposicion de mi alma, sabia ya de la manera que me habia de responder, y así la dije una vez: Madre, miedo tengo de hablar con V. R., porque me parece que entiende mi interior. Otra vez me adivinó un trabajo que traia, y me envió á decir el tiempo que duraria, y así se verificó todo. Algunos meses antes de su muerte escribió una carta para mí, y la entregó á la Madre María Brianda, priora de Toledo, diciéndola: Esta leeréis á Fr. Diego de Yepes despues de yo muerta. En ella me decia todo el interior de mi alma como si lo estuviera viendo.»

Estaba el Padre Lobo, del Orden de Descalzos de san Francisco en Roma, con una grande afliccion, sin conocer á la Santa ni haberla escrito jamás; recibió una carta suya que le hablaba de su pena, y sólo con leerla se la quitó como si nunca la hubiera tenido. Como en unas Pascuas habiera hecho la Santa unas coplas, las dió á acopiar á una Religiosa, y estándolas copiando y pensando que aquello era niñería, se acercó la Santa, y la dijo: «Hija, todo es menester para pasar esta vida; no se espante.» A esta misma, preguntada otro dia sobre cierto pensamiento que no recordaba, la dijo la Santa: «¿Pues no se acuerda que esto le ocurrió hoy en refectorio?» Y era verdad. El P. Agustin de los Reyes, provincial de Andalucía, estando de novicio en Pastrana, muy affligido, y sin quererse explicar con nadie, ni áun con la Santa, que le preguntó y habló tres veces, llamándole cuarta, le dijo: «Hijo mio, yo he deseado que se declarase conmigo, pues en esto estaba su bien, ¿por qué se recata de mí? ¿no tiene este trabajo?...» Y le dijo cuanto pasaba por su alma como si lo viera. La culpa ha estado en no comunicarlo con

su confesor ú otro, pues el demonio avergonzado hu-
yera. Al Maestro Cristóbal Colon, visitador del arzo-
bispo de Valencia, á poco que le trató le dijo cosas
tan secretas de su alma, que se admiró. Un año antes
de morir san Pedro Alcántara supo su muerte, y se la
avisó estando bien distante (1), y cuando murió se le
apareció antes que llegara la noticia.

Aunque estas luces proféticas, como se ve, servian
de utilidad á los prójimos, aún tuvo otras revelaciones
más interesantes. Estando su hermano, D. Agustin,
gobernador en el Perú, le escribió una carta, de que
dimos noticia, para que pronto dejara el gobierno si no
queria perder cuerpo y alma. En efecto, aunque le va-
lia más de diez mil ducados cada año, al punto se sa-
lió, y á muy poco mataron al sucesor. Tambien le re-
veló el Señor que su hermana D.^a María habia de morir
de repente, y la Santa salió de propósito de su convento
de la Encarnacion, y la fué preparando, sin decirle
la revelacion, por manera que se confesaba de ocho á
ocho días, y al fin de cinco años murió de repente, y
la Santa la vió salir muy pronto del purgatorio é irse
al cielo. Antes que sucediera la muerte del rey de Por-
tugal, D. Sebastian, vió la Santa un Angel con una
espada sobre aquel reino, y luego se siguió la gran
pérdida de aquella gente. Tambien vió el mismo Angel
sobre la Francia, por haber dado acogida á los herejes,
todo lo cual afirma el P. Bañez su confesor. Supo su
muerte ocho años antes y la de otros muchos, como la
de cuarenta Jesuitas que iban al Brasil, y entre ellos
un deudo suyo, que mataron los infieles, y lo dijo lue-
go al P. Baltasar Alvarez, su confesor. Cuando murió
Fr. Pedro Ibañez (que tambien la confesaba muchas
veces), aunque estaba muy distante, lo vió se iba al
cielo sin pasar por el purgatorio, y lo dijo á Fr. Gar-
cía de Toledo, que la confesaba, con todas las circuns-
tancias de su muerte, como si hubiera estado presente,
y así se verificó.

No hay necesidad de referir más casos, sí sólo lo que

(1) Vid., cap. xxvii.

dice la Santa (1): «De todas las cosas que he dicho de esta casa y otras, todas se han cumplido, y las decia á mi confesor y á esta amiga (D.^a Luisa), con quien tenia licencia de hablar, y despues he sabido que las decia á otras, y éstas saben que no miento, ni Dios me dé lugar. Ninguna cosa he tenido en la oracion, aunque sea de hartos años antes, que no la haya visto cumplida.» «En esto de sacar almas de pecados, dice, y otras traídollas á más perfeccion, es muchas veces, y de sacar almas de purgatorio y otras cosas, son tantas las mercedes que Dios me ha hecho, que seria cansarme y cansar á quien lo leyere. Esto ha sido cosa conocida y de que hay hartos testigos. Luego, luego dábase escrúpulo, porque yo no podia dejar de creer que el Señor lo hacia por mi oracion, dejando ser lo principal por su bondad; mas son ya tantas las cosas, y tan vistas de otros, que no me da pena creerlo, y alabo á Su Majestad, y háceme confusion porque veo soy más deudora. Ha querido el Señor se sepan estas mercedes. Yo me fatigaba harto, y hasta ahora no poco, porque cada uno lo toma como le parece. Consuelo me ha sido no ser culpa mia, porque en no decirlo á otros he tenido gran aviso, y no por humildad, sino porque aún á los mismos confesores me daba pena decirlo. Ahora ya, gloria á Dios, aunque mucho me murmuren, y con buen zelo, como entiendo que por este medio ha querido Dios remediar muchas almas, muy poco se me da de todo. Lo miro como desde lo alto, y dáseme poco; en más ternia se aprovechase un tantico un alma: una sola vez que se alabe á Dios me doy por pagada. Casi siempre estoy soñando lo que veo, ni contento ni pena veo en mí. Desta manera vivo, padre y señor mio.» (Habla con su confesor).

De todo lo dicho podemos inferir y meditar lo siguiente: Primero; si santa Teresa así descubria los corazones, ¿cuánto más los verá y conocerá el Señor? No hay que escondernos, porque cuanto pensamos y hacemos todo lo ve claramente, hasta las intenciones

(1) Vid., cap. xxxix; cap. xxvi, n.º 2.

y los peligros más secretos y escondidos, pues, como dice el Profeta: Todo está desnudo y claro delante de sus ojos. Lo segundo, meditemos cuán bien dirigía la Santa las noticias que Dios la daba, á beneficio de las personas espirituales con quienes trataba. El ilustrísimo Sr. Yepes era su confesor, y Teresa, como Santa, hacia con él los oficios de buena madre, le descubría el corazón, de modo que, según dice él mismo, se confesaba antes de entrar á tratarla, como disposición precisa, y por fin vemos que le dejó sus documentos antes de morir. Todas las veces que la Santa descubrió los corazones fué para quitarles penas, tentaciones y peligros, ó para dar documentos espirituales y útiles. Alabemos esta caridad de santa Teresa y su humildad, y confiemos en que si la tomamos por Madre y Maestra, ahora que está en el cielo con más luz y caridad, hallaremos el consuelo en nuestras aflicciones, y conseguiremos la gracia y lo que necesitamos, pues vemos que Dios la favoreció tanto para sacar almas de pecado, traer otras á más perfección, y librar las que padecen en el purgatorio, y disponer con tiempo para no morir desprevenidos, aunque sea repentina y sin Sacramentos la muerte.

FRUTO. — Poner toda nuestra confianza en Teresa de Jesús, que así como en vida aprovechó mucho á los que la trataron, también ahora desde el cielo cuidará de nuestra salvación y perfección.

MÁXIMA. — En esto de sacar almas de pecados y otras traídas á más perfección, es muchas veces.

JACULATORIA. — Jesús mío, misericordia y enmienda.

LECCION CXVII.

DIA 26 DE ABRIL.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Se confirma lo dicho con el discernimiento que tuvo de espíritus, en las que pretendían tomar el hábito, y en las máximas que propone de dirección, que nos pueden servir para la elección de estado y asuntos graves.

Es bien admirable el modo con que brillan en Teresa todos los dones y frutos del Espíritu Santo, por manera que era muy fácil hablar de cada uno de éstos con sus acciones, pues como dice: «Muchas cosas de las que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi Maestro celestial, y se me hace escrúpulo grande poner ó quitar una sola sílaba.» Con todo, es preciso dejar muchas cosas, y decir solamente en prueba, que el señor obispo de Avila, D. Alvaro de Mendoza, aseguraba: *Si la Madre lo dice, aunque sea imposible, se hará;* y lo mismo confirman otros testigos en su canonización. El P. Domingo Bañez, su confesor, dice: «Hame dicho cosas que sólo Dios podía saberlas, y estaban muy por venir, y tocaban al corazón y aprovechamiento, y parecían imposibles, y todas se han cumplido.» *Para mí,* decía el Ilmo. Sr. Yepes, *lo mismo era decir la cosa la Madre Teresa, que verlo con mis ojos.* De aquí nacia el crédito que la daban en la elección de admitir novicias, y su discernimiento en los espíritus para Religiosas era bien admirable. Muchas veces admitía doncellas sin dote, y á otras que lo traían muy cumplido las reprobaba. A unas admitía contra el parecer de muchos que no las tenían por del caso, ó por falta de salud ú otras causas, y desechaba algunas muy aplaudidas. Como la hablaran á favor de una diciéndo que era muy santa y de mucha oración,

les respondió: «Aquí se la enseñarán; pero es preciso que primero olvide lo que sabe.» Y aunque lo principal que buscaba en las pretendientas era que tuvieran buen entendimiento, con todo, si la escribían ó hablaban con algun artificio, decia no las queria bachilleras, como con una de Toledo, que sólo por decir que traeria una Biblia la despidió. A un Fraile Calzado dijo que seria Descalzo y convertiria á un pecador, y así fué. A dos sobrinas suyas que andaban en el mundo, las dijo que serian monjas Descalzas, y sucedió así. A otra despa-
chó diciendo que tenia *santidad de melancolia*. Habia una monja Bernarda con mucha fama de santidad, muy flaca por los ayunos y penitencias, y que se arrobaba al parecer cuando comulgaba; la Santa lo sentia, y dijo al confesor de la monja que era perder el tiempo, pues todo era flaqueza natural; que la quitaran los ayunos y la hicieran divertir, y con esto se acabaron los arro-
bamientos. Un confesor la consultó de otra que tenia visiones, etc., y le dijo que esperase un poco, y en efecto se vió que todo era desatino. Un rústico, tenido por santo, vino á comunicar con la Santa, que conoció luego la cosa, y se lo dijo al confesor del tal, y á él le aconsejó que se ejercitara en penitencia y obediencia; no lo quiso hacer, y á poco se descubrió que era vanidad y locura.

En sus *Constituciones y Camino de perfeccion* (1), descubre la Santa las reglas precisas para distinguir los espíritus del caso y propios para la Religion, y entre otras cosas prohibe admitir las que lo eran de otra Orden, y á unas que querian pasar á las Descalzas les negó la licencia. Tambien resistia mucho el admitir grandes señoras, escarmentada con la princesa de Eboli en Pastrana, y era tan entera en esto, que, como dice el ilustrísimo Sr. Yepes, su confesor, empeñándose por una gran señora y creyendo que hacia favor al convento, le respondió la Santa: «Mándeme V. otra cosa, que en eso no puedo darle gusto, y léjos de hacer favor al mo-

(1) Cam. de perf., cap. II y cap. XIII. Fund., cap. XXVI. Tom. II, carta 48.

nasterio las tales, se puede temer más daño.» Fr. Fernando de San Antonio dice (1) que echó del convento una sobrina suya, y esto aunque las monjas lo resistían por ser sobrina suya. Esto mismo lo dice la Sagrada Rota por estas palabras (2): «Guardó santa Teresa la justicia sin respeto á la carne y sangre: *Illud-que monstravit*, y lo manifestó en repeler una sobrina que ya tenia el hábito de Religiosa, quitándoselo sin atender á las súplicas de las monjas.» No responde con menos fortaleza á otro empeño de Fr. Ambrosio Mariano, cuya carta es bien digna de leerse. Mucho más se podia decir de este gran discernimiento de espíritus y fortaleza para negarse, cuando veia que la cosa no era conforme á la luz que Dios la daba. Mas con lo dicho aparece de un golpe de vista, como santa Teresa tuvo en sí todos los dones y frutos del Espíritu Santo. Su sabiduría, prudencia, discernimiento de espíritus, justicia, fortaleza, temor de Dios, consejo y todos los demás dones y gracias que se dejan ver distribuidos en los demás Santos, se hallaron en Teresa en un grado que la hacen una Santa admirable por todas sus circunstancias.

Admiremos, pues, aquí las grandes luces de Dios, y cuanto más nobles conocimientos inspira que todas las ciencias y maestros de la tierra. ¡Qué débiles son todas las luces de los hombres, cuán incierta su prudencia, cuán expuesta á errores y daños en sus determinaciones! Una débil mujer corta y decide con esta ciencia divina fácilmente en las materias más delicadas y expuestas que rodean la humanidad. El estado religioso es el mejor en sí y en general, pero ¿cuántas excepciones tiene, atendidas las calidades de las personas? Es, pues, preciso en la eleccion de estado consultar á Dios en la oracion y á personas más santas que instruidas en las vanas filosofías y ciencias del siglo. Santa Teresa reprobaba muchas, mas no porque todas fueran malas, sino porque conocia no quererlas el Se-

(1) Tom. II, cap. XI.

(2) Rel. de virt., art. 7. Tom. I, cart. 28.

ñor en aquel estado. Segun el P. Ribera, preguntando á la Santa por qué reparaba más en si la pretendiente tenia ó no talento, que en si tenia ó no virtud, le respondió: «Padre, la devocion se la dará Dios aquí; la oracion y virtud se la enseñarán con el ejemplo las Hermanas, mas si no tienen talento este no se lo pueden dar humanamente.» Miremos, pues, la eleccion de estado con mucha reflexion, como que depende la salvacion, y para los asuntos de alguna consecuencia no juzguemos de ligero ni por las luces de la ciencia mundana. Acudamos para esto á la ciencia de los Santos, y en particular á esta Maestra que conoce los interiores, y supliquémosla que nos inspire lo mejor para el acierto.

FRUTO. — Mirar la eleccion de estado y cuanto se refiera á nuestro provecho espiritual con mucha reflexion, no juzgando de ligero ni por las luces de la ciencia mundana, sino acudir para esto á la ciencia de los Santos y en particular á la gran maestra Teresa de Jesús.

MÁXIMA. — Procuremos ser tales que alcancemos de Dios que haga muchos de los muy muchos letrados y Religiosos que hay que tengan las partes que son menester.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CXVIII.

DIA 27 DE ABRIL.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Aparece Dios admirable en las revelaciones con que se asegura á la Santa en la empresa de la Reforma, para que sólo en Dios pongamos nuestra confianza.

Pongamos el sello á tantos favores y tan singulares como los que recibió Teresa, con los que miran á la seguridad del establecimiento de su Reforma, que fué la obra más grande á que la destinó la Providencia, y para la que quiso primero disponerla con tantas virtudes como hemos visto, y aún veremos, y con algunos favores muy singulares. Como la Santa era el Moisés destinado para sacar los hijos de Dios del cautiverio de Egipto ó de Babilonia, donde se veían como arrojados por la desgracia de los tiempos, quiero decir, como santa Teresa debía volver á su antiguo esplendor la Religión del Cármen, así en hombres como en mujeres, era indispensable que sobre tal empresa tuviera algunas revelaciones y seguridad de su Esposo, pues la obra excedía ciertamente sus fuerzas naturales, como se habia visto en los Papas, reyes, generales y hombres más grandes, que fatigados en vano por sus esfuerzos habian cesado en esta empresa, como los fuertes de Israel: *Cessaverunt fortes Israel*. Pero Dios, que igualmente salva con muchos que con pocos, y que elige lo más débil del mundo para confundir su orgullo, fortificó el brazo de Teresa como el de otra Débora. *Roboravit brachium suum*. Y aunque de esto se habla muchas veces en esta obra, conviene decir aquí algo en general de sus revelaciones, y como fué Dios el principal autor, como omnipotente, y sólo quiso acreditar

sensiblemente su poder con Teresa en esta gran empresa.

«Estando, pues, una vez, dice (1), rezando cerca del Santísimo Sacramento, aparecióme un Santo, cuya Orden ha estado algo caída, tenia en las manos un libro grande, abrióle y díjome (se cree que era san Alberto), que leyese unas letras que eran grandes y muy legibles, y decian así: *En los tiempos venideros florecerá esta Orden; habrá muchos mártires.* Otra vez, estando en Maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis ó siete, me parece serian de esta misma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto á entender han de defender la fe, porque otra vez estando en oracion se arrebató mi espíritu; parecióme estar en un campo de batalla á donde se combatian muchos, y estos de esta Orden peleaban con gran fervor: parecíame contra herejes.» Aunque la Santa no nombra la Orden, dice el Sr. Yepes, que sabia como confesor, y tambien otras personas, que hablaba de su nueva Reforma.

*«Acabando de comulgar mandóme el Señor mucho (2) que procurase la fundacion del nuevo Convento con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaria de hacer, y que se serviria mucho en él, y que se llamase San José, y que á la una puerta nos guardaria él y Nuestra Señora á la otra, y que Cristo andaria con nosotras, y que seria una estrella que diese de sí gran resplandor, y que aunque las Religiones estaban relajadas, *no pensase se servia poco en ellas, que ¿qué seria del mundo si no fuera por las Religiones?»*

Lo mismo sucedió en todos los demás monasterios de frailes y monjas, y con tal continuacion que parece hablaba la Santa con el Señor, como pudiera un hermano con otro, ó como el mayor amigo; pues casi todo lo que hizo fué por revelacion y milagrosamente, porque sin esto no era posible sostenerse contra tantas con-

(1) Vid., cap. XL, n.º 9 y 10.

(2) Vid., cap. XXXII, n.º 2.

tradiciones y trabajos. «Esfuérzate, la dijo el Señor (1), pues ya ves lo que te ayudo: he querido que ganes esta corona: en tus días verás muy adelantada la Orden de la Virgen.» Esto sucedió año 1571 al principio de la mayor revolucion que sufrió la Santa y la Reforma.

Estando la Santa en Toledo, tuvo noticia del gran peligro en que su Reforma se hallaba de que pereciese, y cuando parecia la cosa deshecha sin esperanza ni remedio por tener contrario al General y al Nuncio, entonces mismo, y á presencia del ilustrísimo señor Yepes, que lo depone, y de otros, dijo la Santa con gran serenidad: *Trabajos padeceremos, pero la Orden no volverá atrás.* Casi lo mismo escribió, como de tercera persona, profetizando que ella saldria dentro de quince dias de la cárcel, y que en el cielo se confirmó la Reforma al mismo tiempo que en la tierra se firmaba su destruccion, y que desde aquel dia iria creciendo y cesaria la persecucion, acudiendo al Rey, á quien hallaria como padre: todo lo cual se verificó en la misma forma.

Estando en Sevilla, denunciada ella y sus monjas á la Inquisicion por una novicia, la dijo el Señor, que aunque padecerian algun trabajo, pero que no se oscureceria la verdad, y así lo dijo al P. Gracian, que estaba muy afligido, y así sucedió. En la mayor alteracion de la Reforma vió la Santa un mar alborotado, cuatro años antes de terminarse la tribulacion, y que en él se ahogarian como Faraon y los Egipcios sus enemigos y perseguidores. Estando en Segovia, la reveló el Señor por medio de san Alberto, carmelita, la separacion de los Calzados y Descalzos, y lo refirió la Santa á Fr. Diego de Yanguas seis años antes que sucediera, y cuando más expuesta estaba la Reforma á deshacerse, como él mismo lo depone.

De aquí debemos sacar, no sólo la firme confianza en la Providencia de Dios, que todo lo gobierna, sino tambien la paz y serenidad con que debemos dejarnos en las manos de Dios, sin omitir las diligencias pru-

(1) Adiciones á la Vida, n.º 49.

dentes. No nos cansemos en procurar con diligencias extraordinarias trastornar las ideas de los decretos divinos, pues como se ve en lo que sucedió con santa Teresa, no hay fuerzas contra Dios. Debemos sí, hacer lo que nos toca de nuestra parte para el buen éxito de los negocios, mas siempre fijando nuestras miras en Dios que es el árbitro. Debemos insistir contra las dificultades y obstáculos que pone el demonio y el mundo, pero siempre confiando más en Dios que en los hombres. Los sabios del mundo en las obras de Dios deliran y van con los ojos cerrados sin ver nada: mas los Santos como Teresa son los que atinan con la verdad, y por lo mismo á éstos es á quienes debemos acudir. Así lo hacia la Santa, pues aunque los más sabios y literatos del mundo la reprobaron su idea de la Reforma, los Santos fueron los que la aprobaron y animaron como san Pedro Alcántara, san Luis Beltran, Domingo Bañez y otros. Humillémonos delante de Dios, confesando que toda la sabiduría del mundo es ignorancia y locura en su presencia, y que Dios juega con las cavilaciones filosóficas y políticas, destruyéndolas en un instante cuando quiere ó corren viento en popa, para que conozcamos esta debilidad humana y pongamos la confianza en solo Dios y no en los hombres.

FRUTO. — Sentir gran aprecio por las Ordenes religiosas y en especial por las obras de celo de la Santa, rogando por ellas.

MÁXIMA. — Díjome el Señor que no pensase se servia poco en las religiones: ¿qué seria del mundo si no fuera por ellas?

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CXIX.

DIA 28 DE ABRIL.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Se refiere sencillamente el caso de la Transverberacion del corazon de santa Teresa por un Serafin, y se hace ver por este principio los errores en que vivimos sobre el amor de Dios.

Cada dia se iba más Teresa encendiendo en el amor de Dios con tan frecuente comunicacion con todos los espíritus celestiales. Por el año, pues, de 1558 ó 59 se ven dos singulares maravillas en la vida de santa Teresa, que fueron: la una, hacer el voto de obrar siempre lo más perfecto; y la otra, la Transverberacion de su corazon por mano de un Serafin. No se sabe cuál de éstas fué la primera; mas ello es que sucedieron por este tiempo. Oigamos el un caso con las palabras de la Santa (1): «Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta vision. Veia un Angel cabe mí hácia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me representan Angeles, es sin verlos, sino como la vision que dije primero. En esta vision quiso el Señor la viese así; no era grande sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecia de los Angeles más subidos, que parece todos se abrasan. Deben ser los que llaman Serafines, que los nombres no me los dicen, mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos Angeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabria decir. Veíale en las manos un dardo de oro, largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces, y que me

(1) Vid., cap. xxxix, n.º 11.

llegaba á las entrañas, al sacarlo me parecia llevarlas consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacia dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este gravísimo dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y áun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento. Los dias que duraba esto andaba como embohada, no quisiera ver ni hablar sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo criado. Esto tenia algunas veces. Sea bendito, que tantas mercedes hace á quien tan mal responde á tan grandes beneficios.»

Este suceso tan extraordinario y nuevo no admite la menor duda, porque consta despues de dos siglos en los efectos que se ven en el corazon separado del cuerpo, pues no sólo atestigua la vista de cuantos lo ven la cisura ó herida que tuvo y atravesó casi todo el corazon de la izquierda á la derecha con otras menores, sino que examinado por facultativos de órden superior, todos uniformes resuelven que la cosa es sobrenatural y milagrosa, que la herida fué verdadera y real, con otros muchos prodigios sensibles que se notan, como es el vapor que actualmente exhala, comprobado auténticamente, de lo que podíamos hablar mucho, si no hubiera escrito tanto el autor del *Año Teresiano*, dia 27 de Agosto, y tambien otros.

Supuesta la verdad de este suceso tan raro, que no tiene semejante, que yo sepa, debemos hacer algunas reflexiones particulares. Sea la primera: Que Dios nada hace sin fines altísimos y proporcionados con lo que obra. Nosotros no podemos entrar en estos abismos de su sabiduría y consejo, pero sí rastrear alguna cosa por los efectos sensibles. Vemos en la Escritura que un Angel con una áscua del Santuario purificó los labios de un Profeta, para que fuera digno de anunciar á los hombres la voluntad divina. Por lo mismo debemos su-

poner que siendo santa Teresa la mujer grande y fuerte, destinada á ser Madre y Maestra universal, y reformar toda una Orden tan ilustre, tendria el Señor otras miras semejantes ó quizá más elevadas: en efecto, vemos no se contenta con aplicar un áscua á sus labios, ni con imprimir sus llagas, ni con levantarla dos costillas para respirar el corazon, sino que envia un Angel, y de los más sublimes, esto es, de los Serafines, con un dardo de fuego al corazon de Teresa para que lo purifique hasta de las más leves imperfecciones, y lo electrice en el amor divino. El nombre de Serafin, dice santo Tomás (1), no sólo se toma de la caridad, *sino del exceso é inflamacion de la caridad*, como quien dice, *ardor ó incendio*. Pues ¡cuánto subiria esta llama en el corazon de Teresa, inflamada por un Serafin!

Y como esto no fué una sola vez, sino repetidas, como lo dice, y aún lo manifiestan las incisiones que se ven en su corazon, habiendo vivido despues de este suceso más de veinte años, no hay que dudar ni extrañar la expresion de la Iglesia en su Oficio, que todo está respirando el ardor de los Serafines, y llama á la Santa *seráfica virgen y victima de la caridad*. Al fin veremos que la Santa murió, más en fuerza del amor que de la enfermedad, y las varias exclamaciones que se hallan en sus Obras, la violencia que sentia en vivir, el deseo de reunirse con su Esposo, y el decir claramente con san Pablo, que ya no vivia ella sino Jesucristo en su corazon (2), y esto desde su niñez, en que ya la vimos salir de su casa á impulsos de su amor para morir por Cristo, nos hacen formar una idea de su caridad, que no puede explicarse con palabras, sino únicamente admirarla y sentirla el corazon.

De aquí no son pocas las utilidades que podemos sacar. Primera, formar la más noble idea de esta caridad de Dios, que tan estéril y fria se representa á los mortales. Nosotros creemos amar dignamente al supremo Señor, sólo porque con la boca formamos algunos actos

(1) I part. quæst. 108, art. v, ad. 5.

(2) Vid., cap. vi. Tom. II, cap. XI y XII. Vid., cap. xxxvii. Mor. VII, cap. II.

de amor, por manera que no le damos más que la lengua y las palabras, mas las obras y corazon están muy léjos de su amor. ¡Ah! ¡qué errores tan groseros tenemos en esto! Creemos que un acto de contricion, que se funda en amar á Dios con todo el corazon, alma, potencias y sentidos está en nuestra mano para hacerlo cuándo y cómo queramos. Pensamos poder servir y amar á dos Señores á un mismo tiempo, que las criaturas y el mundo caben con Dios en nuestro corazon, y así llegamos á la muerte sin despertar de este engaño hasta la eternidad en que veremos las cosas como son, pero ¡ay Dios mio! sin remedio... Volvamos, pues, los ojos á este corazon enamorado de Teresa, meditemos bien los síntomas que padecia, y con sólo esto caerá el velo que nos tapa los ojos, y quedaremos convencidos de que el amor de Dios, que es la *justicia*, segun san Agustin, al paso que entra en nosotros, va arrojando el amor del mundo; que el principio de caridad ó caridad incoada comienza á destruir la concupiscencia; que la caridad ó amor proficiente disminuye esta concupiscencia, y que el amor perfecto acaba con el amor del mundo, demonio y carne, y queda Dios absoluto Señor y dueño del Corazon, y entonces le une á sí del todo.

FRUTO.—Fijos nuestros ojos en el transverberado y enamorado Corazon de Teresa, resolvámonos á entregar totalmente á Dios nuestro estéril y frio corazon.

MÁXIMA.—Es (la transverberacion) un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.

JACULATORIA.—Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CXX.

DIA 29 DE ABRIL.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Continúan algunas reflexiones y noticias sobre la Transverberacion del corazon de la Santa, que nos excitan á amar á Dios sobre todo.

Para un favor tan singular como fué electrizar el corazon de Teresa por mano de un Serafin en el amor inflamado de Dios, era conveniente que él mismo la dispusiera y proporcionara dignamente. A este fin, no sólo la dijo poco antes que ya no queria que tratara con hombres sino con ángeles, sino que tambien se le apareció (1) y muy despacio la instruyó é hizo conocer que el mérito no estaba en los gozos, sino en padecer y amar; que san Pablo una sola vez gozó del Tabor y muchas padeció, y lo mismo sucedió al Salvador y su Madre y á los mayores Santos que tuvieron grandes batallas con el demonio y pasaron mucho tiempo sin consolacion alguna. «Cree, hija, la dice, que á quien mi Padre más ama da mayores trabajos, y á estos responde el amor. ¿Y en qué te lo puedo mostrar más que en querer para tí lo que quise para Mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores. Este es el camino de la verdad.»

Esta tan dulce comunicacion la puso por obra el Señor en Teresa para disponerla al grande sacrificio de su corazon y amor. Por esto la hizo sufrir tantas contradicciones, sobre si su espíritu era de Dios ó del demonio, hasta permitir que muchos confesores la reprobaran su espíritu, la hicieran hacer cosas terribles para resistir, y de las que el mismo Señor dijo despues que

(1) Adiciones á la Vida.

eran *tiranías*: y como en premio de estos trabajos (de que hablaremos más adelante, por reunir bajo un punto de vista los muchos que antes y despues padeció), la selló con su amor, atravesándola el corazon con el dardo inflamado de su ardiente fuego de caridad. Para más conocimiento puede verse á san Francisco de Sales (1), á san Agustin (2), á san Juan de la Cruz (3), y á la misma Santa en sus obras.

No seria extraño aplicar á este suceso de la Transverberacion de la Santa lo que dijo el Padre san Juan Crisóstomo del corazon de san Pablo (4). Si alguno dijera que el corazon de este Apóstol era el corazon universal del mundo, la fuente admirable de innumerables bienes... no erraria; ni yo creo errara el que así pensara del corazon de Teresa, pues más literalmente se ve con claridad en su Reliquia despues de dos siglos; porque de ninguna otra se ven ni cuentan prodigios tan originales como del corazon de esta Santa, que no sólo alienta ó respira, como lo acredita la rotura de los cristales, que lo cubrian sin respiradero, sino que aún en el dia se ven los mismos indicios en la evaporacion de la parte baja afecta al cristal y en la negrura de la palomita ó de sus pechos, que forman como una corona sobre el agujero que tiene el Relicario en lo alto. Todo esto no es más que indicios del zelo que todavía manifiesta el Señor por el culto de su esposa y de sus reliquias, para que acudamos á ellas como fuentes saludables. Al corazon parece le falta alguna parte, mas no es por corrupcion ni defecto. Fr. Federico de san Antonio asegura que en Logroño hay una parte de lo más bajo del corazon de santa Teresa, que se comprobó con la misma maravilla de romperse el cristal cerrado. En el año 1614 Fr. José de Jesús María, General, envió una parte del corazon de la Santa á las monjas de la Puebla de los Angeles.

Sobre esta herida que la hizo el Angel se halló en

(1) Trat. del amor, lib. VI.

(2) Conf., lib. IX, cap. II.

(3) Llam. de amor, n.º 24.

(4) Hom. 32, vit. ad Roman. post medium.

las monjas Descalzas de Sevilla en 1700 una canción que parece ser de la Santa, y es digna de ponerse aquí, aunque en este año de 1806 se buscó y no se halló.

Dice, pues:

En las internas entrañas
Sentí un golpe repentino:
El blason era divino
Porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fuí herida,
Y aunque la herida es mortal,
Y es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.
Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida, ¿cómo muere?
¿Cómo sana, cuando hiere,
Y se ve con El unida?
Tiene tan divinas mañas,
Que en tan acerbo trance,
Sale triunfando del lance,
Obrando grandes hazañas.

Algunos afirman que algunas veces se le oía á la Santa cantar entre dientes alguna cosa semejante á esto.

En la Bula de la Canonizacion se dice, que todos veneren la caridad de Teresa, no como la de criatura humana, sino como la de un Serafin. El ilustrísimo señor Yepes la da este nombre; y como en el año 1752 en Palermo conjurase el Padre Prior una endemoniada, mandó á los espíritus que hiciesen una reverencia á la imágen de santa Teresa, y así dijeron: *Virgo, Ave, Seráfica*.

No dudemos, pues, que nuestra Santa ardió en este amor con toda la intencion que san Bernardo y otros hablan de los grados más subidos del amor, y que llegó á lo sumo; como *amor insuperable*, pues no cedió á ningun Santo, ni á los Serafines; como *inseparable* de su Amado, jamás lo perdió de la memoria, y se hizo un espíritu con El por el matrimonio espiritual, como vimos: como amor *singular*, ninguna otra cosa amaba, ni en el cielo, ni en la tierra, cual otro David. Y como *insaciable*, nunca se satisfizo Teresa, ni creyó que lo amaba todo lo que debia. Así se ve en las ánsias que

descubre en sus lágrimas, suspiros, exclamaciones y en todos sus escritos. Sería muy largo querer reunir lo mucho que dice la Santa de este amor encendido de Dios (1). Al que de veras ama á Dios, poco se le da de ser ó no ser correspondido de las criaturas, y es mucha ceguedad pretender que nos quieran, porque todo es aire, y así se reía la Santa de sí, pensando en el tiempo que deseaba la quisieran. La razon es porque al fuego grande del amor no le apagan los trabajos, porque señorea todos los elementos, y él crece tanto, que algunos han muerto en fuerza del amor de Dios. Así eran los deseos de la Santa, que dice nada le satisfacia, ni cabia en sí, sino que verdaderamente se le arrancaba el alma. Todo la parecia poco, porque dice que el alma se consume y hace cenizas, y se deshace en las lágrimas porque no puede hacer penitencia. «Todo se hace fácil al que ama á Dios. Bien viene aquí decir, que *fingís trabajo en vuestra ley*, porque yo no lo veo, ni sé como es estrecho el camino que lleva á Vos. *Camino real* veo que es, y no senda: camino, y bien seguro. Lejos están las rocas y las ocasiones para caer. Senda ruin y angosta es la que lleva al despeñadero. No ha tropezado tantico cuando le dais la mano: no basta una caída y muchas; si os tiene amor, y no al mundo, bien va por la humildad. El peligro está, pues, en ir al hilo de la gente.»

¿Quién no se excita con esto á amar á Dios y aborrecer el mundo? «El amor de Dios, continúa, hace apresurar los pasos, amar lo bueno, juntarse con buenos y amar sólo la verdad. No puede esconderse este amor, porque es fuego que rompe y destruye el amor de las riquezas, la envidia y las contiendas. El no tener amor de Dios nos pone en manos del enemigo y de la tentacion, y se rie de todas las injurias el que ama á Dios de veras, cuando oye: Este me pagó mal ó bien, y lo mira como niñerías.» Medite cada uno sobre sí, y conocerá por lo que dice santa Teresa, que amor es el que domina en su alma. Acabemos, pues, con este avi-

(1) Cam. de perf., cap. XIX, XXIX, XXX y XXXV.

so, que es el cincuenta y uno de la Santa: «Use siempre hacer muchos actos de amor, porque encienden y enternecen el alma.

FRUTO. — Amar á Dios sobre todas las cosas y arrancar de nuestro corazon todo otro afecto que no se refiera á Dios.

MÁXIMA. — Usa siempre hacer muchos actos de amor, porque encienden y enternecen el alma.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CXXI.

DIA 30 DE ABRIL.

ORACION. — ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Santa Teresa hace el voto de obrar lo más perfecto, y aun esto lo perfecciona despues de cinco años, enseñándonos como el amor hace suave toda la ley y los trabajos.

En correspondencia de un favor tan singular, como fué traspasarla el corazon con un dardo inflamado de amor, y con él romper todas las cadenas que podian detenerla en la tierra, debia morir naturalmente; mas el Señor, que tenia designios muy altos sobre Teresa y la iba así disponiendo para la extraordinaria obra de la Reformation, quiso conservarla sobrenaturalmente, segun el dictámen de los médicos, á vista de la herida del corazon, la vida por más de veinte años. ¿Qué haria, pues, Teresa en este estado de inflamación más grande que la de los niños en el horno de Babilonia? Era ya poco alabar á Dios de continuo, como lo hacia. El amor de Dios es operativo, y la gracia del Espíritu Santo no puede estar en inaccion un momento. Debe correr y volar sin detenerse un punto. Adornada, pues,

Teresa de tantas virtudes, é inflamada por su Esposo y por un medio tan extraordinario, concibe un proyecto jamás visto ni oido en el mundo: ya no satisface su amor ni la observancia de la ley, ni el cumplimiento de los votos y consejos evangélicos, ni la práctica de todas las virtudes. ¿Qué la queda, pues, que hacer sobre esto? No es pensamiento que pudiera concebir el mundo, ni áun el comun de los Santos: concibe, no digo bien, la inspira el Espíritu Santo, deseo de hacer un voto que se extendiera, no ya á una cosa mejor, ni á un bien comun, sino que abrazara en sí el propósito de obrar *en todo, en todo* lo que entendiera ser más perfecto. Todo esto sucedió por los años 1560 poco más ó menos, pero ciertamente antes de descalzarse. No, no fué esta resolucion imprudente, ni movida por aquel zelo indiscreto, que suele engañar á los principiantes en la virtud, de lo que habla la Santa en varias partes. Segun las Actas de Canonizacion (1), lo meditó primero algun tiempo, y no haciéndolo al primer impulso, se ejercitó en ello por una simple promesa ó resolucion, y viendo que Dios la comunicaba la gracia conveniente para cumplirlo, de aquí, dice la relacion, tomó su origen el dicho *voto de obrar lo más perfecto*. Ni aún se contentó con haberse ejercitado en su práctica antes de obligarse á ella, sino que, como quien nada hacia sin consulta ni obediencia, lo comunicó con san Pedro Alcántara y el P. García de Toledo, Dominicano, que lo aprobaron. Este, pues, es un voto que comprende todos los votos, porque se dirige á obrar en todo *lo mejor*. Y para que no se dude de que Teresa obró conforme á la prudencia del espíritu, oigamos á Gregorio XV, en la Bula de su canonizacion, que hablando de él, dice que lo hizo enseñada por Dios, *à Deo edocta*, y las lecciones de su Oficio, aprobadas por la Iglesia, añaden que por consejo del mismo Dios hizo el más grande y árduo voto de obrar siempre lo que entendiera ser más perfecto.

Siguió la Santa con este voto hasta el año de 1565,

(1) Rel. II, art. 5.

cumpléndolo exactamente, como dicen las Actas de la canonización: *Deo fideliter reddidit*. Mas su conciencia delicada, humilde y temerosa, no dejaba de sufrir algunos escrúpulos, no por lo que hacia, sino porque el voto era de hacer lo más perfecto, en lo que ella entendiera que era más perfección, y temia en sí algun engaño, y tambien que se disminuyera el mérito por *hacer ella* lo que *ella misma* entendia era algun género de propiedad ó voluntad propia. Comunicó este escrúpulo con su confesor el P. García de Toledo, y el P. Antonio Heredia, prior entonces de los Carmelitas Calzados de Avila, y despues Descalzo primitivo, y reconociendo este peligro y los escrúpulos de la Santa, la aconsejaron que pidiera irritacion del voto al Padre Provincial Fr. Angel Salazar, pidiéndole licencia al mismo tiempo para hacerlo de nuevo y mejor, como juzgasen sus confesores. Al punto lo hizo la Santa, y el Padre Provincial se lo relajó, dando facultad para ello al Padre Maestro García, y juntamente que lo pudiera renovar. En efecto, oida la confesion por dicho Padre Dominico, la anuló el voto hecho, y ella lo renovó con su permiso y en sus manos con la fórmula siguiente: *Hago voto á Dios de que en todo lo que confesare, y el confesor entendiese ser más perfeccion, esté obligada á ejecutarlo*. Ya se ve que la sustancia de este voto es idéntica con el primero, esto es, *de hacer siempre lo más perfecto*. Y áun sube de perfeccion, porque quita los escrúpulos que podian nacer del dictámen y voluntad propia, y se liga á seguir el dictámen ajeno. Formado así de nuevo el voto, debia tener estas tres condiciones para obligar: primera, que el confesor tuviera noticia del voto; segunda, que Teresa debia preguntar sobre la materia; y la tercera, que debia preceder declaracion del confesor sobre lo que era más perfeccion, y sólo con estas tres condiciones obligaba, y no de otra manera. En la misma licencia (que todo consta de la historia de la Orden) se ve que la Santa pidió confirmacion de lo hecho al reverendísimo Padre General, Fr. Juan Bautista Rubeo, y al dorso de ella se halla de letra de la Santa esta nota: *Dióme el reverendísimo Padre General licencia para prometer este voto*.

Esta sencilla relacion nos da mucha materia para confundirnos y humillarnos. Es verdad que no se propone para que lo imitemos, pues excede las fuerzas comunes de la gracia, y sólo es propio de una santa Teresa adornada de gracias extraordinarias, pero sin embargo contiene mucha doctrina. Continuamente nos quejamos del yugo de la ley de Dios, diciendo que es muy duro y que excede nuestras fuerzas. Cada precepto nos parece una carga intolerable: buscamos mil arbitrios para suavizarlo, consultamos moralistas laxos que seguimos porque nos adulan y lisonjean las pasiones, como si Dios estuviera obligado á pasar por su dictámen, y no juzgamos por su santa ley. Volvamos, pues, los ojos á Teresa, y veamos cuán suaves son para ésta los preceptos, los consejos y la ley, pues hace voto de obrar lo más perfecto. ¿En qué consiste esta diferencia entre ella y nosotros? En que Teresa amaba á Dios y nosotros al mundo. El amor inclina á lo que se ama y hace fácil la ejecucion de todo lo que quiere el amado. Por esto nos parecen fáciles todas las leyes del mundo y aún hacemos más; ¿pero qué pesadas las leyes de Dios? porque no le amamos á éste, sino á aquel; mas como el amor de Teresa es al revés que el nuestro, tambien son contrarios sus efectos. Aprendamos, pues, á amar á Dios sobre todos, y no será carga pesada su ley, sino muy ligera y fácil de guardar, ancho y espacioso el camino de Dios, como decia David, *latum mandatum*, y santa Teresa nos lo enseña prácticamente, pues corre con gozo y alegría por todas las virtudes, y aún le sirve de consuelo padecer penas por quien ama.

FRUTO. — En todos nuestros actos buscar á Dios con la mayor perfeccion que podamos.

MÁXIMA. — Fingís, Señor, trabajo en vuestra ley, porque yo no lo veo, ni sé como es estrecho el camino que lleva á Vos.

JACULATORIA. — Jesús mio, misericordia y enmienda.

LECCION CXXII.

DIA 1 DE MAYO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... como en la página 7.

El voto de obrar lo más perfecto es un voto universal y sublime, que enseña el poder de la gracia, y la obligacion que tenemos de cumplir la santa ley.

La excelencia del voto de Teresa para obrar lo más perfecto admira con razon á todo el mundo, y aún más el ánimo y teson con que lo cumplió perfectamente hasta morir. Para persuadirnos bien de esta verdad, conviene que notemos el modo con que la Iglesia nombra este voto y lo que contiene. En la Bula de canonizacion se nombra el *voto más árduo*, y el Oficio tomó estas mismas palabras. El Breviario Ambrosiano dice que fué una cosa nueva, no acostumbrada y muy difícil de guardar. La Sagrada Rota de Cardenales dijo que era la cosa más grande entre las raras, y el venerable Padre Fr. Juan de Jesús (1) le llama *angélico* y que llena de admiracion á todos. Estas expresiones nos hacen ir formando una sublime idea de este acto de Teresa, pero aún será mayor la admiracion si advertimos en el todo que comprende. En efecto, por una parte encierra el cumplimiento de toda la ley divina y humana, los tres votos de la religion, la Regla, Constituciones y todos los consejos del Evangelio; por otra, añade al cumplimiento comun de todo esto, el hacerlo con la mayor perfeccion, seguir todos los mandatos de los superiores, pensamientos, palabras y acciones, en todo lo más grande y más pequeño: por manera que este voto parece que hacia los pecados veniales de advertencia, mortales, cerraba la puerta á todos los gustos del

(1) Vita, lib. IV, cap. VII.

mundo, negaba del todo su voluntad y deseos, sin otra regla que Dios y la obediencia. «Voto es éste, dice el P. Ribera en la Vida de la Santa, que de ningun Santo he leído ni oído jamás, y sólo la resolución de hacerlo es clarísima señal de la más alta perfección, y más siendo en persona de tan delicada conciencia, porque no podía hacerse sin un gran desasimiento de todo lo criado y no menos abrasado deseo de contentar á su Dios, con gran señorío sobre todas las pasiones. Y no lo hizo de pronto la Santa, sino con mucho consejo y licencias de prelados, confesores, etc.» «Este voto, añade el ilustrísimo señor Yepes, lo cumplió perfectamente hasta morir, como lo declaran muchos testigos en su información; los que juran que habiéndola tratado muchos años, y de puertas adentro, nunca la vieron cosa que fuera imperfección. Sus efectos admirables acreditan la prudencia con que se hizo, y el acertado y fundado consejo con que se lo permitieron san Pedro Alcántara y otros sabios y Santos, porque sin esto hubiera sido disparate aún sólo el intentarlo.» Lo mismo casi dice el venerable P. Fr. Juan de Jesús María en su elogio, viendo la perfección con que lo cumplió hasta el fin de su vida, entre tan espinosos asuntos y negocios como la rodeaban por todas partes. Bien cierto es, pues, que el voto fué una cosa bien nueva, bien difícil y que excede las fuerzas y orden común, y así puede llamarse voto *angélico*, pues sólo parece posible á quien no tiene carne ni cuerpo que lo arrastre á lo que es tierra. Por lo mismo, no puede permitirse que lo hagan las almas que por muchos años no acreditan que son otra santa Teresa, y aún entonces deberían consultar varones tan sabios y santos como ésta.

Mas no, no hay que temer se hagan en el mundo resoluciones semejantes, porque está tan resfriada la caridad, que no sólo se mira esto como imposible poderlo cumplir, sino que aún habrá algunos críticos que lo miren como imprudente y traten como tal á santa Teresa. Los que declaman contra los votos monásticos, creyendo que se obligan con imprudencia á guardar lo que no pueden, y aún el mismo voto creen que quita

el mérito, porque obliga y de algun modo quita la libertad, no advierten que lo mismo debian decir del cumplimiento de todos los preceptos de la ley y de todas las virtudes que respectivamente obligan á los seculares, como los votos á los Religiosos, y apoyados en la débil caña de su carne, se lastiman cuando se quiebra, y esto es porque no ponen la confianza en Dios, que, como dice santa Teresa, inspira muy grandes deseos y confianza, no en sí sino en la divina gracia.

Pero nosotros, que cuando menos respetamos y veneramos la Iglesia y la santidad de los siervos de Dios; ya que no nos atrevamos á tan heróica resolucion, pedirémos como hijos de tan gran Maestra, nos dé á gustar siquiera la migajas que caen de esta mesa de celestial doctrina y ejemplo, pues cuando menos podemos formar una sólida determinacion de cumplir exactamente con la divina ley y con las obligaciones que cada uno tiene dentro de su estado y situacion. Acudamos, pues, á santa Teresa llenos de confusion viendo la distancia que hay entre su fervor y nuestra tibieza, pero con confianza de verdaderos hijos. Sí, Madre mia: aunque nos decís tantas veces en vuestros escritos, que ayuda mucho tener grandes deseos y nobles pensamientos de hacer grandes obras para recibir la gracia de Dios y adelantar en la virtud, estamos tan atrasados en ésta, nos sentimos tan arrastrados de los sentidos, que ni tenemos lengua ni ojos, ni deseos para levantar tan altas nuestras ideas. Oprimidos del peso de pecados é ingraticudes al Espíritu Santo, dormimos en el abismo de la pereza. Vuestras virtudes, amor y perfeccion nos derriban á vuestros piés, para suplicaros con lágrimas nos alcanceis de vuestro Esposo la gracia excitante para orar como debemos, cumplir siquiera con la divina ley y obligaciones de nuestro estado, y desprendernos del peso enorme de la carne, y comenzar de este modo á levantar nuestros pensamientos de la tierra, caminar y correr por la virtud para servir á Dios con alegría y despreciar el mundo con resolucion. Enviadnos una centella de ese fuego abrasador, que

consume en nosotros el hombre viejo y erie un nuevo corazón según la divina ley, que nos haga conocer nuestros sólidos intereses, para que podamos con algún título daros el dulce nombre de Madre y Maestra, y como tal nos dirijais en este mundo, y entre tantos escollos y enemigos con la libertad de hijos de Dios, para correr por las virtudes con su gracia y amor y despreciar la vanidad del mundo y de sus leyes que nos cautivan vergonzosamente en la bajeza de la tierra y del pecado.

FRUTO.—Formar una sólida determinación de cumplir exactamente con la divina ley y con las obligaciones de nuestro estado.

MÁXIMA.—Ayuda mucho tener altos pensamientos para que lo sean las obras.

JACULATORIA.—Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegadnos.

LECCION CXXIII.

DIA 2 DE MAYO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

El haber visto la Santa el infierno, y sentido parte de sus penas, fué el principio para pensar en la Reforma, lo que nos da luz para cumplir con las obligaciones propias.

Así iba disponiendo el Señor á Teresa con lo más sublime de las virtudes y amor con los dos favores de traspasarla el corazón y darla valor para formar y hacer el voto de obrar lo más perfecto: disposición precisa para el destino á que la preparaba de hacerla Reformadora de la Orden de la Virgen. Mas como en los

empleos altos peligra el hombre más por el orgullo y ambicion, quiso precaverla de este escollo, aunque ya estaba Teresa bien firme en la humildad por otro camino extraordinario, que fué representarla el infierno y el lugar que en él la prevenian los demonios y áun hacerla sentir sus penas. Oigamos como se explica la Santa (1):

«Después de mucho tiempo que el Señor me habia hecho ya muchas mercedes, estando en oracion, me hallé, sin saber cómo, metida en el infierno. Entendí queria el Señor que viera el lugar que los demonios me tenian aparejado, y yo merecido por mis pecados, y fué tal, que aunque viviese muchos años, no era posible olvidarlo. Parecíame la entrada como un callejon estrecho y largo á manera de horno oscuro: el suelo como de un agua toda muy sucia y mal olor y muchas sabandijas malas en él: al cabo una concavidad en la pared, donde me ví meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso en comparacion de lo que sentí: sentí un fuego en el alma que no sé como decirlo, los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y segun los médicos los mayores que se pueden pasar, todo es nada en comparacion de lo que allí sentí, y ver que habian de ser sin fin; aún esto es nada con el agonizar el alma, un apretamiento, un ahogamiento, una afliccion tan sensible y con tan desesperado descontento, que yo no sé como encarecerlo, porque decir que es un estarse arrancando siempre el alma es poco, pues el alma misma es quien se despedaza; aquel fuego interior es sobre todo dolor. No veia quien me daba el tormento, mas sentíame quemar y desmenuzar, y digo que aquel fuego y desesperacion es lo peor. Con no haber luz, se ve todo lo que á la vista da pena. Entonces no ví más: despues he visto cosas espantosas de castigos de algunos vicios, que cuanto á la vista me parecieron más espantosas, mas como no sentia la pena no me hicieron tanto temor. El quemarse de acá es muy poco en comparacion

(1) Vid., cap. xxxii.

con aquel fuego. Aun ahora despues de seis años me falta el calor, y veo que nos quejamos sin propósito de los trabajos...» Sobre la humildad que sacó la Santa de esta vision, y perder el temor á los trabajos de la vida, añade: «De aquí tambien gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan, en especial de los bautizados, y los ímpetus grandes de aprovechar almas, pues por librar una sola de tales tormentos pasaria yo muchas muertes. No sé como podemos sosegar viendo tantas almas como cada dia se lleva el demonio. Pensaba qué podria hacer por Dios, y pensé que lo primero era seguir mi llamamiento, que Su Majestad me hizo á la Religion, guardando mi Regla con la mayor perfeccion que pudiese; y aunque en mi convento (de la Encarnacion) habia muchas siervas de Dios, salian las monjas, y no se guardaba la Regla primitiva, sino la mitigada y otros muchos inconvenientes, que me parecia á mí tener allí mucho regalo por ser la casa grande y deleitosa.»

Esta fué la primera semilla que comenzó á mover á la Santa para fundar la Reforma de la Orden del Cármén, pues por entonces fué cuando, segun dice en el mismo lugar, se comenzó á mover la conversacion entre algunas pocas de buscar medio para vivir segun la Regla primitiva en convento separado. El haber visto la Santa el infierno y lugar que la prevenian los demonios si hubiera seguido la vanidad, la dispertó para la grande obra de la Reformacion. ¡Ay de nosotros! Para una santa Teresa disponian lugar en el infierno y tan grandes tormentos, ¿qué será, pues, para los pecadores abandonados en el vicio, para los que dan rienda á sus apetitos y pasiones, no hacen penitencia ni cumplen con los deberes de su estado? Afligia á la Santa la pérdida de los luteranos, que por el Bautismo son hijos de la Iglesia, y dice que daria muchas vidas por librar un alma de tales tormentos. «Cuando yo considero, dice (1), que aunque era tan malísima, traia algun cuidado de servir á Dios y no hacia algunas cosas

(1) Vid., cap. xxii, n.º 4.

que veo, que como quien no hace nada, se las tragan en el mundo; y en fin, pasaba yo grandes enfermedades, y con mucha paciencia, que me la daba el Señor; que no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie; ni era codiciosa, ni envidiosa, de manera que fuera ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era tan ruin, traia temor de Dios lo más contino, y veo á donde me tenian los demonios aposentada, *digo*, que es peligrosa cosa traer contento y sosiego un alma que anda cayendo á cada paso en pecado mortal, sino que por amor de Dios *nos quitemos de las ocasiones*, que el Señor nos ayudará, como ha hecho conmigo.»

Si santa Teresa, pues, *nos pide por amor de Dios nos quitemos de las ocasiones*, ¿quién podrá resistir á esta súplica y á la fuerza de sus razones, que ciertamente deben espantar á los pecadores y hacerlos temblar del infierno? Digámosla, pues: Aquí teneis, Santa mia, un pecador que implora vuestro favor. A vos se os helaba la sangre escribiendo esto despues de seis años, ¿cómo, pues, vivo yo con tal serenidad y en tal peligro? Pasad vuestro temor á mi corazon, para que quebrado y contrito ó deshecho entre en él el amor y caridad que arroje la culpa, y con un temor filial y amoroso sirvamos á tan dulce Padre. Saquemos, pues, la utilidad que sacó santa Teresa de cumplir con nuestro llamamiento, vocacion y estado, y todas las obligaciones que nos rodean de cristianos y religiosos.

FRUTO. — Formar una firme resolucion de apartarnos de todas las ocasiones de pecar cueste lo que costare.

MÁXIMA. — Digo que por amor á Dios nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegednos.

LECCION CXXIV.

DIA 3 DE MAYO.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

La vista de la gloria en varios arrobamientos aumentó en la Santa el deseo de la regla primitiva, y nos excita con esto á meditar estas verdades.

Habiendo visto la Santa el lugar que la prevenian los demonios en el infierno si no se quitara de las ocasiones en que incautamente se habia puesto en su juventud, y con el tiempo la hubieran arrastrado á culpa mortal, se fijó perfectamente en la humildad y santo temor de Dios, para atribuir siempre lo bueno á Dios y lo malo á sí misma sin vanidad ni vana confianza. Tambien la dispuso á no temer los trabajos de la vida, como ella misma dice: cosas eran estas necesarias para la grande obra de la Reformacion; pero faltaba todavía que poner en movimiento su zelo, que lo detenia su humildad. A este fin la comenzó el Señor á descubrir muchas veces las riquezas de la gloria que allí tenia prevenidas para sus esposas, y los que trabajaban en este mundo en el bien comun. Ya le habia manifestado en un arrobamiento como se entienden los Santos en el cielo (1). Tambien se le apareció gloriosa una hermana suya que murió, y como se iba al cielo acompañada de Jesucristo. En otro arrobamiento vió á su padre y madre en la gloria, y tan grandes cosas en tan breve espacio, como un *Ave María*, «que yo quedé, dice, bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced. Andando más el tiempo íbame el Señor mostrando más grandes secretos; porque querer ver el alma más de lo que se le representa, no hay medio, ni

(1) Vid., cap. xxvii, n.º 7; cap. xxxiv, n.º 11, y cap. xxxviii.

es posible; pero era tanto, que á lo menos bastaba para quedar espantada y muy aprovechada para estimar y tener en nada las cosas del mundo. Pensando como dar á entender lo que el Señor me mostraba, hallo que es imposible, porque áun siendo aquella una luz y ésta tambien, no hay comparacion, y el sol parece cosa muy deslustrada. No alcanza la imaginacion á pintar ni trazar la luz de la gloria, ni cosa alguna de las que Dios me daba á entender con un deleite tan sabroso que no se puede decir, y así es mejor no decir más. Habia una vez estado así más de una hora mostrándome el Señor cosas admirables, que parece no se quitaba de cabe mí. Díjome: Mira, hija, qué pierden los que son contra mí, no dejes de decírselo. ¡Ay Señor mio! dije, ¡y qué poco aprovecha mi dicho á los que sus hechos los tienen ciegos si vuestra Majestad no les da luz! Parecíame ya todo basura, y veo cuán bajamente nos ocupamos los que nos detenemos aquí. Todo me parece sueño y burla lo que despues veo con los ojos del cuerpo: lo que ya he visto con los del alma es lo que ella desea, y como se ve lejos, esto es el morir. ¿Quién ve algo de la gloria que da á los que le sirven, que no conozca es todo nada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados que no se les hagan deleites los tormentos de acá en su comparacion, y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar (1)?»

Así inspira la Santa con estas dos visiones del infierno y gloria el desprecio del mundo á los hombres. Bien penetrada de estas verdades, cumple el mandato que Dios la puso, de que no dejara de decir lo que pierden los pecadores por ser enemigos de Dios, mas como esto se lo mostró muchas veces diciéndole: Mira, hija, lo que pierden los malos; fué tambien esto causa de pensar Teresa no perder tanto bien. «No permita el Señor, dice, me suceda lo que á Lucifer, que por su culpa lo perdió todo. No lo permita por quien El es,

(1) Vid., cap. xxvi, n.º 6.

que no tengo poco temor algunas veces, porque por otra parte y lo más ordinario, la misericordia de Dios me pone seguridad, que pues me ha sacado de tantos pecados, no querrá dejarme de su mano para que me pierda (1).» Así volvía la Santa al mismo punto en que se halló despues de la vision del infierno, y se confirmaba en el deseo de guardar su regla segun el primitivo estado y sin mitigaciones, pues dice la Santa, que este deseo la comenzó (2), «porque quiso el Señor mostrarme, dice, la gloria que se dará á los buenos, y la pena dispuesta para los malos.»

Conozcamos, pues, la sábia economía con que el Señor va disponiendo sus criaturas para cosas grandes. Si nosotros hubiéramos correspondido como Teresa á las gracias recibidas, sin duda fuéramos mejores y sirviéramos más á Dios, pero sólo parece somos poderosos para resistir al Espíritu Santo, que no quiere quitarnos la libertad: mas ya que en esto hemos pecado tantas veces y perdido tantos bienes y riquezas espirituales, volvamos sobre nosotros y meditemos en los Novísimos, en la eternidad de aquel *para siempre, siempre, siempre* de santa Teresa, que desde niña la movió á empresas sublimes. Si nosotros, pues, meditamos estas dos verdades del infierno y de la gloria, no dejaremos de sentir algunos impulsos de los que sintió la Santa, y no creamos que fué por sólo haber visto las penas y gozos eternos, pues ya desde niña sin verlo, sino leerlo, como nosotros, concibió ansias grandes de morir por Cristo, conociendo que los Mártires y penitentes compraron muy barato el cielo. El Espíritu Santo nos dice: Acuérdate de los Novísimos y nunca pecarás. Bajemos en vida al infierno, para no bajar en la muerte.

FRUTO. — Meditar á menudo los novísimos para penetrarnos del santo temor de Dios.

MÁXIMA. — Mostrándome el Señor cosas admirables *del cielo*

(1) Vid., cap. xxxviii, n.º 5.

(2) Vid., cap. xxxii, n.º 5.

dijome: «Mira, hija, qué pierden los que son contra mí, no dejes de decírselo.»

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXXV.

DIA 4 DE MAYO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

El celo de la gloria de Dios y prójimo es la última disposición de Teresa para la Reforma, que nos enseña á reformarnos primero, antes de reformar á los otros.

Por lo dicho se ve que estas dos visiones del infierno y de la gloria excitaron á la Santa mucho más al propio bien de su alma y al ajeno; y viendo por otra parte la perdición de los herejes y los muchos indios infieles que se descubrian en las Indias y se perdian; todo esto añadió mucha leña al fuego de su caridad. Y es cosa bien admirable, que para la fundacion de toda la Reforma se excitara con motivos tan propios de un celoso apóstol, y esto igualmente para fundar las monjas que los Religiosos. De estos trataremos adelante. Ahora basta saber que para la fundacion de Carmelitas Descalzos se movió por las muchas almas que se perdian en Indias (1), y por celo de su conversion. Para fundar las Monjas, sobre todo lo dicho, añade: «En este tiempo (que andaba con deseos de fundar, pero sin medios para ello) vinieron á mi noticia los daños de Francia y el estrago que habian hecho estos Luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dió-

(1) Fundacion, cap. 1, n.º 4. Cam. de perf., cap. 1, n.º 1.

me gran fatiga, y como si yo pudiera algo ó fuera algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba que remediara tanto mal. Parecíame que mil vidas pondria para remedio de una alma de las muchas que allí se perdian. Y como me ví mujer y ruin, imposibilitada de aprovechar, determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfeccion que pudiese (por el voto de obrar lo más perfecto) y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, y que todas ocupadas en oracion por los defensores de la Iglesia, predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiéramos á este Señor mio que tan apretado le traen, y quieren tornar ahora á la cruz estos traidores.» De aquí pasa la Santa á encenderse en amor de Dios, en celo contra los pecadores, que siendo los que más reciben son los más ingratos: «Si á Vos, dice, no os tienen ley los malos cristianos, ¿qué podemos esperar nosotros? ¿Por ventura hacemos mejores obras con los del mundo que Vos, para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos los que por la bondad de Dios nos estamos en aquella roña pestilencial, como aquellos que ya son del demonio? Buen castigo han ganado por sus manos, y bien han granjeado con sus delitos fuego eterno. Mas querria no ver ya perder más almas cada dia...» Como habia visto la Santa los rigores de la justicia en el infierno y su bondad en el cielo, sentia mucho que nadie se perdiera, y quisiera no ser mujer para ocuparse en la conversion de los herejes. Este fué el primer paso que hizo arder su celo. Añadióse á esto los estragos que veia ocasionados en Francia por los Calvinistas y Luteranos, y la tibieza de los cristianos, que frios á tanto mal no volvian por su Dios. Todo esto la tenia en un estado violento á lo humano y como cerrada en el volcan del amor de Dios, sin más consuelo que suspirar, cerrada en el convento de la Encarnacion de Avila, sin hallar medio para remediar tanto mal. Su misma imposibilidad por el sexo la oprimia más, pero tambien la encendia y electrizaba, y no se le ponian delante obstáculos, penas, trabajos, ni cosas imposibles, que la fuerza de

sus ímpetus no lo destruyera, y por lo mismo decia, que daria mil vidas por remediar un alma, ó que sufriría penas hasta el dia del juicio por un poquito más de gloria ó de mayor conocimiento de Dios. Así no cesaba dia y noche de importunarle al Señor para que diera respiradero á su celo, pues ni la brecha que la hizo el Angel, ni el voto de obrar lo más perfecto en su estado, satisfacian su alma, si no se ocupaba y conseguía hacerse apóstol de Jesucristo, atrayendo otras á mayor perfeccion, y servir en algo á la conversion de los pecadores y herejes, volviendo así por la honra de su Esposo, á quien amaba con todo su corazon y alma.

¡Cuántas virtudes se nos presentan en este estado de Teresa, y en qué grado tan subido! ¡Qué celo de la gloria de Dios! ¡Qué amor del prójimo tan puro! ¡Qué deseos de padecer porque sea Dios honrado de sus criaturas! ¡Qué prudencia y valor en comenzar esta grande obra de la Reformation por sí misma primero! Aprendamos, pues, el órden de las virtudes y del celo: no descuidemos de nosotros por cuidar de los demás: no miremos las faltas ajenas para censurarlas, sino para compadecernos, orar por ellos y procurar su remedio á costa de nuestro descanso y dando ejemplo como santa Teresa: correspondamos á las divinas inspiraciones como esta Santa: trabajemos en la reforma de nuestras costumbres ante todas cosas: no nos hagamos reformadores del prójimo sin estar primero bien reformados en nosotros mismos, y en todo sin excepcion alguna: no nos creamos autorizados para declamar contra un vicio porque no lo tenemos, si tenemos otros que nos dominan; pues seguramente caeríamos en el que reprendemos, si la pasion nos excitara, porque el que á Dios ofende en una cosa grave, no menos le ofendiera en otra, si tuviera inclinacion ú ocasion: no olvidemos el infierno merecido para temblar y temer, sin dar entrada á la soberbia: miremos tambien al cielo para levantar nuestra esperanza. Humillémonos en todo, como Teresa, desconfiemos de nosotros, confiemos en Dios, démosle la gloria de todo lo bueno, pues somos nada, nada tenemos bueno de nosotros, sino de Dios.

FRUTO. — Orar mucho para que haya santos y sabios sacerdotes en la Iglesia de Cristo.

MÁXIMA. — Parecíame que mil vidas pondria para remedio de una alma de las muchas que se pierden.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegednos.

LECCION CXXVI.

DIA 5 DE MAYO.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Comienza la Santa á hablar sobre la fundacion de la Reforma, y el primer medio que se proporciona confunde los sabios, y nos enseña el poder de Dios.

Verdaderamente que el Señor, como dice David y el Evangelio, prueba los corazones y los lomos, esto es, el amor y fortaleza de sus siervos. Cosa extraña parecia que estando santa Teresa tan dispuesta, purificada, encendida y deseosa de hacer algo por su Esposo, esto es, con vehemente deseo de fundar un convento de monjas de la Regla primitiva del Cármen, este mismo que se lo habia inspirado que lo queria, y quizá se lo habia ya mandado, sin embargo de su infinito poder la dejara agonizando su alma, sin abrirla camino alguno para la fundacion, pues se veia sola, mujer y cerrada, sin protector, sin dinero, sin monjas, sin licencia y sin medios: con todo, así como Dios dejó clamar á los hombres por cuatro mil años, sin enviar al Redentor para que el hombre soberbio por la culpa confesara su impotencia y se humillara, conociendo que todo lo bueno es de Dios; así quiso radicar la humil-

dad de Teresa, confundir al mundo y dar la última prueba de su poder y de que esta Reforma era toda obra suya. Quiere Dios que jamás nos cansemos de clamar al cielo, ni desconfiemos, pues sólo aguarda el tiempo oportuno para obrar. Así lo vimos en Teresa. Oigamos de su boca como Dios le abrió camino para ejecutar su deseo. «Estando con estas ansias, dice (1), ofrecióse una vez estando con una persona (en el monasterio de la Encarnacion de Avila año 1560) decirme á mí y á otras, que si seríamos para ser monjas de la manera de las Franciscas Descalzas Recoletas, que aún era posible hacer un monasterio. Como yo andaba con estos deseos, comencé á tratar con aquella señora mi compañera, viuda, que tenía el mismo deseo...» Por más que santa Teresa quiera dar la gloria de este primer medio ó principio de la Reforma á otros, es la verdad tan noble que jamás puede ocultarse sin que ella misma se manifieste. Es cierto que pasó esta conversacion en el Convento y que Teresa la comunicó con su amiga D.^a Guimar de Oliva; mas el confesar la Santa que dicha viuda tenía los mismos deseos, es prueba que anteriormente había hablado con ella, y si á este tiempo había estado ya la Santa en casa de esta señora ocho días (pues en este año estuvo con ella), es más evidente y clara esta verdad; pues mientras estuvo allí comunicó la Santa sus deseos con san Pedro de Alcántara por medio de dicha señora. La persona que dice la Santa las propuso si querian ser Monjas Recoletas, fué una sobrina suya seglar que estaba de educanda, y se llamaba D.^a María de Ocampo, que despues fué monja Descalza, Priora en Valladolid, y á cuya muerte se hallaron los reyes Felipe III y D.^a Margarita, pidiéndola les favoreciese desde el cielo. Se ve, pues, claro que la Santa fué quien movió la conversacion y sus deseos, quejándose de la imposibilidad de poderlos poner por obra, y á esto dijo la sobrina que si eran para ser Monjas Recoletas aún habria medio, á cuyo fin ofreció mil ducados de su legítima, con lo que les pareció á la

(1) Vid., cap. xxxii, n.º 3.

Santa y á D.^a Guimar lo tenían todo hecho. Esta doña Guimar de Olloa fué hija del capitán D. Pedro, gobernador de Toledo, y de D.^a Aldonza Guzman de Avila; entró monja en Avila despues de viuda, mas no pudo sufrir su salud, y con esto se salió, mas siempre siguió muy santa, y favoreciendo á Teresa y á sus hijas. Continuando, pues, el asunto, dice de esta señora: «Ella comenzó á dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino, pero el deseo que de ello teníamos nos hacia parecer que sí.»

Esta es aquella primera piedrecita, que cayendo del monte como por casualidad derribó todos los obstáculos del soberbio Nabuco ó del demonio, y consiguió la Reforma de los Descalzos y Descalzas. «Pero si todas las universidades del mundo, dice el P. Palafox (1), vieran esta junta de tres mujeres, Teresa monja, una doncella seglar y una viuda, que querian reformar la antiquísima Religion del Cármen (cosa que no pudieron conseguir ni el Papa, ni el Rey, ni el Nuncio, ni el General, ni otros que lo intentaron), ¿qué hombre docto hubiera que no dijera andaban las tres perdido el juicio y que las debian dividir para que cada una se fuera á su profesion y lugar: Teresa á su celda, la viuda á su casa y la doncella y sobrina á la de sus padres, y que no se hablase más de esto?»

Conozcamos, pues, una vez siquiera, que Dios se burla de la sabiduría y prudencia humana, y la confunde por los medios más débiles y flacos. De esta junta, pues, que para el mundo era locura y para Dios un gran misterio, sacó su poder y levantó un edificio que apenas cabe en el mundo. Este es el grano de mostaza que parece el menor de todas las semillas, y del que se ha formado el árbol más grande y frondoso para bien de la sociedad, de la Iglesia y de la Religion; pues su objeto es la oracion por los que trabajan en la Religion católica, la salud de las almas, conversion de los herejes, felicidad de los reyes y monarquías, y sobre todo la gloria de Dios. Esta sabiduría y poder escondido al

(1) Tom. I, cart. 45. Notas.

mundo, sólo es para la humilde Teresa. Adoremos aquí á Dios con la más profunda humildad, conozcamos á Jesucristo, para que este conocimiento despierte nuestro amor, nuestro respeto, el fervor y todas las virtudes.

FRUTO. — En todas nuestras obras de zelo poner toda nuestra confianza en el ilimitado poder de Dios, desconfiando de nosotros mismos.

MÁXIMA. — Qué disparate huir de la luz para andar tropezando.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegednos.

LECCION CXXVII.

DIA 6 DE MAYO.

ORACION. — ; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Declara el Señor su voluntad, mandando á Teresa que funde el Monasterio reformado, y nos enseña á no censurar á los relajados.

No habia hasta ahora más que buenos deseos de tres pobres mujeres para la grande obra de la Reforma, pero estaban muy unidas y empeñadas en sitiar á Dios, para que prosperase su intento, y al fin lo consiguieron con su oracion fervorosa. «Habiendo un dia comulgado, dice la Santa (1), mandóme mucho Su Majestad procurase la fundacion con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaria de hacer el monasterio, y que se serviria mucho en él, y que se llamase

(1) Vid., cap. xxxii, n.º 6.

San José, y que á la una puerta nos guardaria Él y Nuestra Señora á la otra, y que Cristo andaria con nosotras, y que seria una estrella que diese de sí gran resplandor, y que aunque las Religiones estaban relajadas, que no pensase se servia poco en ellas. Que ¿qué seria del mundo si no fuera por los Religiosos? Que dijese á mi confesor esto que mandaba, y que le rogaba él que no fuese contra ello ni me lo estorbase. Era esta vision con tan grandes efectos, y de tal manera esta habla, que me hacia el Señor, que yo no podia dudar que era Él. Sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me habia de costar. Aquí parecia se me ponía premio, y como veia comenzaba cosa de gran desasosiego, estuve en duda de lo que haria, mas fueron muchas las veces que el Señor me tornó á hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones, que yo veia ser claras y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa sino decirlo á mi confesor, y dile por escrito todo lo que pasaba. El no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas veia no llevaba camino conforme á razon natural por haber poquísima y casi ninguna posibilidad en mi compañera, que era la que lo debia de hacer. Díjome que lo tratase con mi Provincial, y como yo no tratase con él cosa de visiones, lo trató aquella señora, diciéndole que ella queria hacer este monasterio, y el Provincial vino muy bien en ello, que es amigo de toda Religion, y dijole que él admitiria la casa; trataron de renta, y nunca queríamos que fuesen más de trece por muchas causas.»

Esta revelacion y suceso debia escribirse con letras de oro, y mucho más depositarla en sus corazones todos los que creen á santa Teresa, porque nos enseña cosas muy útiles y de grandísima consecuencia, lo que notarémos con brevedad. Vemos aquí lo primero, como el Señor fué disponiendo el corazon y alma de Teresa para tan grande obra, y los ímpetus y deseos que introdujo en su espíritu. Lo segundo, vemos la junta que se tuvo para tratar este punto, compuesta de tres mujeres sin medio ni posibilidad para nada, sólo si sus

oraciones, que son más eficaces de lo que los mundanos políticos piensan. Como era cosa del cielo, y Jesucristo tiene dada palabra de conceder lo que dos ó tres personas unidas en caridad pidan con fervor, acudieron á estas armas, que lograron lo que todo el mundo, Papas y Reyes, no pudieron con sus fuerzas.

Los del mundo sólo saben buscar por medios de tierra, y como edifican sobre tan débil arena, al menor obstáculo se arruina todo. Teresa edifica sobre la firme piedra, que es Jesucristo, y de este modo perpetúa sus obras. Si así hiciéramos en nuestros negocios y proyectos, más acertadas serian nuestras empresas, como lo han sido cuando los Reyes y señores confiaban más en Dios y acudian á él. Lo tercero, vemos como la Santa no se precipita, sino que aguarda que Dios declare su voluntad, como lo hizo en esta vision, *mandándola expresamente* que hiciera el monasterio. Este mandato es muy admirable, porque lo repite el Señor muchas veces, la da razones y causas, la ofrece grandes premios y el cuidado del monasterio y monjas con la Virgen y san José, á quien nombra por titular, como padre suyo putativo. ¿Quién dijera que sólo con esta revelacion y mandato no se arrojara la Santa á tal empresa? Mas no: Dios quiere que se observen las reglas de su providencia; dispuso en su Iglesia ministros visibles de su voluntad, que son los superiores y confesores, y por esto vemos que en la dicha vision parece que el mismo Dios se sujeta al confesor de la Santa, y le suplica que no vaya contra ello ni se lo estorbe. El que tiene en su mano todas las cosas, y que su querer es obrar, sin que nadie le pueda resistir, quiere el orden y parece se hace inferior ó dependiente de los ministros de su Iglesia. Así dice la Santa, que cuando el confesor la mandaba cosa contraria á lo que Dios la revelaba, el mismo Señor la decia que obedeciese y que él lo dirigiria mejor. Esto nos enseña la sumision á los dioses de la tierra, esto es, á los superiores que Dios ha colocado para gobernar; pero noten igualmente los que mandan, la dulzura y suavidad con que Dios lo hace, dando á la Santa sus causas, ofreciéndola premios y

su proteccion, y sin desviarla del inferior, que era el confesor y sus prelados inmediatos.

No es menos notable el decoro con que trata Dios á las Religiones, áun suponiéndolas relajadas. ¿Qué provecho traen al mundo, dicen los mundanos, los conventos sin observancia? ¿Para qué sirven las Religiones que degeneran de su fervor primitivo? Estas y peores cosas dicen muchos, pero vuelvan á leer la revelacion de la Santa, y oirán: *Que aunque estén relajadas, no es poco lo que se sirve á Dios en ellas.* Quiere decir el Señor, que como todas las cosas humanas pagan el tributo de la decadencia y debilidad, es indispensable que en todo estado y empleo haya mucho relajamiento, y tanto más cuanto la sociedad está más corrompida, y entrega sus hijos á empleos y estados más débiles y menos bien educados, y por esto todo *estado* se resiente del daño comun y de la educacion. Con todo, en medio de los malos jueces, ministros, militares, grandes y religiosos, se hallan algunos, que por su virtud son los que menos se ven, que detienen la ira de Dios, y por esto dijo el Señor: ¿Qué seria del mundo si no fuera por los Religiosos buenos entre los malos? Cuidemos, pues, cada uno de nosotros; clamemos con la oracion, y no declámemos contra los demás. Metamos la mano en el pecho, que hallaremos leproso, para llorar, y no nos quedará gana para notar la paja en el ojo de nuestro hermano.

FRUTO. — Aun en las obras dirigidas á la gloria de Dios, sujetar nuestro criterio á los superiores y confesores.

MÁXIMA. — Por experiencia he visto, dejando lo que en muchas partes he leído, el gran bien que es para un alma no salir de la obediencia.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXXVIII.

DIA 7 DE MAYO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Consulta santa Teresa su intento de la Reforma con san Pedro Alcántara y san Luis Beltran y sus Prelados, enseñándonos la prudencia con que debemos proceder en causas graves.

Por lo dicho se ve como la Santa dió cuenta á su confesor del mandato que recibió de Dios para la Reforma, y como éste, aunque no la contradijo, la mandó que consultara con su Provincial, y lo hizo por D.^a Guimar, y el Provincial aprobó el pensamiento. Ya parece estaba todo hecho, pero no era poco lo que faltaba. Conviene, pues, que digamos la consulta que hizo la Santa á san Pedro Alcántara y san Luis Beltran. «Antes que comenzáramos á tratar de la fundacion, dice santa Teresa (1), escribímos al santo Fr. Pedro Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejónos que no lo dejásemos de hacer, y diónos su parecer en todo:» esto es, que lo aprobó; porque como ya habia tratado á la Santa, conocia ya su espíritu, y quizá ya entonces se lo habia aprobado, aunque ahora lo hizo por escrito. Mas sabiendo la Santa que san Luis Beltran se hallaba en Valencia y su mucha fama de santidad, le escribió tambien sobre lo mismo, y el Santo, despues de haberse tomado tres ó cuatro meses, la respondió la carta siguiente: «Madre Teresa: recibí vuestra carta. Y porque el negocio sobre que me pedís parecer es tan del servicio del Señor, he querido encomendarlo en mis pobres oraciones y sacrificios, y ésta ha sido la causa de haber tardado á responderos. Ahora digo, en nombre del mismo Señor, que os animeis para tan grande empresa, que él

(1) Vid., cap. xxxii. n.º 6. V. Hist., tom. 1, lib. 1, c. xxxvi.

os ayudará y favorecerá. Y de su parte os certifico que no pasarán cincuenta años que vuestra Religión no sea una de las más ilustres que haya en la Iglesia de Dios; el cual os guarde. En Valencia.» Esto fué el año mismo de 1560. Esta profecía de san Luis sobre la dilatación de la Reforma dentro de los cincuenta años de su fundación, se cumplió tan perfectamente, que en el año 1611, en que se cumplían los cincuenta años, no sólo se hallaba extendida la Reforma por España, Portugal, Italia, Francia, Flandes y Polonia, con varias misiones al Asia y al Africa, sino que también por las dos Indias, orientales y occidentales, y recibida en las cuatro partes del mundo con aplauso, y comenzada ya la causa de la canonización de santa Teresa de Jesús; cosas todas, que tienen pocas ó ninguna semejante en las historias.

Vemos, pues, aprobado el intento de la Reforma de santa Teresa, no sólo por estos dos ilustres Santos, sino por el confesor de la Santa, que lo era el P. Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, por su mismo Provincial Fr. Angel de Salazar, y mandada, no una sino muchas veces, por Dios. Ni esto se crea lo afirmamos con poco fundamento, pues son autores imparciales y coetáneos los que lo refieren. Sólo haré aquí una advertencia singular y digna de reparo. La Santa escribió su vida en 1562, y muy poco después de haber fundado el primero y en tiempo en que estaba inhibida de fundar más. Con todo, en ella se dicen los mandatos de Dios y sus promesas, y las consultas con los varones más santos y sabios. Este libro de la vida de la Santa escrito por ella, fué denunciado y llevado á la Inquisición muy poco después, esto es, por los años 1569 ó 70, en cuyo tribunal estuvo hasta después de muerta la Santa, y entonces se imprimió según el original que todavía se conserva. Siendo, pues, indubitable que todos estos prodigios se escribieron ya por la Santa, cuando á lo natural había pocas ó ninguna esperanza de cumplirse; y no habiendo ella podido añadir ni quitar nada de dicho libro, se sigue por consecuencia evidente, que habiéndose verificado todo á la letra, como se escribió

tanto tiempo antes, habló santa Teresa con luz del cielo, y que sólo estas profecías y seguridad tan perfectamente cumplidas, son el testimonio más grande de que todo fué la *grande obra de Dios*; Teresa una Santa de primer Orden, que forma una apología de la providencia divina, omnipotencia y poder.

Aunque se junten los más sabios políticos del mundo para obrar con el mayor tiento, juicio y prudencia, jamás llegarán á estas prendas que brillan tanto en santa Teresa, de quien todos tienen que aprender. Cualquier otro que no tuviera su espíritu recto y justo, se acalorara en una empresa semejante y avanzara contra todos los obstáculos, si se hubiera consultado y aprobado tanto como la de Teresa; y mucho más si tuvieran la seguridad en la fuerza y poder humano, que Teresa tenía del poder y palabra de Dios. Aprendamos, pues, á contener los ímpetus, á no violentar las cosas, á esperar el tiempo oportuno, y esto, no sólo en los deseos malos ó indiferentes, sino aún en los que ciertamente sabemos que son justos y buenos. En Teresa tienen mucho que aprender hasta los políticos y todos los superiores, aún para el acierto en los negocios del mundo. No nos cansemos jamás de consultar, mas no busquemos, como muchos, los consejeros malos, astutos, aduladores y lisonjeros; no los jóvenes atolondrados, como Roboan, sino los varones más santos y sabios. ¡Qué admirable aún en sus consultas se presenta nuestra Santa! Léjos de preocupar al consultor con aparatos místicos, con revelaciones, suposiciones y otros artificios tan comunes, comunicaba solamente (si Dios no la mandaba que diese cuenta de la vision) su deseo sencillamente, como si fuera cosa natural, y ocultaba la revelacion, y aunque no dudase de la verdad de ésta, se atenia más al dictámen del que le respondia. Por esto hizo que doña Guimar consultara al Provincial sencillamente su deseo de fundar el monasterio. No dudemos, pues, de la omnipotencia de Dios, y que todo corre por su cuenta, moviendo las voluntades, cuando y como quiere, suave y fuertemente. Bajo este principio, en haciendo el hombre las diligencias prudentes, descansará siempre en

paz sobre el efecto, sea el que fuere, pues siempre verá la voluntad divina, y omitirá todos los medios malos para conseguir sus deseos, convencido de que Dios los destruye en un soplo, ó si los deja correr y prosperar, sólo lo permite en su furor ó ira, para castigar en el infierno.

FRUTO. — En todas las cosas de mucha importancia consultar, á más de Dios, en la oracion, á los varones más santos y sabios.

MÁXIMA. — Siempre tengo de costumbre no hacer cosa por mi parecer, sino de personas semejantes (confesor y varones dóctos y santos).

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegednos.

LECCION CXXIX.

DIA 8 DE MAYO.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Terrible contradiccion que se levanta contra el convento que queria fundar la Santa, luego que se supo: la gran serenidad de Teresa nos enseña lo que debemos hacer en tales casos.

Era ya hora que santa Teresa se determinara á la ejecucion, y por lo que aquí se dirá se verá cuán prudente fué su detencion en este asunto. En efecto, como estuviera ya gozosa la Santa al ver decretada por Dios la fundacion del primer convento de monjas Descalzas en Avila, y aprobado todo por el Provincial, confesor y los varones más santos y sabios, dió principio á la ejecucion de sus deseos. Ayudada, pues, de un poco de hacienda de su amiga D.^a Guimar, y los mil ducados

de su sobrina, trató de comprar una casa en secreto, que aunque era pequeña, como el Señor la habia ya dicho que entrase como pudiera, y que luego veria lo que hacia el Señor despues, no reparó en ello. «Mas como es tan difícil guardar muchos el secreto, y más cuando la cosa es visible, no se hubo comenzado (1) á saber por el lugar, cuando no se podia escribir en breve la gran persecucion que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disparate; á mí, que bien me estaba en mi monasterio, á la mi compañera tanta persecucion que la traian fatigada. Yo no sabia qué me hacer, en parte me parecia que tenian razon... Estando así muy fatigada encomendándome á Dios, comenzó Su Majestad á consolarme y á animarme; díjome que aquí veria lo que habian pasado los Santos que habian fundado las Religiones, que muchas más persecuciones tenia por pasar, de las que yo podia pensar, que no se nos diese nada. Decíame algunas cosas que dijese á mi compañera, y lo que más me espantaba era que luego quedábamos consoladas de lo pasado, y con ánimo para resistir á todos; y es así, que gente de oracion y todo el lugar era contra nosotras, y á todos les parecia disparate grandísimo. Fueron tantos los dichos y el alboroto de mi mesmo monasterio, que al Provincial le parecia récio ponerse contra todos, y así mudó de parecer y no la quiso admitir; dijo que la renta no era segura, y poca, y mucha la contradiccion, y en todo parecia tener razon, y, en fin, lo dejó, y esto fué la víspera del dia en que habian de hacerse las escrituras de la Casa, y creo que desistió el Provincial por ordenacion divina, segun despues ha parecido, pues queria el Señor se hiciese de otro modo (esto es, sin renta). Yo estaba muy malquista en mi monasterio, porque queria hacer otro más encerrado; decian que las afrentaba, que allí podia tambien servir á Dios, pues habia otras mejores que yo que no tenian amor á la casa, que mejor era procurar renta para ella que para otra parte. Unas decian que me echasen en la cárcel, otras,

(1) Vid., cap. xxxii, n.º 6.

bien pocas, tornaban algo por mí, y como no habia de decir yo lo principal, que era mandármelo el Señor, no sabia qué hacer, y así callaba. Mas esto no me daba inquietud, y con tanta facilidad lo dejé como si no me hubiera costado nada, aunque pensaban que estaba muy penada y corrida. Yo, como habia hecho todo lo que habia podido, parecíame no era más obligada, y quedábame en la casa muy contenta y á mi placer, aunque jamás podia dejar de creer que se habia de hacer, pero yo ni tenia medio, ni sabia cómo ni cuándo.»

¿Quién dejará de admirar aquí este rasgo sublime del corazon de Teresa? Una contradiccion tan grande y tan impensada, y con todo hallarse tan serena en medio de tantas penas, dichos, burlas y persecuciones? Sólo es propia esta firmeza del espíritu de Dios. El hombre se ahoga en poca agua, no puede sufrir la menor palabra ó desprecio, y esto aunque haya dado causa á ello. Teresa, como una firme roca en medio de las terribles y furiosas olas. ¿Y quién con esto no procurará afirmarse en Dios como nuestra Santa? ¿Quién hará caso de los dichos del mundo tan loco é inconsecuente, que aprueba y fomenta las cosas más profanas y más peligrosas, aunque dañosas á la Religion, si su sensibilidad tiene algun interés? «Como yo habia hecho, dice, lo que habia podido, parecíame no era más obligada, y quedábame en la casa muy contenta. Aprendamos aquí á no affigirnos de lo que no está en nuestra mano. Hagamos lo que debemos, y salga lo que saliere, quedemos contentos y en paz, pues muchas veces lo que parece *mal* es gran *bien*.» ¿Quién dijera que esta contradiccion, y el volverse atrás el Provincial en la licencia, y hacer desistir á Teresa era *un gran bien*? Pues la Santa lo insinúa y dice que Dios lo ordenó así para mejor. En efecto, entonces iba á hacerse la fundación con renta; pues la Santa no sabia que la Regla queria pobreza total, ni Dios en esto la habia declarado su voluntad, y por esto iba á fundar así. Quería Dios que fuera obra suya en todo, sin el apoyo del dinero y en total pobreza, y véase aquí la sabia providencia de Dios, que suele servirse aún de los perversos designios

de los hombres para sus más elevados fines. No es menos admirable ver á Teresa en este lance, sin hablar una palabra de queja contra nadie, y aún dar á todos la razon. ¡Qué poco la imitamos en esta serenidad sin resentimiento! ¡Qué poca moderacion guardamos en nuestras palabras cuando nos contradicen! Todo lo echamos á la peor parte, pero Teresa y los Santos todo lo excusan y sanan en cuanto pueden, especialmente las intenciones. A su compañera D.^a Guimar, dice la Santa que no la querian absolver, y fué el caso que el dia de Navidad, habiéndose ido á confesar la dijo el confesor no la podia absolver, si primero no la daba palabra absoluta de desistir de aquella fundacion para siempre, pues estaba obligada á quitar el escándalo y el alboroto. No fué menos lo que sucedió á Teresa, como veremos.

Pensemos, pues, en estos trabajos y en la fortaleza de Teresa, que ciertamente se suavizarán todos nuestros males, porque al justo todo se le convierte en bien, y si en nuestras desgracias obramos y pensamos como Teresa, si acudimos á Dios y adoramos su mano, ciertamente recibiremos el consuelo de Su Majestad, y viviremos tranquilos en cualquier situacion en que nos hallemos, y jamás desconfiarémos en lo que emprendimos por su gloria, aunque nos parezca á lo humano que todo va perdido.

FRUTO. — En medio de las contradicciones, poner toda nuestra confianza en Dios y procurar no perder la paz del alma.

MÁXIMA. — Si en algo puede dejar de haber muy menos peligro es en los que más se llegan á pensar en Dios y procuran perfeccionar su vida.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegednos.

LECCION CXXX.

DIA 9 DE MAYO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Dos cosas que la fueron muy sensibles en esta contradicción á la Santa; su gran obediencia y paz con que desiste de todo; pero lo mucho que gana en esto nos instruye divinamente.

Dos cosas fueron las más sensibles á la Santa en esta contradicción y tormenta. «En especial, dice (1), me la dió á mí, ver al Provincial contrario, que con quererlo él, tenía yo disculpa con todos...» A esto se añadió otra pena, que explica así: «Como el Provincial no quiso admitir la fundacion, luego mi confesor me mandó no entendiera más en ello, con que sabe el Señor los grandes trabajos y aflicciones que hasta traerlo á aquel estado me habia costado. Como se dejó y quedó así, confirmase todo más ser disparate de mujeres y á crecer la murmuracion sobre mí, con haberlo mandado hasta entonces mi Provincial (Salazar). Mi confesor (el P. Alvarez, jesuita), como si yo hubiera hecho cosa contra su voluntad, debia el Señor querer mortificarme, por donde más me habia de doler, me escribió que ya veria era todo sueño lo que habia sucedido, que me enmendase en adelante en no querer salir con nada, ni hablar más de ello, pues veia el escándalo que habia sucedido y otras cosas, todas para dar pena. Esto me la dió mayor que todo junto, temiendo si habia dado causa para que se ofendiese, y que si mis visiones eran ilusiones, que toda mi oracion era engaño, y que yo iba engañada y perdida. Mas el Señor, que nunca me faltó, me dijo no me fatigara, que habia servido á Dios, que hiciese lo que me mandaba el confesor en ca-

(1) Vid., cap. xxxii, n.º 7, y cap. xxxiii.

llar por entonces, hasta que fuera tiempo de tornar á ello, y quedé tan consolada y contenta que ya me parecia nada toda la persecucion que habia sobre mí. Como el demonio hizo entender que habia habido algo de revelacion, venian á decirme que los tiempos andaban recios, y podria ser me levantasen algo y me llevaran á la Inquisicion (porque se habian visto engaños en beatas). A mí me cayó en gracia, y me hizo reir, y dije no temieran, que si pensase podia haber algo, yo misma me iria á buscar la Inquisicion, y que si era calunnia, el Señor me libraria y quedaria con ganancia.

«Mi compañera que no estaba impedida por obediencia como yo, fué á un gran letrado del Orden de Santo Domingo y decírselo, y darle cuenta de todo; esto fué antes que el Provincial lo dejase del todo. Yo le dije tambien todo lo que habíamos pensado, y algunas causas naturales que nos habian movido, sin decir nada de revelacion, porque no queria nos diese parecer, sino conforme á lo natural. Este (que era el presentado Fr. Pedro Ibañez, segun la historia de la Orden) nos dijo le diéramos ocho dias de tiempo si estábamos determinadas á hacer lo que él nos dijese: yo le dije que sí, porque aunque yo tenia por cierta la revelacion, de tal manera los creo, que si me decian ó dijera aquel letrado, que no la podíamos hacer sin ofenderle y que íbamos contra conciencia, me apartara luego de ella y buscara otro medio. Decíame despues este siervo de Dios que lo habia tomado á cargo con determinacion de poner mucho en que nos apartáramos de hacerlo, porque como á todos les parecia desatino, y porque un caballero le avisó mirase lo que hacia, que no nos ayudase, con todo, en comenzando á mirar lo que nos habia de responder, y pensar en el negocio y en el intento tan santo, se le asentó ser del servicio de Dios, y que no habia de dejarse de hacer, y así nos respondió nos diésemos priesa á concluirlo, y nos dió traza, y que aunque la hacienda ó renta era poca, que algo se habia de fiar en Dios, que quien lo contradijese fuese á él que él responderia, y así siempre nos ayudó.»

Con todo esto, como en estos dias que tardó á res-

ponder el presentado Ibañez, mudó el Provincial de parecer, y el confesor la mandó no entender en nada, la Santa desistió del todo por obediencia, sin representar al confesor esta resolución de Ibañez. «Estuve, dice la Santa (1), en este silencio, no entendiendo en nada ni hablando en este negocio cinco ó seis meses (hasta el año 1561), y nunca el Señor me lo mandó. Yo no entendía que era la causa, mas no se me podía quitar del pensamiento que se habia de hacer.»

Parecería, si no lo dijera la Santa, que no podia sufrir tantas penas y desamparos hasta de su confesor y del Señor, que nada la decia en tanto tiempo. «Pero aquí me enseñó el Señor, dice, el grandísimo bien que es pasar trabajos y persecuciones por El (notemos bien estas palabras), porque fué tanto el crecimiento que ví en mi alma de amar á Dios, y otras muchas cosas, que yo me espantaba, y esto me hace no poder dejar de desear trabajos. Entonces me comenzaron más grandes los ímpetus de amor de Dios y mayores arrobamientos, aunque yo callaba y no decia á nadie estas ganancias...» ¿ Hay en el mundo cosa que se parezca ó produzca tales utilidades? Tal es la virtud, y el hombre que no lleva otra idea que contentar á Dios, pues le es igual la fortuna ó desgracia. ¿ Qué son á vista de Teresa todos los herejes del mundo? Resolvámonos, pues, á no mirar sino el contentar á Dios, y gozaremos más paz en las penas y calumnias, que los héroes del mundo en la felicidad.

FRUTO. — Considerar los trabajos y contradicciones como un dón especial del Señor, que quiere con ellas purificar el alma.

MÁXIMA. — Me enseñó el Señor el grandísimo bien que es pasar trabajos y persecuciones por El.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXXXI.

DIA 10 DE MAYO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Consigue la Santa la licencia del confesor para volver á tratar de la fundacion, y comienza de nuevo, sin faltar á la obediencia, enseñándonos á confiar en Dios siempre.

«El santo varon Dominico (Ibañez), dice la Santa (1), no dejaba de tener por tan cierto como yo, que se habia de hacer el convento (aunque veia la oposicion y no sabia la revelacion), y como yo no queria entender en ello por no ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera, y escribian á Roma, y daban trazas.»

Poco á poco se fué sosegando la tempestad y oposicion con sólo callar la Santa, porque no hay cosa que rompa más la ira y el furor que el silencio. Todos quedaban pasmados al ver la serenidad y obediencia de Teresa, porque aunque al principio la creyeron todos muy sentida y que su aparente paz sólo era exterior y disimulacion, como se nota con frecuencia en los politicos; mas como la ficcion no puede sostenerse largo tiempo, y en la Santa veian su igualdad en todo, y jamás pudieron sorprenderla en ningun resentimiento, conocieron, en fin, que era virtud sólida y no aparato estóico ó político de mundo. Su confesor, el P. Alvarez, y el Presentado Ibañez, que la veian de más cerca, admiraban su paz y quietud verdadera, y como el Padre Ibañez la habia aprobado el intento, y con todo la veia invencible á no tratar del asunto por el mandato de su confesor, comenzó á publicar su dictámen y la santidad de Teresa. Y como por otra parte se hallaba

(1) Vid., cap. xxxiii, n.º 3.

reputado por sabio y santo en todo el pueblo, callaron los enemigos y quedó en calma la tormenta. Otra causa hubo para la serenidad, dispuesta suavemente por el Señor, que jamás olvida á los que le sirven, y la explica la Santa de este modo: «Como el que me confesaba (el P. Alvarez) tenia superior, aunque entendia bien mi espíritu y tenia deseo de que fuera muy adelante, no se osaba determinar por hartas causas (esto es, porque el Rector de la Compañía era tímido y no se lo permitia); pero habiéndose ido de aquí el Rector, trajo Su Majestad otro muy espiritual y de grande ánimo y letras (el P. Gaspar de Salazar), que no iba á la mano á quien me confesaba, antes le decia me consolase, que no habia de que temer, y que no me llevase por camino tan apretado. Estando yo poco antes con grande afliccion, pareciéndome que el confesor no me creia, díjome el Señor que no me fatigase, que presto se acabaria aquella pena. Yo me alegré, pensando que me habia de morir; despues ví claro era la venida de este Rector que digo.» Continúa la Santa diciendo mil alabanzas de este, y como sin haber tenido ninguna noticia de sus prendas, sintió un no sé qué en su alma de que le habia de entender, y que no se engañó, porque la hizo gran provecho, y luego sigue: «Desde á poco que le trataba, comenzó el Señor á tornarme á apretar para que tratara el negocio del monasterio (despues de cinco meses de suspension); y que dijese á mi confesor y á este Rector muchas razones y cosas, para que no me lo estorbasen, y algunas los hacia temer, porque este Rector nunca dudó en que era espíritu de Dios, porque miraba todos los efectos. En fin, no se osaron á estorbármelo. Tornó mi confesor á darme licencia que pusiese en ello todo lo que pudiese, y bien veia el trabajo á que me ponía por ser muy sola y tener poquísima posibilidad.»

Entre tanto, como ya dijimos que el Padre Dominico y la viuda habian escrito á Roma, llegó el Breve, para que se pudiera hacer el monasterio, con lo cual ya no quedaba escrúpulo á la Santa de ir contra la obediencia; pues tenia la licencia del confesor, y no necesita-

ba la del Provincial, aunque éste no se lo habia prohibido expresamente; si sólo rehusado admitir la fundacion. «Traia yo, dice, gran cuenta de no hacer nada contra la obediencia, mas sabia que si lo decia á mis Prelados era todo perdido, como la vez pasada, y áun ya fuera peor. En tener dineros, procurarlo... pasé hartos trabajos, y bien á solas. Algunas veces, muy afligida, decia al Señor: ¿Cómo me mandais cosas que parecen imposibles? que aunque fuera mujer, si tuviera libertad, mas atada por tantas partes, sin dineros, ni de adonde sacarlos, ni para Breve, ni para nada, ¿qué puedo hacer yo, Señor?»

Muchas providencias son estas, y muy á pechos parece que tomó el Señor esta grande empresa; pero tal es Su Majestad para quien le sirve de veras. Pudiera hacerlo Dios, en una palabra, mas así sólo se viera su poder: cuando las cosas están más desesperadas á lo humano, entonces, dice la Santa, es cuando las endereza su mano, y ansí saca mucho bien. Nos quejamos de Dios, que no nos oye, mas aquí vemos lo contrario, y si otra cosa nos sucede, es por nuestra impaciencia. Queremos que á la primera vez nos dé el Señor lo que queremos, y á poco que tarde, ó desconfiamos ó nos impacientamos. Aprendamos, pues, de Teresa, á esperar contra toda esperanza humana, á no caer jamás de ánimo, pues será muy seguro el socorro del cielo, que si tarda, es sólo para probar nuestra fe, ó porque no es tiempo ó porque quiere sea la cosa mejor, como se ve todo esto en lo sucedido con la Santa. Causa admiracion como se arrojaba Teresa á empresas tan árduas, más no es menor ver los remedios que la prepara Dios tan á tiempo. Tengamos firme fe, esperanza y caridad, y descansenos seguros bajo un Padre Dios, que ama como á hijos á todos los que confian en él.

FRUTO. — Cuando nuestras peticiones en la oracion, aunque dirigidas á la mayor gloria de Dios, no sean al parecer oidas, esperar contra toda esperanza humana y no caer jamás de ánimo, pues será muy seguro el socorro del cielo.

MÁXIMA. — La verdadera union se puede muy bien alcanzar,

con el favor de nuestro Señor, si nosotros nos esforzamos á procurarla, con no tener voluntad sino atada con lo que fuese la voluntad de Dios.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXXXII.

DIA 11 DE MAYO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Puesta la Santa en libertad para entender en la fundacion, lo hace con prudencia y muchos trabajos, los que Dios suaviza con su favor, para enseñarnos á vencer con la paciencia y esperanza.

Libre ya la Santa para poder tratar de la fundacion, «mi espíritu, dice, iba con ímpetus tan grandes, que sentia mucho tenerlo atado, y con todo no salia de lo que el confesor me mandaba.» Habiéndola dado, pues; licencia su confesor, añade: «Concertámos se tratase con todo secreto, y así procuré que una hermana mia, que vivia fuera de aquí, comprase la casa, y la labrase como que era para sí, con dineros que el Señor dió por algunas vias para comprarla, aunque mi compañera la viuda hacia lo que podia, mas podia poco, y tan poco, que casi era no nada...» Estas palabras de la Santa necesitan alguna explicacion. La hermana que hizo venir santa Teresa era D.^a Juana Ahumada, casada con D. Juan de Ovalle, caballero de Salamanca, que sirvió á Carlos V, y era muy ilustre, aunque no rico: éstos vinieron á Avila dando á entender se querian avecindar allí, y con esto se disimuló la idea, y todos creyeron la compraban estos señores para sí; mas Teresa era quien lo hacia todo. «Hacíaseme; dice, la casa muy

chica, porque lo era tanto, que no parece llevaba camino ser monasterio, y queria comprar otra tambien harto pequeña; ni habia con qué, ni sabia qué me hacer; esta era para iglesia, y acabando un día de comulgar, díjome el Señor: Ya te he dicho que entres como pudieres; y á modo de exclamacion añadió: ¡Oh codicia del género humano, que aún tierra piensas te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormí yo al sereno, por no tener á donde me meter? Voy á la casita y tracéla, y hallé, aunque bien pequeño, monasterio cabal, y no curé de comprar más sitio, sino que se labrase todo toscó, como no fuese contra la salud, y así se ha de hacer siempre.»

Los medios con que el Señor la comenzó á proveer de dineros para la compra y trabajar lo necesario, porque su hermano y la viuda no estaban ricos, fueron muy singulares. «Con especialidad una vez, dice, estando en una necesidad qué no sabia qué me hacer, ni con qué pagar unos oficiales, me apareció san José, mi verdadero Padre y Señor, y me dió á entender no me faltarian, que los concertase, y así lo hice sin ninguna blanca, y el Señor, por manera que se espantaban los que la oían, me proveyó...» Este medio tan singular fué su hermano D. Lorenzo de Cepeda, que estando en Indias, y habiendo mucho tiempo que nada la habia enviado, la remitió, de modo que llegó á esta sazón tan crítica, una porcion de dinero, mayor de lo que era regular, para una monja. «Yo creo, le dice la Santa en una carta (1), que fué movimiento de Dios, el que V. ha tenido para enviarme tantos, porque para una monjuela como yo, que ya tengo por honra andar remendada, bastaban los que habia traído Juan Pedro de Espinosa y Varona, para salir de necesidad por algunos años.» Aquí sigue dándole cuenta de su intento de fundar el convento en *oracion y mortificacion*; sigue diciendo que D.^a Guimar la favorecia, aunque en el día estaba sin dinero, y era viuda de D. Francisco de Avila nueve años hacia, y que quedó, aunque de veinte y

(1) Tom. 1, cart. 29.

cinco años, viuda, muy santa, que la dió parte de su renta para dos dotes, mas que nada podia ayudarla en la compra de la casa. «Hágolo yo, dice, con el favor de Dios, confiada en que El me proveerá; concierto los oficiales, cosa que parecia desatino, y viene Su Majestad y mueve á V. para que me provea. Y lo que más me ha espantado es, que los cuarenta pesos que añadió V. para mí, me hacian grandísima falta, y san José, que así se ha de llamar, creo hizo no me faltaran, y se lo pagará á V...» Todo esto sucedió año 1561, por el Agosto.

Creeria la impaciencia humana que la cosa estaba hecha en pocos dias, á vista de la actividad de Teresa, y de los ímpetus grandes que sentia de verse atada por la obediencia, y que libre ya de la prohibicion del confesor, venida de su hermana, y haciéndose en su nombre, se lograria todo muy pronto. Pero fueron grandísimos los trabajos que pasó, y muy á solas. Las obras grandes no pueden asegurarse ni hacerse sino *con trabajo y paciencia*. Supuesta esta verdad, volvamos los ojos á la obra de nuestra salvacion, que es la mayor y en que más interesamos todos. ¿Acaso trabajamos con este teson de Teresa para esta tan grande y eterna utilidad propia, como la Santa lo hizo para la santificacion ajena? ¡Tenemos un mes de constancia para resistir una tentacion, una calumnia, una enfermedad, cuando vemos á esta pobre monja tan constante por tantos años y en tan grandes penas! Si aún á Teresa la dice el Señor: *¡Oh codicia del género humano, etc.!* ¿qué nos podrá decir á nosotros, que vacilamos en su servicio por no nada? Avergoncémonos en presencia de Teresa por nuestra debilidad, confesemos no somos fuertes ni robustos, y que nada podemos sino en Dios y por Dios, que este es el principio para recibir la fortaleza del cielo. Esperemos contra toda esperanza, y la gracia nos hará vencer las tentaciones y trabajos, para recibir la corona como Teresa en el cielo.

FRUTO.—En todas nuestras empresas confiar como si todo dependiese de Dios y trabajar como si todo dependiese de nosotros.

MÁXIMA. — Es muy amigo Su Majestad de llevar adelante las obras que Él hace, si no queda por nosotros.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXXXIII.

DIA 12 DE MAYO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Favores y trabajos de la Santa en este año 1561. en que nos enseña la sábia providencia del Señor en mezclar el bien y el mal para nuestro provecho.

Esta vida quiere el Señor esté mezclada siempre de sucesos prósperos y adversos, para que ni nos fijemos en la tierra por la fortuna, ni desconfiemos por el trabajo. Así lo vemos en Teresa: en medio de sus grandes fatigas, la consolaba el Señor algunas veces. «El día de santa Clara, dice (año 1561), yendo á comulgar, se me apareció esta Santa con mucha hermosura, y díjome que me esforzase y fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaria, y ha salido tanta verdad, que un monasterio de monjas de su Orden, que está cerca de éste, nos ayuda á sustentar, y lo que ha sido más, que poco á poco traje este mi deseo á la perfeccion de la pobreza de la Santa, y vivimos de limosna, lo que no ha costado poco trabajo, y ha sido menester la autoridad del Santo Padre. El día de la Asuncion de Nuestra Señora, estando en un monasterio de Santo Domingo, vínome un arrobamiento, en que me pareció me vestian una ropa de mucha blancura: luego ví á Nuestra Señora al lado derecho, y al izquierdo á san José,

que eran los que me la vestian; dióseme á entender que ya estaba limpia de mis pecados. Luego pareció asirme de las manos nuestra Señora, y díjome le daba mucho contento en servir al glorioso san José, que creyese se haria el monasterio, y se serviria mucho á Nuestro Señor y á ellos dos. Que no temiera quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese á mi gusto (era darla al Ordinario, aunque la Santa queria darla á la Orden), que ellos nos guardarían, que ya su Hijo nos habia prometido andar con nosotras, que para señal de verdad me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz á él de mucho valor. En lo que me dijo de la obediencia, era que se me hacia mal no darla á la Orden, y habíame dicho el Señor que no convenia (por entonces, pues despues él mismo la mandó darla á la Religion), y que enviara á Roma por cierta via, que tambien me dijo el Señor, para que viniera recaudo ó la licencia, y vino muy bien.»

Dos cosas sucedieron por este tiempo á la Santa. La primera, que estando en casa de su hermana D.^a Juana, que habia venido á Avila, y principalmente por cuidar de la obra, como un dia fueran las dos á una parroquia, el predicador declamó tanto contra las revelaciones y tan señaladamente contra la Santa, que todos lo notaron, y la hermana se avergonzó tanto y áun más de ver que Teresa, no sólo estuvo insensible, sino risueña, que cuanto antes salió de la iglesia, y la envió á su convento para no verse en otra ocasion semejante, y la Santa lo hizo con el mayor gusto y sin queja. Pero á pocos dias dispuso Dios que volviera á salir á casa de D.^a Guimar con el motivo de una hija, monja de la Encarnacion, que iba á casa de su madre, y la Santa fué nombrada para acompañarla. Algunos dicen (1) que su hermana, resentida por lo del sermon, no quiso hacer cara á la obra, y tuvo que encargarse D.^a Guimar; mas como todas estas eran trazas del demonio, se convirtió en su daño y gloria de santa Teresa, aunque otros varían en como sucedió lo dicho.

(1) N. Hist., tom. 1, lib. 1, cap. XL.

Lo segundo y más maravilloso fué, que á pocos días, travescando un niño de cinco años, D. Gonzalo, hijo de su hermana, por la obra, cayó una pared y lo sepultó en sus ruinas: alborotóse más D.^a Juana con esta desgracia; pero acudiendo la Santa, y tomándolo muerto en sus brazos, y cubriéndolo con su velo, á poco rato levantó la cabeza, y dijo á su hermana: «Tome allá su hijo vivo y sano,» que ya estaba affligida por su muerte. A poco se cayó otra pared del convento en que trabajaban, y como D.^a Guimar la dijera á la Santa que no seria voluntad de Dios se prosiguiera, pues pared tan bien hecha se habia arruinado, respondió la Santa: *Levantarla otra vez.* En efecto, D.^a Guimar escribió á su madre pidiéndola treinta ducados, aunque desconfiada de que los diese, mas la Santa al segundo dia la dijo: «Alégrese, que el dinero es cierto, está ya en poder de quien fué por ellos, y se los han dado en el cuarto bajo,» y así fué; con lo que se levantó la pared que habian derribado los demonios, como vió la Santa (1).

Esta alternativa de favores y trabajos que aquí se ven en santa Teresa, es la conducta ordinaria que Dios observa con sus criaturas, conociendo bien su carácter, que se ensoberbece con la felicidad y se abate con los trabajos. Quiere, pues, el Señor que caminemos por el medio entre la esperanza y el temor, que no le olvidemos por las criaturas, ni desconfiemos de su piedad por los trabajos. Viendo á un lado la gloria y al otro las penas, gustando alternativamente de una cosa y otra, aprenderemos á suspirar por los bienes eternos que Dios tiene prometidos á los que pelean con valor en este valle de lágrimas, donde regularmente son más las penas que los gozos; para que sepamos que aquí somos peregrinos que caminamos á la patria celestial, cuyos bienes en una débil imágen nos muestra el Señor alguna vez en los contentos del alma que sentimos, más que en los del cuerpo, que siempre ván mezclados con acibar. Suspiremos, pues, por Dios y su

(1) Hist., tom. 1, lib. 1, cap. xl.

gloria, y suframos entre tanto las molestias y reveses del mundo.

FRUTO. — No ensoberbecernos con la felicidad ni abatirnos con los trabajos.

MÁXIMA. — Creo fué mi gozo principal parecerme, que pues las criaturas me pagaban así (con ingratitud), que tenia contento al Criador.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXXXIV.

DIA 13 DE MAYO.

ORACION. — ; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Sale la Santa de Avila, cuando parecia más necesaria su presencia, pero Dios lo convierte todo en más bien, para que creamos que todo se dirige á nuestro provecho, aunque parezca que es para nuestro daño.

«Pues por mucho cuidado que yo traia, dice santa Teresa (1), para que no se entendiese la idea del nuevo convento, no podia hacerse tan secreta la obra que no se entendiese mucho en algunas personas. Unas lo creian, otras no; yo temia harto que venido el Provincial, si le decian algo, me habia de mandar no entender en ello, y luego era todo cesado (porque la Santa nada hacia contra obediencia). Proveyólo el Señor de esta manera, que se ofreció en un lugar grande (Toledo) más de veinte leguas de éste, que estaba una señora muy afligida (D.^a Luisa de la Cerda, viuda de don

(1) Vid., cap. xxxiv.

Arias Pardo, hermano del Duque de Medinaceli) á causa de habérsele muerto su marido. Acudió al Provincial, que conocia, y pidióle que fuera yo, y éste me mandó con precepto de obediencia que fuera con una compañera. Lo supe yo la noche de Navidad. Encomendándolo á Dios, estuve casi todos los Maitines en gran arrobamiento: díjome el Señor que no dejase de ir, sin escuchar pareceres, porque pocos me aconsejarían sin temeridad; que aunque tuviese trabajos, se serviría mucho Dios; y que para este negocio del Monasterio convenia ausentarme hasta ser venido el Breve, porque el demonio tenia armada una gran trama venido el Provincial, y que no temiese de nada, que El me ayudaria allá. Aunque algunos me decian que no fué, que era ardid del demonio, el Padre Rector de la Compañía me dijo no dejase de ir. Con esto y con lo que sentí en la oracion iba sin miedo...» Esto fué en Enero de 1562.

«Estando con esta señora (1) más de medio año, vino una beata del Cármen (María de Jesús) que fué á Roma, y trajo despachos para fundar otro monasterio como el que yo ideaba. Y hasta que yo la hablé, no supe que nuestra Regla primitiva mandaba no tener propio, y desde entonces lo determiné hacer así en mucha pobreza, aunque temia no me lo habian de consentir, sino decir que hacíamos desatinos. Escribiólo al Religioso Dominicó (Fr. Pedro Ibañez), y halló tantos inconvenientes en fundar sin renta, y causa de tanta inquietud y distraccion, que me envió dos pliegos de contradiccion en teología; pero yo le respondí, que para no seguir mi llamamiento y el voto de pobreza con perfeccion, no queria servirme de su teología. El santo Fr. Pedro de Alcántara, amador de la pobreza, me lo aprobó, y mandó que no dejara de llevarlo adelante. El Señor tambien me dijo era voluntad de su Padre y suya, que lo fundara sin renta, pues en ésta estaba la confusion. Tambien volvió el Señor el corazon del Dominicó. Yo estaba con esto tan contenta, que me pare-

(1) Vid., cap. xxxv.

cia poseer toda la riqueza del mundo, viviendo por amor de Dios...» Al fin de estos seis meses, alzándola el Provincial la obediencia para volverse al convento, si queria, aunque ella sólo por saber la querian hacer priora en la Encarnacion no queria volver, sino detenerse hasta que nombraran otra, la mandó el Señor se volviera luego, y así lo hizo, sabiendo por revelacion que se le aparejaba gran cruz, bien que no pensaba por donde, sino por el oficio de priora, mas era otra muy diferente, causada por la fundacion. Estando en casa de esta señora, acabó la Santa de escribir el libro de su vida la primera vez por mandato del Padre Dominicó Ibañez, su confesor (1). Tambien reformó la casa, y la doncella que habia, llamada María Salazar, se enamoró tanto de la virtud de la Santa, que entró monja Descalza, y fué aquella famosa hija llamada María de San José, priora de Sevilla, que padeció tanto despues.

Sin duda nos admiran las raras disposiciones del cielo, dirigidas para el efecto de esta fundacion de la Reforma. Parece muy extraño que se mezclaran tantas cosas que parecian casuales, ó intrigas del demonio para retrasar la obra, y no atináramos fácilmente con los designios divinos, que sin duda, sin tantos rodeos, podia lograr sus intentos cómo y cuándo quisiera. Con todo, por otra parte, el enlace de todas estas cosas nos hace conocer verdades muy interesantes. Primera, que Dios se sirve de las causas naturales para los efectos más singulares de su providencia, aunque se nos presenten como directamente opuestos á sus altos fines. Segunda, que todas estas cosas que parecen contrarias, y que miradas por sí solas y separadas, nos parecen impedimentos directos al fin que llevaba la Santa, y aún al mandato del mismo Dios, si las miramos reunidas como aquí se ven, descubrimos con claridad aquella verdad tan grande: *No se mueve una hoja del árbol sin la voluntad de Dios.* ¿Quién habia de pensar que convenia saliese Teresa de Avila, siendo el móvil de toda la obra del convento nuevo? Pero si advertimos que

(1) Hist., tom. 1, lib. 4, cap. xli.

así se disimulaba más el fin; que la Santa aprendió en esta jornada debía fundar sin renta; que allí pudo consultar con san Pedro Alcántara; que á su tiempo el Provincial la dió permiso para volver; que las monjas la llamaban para hacerla priora, y Dios llevaba otro fin, ¿quién no ve aquí reunidas todas las ruedas de este reloj de la Providencia, que separadas parecían informes y contrarias? Admiremos en este conjunto de obras la perfeccion del Obrero, que de piedras sueltas y feas forma el palacio hermoso de su gloria. Viva-mos, pues, en paz bajo mano tan omnipotente, que todo lo dirige al bien. Adoremos su sábia economía, sujetémonos á su voluntad, callemos, no murmuremos y descansemos en su seno, áun cuando nos parezca que todo va mal.

FRUTO. — No resistir las inspiraciones de la gracia cuando se conozca ser tales.

MÁXIMA. — Respondí (al religioso Dominico, Fr. Pedro Ibañez) que para no seguir mi llamamiento y el voto de pobreza con perfeccion, no quería servirme de su teología.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegednos.

LECCION CXXXV.

DIA 14 DE MAYO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Continúan las providencias singulares de Dios. Vuelve la Santa a Avila el día que llega el Breve; se funda el convento de San José de Descalzas, y vemos como triunfa la gracia, siempre y cuando quiere.

«Partida ya de aquella ciudad (de Toledo), dice (1), venia muy contenta, determinada á pasar todo lo que el Señor fuese servido con toda voluntad. La noche mesma que llegué á Avila, llegó nuestro despacho para el monasterio y Breve de Roma, que yo me espanté, y se espantaron los que sabian la priesa que me habia dado el Señor á la venida, cuando supieron la gran necesidad que habia de ella, y á la coyuntura que el Señor me traia, porque hallé aquí el obispo y el santo Fr. Pedro de Alcántara y á otro caballero muy siervo de Dios. Ordenó tambien el Señor que estuviese malo un cuñado mio (Juan de Ovalle, que viendo no venia la Santa, quiso irse, y al salir de Avila cayó malo, y tuvo que volverse, y fué á la casa que era el convento nuevo en Avila), y su mujer, no aquí, y en tanta necesidad, que me dieron licencia para estar con él, y con esta ocasion no se entendié nada. Fué cosa para espantar, que no estuvo malo más de lo que fué menester para el negocio, y en siendo menester que tuviera salud para que yo me desocupase y él desembarazase la casa, se la dió luego el Señor, de modo que él estaba maravillado. Pasé hartos trabajos con el enfermo y oficiales, para que se acabara pronto la obra, que faltaba mucho, y mi compañera (D.^a Guimar) no

(1) Vid., cap. xxxvi.

estaba aquí, para más disimulo. Yo veía que iba el todo en la brevedad por muchas causas, y la una era, porque cada hora temía me habian de mandar volver al monasterio de la Encarnacion.»

Obraba la Santa con tal seguridad en todo, que no obstante el Breve de Roma y la revelacion para dar la obediencia al Ordinario, la pareció justo suplicar al provincial Fr. Angel de Salazar la diera licencia para fundar el convento y lo admitiera bajo su obediencia; pero no quiso admitirlo, sabiendo que querian fuese sin renta, y en vista de los alborotos pasados, con lo que se conoció más claro que era Dios quien obraba allí, pues nada le prohibió á la Santa, por ser llegado el tiempo en que queria se efectuase, y se viera cuán á pié firme caminaba la Santa. Dado este paso, dice la Santa, de san Pedro Alcántara y del caballero santo, D. Francisco Salcedo, lo siguiente (1): «Entrambos á dos acabaron con el obispo (D. Alvaro de Mendoza) admitiese el monasterio bajo su obediencia y proteccion, que no fué poco, por ser pobre, sino que era tan amigo de personas que veía así determinadas á servir al Señor, que luego se aficionó á favorecernos, y el aprobarlo este santo viejo, y poner mucho con unos y con otros en que nos ayudasen, fué lo que lo hizo todo. Si yo no viniera á esta coyuntura, como he dicho, no puedo entender cómo pudiera hacerse, porque estuvo poco aquí este santo hombre, que no creo fueron ocho dias, y esos muy enfermo, y desde á muy poco lo llevó el Señor consigo. Parece le habia guardado Su Majestad hasta acabar este negocio, que habia casi dos años que andaba muy malo. Todo se hizo con mucho secreto (esto fué á últimos de Agosto de 1562, y á mitad de Octubre murió san Pedro Alcántara). Concertado, pues, todo, prosigue la Santa, fué el Señor servido que el dia de san Bartolomé tomasen el hábito algunas, y se puso el Santísimo Sacramento, y con toda autoridad y fuerza quedó hecho nuestro monasterio del gloriosísimo Padre nuestro san José, año 1562. Como yo estaba allí

(1) Vid., cap. xxxvi.

con licencia (por asistir al cuñado enfermo), y no hacia cosa sin parecer de letrados para no ir un punto contra obediencia, me decian lo podia hacer, porque por muy poca imperfeccion que me dijeran era, mil monasterios me parece dejara, cuanto más uno. Esto es cierto; porque aunque lo deseaba por apartarme más de todo y llevar mi profesion con más perfección y encerramiento, de tal manera lo deseaba, que si entendiera era más servicio del Señor dejarlo todo, lo hiciera como la otra vez con todo sosiego y paz.

Ya está fundado el primer Monasterio de monjas Descalzas con tan singulares providencias del cielo, que quizá no se hallare otra cosa semejante en todas las historias. Los Santos, como dijo Dios á Teresa, pasaron muchos trabajos, mas no son como los de nuestra Santa, ni como los que faltan, pues Dios quiso hacer la mayor prueba de su sierva y dar testimonio al mundo que nada hay imposible para su voluntad. Aún admirá más en esta obra, no tanto el haberla hecho por mano de una mujer, sin medios, sin caudal, sin proteccion, y tan perseguida, quanto verla ejecutada por una Monja enferma, y sin faltar en un ápice á la obediencia de su confesor y prelados, obrando siempre con verdad y con la mayor perfeccion; mas no sea estéril nuestra admiracion. Obremos con resolucion y confianza como Teresa, sabiendo, como dice el Apóstol, que *todo, todo* lo podemos con la gracia de Dios que nos conforta. No seamos infieles á esta gracia, pues Dios es fidelísimo y nunca permite que seamos tentados más de lo que podemos sufrir. Con la tentacion y con el trabajo ofrece su gracia; si la recibimos, vencerémos, y se volverá en bien lo que parece mal: si resistimos á la gracia, nos abandonará en la tentacion, se duplicará el mal, y serémos condenados por nuestra culpa.

FRUTO. — Obedecer con prontitud y alegría los mandatos de los superiores.

MÁXIMA. — (En las fundaciones) no hacia cosa sin parecer de letrados, para no ir un punto contra obediencia.

JACULATORIA.— Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegéd-nos.

LECCION CXXXVI.

DIA 15 DE MAYO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Continúan los prodigios de la gracia en esta fundacion maravillosa por sus circunstancias, lo que nos reducirá á silencio en el dia del juicio con sola la vista de las primeras Novicias en Convento tan pobre, y solas.

Despues de tan raros sucesos hallamos fundado el primer convento de monjas Carmelitas Descalzas de la primitiva Observancia en Avila, casi sin saber cómo, y sin noticia del pueblo. El Señor va perfeccionando las obras poco á poco, para que nosotros conozcamos que la virtud no es obra de un dia, sino de mucho tiempo. De este modo se hizo el primer convento con toda la perfeccion de la Regla, sin renta alguna y sin dotes, lo que no hubiera sucedido si se efectuara la primera vez que se intentó, en lo cual se ve como todas las cosas, aún las malas que Dios permite, como la oposicion primera, se convierten en bien para los escogidos. Una casa muy pequeña, una iglesia tan chica que no lo parecia, una reja de madera por donde oian Misa, dos imágenes de la Virgen y san José, que se guardan en el Oratorio ó Camarin de Carmelitas Descalzos de Madrid, y una campanita de tres libras, con un agujero que sacó en la fundicion, y sirve en Pastrana para tañer á los Capítulos generales: estos son todos los muebles que constan de la historia haber llevado la Santa para el principio de su Reforma. Se debe añadir

á esto haber recibido la Santa cuatro doncellas pobres sin dote, como piedras angulares de este edificio espiritual, grandes siervas de Dios; pues lo que se pretendió al principio fué que entrasen personas, dice la Santa (1), que con su ejemplo fuesen fundamento, para que se pudiese el intento que se llevaba de mucha perfeccion y oracion efectuar, que eran mis ánsias.

Estas cuatro novicias primeras fueron: Antonia Enoo, parienta de la Santa, que por pobre habia querido entrar monja en Badajoz en un convento de Franciscas; mas san Pedro de Alcántara la dijo que aguardara para entrar en este de santa Teresa, y se llamó Antonia del Espíritu Santo, que murió en Málaga, año 1595. La segunda fué Maíra de la Paz, en la religion de la Cruz, que se hallaba criada en casa de D.^a Guimar, y murió en Valladolid, año 1588. La tercera fué Ursula de los Santos, que murió aquí en Avila, en 1574, y la Santa la vió subir en el mismo dia al cielo. La cuarta fué María de Avila, hermana de Julian de Avila, sacerdote muy santo y amigo de santa Teresa. Esta se llamó María de San José, pero diferente de la priora de Sevilla, y de otra hermana del P. Gracian, que tambien tomaron el nombre de María de San José.

La Santa hizo dejar el apellido de la familia, y ella lo dejó tambien. Es verdad que en algunas Religiones ya se usaban sobrenombres de Santos, pero ni esto era comun ni de obligacion, ni dejaban el apellido propio; mas santa Teresa de Jesús quiso que fuera comun este uso y general en toda la Reforma, y de aquí lo tomaron otras familias religiosas muy luego. «Tambien me dió gran consuelo, dice (2), de haber hecho lo que me mandó tanto el Señor, y otra iglesia más en este lugar de mi Padre glorioso san José, que no la habia. Fué para mí como estar en la gloria, ver poner el Santísimo Sacramento, y se remediarán cuatro huérfanas pobres, porque no se tomaban con dote. No me parecia que yo hubiese hecho nada, siempre entiendo lo hacia el Señor, y que lo que era de mi parte iba con muchas

(1) Vid., cap. xxxvi.

(2) Vid., cap. xxxvi.

imperfecciones; mas érame gran regalo ver que hubiese Su Majestad tomádome por instrumento, siendo tan ruin, para tan grande obra; así que estaba con tan gran contento, que estaba fuera de mí con gran oracion.»

Aunque la Santa dió el hábito de Descalzas á las cuatro doncellas, ella no dejó el suyo de Calzada, porque aunque podia hacerlo lícitamente con el Buleto de Roma, y por haber admitido el convento el señor Obispo, queria primero pedir licencia á su Provincial.

Debemos notar que en este mismo año de 1562 los turcos destruyeron en Chipre el convento de Carmelitas, donde se observaba la regla primitiva. D. Jerónimo Bautista de Lanuza (1), dice que en este año y dia de la fundacion arrasaron la primera iglesia los luteranos en Francia, y lo mismo confirma Enrique en la Vida de la venerable Ana de San Bartolomé, aunque algunos dudan que fuera en el mismo dia. Pedro Romano, rector de un colegio de París en el mismo año, no sólo permitió la secta protestante en él, sino que rompió todas las imágenes y señales exteriores de religion. Cosa sin ejemplo hasta entonces. ¿Podrá alguno leer estos sucesos de la fundacion tan maravillosos y divinos, estas que el mundo llama-casualidades, sin postrarse y adorar la divina mano, que se descubre más clara que si la viéramos con nuestros ojos corporales? Cuando el Señor mandó á Teresa que fundase, y que dijese á su confesor, el P. Alvarez, que no dudase ó no la impidiese, dicen Fr. Federico de San Antonio y otros, que añadió el Señor: «Dile que medite aquel verso: *Quám magnificata sunt opera tua, Domine! Nimis profunda sunt cogitationes tue.* ¡Cuán grandes y magnificas son, Señor, tus obras! tus pensamientos, tus ideas, Dios mio, son más profundas de lo que alcanza nuestra vista.» Meditemos, pues, estas verdades con relacion á lo que vemos en Teresa y su Reforma, que fácilmente se aplicarán á otros asuntos que nos rodean. «Convenia, dice Caramuel (2), oponer á Lutero y Calvino, que decian mandaba Dios imposibles, estas

(1) Hom. 43, y. vi, n.º 14. Tom. III.

(2) Sermon de la Santa en Nápoles, año 1664.

tiernas vírgenes, que cumplen hasta los consejos evangélicos más estrechos con tanta facilidad y perfeccion.» El P. Señeri (1) desafía á todos los sectarios, que presenten tantos y tales triunfos ó héroes, como sólo la pobre santa Teresa. En fin, avergüéncense los cristianos que nada bueno se atreven á hacer, y vean que esta Virgen y sus hijas (que las tuvo muy delicadas, como veremos), se levantarán el dia del juicio, y sola su vista nos reducirá al más vergonzoso silencio, con especialidad á los tibios y pecadores.

FRUTO.— Procurar con nuestra industria ganar algun alma para Dios, ó hacerla más perfecta.

MÁXIMA.— Fué para mí como estar en la gloria (en la primera fundacion) ver poner el Santísimo Sacramento y que se remediaron cuatro huérfanas pobres.

JACULATORIA.— Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegernos.

LECCION CXXXVII.

DIA 16 DE MAYO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

El demonio turba mucho á Teresa con una récia afliccion y oscuridad, pero Dios la da luz, y con su doctrina nos consuela en las mayores aflicciones que podemos tener.

Muy gozosa vimos á santa Teresa por haber fundado el monasterio pobre, y puesto en él el Santísimo Sacramento; mas como los contentos de este mundo, aunque sean espirituales, duran tan poco, oigamos como sigue

(1) Pecador sin excusa, pág. 2, cap. xxv.

la Santa (1): «Acabada la función de la Misa y posesión de la casa, sería como á las tres ó cuatro horas, me revolvió el demonio una batalla espiritual como ahora diré. Púsome delante, si había sido mal hecho lo que había hecho; si iba contra obediencia en haberlo procurado, sin que me lo mandase el Provincial; y si habían de tener contento las que aquí estaban con tanta estrechura; si les faltaria de comer; si había sido disparate; que quién me metia en esto, pues yo tenía monasterio. Todo lo que el Señor me había mandado, y los muchos pareceres y oraciones que en más de dos años casi no cesaron, todo tan quitado de mi memoria, como si nunca hubiera sido; sólo de mi parecer me acordaba, y todas las virtudes y la fe estaban en mí entonces suspendidas, sin tener yo fuerza para que ninguna obrase ni me defendiese de tantos golpes. También me ponía el demonio, que como me queria encerrar en casa tan estrecha y con tantas enfermedades, que como había de sufrir tanta penitencia y dejar casa tan grande y deleitosa, y tantas amigas, que las de acá quizá no serian de mi gusto, que me obligaba á mucho, que quizá me desesperaria, y quizá el demonio había pretendido con esto quitarme la paz, para que no pudiera tener oracion y perder mi alma. No era en mi mano pensar en otra cosa, y esto con una afliccion y oscuridad en el alma, que yo no lo sé encarecer. De que me ví así, me fuí á ver el Santísimo Sacramento, aunque encomendarme á él no podía, porque estaba como en la agonía de la muerte. Tratarlo con nadie no había de osar, porque áun confesor no tenía entonces señalado.»

¡Qué estado este de Teresa! ¡Qué transformacion tan repentina y tan amarga! ¿Hay alguno que haya pasado tan de repente de lo más alto de la felicidad á lo más abatido del dolor? Dios queria presentarnos á Teresa como á otro Job para consuelo de todos los afligidos. Queria Dios dejarla por un instante, para que se conociera más cuál es la miseria del varon más esfor-

(1) Vid., cap. xxxvi, n.º 4.

zado, en separando Dios un momento su mano y su favor, y por esto resaltará más la fuerza de la gracia que obraba en Teresa, y lo mucho que le debia por sus favores. No, no llegan á tal estado los más miserables afligidos, cuyos alaridos se oyen en todo el mundo. Oigamos la reflexion de santa Teresa en este suceso, y el fin de esta tribulacion que sufre en lo más profundo de su alma, y apliquémosla á nuestras necesidades.

«¡Oh váleme Dios! continúa, ¡y qué vida ésta tan miserable! No hay contento seguro, ni cosa sin mudanza. Habia tan poquito que no trocara mi contento con ninguno de la tierra, y la misma causa dél me atormentaba ahora de tal suerte que no sabia qué hacer de mí. O si mirásemos con advertencia las cosas de nuestra vida, cada uno veria en lo poco que se ha de tener contento ni descontento de ella. Es cierto que fué uno de los más récios ratos que he padecido en mi vida; adivinaba el espíritu lo mucho que estaba por pasar, aunque no llegó á tanto como esto, si durara. Mas no dejó padecer el Señor á su pobre sierva, como siempre lo hizo, y ansí fué en esta, que me dió un poco de luz para ver que era demonio, y para que pudiese entender la verdad, y que todo era querer espantarme con mentiras. Ansí comencé á acordarme de mis grandes determinaciones de servir al Señor, y deseos de padecer por El, que si tenia trabajos, eso era merecer, si descontento, como lo tomase por Dios, me serviria de purgatorio, ¿que de qué temia? Que pues deseaba trabajos, buenos eran éstos, y en la contradiccion estaba la ganancia, ¿y por qué me habia de faltar ánimo para servir á quien tanto debia? Prometí delante del Santísimo Sacramento de hacer todo lo que pudiese, para tener licencia de venirme á esta casa, y luego prometer clausura, en estando ya segura. Hecho esto, en un instante huyó el demonio, y me dejó sosegada y contenta. Quedé bien cansada de esta contienda, y riéndome del demonio, que ví claro ser él. Nunca supe qué cosa era descontento de ser monja ni un momento en veinte y ocho años y más que lo soy. Creo lo permitió el Señor para que entendiera la gran merced que me hacia, y

del tormento de que me libraba, y tambien para que si alguna viesse lo estaba, no me espantase y me apiadase de ella y la consolara. Quedé con un contento tan grandísimo, que pienso algunas veces, ¿qué pudiera escoger en la tierra que fuera más sabroso? No sé si este contento es parte para tener mucha más salud que nunca, ó querer el Señor, por ser menester y razon, que haga lo que todas, darme este consuelo que pueda hacerlo, aunque con trabajo, pero de poderlo hacer se espantan los que saben mis enfermedades. Sea Dios bendito, que todo lo da, y en cuyo poder se puede.»

FRUTO. — En la tentacion y aficciones de la vida, acudir á la fuente de toda paz y consuelo que es Dios.

MÁXIMA. — En esta vida no hay contento seguro ni cosa sin mudanza.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXXXVIII.

DIA 17 DE MAYO.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Mandan á Teresa dejar sus Novicias y volverse á su Convento de la Encarnacion, y cargos que le hacen. Con sus respuestas nos enseña á vencerlo todo con la verdad y virtud.

Si la vida humana es una batalla continúa, no hay que esperar descanse Teresa un dia, pues aún no habia salido de esta contienda del demonio, que ya entra en otra casi peor de los hombres. «En el mismo dia, pasado esto, dice, queriendo despues de comer descansar

un poco, porque en toda la noche habia sosegado, ni en otras, y todos los dias bien cansada, como se habia sabido en mi monasterio y en la ciudad lo que estaba hecho, habia en él mucho alboroto por las causas dichas, que parecia llevaban algun color. Luego la Prelada me envió á mandar que á la hora me fuese allá. Yo en oyendo su mandamiento, dejé mis monjas harto penadas, y vóime luego. Bien ví que se me habian de ofrecer hartos trabajos, mas como ya quedaba hecho, muy poco se me daba. Hice oracion, suplicando al Señor me favoreciese, y á mi Padre san José, que me trajese á su casa, y ofrecíle lo que habia de pasar, y con esto me fuí, con tener creido, luego me habian de echar en la cárcel, mas á mi parecer me diera mucho contento, por no hablar á nadie, y descansar un poco en soledad, de lo que estaba bien necesitada, y molida de andar tanto con gente. Como llegué y dí mi descuento á la Prelada, aplacóse algo y todas enviaron al Provincial, y quedóse la causa para delante dél. Venido, fuí á juicio con harto gran contento de ver que padecia algo por el Señor, porque contra Su Majestad y la Orden no hallaba haber ofendido nada en este caso, antes procuraba aumentarla con todas mis fuerzas, y muriera de buena gana por ello. Acordéme del juicio de Cristo, y ví cuán no nada era aquel. Hice mi culpa como muy culpada, y así lo parecia á quien no sabia todas las causas. Despues de haberme hecho una grande reprehension, aunque no con tanto rigor como merecia, y lo que muchos decian al Provincial, yo no quisiera disculparme, porque iba determinada á ello, antes pedí me perdonase y castigase, y no estuviese desabrido conmigo. En algo veia me condenaban sin culpa, porque decian lo habia hecho, porque me tuviesen en algo y por ser nombrada y otras cosas; mas en otras entendí decian verdad, en que yo era más ruin que otras, que escandalizaba al pueblo, y levantaba cosas nuevas: pero nada me causaba pena, aunque yo mostraba tenerla, porque no parecia tenia en poco lo que me decian. En fin, el Provincial me mandó delante de las monjas dar mi descuento, y hube de hacerlo de manera, que no halló el

Provincial ni las monjas que allí estaban, por qué me condenar, y despues á solas le hablé más claro, y quedó muy satisfecho, y prometióme que en sosegándose la ciudad, de darme licencia, que me fuese á él, porque el alboroto de la ciudad era tan grande, como diré.»

Mil veces debíamos leer esta leccion, porque hay más documentos que en libros enteros, y más instrucciones de las que yo puedo insinuar, pero Dios las inspirará á cada uno segun su necesidad. ¿Quién de nosotros no creyera ser imposible sufrir de una vez tal atropellamiento de accidentes y trabajos? Con todo, fijemos los ojos en santa Teresa de Jesús. De tan gran multitud de trabajos como se reunieron contra la Santa, sólo parece sintió el anterior, cuando se le ocultó el Señor, y la dejó en la oscuridad de su alma: todos los demás son nada para su espíritu, y se deleita y recrea en ellos como en un jardin de flores. Sólo el justo es capaz de esta serenidad de Teresa, de esta prudencia, sabiduría, dulzura y fuerza irresistible, como quien no hace nada. ¿Y quién á su vista no deseará ser justo para gozar de igual consuelo en los reveses de este mundo y en sus ingratitudes? Bien cansada estaba Teresa de las noches pasadas y de los trabajos del dia; iba á descansar despues de haber comido muy poco, mas al oir la voz de la Prelada, desaparece todo el cansancio; todo lo deja: su quietud y sus queridas hijas recién nacidas ó salidas de su seno. ¡Qué sacrificio! Sabe que va á penar y á la cárcel, ¿pero acaso pudiera ir más gustosa á la mayor diversion? Los trabajos la alegran y desea ir á la cárcel, como lugar de paz y quietud. Bien dijo el Espíritu Santo: *No contristaré al justo cosa alguna que le suceda, por adversa que sea.* Las monjas, la Prelada y el Provincial amontonan los cargos, y ella los oye, como si no le tocaran. Su humildad bien serena distingue lo falso de lo verdadero. Sabe que no la movió más que la gloria de Dios, y obedecer sus mandatos. Nada importa que los hombres piensen al revés, porque Dios juzga segun la verdad. La tienen por ruin y que no ha cumplido su profesion; mas esto no lo mira como injuria, porque sabe que todos faltamos, y se tiene por la peor.

Ocultas su serenidad, porque la vista débil del hombre podía mirarla como insulto al superior. ¡Qué prudencia! Esta sí que es mayor y mejor que la de los Estóicos y Filósofos. Da razón de sí cuando se la pide el Prelado, pero con sencillez y brevedad volviendo á callar. Ya no hallan en qué condenarla. Tal es la fuerza de la verdad y de la virtud, dejando para cuando esté á solas con el Prelado lo demás que el público no podía entender. ¡Dios mio! Dadnos esta sublime ciencia de los Santos, que sólo se aprende en la sólida virtud: sigamos esta que vale más que todos los tesoros, fuerza y proteccion del mundo, y no se aprende en sus escuelas.

FRUTO. — A imitacion de Jesús y su Teresa, no excusarnos cuando amontonen cargos contra nosotros y considerar como una gloria el poder sufrir algo por Dios.

MÁXIMA. — Si tenia trabajos, eso era merecer; si descontento, como lo tomase por Dios, me serviria de purgatorio.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXXXIX.

DIA 18 DE MAYO.

ORACION. — ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

El pueblo de Avila tiene dos juntas generales para destruir el Convento nuevo de las Descalzas, mas no lo consiguen, y la Santa aún en esto los excusa, diciendo obraron con buena conciencia.

Pasados dos ó tres dias despues de tomada la posesion, y recibidas las cuatro novicias que quedaron solas sin la Santa, cuando la mandaron volver á la Encarnacion, y puesto el Santísimo Sacramento por el Maestro Juan de Avila, clérigo de muy santa vida, co-

mo dice santa Teresa (1), llegó el alboroto del pueblo á la mayor fuerza, y más viendo fuera la Santa, y las novicias solas. El Gobernador fué á éstas, diciendo que si no salian á sus casas, las echaria fuera á fuerza, y mandó se consumiera el Santísimo Sacramento. Las novicias respondieron que saldrian al punto que el Obispo su Prelado se lo mandara, que por lo demás mirase lo que hacia, pues no faltaria un juez contra él en la tierra, que seria el Rey, y otro en el cielo, que seria Dios. Con esto el Gobernador más enfurecido juntó los regidores y el Cabildo, y todos dijeron no se habia de consentir la fundacion: lo primero, por ser cosa nueva, y por lo mismo sospechosa: lo segundo, porque la Fundadora era una ilusa y visionaria, y esto lo hacia más peligroso: lo tercero, porque la ciudad de Avila tenia bastantes conventos: lo cuarto, que seria muy gravoso al público, porque no tenia renta: lo quinto, que se habia fundado sin licencia de la ciudad ni del Gobernador. Se habian juntado tambien dos letrados por cada una de las Religiones, pero entre tantos sólo uno habló en su defensa: todos los demás callaron, y aprobaron el que se deshiciese. Aunque la Santa no nombra este defensor, sino diciendo que era un Domingo muy letrado, se sabe que lo fué Fr. Domingo Bañez, que sólo repugnaba en dicha fundacion, que fuera sin renta. Este, pues, dijo á lo primero, que todas las Religiones eran nuevas al principio, y tambien el Evangelio, y así que esta no era razon, y menos siendo la cosa en más gloria de Dios: á lo segundo, que era una injusticia tratar de ilusa y visionaria una persona sin solidísimas pruebas, y que no eran jueces sobre este punto, ni esto lo dictaba la caridad ni la razon: á lo tercero, que era una gran ceguedad mirar como dañoso al pueblo un convento de trece pobres mujeres, y más cuando la misma ciudad permitia de mal vivir cuantas querian entrar: en fin, añadió que el convento estaba hecho con autoridad del Obispo, y con la del Papa, y que si querian saber más, debian primero acudir al señor Obis-

(1) Vid., cap. xxxvi, n.º 7 y 40.

po, que les daria razon, y no molestar á quatro novicias pobres, ni pensar en quitar el Santísimo Sacramento. En el original de la Santa se halla á la márgen, de letra del P. Bañez, esta nota: *Yo di este parecer.* Aunque con esto se aplacó algo, no desistió el Gobernador, y volvió luego á formar otra junta, que la Santa llama grande por ser más numerosa, aunque excluyeron sin duda á Fr. Domingo Bañez, y en ésta sólo un clérigo, que fué el Maestro Juan de Avila, estaba de parte del convento, y con esto se hizo pleito ordinario, y se acudió al Rey. «Como de la ciudad fueron á la Corte, tuvieron que ir de parte del monasterio, y no habia dineros, ni yo sabia qué hacer, pero Dios lo proveyó de modo, que el Padre Provincial nunca me mandó dejase de entender en ello, y el clérigo Avila fué á la Corte por parte de las Monjas. Estas siervas de Dios (las novicias) estaban solas, y hacian más con sus oraciones que con quanto yo negociaba. Era tanto el alboroto del pueblo, que no se hablaba en otra cosa, y todos condenarme, é ir al Provincial y á mi monasterio. Yo ninguna pena tenia de quanto decian de mí, más que si no lo dijesen, sino temor, si se habia de deshacer. Esto me daba gran pena, y ver que perdian crédito las personas que me ayudaban, y el mucho trabajo que pasaban, que de lo que decian de mí, ántes me holgaba, y si tuviera alguna fe, ninguna alteracion tuviera, sino que faltar algo en alguna virtud, basta á adormecerlas todas, y así estuve muy penada los dos dias que hubo estas juntas. Espantábame yo de lo que ponía el demonio contra unas mujercitas, y como les parecia á todos gran daño para el lugar solas doce mujeres y la Priora, y de vida tan estrecha, que ya que fuera daño ó yerro es para sí mesmas; más daño al lugar no parece llevaba camino, y ellos hallaban tantos, *que con buena conciencia lo contradecian.*»

Bastaba esta reflexion de la Santa para meditar mucho rato, pero añadamos lo primero el ejemplo que nos da en no condenar al prójimo, aún quando todas las razones lo condenan. Parece muy condenable el mundo en la oposicion que muestra á un convento nuevo, y al

comun de las Religiones , pero digamos con la Santa : «Aunque no lleva camino esta oposicion , ellos hallan tantas razones , que con buena conciencia lo contradicen , y en efecto es así , porque dicen nos quieren más reformados. Que este sea su fin verdadero ó no , no nos toca juzgarlo , sino á Dios. Cuidemos de reformar nuestro corazon , pues á este fin dirige Dios las quejas del mundo contra los Religiosos. Si el mundo pasa por alto sus excesos propios , si no repara en su lujo inútil , en su corrupcion , y en mantener ociosos y viciosos , nada nos toca á nosotros , sí sólo el cuidar de no dar causa para que nos desprecien ó persigan , y si nos persiguen sin causa , sepamos que son bienaventurados los que padecen persecucion injustamente. Jamás volvamos mal por mal , jamás paguemos con dicterios las injurias. Imitemos á santa Teresa , que en lance tan duro como éste sólo se ocupa en excusar á los que la perseguian , y su consuelo estaba en la oracion.

FRUTO. — Perdonar de todo corazon las injurias y áun hablar bien de los que nos las hacen.

MÁXIMA. — ¡Oh pues no se nos haga ya que hacemos nada en sufrir injurias! sino que de muy buena gana pasemos por todo y amemos á quien nos las hace , pues este gran Dios no nos ha dejado de amar á nosotros aunque le hemos mucho ofendido.

JACULATORIA. — Guardadnos , oh María , como la niña de vuestros ojos , y bajo la sombra de vuestras alas protegadnos.

LECCION CXL.

DIA 19 DE MAYO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Cesa la contradicción con el pacto de que el Convento se funde con renta; conoce la Santa que es maraña del demonio, y se resiste, advirtiéndonos con esto cuán astuto es Satanás para engañarnos.

No se acabaron las oposiciones, aunque se templaron algo. «Ya vinieron, dice la Santa, á decir que como tuviese renta, pasarían por ello y que fuese adelante...» Quizá sería esta resolución en la tercera junta del Gobernador, mas no estuvo en ella ni Bañez ni Juan de Avila, pero sí otro clérigo por parte del Obispo, llamado Gaspar Daza, que se opuso, aunque nada pudo conseguir, sino que se ventilase la causa delante del Gobernador y Consejo de Castilla. Estando, pues, bien fatigada la Santa, dice, «me dijo el Señor: ¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué temes? Y me aseguró que no se desharia el convento.» Enviaron al Consejo Real con su información, vino provision para que se diese relación de como se habia hecho, y luego desaprobó lo practicado por el Gobernador de Avila, y entónces quiso que fuera con renta para salir en algo con su idea. Aunque, como dice la Santa, nada le prohibió el Provincial, la Priora, sin embargo, la mandó que no tratase sobre el asunto, «y como esto era dejarlo todo, dice, yo me fui á Dios, y díjele: Señor, esta casa no es mia, por Vos se ha hecho, ahora que no hay nadie que negocie, hágalo vuestra Majestad. Y con esto quedé segura. Mas como insistían que tuviese renta, yo estaba ya tan cansada del trabajo de los que me ayudaban, que me parecia no fuera malo tomar la renta y dejarla despues: y como ruin me parecia, que por ventura lo queria el

Señor, pues sin ella no podíamos salir, y venia ya en este concierto. Estando la noche ántes en oracion, díjome el Señor que no hiciese tal, que si comenzábamos á tener renta, no nos dejarían despues que la dejásemos, y otras algunas cosas. La mesma noche me apareció el santo Fr. Pedro Alcántara, que era ya muerto, que ántes de morir me habia escrito se alegraba fuese con tan gran contradiccion y persecucion, que era señal se habia de servir el Señor muy mucho en este monasterio, pues el demonio ponía tanto en que no se hiciese, y que en ninguna manera viniese en tener renta. Esta vez que me apareció, me mostró rigor, y sólo me dijo, que en ninguna manera tomase renta, y que, ¿por qué no queria tomar su consejo? y luego desapareció. Yo quedé espantada, y luego otro dia dije al caballero (que llama santo, D. Francisco Salcedo) y era á quien en todo acudia, como el que más en ello hacia, lo que pasaba, y que no se concertase en ninguna manera tener renta, sino que fuese adelante el pleito. El estaba en esto mucho más fuerte que yo, y holgóse mucho; despues me dijo cuán de mala gana hablaba en el concierto para tener renta. Despues se tornó á levantar otra persona sierva de Dios, y con buen celo, cuando la cosa estaba en buenos términos, diciendo se pusiera en manos de letrados, con lo que tuve hartos desasosiegos, porque algunos de los que me ayudaban, venian en la consulta, y fué esta *maraña* que hizo el demonio, *de la más mala digestion de todas*. Se pasó mucho en estos dos años que estuvo comenzada la casa. Por fin, se aplacó algo la ciudad: llegó entonces el segundo Breve para fundar sin renta. El P. Dominico Ibañez vino á un tiempo, que nos hizo mucho bien, dice la Santa, y pareció haberlo traido Su Majestad para solo este fin, pues me dijo despues que no habia tenido para qué venir, sino que acaso lo habia sabido. Estuvo lo que fué menester; tornado á ir, procuró por algunas vias, que nos diese licencia el Padre Provincial para venir yo á esta casa con otras algunas conmigo, que parecia casi imposible darla tan en breve, para hacer el oficio, y enseñar las novicias que estaban.»

Tales contrastes y marañas del demonio, como vemos aquí notadas por santa Teresa, para impedir la fundación de una casa, donde se había de servir á Dios, nos deben hacer temblar en todas nuestras obras, para no perder jamás á Dios de nuestra vista. Nosotros apenas notamos los artificios de Satanás para desviarnos del camino de la salud, sino las tentaciones claras y manifiestas, con que nos acomete. Pero sin duda hay más que temer un enemigo oculto, que á otro manifiesto. La misma fealdad de las tentaciones nos dan armas para vencer. No sucede lo mismo cuando se nos proponen disimuladas, con aparentes razones de conveniencia. ¿Quién dijera que era tentación el proponer á la Santa, que admitiese renta, y más con la razón que á ésta la inclinaba, de que despues la dejaria? ¿Quién pensara que la consulta en este caso con letrados no era un gran medio para el acierto? Y con todo, dice que fué la *maraña de peor digestion que inventó el demonio*; mas si se reflexiona que ya san Pedro Alcántara la había dicho, que en la renta estaba la confusión, y que ya se había consultado y aprobado el fundar sin renta, y que era conforme á la regla primitiva, ¿qué había más que hacer, ni qué más consultar? Y esto aún dejando á un lado las revelaciones que tuvo la Santa. Velemos, pues, continuamente, porque nuestro adversario no duerme, y como leon no cesa de buscar medios para sorprendernos. Peleamos, no con enemigos de carne, sino con los príncipes de las tinieblas. Pues, ¿y quién nos librárá en este camino lleno de escollos y precipicios? La gracia de Dios, que no se niega á quien la pide de veras; mas si nos dormimos, si entramos voluntariamente en los peligros, si nos asomamos al precipicio, nuestra será la culpa, no de Dios, que nos alargó la mano como á san Pedro, si con él decimos: *Sálvame, Señor, que perezco*.

FRUTO. — Procurar vencer las astucias y tentaciones del demonio con las armas de la oración, humildad y obediencia.

MÁXIMA. — Es Dios tan fiel, que no permitirá (al demonio) darle tanta mano con alma que no pretende otra cosa sino

agradar á Su Majestad y poner su vida por su honra y gloria, sino que luego ordenará como sea desengañada.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXLI.

DIA 20 DE MAYO.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Vuelve la Santa á su Convento reformado de San José, llevándose algunas Monjas de la Encarnacion, y con este triunfo nos enseña á pelear y sufrir con valor y esperanza de vencer al mundo.

Aunque el P. Pedro Ibañez, Dominicó, templó y consiguió licencia del Provincial para que Teresa se fuera á su convento y se descalzara, le costó mucho, porque aunque el Provincial Fr. Angel Salazar estimaba y conocía la virtud de la Santa, no se atrevia á declararse á su favor abiertamente. Pero un dia estando la Santa con él, le dijo: *Padre, mire que resistimos al Espiritu Santo*, como lo depone él mismo en el proceso de su beatificacion: fué tal el efecto de estas palabras, que no sólo la dió la licencia para volverse al convento fundado de San José á cuidar de las novicias, sino tambien para llevar de la Encarnacion algunas Monjas, y en efecto se fué con cuatro, Ana de San Juan, Ana de los Angeles, María Isabel, é Isabel de San Pablo, parienta suya, que se llamaba D.^a Isabel de la Peña, que aún era novicia. No llevó consigo más que una esterilla de paja, un silicio, disciplinas, y un hábito viejo y remendado. Esto fué á últimos de Diciembre de 1562, segun congetura nuestra Historia, y por lo que se dice

en el prólogo de sus Fundaciones, aunque puede dudarse si habia entrado el año 1563, reputándose ya del convento de San José desde el principio, y por esto quizá dice la Santa, que el P. García de Toledo la mandó añadir en su Vida el capítulo treinta y seis, y los restantes el año 62 estando en San José. Antes de entrar en su convento reformado, hizo oracion en la iglesia, «y estando, dice (1), casi en arrobamiento, ví á Cristo, que con grande amor me recibia y ponía una corona, agradeciéndome lo que habia hecho por su madre. Otra vez, estando en el coro con todas, ví á Nuestra Señora con manto blanco, amparándonos á todas; entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor á las de esta casa. Comenzó á ser mucha la devocion que el pueblo tomó á esta casa, moviendo á los que más nos habian perseguido, para que nos favoreciesen ó hiciesen limosnas, y así aprobaban lo que tanto habian reprobado, y poco á poco se dejaron del pleito, y decían que ya entendían ser obra de Dios, pues con tal contradiccion Su Majestad quiso fuese adelante, y así tienen tanta cuenta de nosotras, que sin haber demanda, ni pedir á nadie, los despierta el Señor para que nos la envíen, y pasamos sin que nos falte lo necesario.»

Mas antes de terminar esto, conviene notar la vision que tuvo en casa de su amiga D.^a Luisa en Toledo, poco ántes de venir á la fundacion, en que vió en espíritu todos los trabajos que habia de pasar hasta conseguirla. «Víme (2), dice, estando en oracion, en un gran campo de batalla á solas: en derredor de mí mucha gente, de diferentes maneras, que me tenían rodeada. Todas tenían armas en las manos para ofenderme, otras espadas, otras dagas, y otras estoques muy largos: en fin, yo no podía salir por ninguna parte, sin ponerme á peligro de muerte, y sola sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta afliccion, que no sabia qué me hacer, alcé los ojos al cielo, y ví á Cristo que tendía la mano hácia mí, y desde allí

(1) Vid., cap. xxxvi, n.º 43.

(2) Vid., cap. xxxix, n.º 42.

me favorecia , de manera que yo no temia toda la otra gente , ni ellos , aunque querian , me podrán hacer daño. Parece sin fruto esta vision , y hame hecho grandísimo provecho , porque se me dió á entender lo que significaba , y poco despues me ví casi en aquella batería , y conocí ser aquella vision un retrato del mundo , que cuanto hay en él parece que tiene armas para ofender á la triste alma. De todo me ví despues tan apretada , pensando ellos que hacian bien , que yo no sabia cómo me defender ni qué hacer.»

No creo que el lector dude de haberse cumplido esta vision en los trabajos de esta fundacion , de la que dice (1): «Aún va muy corta para los grandes trabajos y maravillas que el Señor ha obrado , que hay de ellos muchos testigos que lo podrán jurar , y así pido por amor de Dios , que lo que toca á esto , lo guarde usted , y muerta yo , lo dé á las hermanas que aquí hubiere , que las animará mucho para servir á Dios las que vinieren ; y á procurar no caiga lo comenzado , cuando vean lo mucho que puso Su Majestad en hacerlo por medio de cosa tan ruin y baja como yo...» Muy rodeada se vió Teresa de trabajos , sola y sin favor , pero Dios desde el cielo la favorece , la libra de los enemigos , la da una corona y la premia , consumando esta obra tan grande. Tal es el fruto de los trabajos , si los sufrimos con paciencia y constancia como Teresa. Aun aquí premia el Señor , ¿qué será en el cielo? Un momento de penas , que no es más la vida , nos produce , dice el Apóstol , un eterno tesoro de gloria , y aquí lo vemos realizado en Teresa. Digamos , pues , con ésta y con el Apóstol : *¿Quién será capaz de apartarme de Jesucristo? ni la persecucion , ni la espada , ni la muerte.* Todo es basura en cotejo de Jesucristo , cuya posesion esperamos. ¿Qué se me da á mí padecer desaires , desgracias , reveses de fortuna y persecuciones en este mundo y vida que pasa y no dura? Yo sé por Teresa que el mundo es un campo de batalla , en que todos pelean contra mí , y que no hay más defensa que la que nos

(1) Ibid. n.º 15.

viene del cielo, de donde el Señor nos alarga la mano, y enseña la corona que nos tiene prevenida. Suframos, pues, con valor cuanto permita el Señor que suceda contra nosotros, porque nadie se corona si no pelea ántes valerosamente. A buen Dios servimos que paga con usura, aunque no hagamos más que dar un vaso de agua en su nombre.

FRUTO. — Afrontar con constancia y paciencia los trabajos que Dios nos envía, fijando nuestra vista en el eterno tesoro de gloria que por ellos se nos espera.

MÁXIMA. — Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron con Cristo nuestro Señor fueron los de mayores trabajos.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXLII.

DIA 21 DE MAYO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Se hace santa Teresa súbdita en su Convento siendo Madre, y en la pintura que hace de la virtud de sus hijas nos arrastra á su práctica y al aborrecimiento del mundo.

Ya vemos á santa Teresa en su deseado convento de San José de Avila, como en posesion y goce de su mayor gloria entre sus hijas. Ya vimos como la Virgen la cubrió con su manto, y á todas las Monjas de aquella casa, ofreciéndolas gran premio por su resolucion. Comienza, pues, desde el primer dia á repartir los oficios y poner la casa en órden. Nombra por Priora á Ana de

San Juan, y Sub-priora á Ana de los Angeles, que vinieron con ella de la Encarnacion, y ella se queda súbdita, aunque es Madre de todas, pues quiere enseñar más con obras que con palabras. Pero el señor Obispo, y áun el Provincial Fr. Angel de Salazar, que conocian la necesidad que habia de que Teresa fuera cabeza de aquellas almas, que tanto la habian costado, y más viendo con cuanta repugnancia entraba la Priora señalada en el oficio, hicieron que la Santa tomara el oficio de Priora, como era justo. Todas corrian á la más alta perfeccion, como lo insinúa la Santa por estas palabras (1). «Es para mí, dice, grandísimo consuelo, verme aquí metida con almas tan puras y desasidas: su trato es entender como irán adelante en el servicio de Dios: la soledad es su consuelo, y pensar de ver á nadie, que no sea para ayudarlas á encender más en el amor de su Esposo, les es trabajo, aunque sean muy deudos, y así no viene nadie á esta casa, sino quien trata de esto, porque ni las contenta, ni los contentan; no es su lenguaje otro que hablar de Dios, y así no entienden ni las entiende, sino quien habla el mismo. Guardamos la Regla de nuestra Señora del Cármen, dada por Alberto, Patriarca de Jerusalem, y cumplida ésta sin relajacion, como la confirmó el Papa Inocencio IV, año 1248: me parece serán bien empleados todos los trabajos que se han pasado. Ahora, aunque tiene algun rigor, porque no se come jamás carne sin necesidad, y ayuno de ocho meses, y otras cosas, como se ve en la misma primera Regla, en muchas aún se les hace poco á las hermanas, y guardan otras cosas, que para cumplir ésta con perfeccion, nos han parecido necesarias, y espero en el Señor ha de ir muy adelante lo comenzado, como Su Majestad me lo ha dicho. Y pues el Señor tan particularmente se ha querido mostrar en favorecer, para que se hiciese esta casa, hará mucho mal, y será muy castigada de Dios la que comenzare á relajar la perfeccion, que aquí el Señor ha comenzado y favorecido, para que se lleve con tanta suavidad, que se ve

(1) Vid., cap. xxxvi, n.º 4.

muy bien es muy tolerable, y se puede llevar con descanso, y el gran aparejo que hay para vivir siempre en él, las que á solas quieren gozar de su Esposo Cristo. Y siempre crean más á quien con trabajos muchos y oracion de muchas personas procura lo que seria mejor: y en el gran contento y alegría y poco trabajo que en estos años que há que estamos en esta casa, vemos tener todas, y con mucha más salud que solian, se verá ser esto lo que conviene. Y quien le pareciere áspero, eche la culpa á su falta de espíritu, y no á lo que aquí se guarda, pues personas delicadas y no santas, porque le tienen, con harta suavidad lo pueden llevar, y váyase á otro monasterio, á donde se salvarán conforme á su espíritu.»

No puede leerse esta breve y sencilla relacion que hace la Santa, sin excitar el corazon en alabanzas de Dios, de Teresa y de toda virtud. A Dios se debe alabar por las maravillas y medios de que se sirvió para la Reforma, tan fuera de lo que podian idear los sabios. A la Santa por su humildad tan de corazon y de obra, y más por la dulzura de sus palabras. A la virtud, porque en las obras y palabras de Teresa se presenta amabilísima, y que arrastra y fuerza suavemente los corazones. ; Qué diferente es el mundo ! Cuanto más se conoce, más horrible nos parece, más artificioso, más débil y más falaz. Sólo le ama el que no le conoce : pero la virtud ¿ qué amable ? Por el contrario ; el que no la conoce, no la estima, pero cuanto más se practica y manosea, tanto más dulce, suave, ligera, sencilla, útil y amable se presenta ; por manera que cautiva y embelesa áun al pecador y malo, si reflexiona un momento y contempla esta hija del cielo. Miremos, pues, por dentro el mundo y la virtud, que nada más se necesita para aborrecer el oropel del vaso de Babilonia, reconocer su veneno, y huir de él como de sierpe encantadora ; y por el contrario amar y seguir la virtud, que nos presenta objetos tan dulces y amables en santa Teresa y en sus hijas, más alegres en su pobreza que los reyes en sus tronos.

FRUTO. — No desear cargos importantes ni puestos honoríficos.

MÁXIMA. — Mirad... que por libraros de un favor que os puede dar el mundo con un dicho os cargais de mil cuidados y obligaciones.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXLIII.

DIA 22 DE MAYO.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Continúa santa Teresa en pintar las virtudes de sus hijas, cuyos ejemplos son tales, que se ve la mano de Dios más clara que viendo muchos milagros, para convertirnos y desengañarnos del mundo.

«En este tiempo de la fundacion del convento de Avila, dice la Santa (1), entraron algunas doncellas Religiosas de poca edad, á quien el mundo, segun parecia, tenia ya para sí, segun las muestras de sus galas y curiosidad, sacándolas el Señor bien apresuradamente de aquellas vanidades, las trajo á su casa, dotándolas de tanta perfeccion, que era harta confusion mia. Su Majestad nos enviaba allí lo necesario sin pedirlo, y cuando nos faltaba, que fué harto pocas veces, era mayor su regocijo: alababa yo á nuestro Señor de ver tantas virtudes encumbradas, en especial el descuido que tenian de todo lo demás, sino de servirle. Yo, que estaba allí por mayor, nunca me acuerdo haber ocupado el pensamiento en ello; tenia muy creído

(1) Fund., cap. 1.

que no habia de faltar el Señor á las que no traian otro cuidado sino en como contentarle. Y si alguna vez no habia para todas, diciendo yo que fuera para las más necesitadas, cada una le parecia no ser ella, y así se quedaba hasta que Dios enviaba para todas. En la virtud de la obediencia que estas siervas de Dios me enseñaron, pudiera decir muchas cosas que en ellas ví. Me cupo en refectorio una racion de cohombro muy delgada y podrida; llamé una hermana de las de más entendimiento y talento, y díjela fuera á sembrarla en un huerto: preguntó si lo habia de poner alto ó tendido, la dije que tendido, y ella fué, y púsole, sin venirle al pensamiento que era imposible dejar de secarse, sino que el ser por obediencia le cegó el entendimiento y razon natural en servicio de Cristo, para creer era muy acertado. Acacéame encomendar á una seis ó siete oficios contrarios, y callando (sin replicar) tomarlos, pareciéndole posible hacerlos todos. Tenia un pozo mal agua y muy honda, que parecia imposible que corriera segun todos, que decian era echar en balde los dineros que en esto se gastaran: yo dije á las hermanas que qué les parecia, y una (fué D.^a María Ocampo, la que ofreció los mil ducados á su tia la Santa para la fundacion, y tomó el hábito allí, año 1563, y se llamó María Bautista) dijo: *Que se procure*; nuestro Señor nos ha de dar quien nos traiga el agua y qué darle de comer, pues más barato le sale á Su Majestad dárnosla en casa, y así no lo dejará de hacer. Mirando yo esta gran fe, túvelo por cierto, y contra el dictámen de todos, fué nuestro Señor servido, que sacamos un caño bastante para nosotras, que es el que ahora tenemos. Seria largo de escribir de estas y otras muchas, aunque no sin provecho, para que se animen á imitarlas. Pues estando esta miserable entre estas almas de ángeles, que tales me parecian, porque ninguna falta ni merced de Dios me encubrian; veia que era grandísimo su desasimiento y deseo de soledad, y así me certificaban que jamás de estar solas se hartaban, y tenían por tormento las viniesen á ver, aunque fuesen hermanos. La que tenia más lugar para estarse en una ermita se tenia por más dichosa.»

Todo esto pareciera una novela de las muchas que corren, si no lo dijera una santa Teresa, que es incapaz de ponderar, ni menos añadir una tilde á la simple relacion de la verdad, y que, como la misma dice, no pone muchas cosas más, porque no es su fin principal elogiar estas hijas primitivas de su corazon. Y supuesto que esto es así, como se dice, ¿quién dejará de conocer aquí el dedo y mano de Dios tan claramente, como si viera con sus ojos resucitar un muerto? ¿El mayor impío podrá desconocer la Omnipotencia divina, viendo aquí en un momento transformaciones admirables? La ciudad, que poco antes estaba alarmada *toda* contra estas pobres mujeres sin amparo, ya confiesa su error y las recibe bajo su cuidado, proveyéndolas de todo sin pedir nada á nadie. ¿Quién mudó estos corazones? ¿Quién dió valor á estas doncellas para dejar el mundo y sus galas de repente y esconderse en un convento que acababan de ver era el objeto de las iras de todo el pueblo? ¿Quién mudó aquellos corazones en un instante, enseñándoles las virtudes más sublimes? ¿Quién las dió fortaleza para emprender una vida tan austera, y esto con tanto gusto y paz interior, que no se trocaran por las más felices del mundo?

No, no tenemos ya que echar menos los milagros, para radicar nuestra fe y acabar de desengañarnos de las falacias del mundo. Nos parece que si viéramos un Angel del cielo, sólo con esto seríamos unos Santos; nuestra fe, esperanza y caridad venceria al mundo, sus halagos y pasiones; pero ¡qué error! Vemos estos ángeles, como los llama santa Teresa, y cuerpos débiles y de carne; vemos tantos prodigios, tantas virtudes; mas en volviendo los ojos á la escena del mundo, nos olvidamos de las maravillas que hizo el Señor con su pueblo, murmuramos y apeteceamos las ollas de Egipto y servidumbre pasada. ¡Qué dolor! Pues creamos, que á quien estas cosas no convierten, aunque viniera un Angel, aunque el Padre Abraham, ó algunos de los muertos nos aparecieran, no nos convertirian. Tenemos el Evangelio y los ejemplos de los Santos, que sacaron estas doncellas del mundo.

FRUTO. — Desear el trato y conversacion de los siervos de Dios y no el de los mundanos.

MÁXIMA. — Terribles son los ardides y mañas del demonio para que las almas no se conozcan ni entiendan sus caminos.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegednos.

LECCION CXLIV.

DIA 23 DE MAYO.

ORACION. — ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Cómo y por qué admitió el Obispo de Avila este Convento de San José bajo su obediencia. El amor que la Santa le manifiesta en sus cartas nos enseña que no hay cosa más amable que la virtud sin ceremonias.

Ya dijimos como la Santa por orden de Dios dió su primer convento al gobierno del señor Obispo, y no de sus Prelados, aunque contra su propio gusto, pues lo dice así: «Mas era preciso hacerlo de este modo: lo primero, porque el provincial, Fr. Angel, no lo quiso recibir bajo su obediencia; lo segundo, porque supuesta la gran contradiccion que vimos, sólo el señor Obispo podia sostenerlo: y lo tercero, porque entonces no habia Carmelitas reformados. Por lo mismo, es preciso dar alguna noticia de este señor Obispo, que fué el árbol á cuya sombra nació la Reforma de santa Teresa. Era, pues, D. Alvaro de Mendoza hijo de los Condes de Rivadabia, muy santo, como lo conocerá el que lea á santa Teresa, de la que se hizo discípulo, aunque era su prelado. Al principio se resistió á admitir las Monjas Descalzas, y mucho más por saber que se fundaban pobres y sin renta. Aunque san Pedro Alcántara le es-

cribió, por estar enfermo, suplicándole admitiera el Convento bajo su direccion, no lo quiso hacer, pero el Santo, así enfermo como estaba, se levantó, y lo fué á buscar fuera de Avila, con lo que le convenció, y lo recibió bajo su proteccion, por cuya causa dice la Santa que el santo Fr. Pedro lo hizo todo, y que parece le guardó el Señor para esto solo, pues murió muy poco despues. Cobró el señor Obispo desde luego tal amor á la Santa y sus hijas, que las hizo muchas limosnas, y en efecto, desde luego las surtia de todo el pan que necesitaban y de todas las medicinas, sin otras muchas cosas que les daba continuamente (1). Santa Teresa, que era naturalmente tan agradecida, lo manifestó en muchas cartas que le escribió, y algunas se conservan, donde le manifiesta un amor sin igual. «Con saber, dice (2), que V. S. está bueno, pasaré yo muy bien muy grandes males. Sus cartas nos son de muy gran consuelo, y así las reciben estas Madres. Todas besan á V. S. las manos, y Teresa los piés. No tienen todos á V. S. el amor como las Descalzas, y tan desnudo, que sólo queremos nos quiera y nos le guarde muchos años.»

Pero lo que más convence la grande amistad y mútua estimacion que hubo entre este señor Obispo y santa Teresa, es la Carta quinta, que llaman del vejámen. Sintió la Santa en su interior que la decian: *Búsca-te en mí*, y pidió á su hermano D. Lorenzo, que era muy santo, la respondiera, explicándole estas palabras. Habiéndolo sabido el señor Obispo, mandó que discurrieran sobre esto san Juan de la Cruz, Francisco Salcedo, llamado el Caballero Santo, y Julian de Avila; y que la Santa, oidos todos y á su hermano, sentenciara. Lo hizo, pues, santa Teresa con tal gracia y espíritu, que se tiene por uno de los escritos más admirables, en el que contesta sobre esto el señor Obispo, sentenciando contra cada uno de los glosadores. «Desde luego, dice la Santa, plega á Dios no diga cosa que me hayan de denunciar, porque no pienso decir

(1) Tom. iv, frag. 85.

(2) Tom. i, cart. 4.

bien de cuanto han escrito. «Luego los va reprobando á todos uno por uno. A Salcedo, porque habiendo hablado casi todo con palabras de san Pablo, dice al fin que son necedades lo que dice, y por esto le manda retratar, ó si no, que lo acusa á la Inquisicion. A su hermano dice le perdona su poca humildad en meterse tan alto, porque al fin le ha divertido con su poesía. El Padre Julian de Avila comenzó bien, dice, y acabó mal, porque se metió en la luz increada y ésta nadie la entiende, pero se le perdona, porque no fué tan largo como (el Santo) Fr. Juan de la Cruz. Y como éste era tan místico y queria anonadarse para hallar á Dios, dice santa Teresa: «Caro costaria si no pudiésemos buscar á Dios sin estar muertos al mundo: no lo estaba la Magdalena, la Cananea, ni la Samaritana. Dios me libre de gente tan espiritual que todo quiere sea perfecto, dé donde diere.» En fin, acaba diciendo al señor Obispo: «No quiero cansarle con más desatinos.»

Venga aquí el más sabio, el más agudo y político de cuantos alaba el mundo: lea esta carta de santa Teresa, y dígame si forzosamente se ve precisado á decir que hay en ella algo más de lo que puede haber en una mujer. Ni más sábía, ni más fina, ni más docta, ni de más bello y dulce amor se puede escribir otra cosa igual. Todo se halla en Teresa: sabiduría, justicia, humildad, prudencia, crítica con agrado y aprobacion de las recreaciones inocentes que son lícitas á gente espiritual, para no hacer insufrible la virtud, sino la cosa más agradable del mundo. El justo no conoce el artificio, ni la lisonja, ni la crítica mordaz, pero sí es muy natural, dulce y obra con desembarazo, pero sin ofender á nadie. Obedece sin melindres y paga los beneficios con lo poco ó mucho que tiene, por manera que se hace más apreciable cuando no tiene otra cosa, con sus expresiones naturales y sencillas, que los mundanos con sus lisonjas, adulaciones y regalos interesados: el justo, en fin, todo lo sazona con la sal de su prudencia y con el corazon que se hace visible con sus palabras sencillas. Teresa, pues, nos enseña cuán noble sea la virtud, y quita de ella el aire sombrío que á

tantos les espanta. Creamos, pues, que si á primera vista nos espanta, no se necesita más que quitarle este vestido oscuro, esta piel dura, esta corteza amarga, y luego la verémos encantadora, hermosa, y en llegando á gustar la dulzura de esta nuez, que tan áspera nos parecia, nos cautivará y llevará tras sí, como los aromas más agradables. Amemos, pues, la virtud, suframos sus principios ásperos, que bien compensados quedarémos con su paz y suavidad.

FRUTO.— Ser agradecidos á los beneficios y amar santamente á aquellos que contribuyen á nuestra mayor perfeccion.

MÁXIMA.— Que mucho hemos de procurar ser afables y agradar y contentar á las personas que tratamos.

JACULATORIA.— Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXLV.

DIA 24 DE MAYO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

El mismo señor Obispo Don Alvaro de Mendoza, que admitió las Monjas en el principio, las dejó despues para gloria de Dios, en lo que vemos hay cosas útiles en un tiempo, y no en otro.

« Dos grandes beneficios hizo el señor Obispo de Avila á la Santa y su Reforma, dice el venerable Juan de Palafox (1). El primero, recibir el primer convento bajo su proteccion y defenderlo de los émulos y persecuciones terribles que se levantaron. El segundo fué, despues de haber defendido la Reforma al nacer, dár-

(1) Tom. 1, cart. 4, notas.

sela á los Padres Descalzos para que gobernarán á las monjas. Y aunque lo primero fué importantísimo para que se pudiera criar, no fué lo segundo menos, para que con espíritu se pudiese propagar, aumentar y asegurar.» «Convino, dice santa Teresa (1), se diese al principio la obediencia al Obispo; mas entonces no lo conocia yo, ni sabia qué prelado seria, y quiso el Señor fuese tan bueno y favoreciese tanto á esta casa, como ha sido menester para la gran contradicción que ha habido en ella, y ponerla en el estado en que está.» Mas si esto convino en el principio por las causas dichas, esto es, por no haber Descalzos, no haberla querido admitir el Provincial, y principalmente, como explica la Santa, *por la contradicción*, á que sólo podía resistir un obispo; concluida esta necesidad, debía volverse á los Prelados Descalzos de la Religión para conservarse su espíritu. Esto es tan claro para quien no quiera cerrar los ojos y oídos, que basta notar el deseo que la Santa siempre tuvo de dar la obediencia á la Orden: por esto, ni aún quiso descalzarse ó mudar el hábito, primero que las novicias, hasta que volvió á San José con licencia de su Provincial, y aún despues de la revelacion y Breve de Roma se la ofreció al Padre Provincial Salazar, que no la quiso admitir, y cuando habla de la revelacion para sujetarse al Ordinario, dice las causas relativas (como ya vimos) á la necesidad de protector: pero cuando vuelve á dar la obediencia á los Prelados, lo hace con absoluta revelacion y aprobacion de Dios. Oigamos sus palabras (2): «Fundóse esta casa año 1562, con ayuda de D.^a Aldonza Guzman y Guimar de Olloa, su hija (á quien venia el Breve). Fué menester hacerse en su nombre, porque no se entendiese que lo hacia la Madre Teresa en su monasterio, y por no le admitir la Orden, se sujetó al Ordinario, que daba siempre pan, botica y otras muchas limosnas. Cuando quiso salir éste de Avila para obispo de Palencia, él mesmo procuró diésemos la

(1) Vid., cap. xxxiii, al fin.

(2) Tom. iv, frag. 85.

obediencia á la Orden, porque le pareció más servicio de Dios, y todas lo quisimos. Está bien hecho.»

Luego, pues, que este señor Obispo dejó el convento, sin perder el afecto, la Santa le escribió (1): «Si V. S. hubiera visto cuán necesaria era la visita de quien sepa las Constituciones por haberlas obrado, creo le diera mucho contento, y viera cuán gran servicio ha hecho á Nuestro Señor (de volver el convento á la Orden), y cuánto bien á esta casa en no le dejar en poder de quien mal supiera entender por donde podía y comenzaba á entrar el demonio, y hasta ahora sin culpa de nadie y con buenas intenciones. Cierto no me haré de dar gracias á Dios, y cuando el Obispo no haga nada por ellas (porque no le están sujetas), no tenga V. S. pena, que se remediará mejor de unos monasterios á otros...» A la Madre María de San José, priora de Sevilla, le dice (2): «Le pido yo que procure el menor trato que ser pueda, fuera de nuestros Descalzos; esto es, para turbar sus almas, no nos veamos en otra como la pasada.» Habla aquí la Santa de la gran turbación que hubo en las monjas de Sevilla, motivada por algunas que se confesaban con sacerdotes de fuera de la Religión, de lo que se tratará más adelante.

Este suceso, que parece sin utilidad moral para los fieles, nos podía dar mucha materia. Desde luego vemos como hay cosas que son útiles en un tiempo y muy dañosas en otro. Es conveniente y propio de la prudencia examinar las cosas con todas sus circunstancias antecedentes y consiguientes. Saul fué elegido por Dios en un tiempo, y en otro reprobado por El mismo. Así jamás debemos juzgar á nadie. ¿Quién dijera que Saulo habia de ser un Apóstol, y vaso de eleccion divina? Sólo Dios, que sabe todas las cosas, es bueno para juez. Unas veces convendrá la oracion, y otras la accion. Los que viven en obediencia no tienen tanto que pensar sobre esto, sino regirse por esta virtud, que es más estimada de Dios que todos los sacrificios hechos por propia voluntad. Lo que sí conviene siempre, es lo que

(1) Tom. 1, cart. 4.

(2) Tom. 1, cart. 64, n.º 3.

dice la Santa: que el que predica, practique lo que enseña; que el confesor sea santo, para que lo sea el penitente; y que si yo digo *ayunen*, ayune yo tambien. El ejemplo personal es quien da fuerza á los mandatos. Se quejan los superiores de la poca obediencia de los inferiores: hagan lo que mandan, y serán obedecidos. Es verdad que el súbdito debe obedecer todo lo bueno, aunque sea malo el que manda, pero unos y otros serán juzgados segun sus obras.

No busquemos excusas para los pecados: la ley de Dios está grabada en todos los corazones, y sólo el que cierra los ojos y resiste á la luz y á la gracia, es quien deja de ver el camino. Miremos que para Dios no hay las excusas que sirven para los hombres, á quienes se les ocultan las intenciones. Para Dios todo está claro y desnudo: su ley será la regla del juicio y no las opiniones de nadie.

FRUTO.—En vuestros cargos ú ocupaciones no mirar nuestra honra ó provecho, sino atender á la mayor gloria de Dios.

MÁXIMA.—Las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza.

JACULATORIA.—Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegednos.

APENDICE III.

Sobre la libertad que permitió la Santa á sus hijas para confesar en el principio: su último dictámen sobre esto, y fuerza del buen ejemplo para practicarlo los inferiores.

En medio de la estrechez que estableció la Santa en su primer monasterio, sujeto al Obispo, concedió á sus hijas libertad para buscar gente letrada y espiritual que las confesara y dirigiera sus almas. Se les dió facultad para que la Priora con el Provincial ó Prelado buscasen algun clérigo, de cuya vida y costumbres hubie-

ra satisfaccion para confesar las Monjas, y que además de éste pudieran admitir otros en varias ocasiones. Esta fué la doctrina de la Santa en su principio; «con todo, dice el Ilmo. Sr. Yepes (1), su confesor, temió la Santa dejaba una puerta abierta para alguna relajacion, y por esto dijo á una Priora: «Muy confusa estoy en esto, «porque aunque cuando lo dispuse habia mucho espíri-
«tu, temo no sirva sino para tratar melancolías, que
«valdria más no las supieran sino los de la Orden:» y por esto, continua el Sr. Yepes, han puesto los Prelados alguna limitacion, conforme á la intencion de la Santa.»

En efecto, no hay que dudar en esto, pues las Monjas Descalzas tienen en el dia más libertad que muchas Comunidades; pues sobre los dos confesores ordinarios y otros dos extraordinarios, y otros muchos de la Religion que se les concede, se señalan otros de fuera de la Orden para los casos que quieran servirse algunas Religiosas: que en substancia es aún más libertad que en tiempo de la Santa. Pero es indispensable insinuar aquí algunas causas de las que movieron á la Santa para mudar de dictámen, que sobre decirlo el señor Obispo de Tarazona, el Sr. Yepes y su confesor, se apoyará con varios casos. Por los años de 1575 hubo muchos disgustos en el convento de monjas de Sevilla por confesores extraños de fuera de la Orden, por manera que dos veces santa Teresa y sus monjas fueron delatadas á la Inquisicion; padecieron mucho, y quitaron del oficio á la Priora María de San José, la hija más querida de la Santa, y á quien la escribió más cartas que á todas las demás monjas juntas; mas como Dios no deja perecer la verdad, al fin se calmó todo; conocida la inocencia de la Priora, se le volvió el oficio y se quitaron los confesores del clero secular. Con este motivo el P. Gracian escribió un docto papel contra el Dr. García Alvarez, que insistia en que la libertad de las monjas sobre elegir confesores fuese absoluta, y de este papel (2) dice la Santa: «Mucho me ha contentado

(1) Vid., lib. II, cap. xxxviii, n.º 5.

(2) Tom. III, cart. 69, 73 y 79.

el papel que escribió (Gracian), para que viese García Alvarez que no hay más que decir, que en lo que en él está. Es bonísimo para cada casa; lo dí á una hermana para trasladarle, mas para Avila parece que el demonio lo ha desaparecido: envíeme otro como él, de buena letra, y no se le olvide.» De esta pretension de Alvarez dice (1): «Espantada me tiene tan gran desatino de querer que el confesor traiga el que quiera. Pienso escribirle á Alvarez, y pedirle que se deje de maestros de espíritu y busque grandes letrados.»

En el año 1576 fueron delatadas la Santa y sus Monjas á la Inquisicion, y en el fin de este año este capellan pretendió que cada confesor llevase á su antopo el confesor que quisiera, y contra esto escribió el P. Gracian. Duró mucho tiempo este empeño del capellan confesor, hasta que la Santa lo hizo saber al Padre Visitador Fr. Pedro Fernandez, dominico, que acompañaba al General, y averiguado todo, mandó á la Priora que despidiese á Alvarez y no le dejase confesar las monjas. Por esto la misma Santa encargó á la Priora de Sevilla cuide mucho y muestre mucho amor á las que motivaron la acusacion al Santo Tribunal (2), pero que no las deje hablar con nadie sino con Tercera, ni confesar sino con Descalzo, el que ella quisiere, pues los ha nombrado el Padre Vicario General, que las confiesen (Descalzos), ni ninguna tampoco... Viendo Ana de San Bartolomé triste á la Santa un dia, y preguntándole la causa, dijo: «Vamos perdidas en abrir la puerta á muchos confesores, y aunque tuve otro parecer, ahora alabo las Franciscas, que aciertan.» Y para confirmar más el verdadero dictámen de la Santa, debemos saber lo primero, que el año 1571 el Arzobispo de Valencia y beato D. Juan de Ribera, pidió á la Santa fuera allí para fundar un convento, pero sujeto á él, y no quiso ir, sin embargo de ser un Prelado tan santo (3). Lo segundo, D.^a Magdalena de Irias deseó fundar un convento de monjas en Arenas, obispado de Toledo,

(1) Tom. II, cart. 48, notas.

(2) Tom. III, cart. 79, n.º 9, nota 20.

(3) Crónica, tom. II, lib. 48, cap. XVIII.

sujeto al Ordinario, pero la Santa la respondió que no admitia de este modo las fundaciones; aunque despues de muerta, el año 1594, se fundó. En Valladolid no quiso encargarse la Santa de un Colegio de educandas por estar sujetas al Obispo (1). En fin, sólo pido, decia al P. Doria, que procure el menor trato (de las monjas) que pueda ser, fuera de nuestros Descalzos. No se les dé mucho les hagan alguna vez falta, no siendo las comuniones tan á menudo, no se les dé nada, que más importa que no nos ver en otra como la pasada. De los frailes si quieren mudar algunas veces, ó alguna monja, no se lo quite.»

Sobre este particular, pues, no quiero hacer reflexion alguna que sea mia, sino únicamente advertir, que todas las cosas piden tiento, y más siendo sobre confesores; ni la mucha libertad, ni la mucha apretura, ni el no querer salir jamás de un confesor, ni andar variando cada dia es bueno. Un Provincial de una de las Religiones que más ayudaron á la Santa en el principio, escribió un papel ó *Anécdotas* relativas á santa Teresa de Jesús, que se conserva entre los muchos de la Biblioteca de los Estudios Reales de Madrid, que yo publicara de buena gana con unas notas muy breves, que hicieran tanto más honor á la Santa, cuanto este papel contemporáneo de Teresa la quiere desacreditar con mentiras claras, con cosas inverosímiles, contradicciones, y en fin, con la mayor inconsecuencia de sus palabras y mandatos, para que no trataran sus individuos con monjas descalzas, ni siguieran su modo de oracion ni el de Teresa; con todo, ni corresponde que yo lo haga, ni hay necesidad en el dia.

Lo que importa, pues, es que los confesores de monjas sean sabios y prudentes, sin tomar partido tenaz de escuela, pues no hay más que la de Jesucristo, y si puede ser, que el confesor no diga: *haced*, sino *hagamos*: esto es, que practique y entienda lo que manda la ley á las monjas, y lo que aconseja el mismo. Á este fin puede servir la respuesta que dió D. Pedro Ayer-

(1) Yepes, Vid., lib. II, cap. xxxv y xxxvi. Crónica, tom. I, capítulo LXI, n.º 3.

be, racionero de Calatayud, al señor Obispo de Tarazona, que lo eligió confesor de las Monjas Carmelitas Descalzas de Maluenda, que le estaban sujetas... «Admiro, dice, que V. S. eche mano de mí. La doctrina para ser eficaz debe ser práctica, pues la voz es aire, dice san Pablo. El mejor de los confesores, Jesucristo, comenzó obrando lo que habia de enseñar: ¿cómo, pues, persuadiré yo á estas santas Religiosas lleven túnica de lana, si yo visto lienzo y delgado? ¿Que sólo tengan un hábito pobre, si yo los tengo ricos y duplicados? ¿Que vayan descalzas, y yo con medias, escarpines, etc.? ¿Que duerman con una manta, cuando en mi cama hay cuatro colchones y sábanas muy delicadas? ¿Que se levanten á media noche, y yo oigo la campana y me vuelvo del otro lado? ¿Que estén firmes en el coro, si yo me salgo por tomar el aire? ¿que tengan mucha oracion, si yo ni casi sé lo que es? ¿que ayunen casi todo el año, si yo, plegue á Dios, lo haga cuando lo manda la Iglesia y con buen chocolate? ¿que lean libros espirituales, si yo no leo más que el Breviario y los naipes? ¿que sufran la áspera condicion de la Priora, si yo no sé sufrir á nadie? ¿que busquen la mortificacion, si yo busco el regalo? ¿que sean pobres, y yo guarde los doblones? ¿que se desprecien y vayan al coro por puro amor de Dios, si yo busco las honras, y voy por interés?... Pues siendo yo contrario en todo á lo que debo enseñar, ¿cómo harán fruto mis palabras? seré como la campana que llama á misa y no va. Por tanto ruego á V. S. se sirva nombrar otro que profese lo que ellas, y pueda decir con Alejandro: *Hagamos*, y no: *Haced*, que lo primero anima, y lo segundo no es más que aire...»

Todo confesor, pues, y todo padre de familias y todo superior deben meditar estas verdades, para mandar más con ejemplos que con palabras.

LECCION CXLVI.

DIA 25 DE MAYO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Forma santa Teresa las leyes para sus Monjas, y son aprobadas, y en el fin que se propone la Santa en ellas nos enseña á preferir la ley de Dios á las leyes del mundo.

Fundado ya el primer convento de la Reforma y pacificadas las oposiciones, y entablada la observancia de la regla primitiva; entra la Santa á disponer y formar por su mano las constituciones, que son como las murallas para guardar el espíritu de la regla. A este fin las escribió por sí, y para que todas se uniformasen en su conducta, las comunicó con su confesor el P. M. Bañez, y por su mano las presentó al obispo D. Alvaro de Mendoza, que era su Prelado, pues habia ya renunciado la regla mitigada. Este las aprobó, y despues Pio IV, año 1565. El Sr. Yepes, obispo de Tarazona, en la Vida de la Santa copia casi todas estas constituciones, que son breves, como de su mano, y excelentes como dictadas por un espíritu tan sublime. «No aprendió, dice (1), estas constituciones de la tierra; doctrina fué sin duda revelada y aprobada y aprendida en el cielo... Todas se las reveló é inspiró el Señor, y deben guardarse como reglas divinas y celestiales. Lo que principalmente quiso plantar en estas leyes, fué lo primero la oracion mental, trato y lenguaje de espíritu: lo segundo, el encerramiento y clausura, que apenas estaba en uso, no sólo en orden á salir fuera, como se permitia en la Encarnacion, sino que duplicó este encerramiento, con la guarda del silencio, de la celda y de huir el trato de

(1) Vid., lib. II, cap. xxxviii.

fuera, y los locutorios : lo tercero, penitencia y aspereza, pues á los muchos ayunos de la regla, que son la mayor parte del año con la abstinencia de carnes, que se permitian en la mitigacion, añadió más ayunos y más rigor en cama, vestido, comida y muebles. Además puso como bases de todo la humildad y caridad, quitando los títulos de señora, y áun los apellidos de familia, y las hizo todas iguales por la caridad, y nombre comun de hermanas, sin más distincion que dar el nombre de Madre á la Priora, pero sin que por esto se librara de hacer los oficios más humildes como todas. Por lo mismo quiso que fueran pocas, pero bien unidas, separadas del mundo, de sus deudos y seglares, ocupándolas en labores mujeriles, mas no en pieza comun de labor, como se hace en muchas partes, sino separadas en sus celdas, para guardar el retiro y silencio que manda la regla, interpolando estos ejercicios de manos con la lectura espiritual, para la que tienen tambien hora determinada. Con todo, para fomentar la caridad mútua con el trato y desahogar algo el espíritu, dispuso sus actos de recreo, en que deben juntarse todas en una pieza comun, y hablar unas con otras, y en este tiempo acostumbran á hilar y hacer cosas de manos, para aprovechar santamente el tiempo. Estableció sus horas determinadas de coro para el Oficio divino, y además dos horas para la oracion mental, encargando mucho que sus hijas rueguen á Dios por la Iglesia, reyes, monarquía, conversion de pecadores é infieles, y por los doctores y misioneros celosos de las almas, y de la conversion de los herejes ; por manera, que se ve claramente como la Santa ardia en amor de Dios, de su gloria, de su culto, y de todos los prójimos, desde los Reyes hasta el indio más idiota. Por esto dirigió todos sus deseos y leyes á desprender á sus hijas de la tierra, y que perseverasen como los primeros cristianos, sin tener cosa propia, reunidas todas como en un corazon, un alma y un espíritu, perseverando en oracion, palabra de Dios y frecuencia de Sacramentos.

Por lo dicho se ve, como Teresa desempeñó el cargo de fundadora y reformadora, dando leyes sábias, pru-

dentes y justas para los fines que intentó en el establecimiento de sus Monjas Descalzas, segun la regla primitiva del Cármen. ¡Qué diferente es lo que se observa en el mundo! Hagámosle juez al mundo entre su conducta y la de la Religion. ¿Dónde se vive con más tranquilidad de cuerpo y alma? ¿cuál es más conforme á los mismos principios de la naturaleza? Si miramos el rigor del claustro, se ve compensado con la quietud que le libra de tantos cuidados molestos, de tantas desazones, trabajos é incomodidades del siglo que acibaran sus gustos y felicidad con trabajos más molestos que los de la Religion. Pues si miramos al alma y espíritu, en la Religion hay trabajos, ó porque Dios los da, ó por las criaturas. El que entre religioso por descansar ó tener buena vida, ciertamente lo pagará. Con todo, por la naturaleza del estado y de la vida, está más quieta el alma, más libre de cuidados, más fuera de peligros, zozobras, disgustos, etc.: las pasiones más calmadas de la irascible y concupiscible, que sofocan el corazon en el siglo, porque en él hay más ocasiones é incentivos. Estas penas que en todas partes se hallan, son el patrimonio más seguro de la vida del mundo, de los empleos, lujo y riquezas que Jesucristo llama espinas, porque punzan con su cuidado. Si pensamos en la vida futura conocerémos esta verdad, y ya que no todos sean llamados á la Religion, dispondrán su vida en el siglo conforme á la ley de Dios, y se desharán de muchas leyes mundanas que dañan al cuerpo y al alma.

FRUTÓ. — Rogar á Dios por los mismos fines que se propuso la Santa en su Reforma.

MÁXIMA. — ¿Por ventura será mejor callar con mis necesidades esperando que Vos las remedieis? No, por cierto, que Vos, Señor mio y deleite mio, sabiendo las muchas que habian de ser y el alivio que nos es contarlas á Vos, decís que os pidamos y que no dejaréis de dar.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CXLVII.

DIA 26 DE MAYO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Fervor ejemplar de Teresa entre sus hijas, y sus eficaces y sublimes instrucciones, que nos enseñan vale más una virtud que toda la gloria de los malos.

No mereciera santa Teresa el título de reformadora y fundadora, por más que hubiera formado sus leyes, si no fuera la primera en el coro, en barrer, en hacer la cocina y en el cumplimiento de todos los deberes religiosos. La razón es, que la dominación espiritual y gobierno de las almas no se consigue con la fuerza, como los conquistadores establecen sus gobiernos, sino con el ejemplo y con la virtud. Así lo vemos en esta gran Santa, pues ya que no pudo conseguir quedarse súbdita, como lo intentó, nombrando otra para Priora, se valió de esta su autoridad cuando la obligó la obediencia á ser Prelada, para tomar á su cuidado el sitio más inmundo del convento, cuidando por sí mucho del aseo. Aunque Priora turnaba por semanas como todas en la cocina, y servía este oficio como si no tuviera otro. Acudía á comulgar á su hora con la Comunidad, y mientras las demás quedaban dando gracias, se iba á su cocina sin distraerse, para no hacer falta en la comida á su hora. Mas Dios echaba su bendición, por manera que la comida estaba muy en su punto. Decía sus faltas más que las novicias delante de todas, y alguna vez entró en refectorio andando de rodillas con una albarda y seron con algunas piedras, haciéndose jumento delante de sus hermanas y de Dios, como decía David. En el principio no había distinción de legas y coristas, ni pedían limosna, ni tenían renta, sino que hilaban

con la Santa, trabajaban, oraban y ayunaban. El vestido era muy áspero, como hoy se ve particularmente en las monjas de Sevilla, que usan la misma jerga que la Santa. Nada le ocupaba lo temporal. Todo su cuidado era plantar y radicar las virtudes en sus hijas. Dios cuidaba del alimento, y si alguna vez faltaba, sólo se conocía en la mayor alegría y contento de hallarse dignas de padecer algo por su Esposo. Estaban bien seguras, que quien no deja morir de hambre un pajarillo, menos descuidará de sus esposas. La celda que tenía la Santa era la peor y más pobre; si alguna traía hábito más remendado, usaba de la autoridad de Priora para trocarlo. Para mayor desasimiento las hacía mudar las celdas, hábito, rosarios y registros unas con otras, de modo que todo era comun. Un día del Corpus no tuvieron para comer más que pan, y comido con alegría, les hizo la Santa una plática sobre el pan divino de la Eucaristía, que en hacimiento de gracias hicieron una procesion, cantando alegres porque las dejaba el Señor gustar de la santa pobreza.

Solia reprender las faltas con tal agri-dulce, que ni lo ágrío impedía el provecho, ni tampoco lo dulce. Ella misma era la enfermera comun de todas, sin que pueda madre alguna compararse con ésta, y con su caridad cuando veía alguna enferma ó accidentada: pero aunque era tan apacible con las hijas, era muy áspera consigo misma. Trataba su cuerpo sin compasion, descuidando tanto de sus males cuanto cuidaba de los ajenos. Ya vimos que no trajo del convento de la Encarnacion más que cilicios y disciplinas, y si los confesores no le fueran á la mano, acabara su vida, que la era más penosa que la muerte por el deseo de ver á Dios. Su oracion era contínua, y la hallaron en éxtasis alguna vez con la sarten del mango, y tan fuerte, que no se la podian quitar. Por esto decia: *Entended, hermanas, que entre los pucheros anda Dios ayudándonos.*

¡Débiles mortales! abramos los ojos á esta gran luz que encendió á Teresa, para ver y confesar no se halla cosa semejante entre los más ricos tesoros de los palacios. No, no puede el mundo presentar una cosa entre

todas sus maravillas, que se asemeje en algo á esta vida de Angeles sobre la tierra. Y si este diseño tan breve no puede leerse, sin que el hombre, áun el más carnal, se vea arrastrado y sorpreso de admiracion, ¿cuál será la vida del cielo, á donde menos puede llegar el hombre con sus sentidos y potencias? Cotejemos esta vida tranquila y hermosa entre las espinas de la penitencia, como una rosa olorosa y que encanta: volvamos los ojos á la vida mundana y pecadora, y la verémos como un bajel, hermoso sí, pero entre las furiosas olas de la mar á punto de estrellarse y perderse. En la vida del malo todo es perspectiva, su pintura hermosa, pero su interior es todo confusion, inquietud, zozobras y peligros. La vida del justo, aunque cercada de pobreza, humildad, retiro y oscuridad, toda es paz, caridad, sosiego y utilidad propia y ajena. Exclamemos, pues, con el santo rey David, que aunque sentado sobre el trono, decia: «Más vale, Señor, un día en los atrios de vuestra casa, que vivir mil años en los palacios de los pecadores:» más vale una virtud que todos los vicios y sus felicidades, porque éstas todas son error, mentira y daño, pero la virtud del justo es verdad, es gloria y es provecho. El pecador y vicioso triunfa un día, ¿qué digo? una hora, un momento, y con verdad nada, pues nada son mil años delante de Dios, y luego entra en siglos eternos y sin fin de pena y dolor; al contrario, el justo padece un año, un día, un momento en expresion del Apóstol, y entra á gozar un premio eterno de gloria, y una felicidad infinita, sin término y mientras dure Dios.

FRUTO. — La vida toda angelical de las primeras hijas de la Santa séanos estímulo para salir de nuestra tibieza é imperfecciones y entrar animosos por el camino de la perfeccion cristiana.

MÁXIMA. — Entended, hermanas, que entre pucheros anda Dios ayudándonos.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

ADVERTENCIA.

Aunque parece que debíamos haber tratado ya de la paciencia, enfermedades y temores que tenía la Santa sobre su espíritu, de intento lo reservamos para este lugar por dos motivos: el primero, porque fundado el primer convento de monjas en Avila, estuvo, como ella dice (1), «cinco años en él, que á lo que ahora entiendo, me parece serán los más descansados de mi vida, cuyo sosiego y quietud echa harto menos muchas veces mi alma...» Convenia, pues, llenar estos cinco años de la vida de la Santa, en que tanto se ejercitó en todas las virtudes, ejemplos é instrucciones, aunque no escribió sino cosas muy pocas, que ciertamente correspondan á esta época. De aquí resulta el segundo motivo: como la Santa en estos años se ocupó en radicar las virtudes en sus hijas, me ha parecido conveniente reservar para este lugar las instrucciones más prácticas y propias para las religiosas, y para los que desean caminar por la virtud. Y como la paciencia, las penas exteriores y las interiores, de dudas, escrúpulos y aficciones de alma sean las más comunes en los siervos de Dios y en los religiosos, por este motivo no he querido hablar hasta ahora de esta materia; previniendo que lo más pertenece al tiempo que estuvo la Santa en la Encarnacion, y tambien que toda clase de personas hallará aquí las instrucciones más necesarias á la vida humana, que son las de la paciencia, por ser virtud tan necesaria para todos, y sin la que no es posible poseer y conservar en quietud el alma en este valle de miserias.

(1) Fund., cap. 1, n.º 4.

LECCION CXLVIII.

DIA 27 DE MAYO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Qué cosa es paciencia: vista general de los trabajos que padeció Teresa, reuniendo en sí todos los que se pueden padecer, para ser nuestro modelo y ejemplar.

La paciencia es una virtud del ánimo y una parte de la fortaleza, según santo Tomás, por la cual resistimos los trabajos y penas, no con la insensibilidad de los estoicos, que era vanidad, sino con el sufrimiento que nos enseñó con su ejemplo el Salvador y santa Teresa, fundado todo en humildad y deseo de agradar, no á los hombres, sino á Dios, porque en teniendo la paciencia por objeto al interés, la pretension ú otro vicio semejante, deja de ser virtud. Será preciso deternos algo, para ver la doctrina y obras de santa Teresa en esta materia, pues comprenden las enfermedades, los trabajos exteriores, los interiores de aflicción y sequedades, las penas ocasionadas por el demonio, las persecuciones, calumnias, desgracias y otras mil cosas que se verán, por manera que pocos ó ningún otro Santo se hallará, cuya vida haya sido más complicada de cruces en todo género; y por lo mismo, en Teresa es donde se halla la doctrina y los ejemplos más singulares de esta virtud y más útiles para todos; pues no hay estado ni situación alguna en la vida humana, para la que no dé sus instrucciones de palabra y aún más de obra con sus ejemplos. Todo lo que resta de la vida de la Santa está sembrado de las cruces más pesadas; pues padeció enfermedades casi toda su vida, y de las mayores, como decían los médicos, y trabajos de cuerpo por su vida austera y penitente, por las incomodidades de frío, ca-

lor, pobreza y necesidades en los viajes. A esto se añadieron los tormentos que la causaban los demonios con permision divina, las persecuciones más horribles de personas grandes y aún de las muy buenas, calumnias tales que la decencia no sufre explicarlas por menor: repulsas en sus pretensiones santas, dictérios de grandes y pequeños contra su honor y en la parte más viva. Entraron estas aguas de la tribulacion hasta lo más interior de su alma: su espíritu estuvo agonizando algunos años, y en la opinion de muchos y aún de sus amigos, creida por ilusa y aún endemoniada. Su mismo Dios se le escondia, la dejaba en las tinieblas más densas, sin ver ni un rayo de luz, sin poder tener oracion, sin un libro al lado, sin tener á quien volverse, pues los hombres la affigian, los confesores la espantaban, los amigos la abandonaban ó atormentaban, los Prelados la trataban con rigor, y el Nuncio la aborrecia y despreciaba. No sólo era perseguida en sí, sino en sus hijos é hijas más queridas. Denunciada dos veces al Tribunal de la fe, encarcelada ó recluida en un convento por órden del Nuncio y General, procesada como la mujer más infame, llegó á punto de ver sentenciar la ruina de su Reforma: su hijos y los Padres de esta Reforma los mira perseguidos y encarcelados. Todo el mundo en armas contra una pobre mujer, contra sus hijas é hijos, ¿qué le queda que padecer? ¿podrá estar satisfecha de penas y dolores? ¡Ay Dios mio! *El padecer ó morir es su divisa*: la mayor recompensa de todas sus virtudes y trabajos no es otra que padecer más por quien ama. Ésta es, dice, la mejor paga que Dios puede dar en premio de sus servicios.

¿Mas cómo podrá el mundo entender la verdad de esta proposicion de la Santa? Léase con cuidado lo que falta de esta obra, medítese la doctrina de santa Teresa, que al fin se conocerá la verdad de lo que dice. Mas es preciso desnudarse primero de este amor propio del cuerpo que nos domina, de esta fatal ilusion de los sentidos que nos inclina á los gustos y pasatiempos vanos: es preciso pedir á Dios nos abra los ojos para que veamos el peligro de Samaria en que nos hallamos, esto

es, como no es más que aire toda la gloria de la tierra, una llama que brilla, pero de estopa vil que se consume en un momento. Entremos con esta disposición á ver el teatro de la vida de Teresa, y no habrá hombre afligido que no halle su consuelo en esta Maestra y Madre universal. Si las penas se minoran viendo compañeros que padecen más que nosotros, ¿quién dejará de consolarse viendo á Teresa, que siendo una sola y mujer, reúne en sí todas las penas imaginables que se dividen en el resto de los hombres, no tocando á cada uno sino una parte muy pequeña? Pero lo que es más, todos hallarán la doctrina más sublime y útil, la serenidad más cristiana, y la perfecta conformidad con la voluntad divina, en Teresa.

FRUTO. — Amor á los trabajos y llevarlos con paciencia.

MÁXIMA. — Almas que no hayan ofendido tanto á nuestro Señor las llevará por otro camino: mas yo siempre cogería el del padecer, siquiera por imitar á nuestro Señor Jesucristo, aunque no tuviese otra ganancia, en especial que siempre hay muchas.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CLXIX.

DIA 23 DE MAYO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 7.

El fundamento más sólido para la paciencia es, dice santa Teresa, decir de veras: Hágase tu voluntad, haciendo de la necesidad virtud, para animarnos á padecer.

No hay virtud más necesaria al hombre que vive en este valle de lágrimas, aunque se halle rodeado de todo cuanto se llama fortuna y felicidad, que la paciencia, como lo confiesan todos; y aún la experiencia nos enseña, que nadie se queja más de los trabajos que aquellos que á la vista parecen más libres de ellos, y quizá tienen razon, porque en estos los deseos y la insaciable ambicion y codicia no les deja descansar jamás. Para tantos males, pues, como rodean la humanidad, no hay otro broquel que la paciencia cristiana, sufrimiento y conformidad con la voluntad divina, que todo viene á ser una cosa. Esto mismo nos enseña la Santa, explicando aquellas palabras del *Padre nuestro*: *Hágase tu voluntad*: «Después que Jesucristo nos hizo hermanos suyos, y nos ofrece el reino de su Padre (1), quiere que le demos algo de nuestra parte, por lo mucho que nos da de la suya, como es su reino. No nada es lo que nos pide, mas no nos dejará sin buena recompensa, si damos lo que podemos (que es nuestra voluntad) y si la damos como lo decimos, esto es, que se haga su voluntad en la tierra, como se hace en el cielo. ¡Oh buen Maestro! hecha la tierra cielo, será posible hacer en mí vuestra voluntad; mas sin esto, yo no sé como podría hacerse. Cuando yo pienso esto, gusto de

(1) Cam. de perfec., cap. xxxii, n.º 1 y 2.

las personas que no osan pedir trabajos , porque creen que luego se los dará, no hablo en los que lo dejan por humildad , pareciéndoles que no serán para sufrirlos, aunque tengo para mí que quien les da amor para pedir este medio tan áspero , le dará para sufrirlos. ¿ Querria preguntar á los que por temor no los piden, qué es lo que dicen cuando piden se cumpla su voluntad en ellos? O es que lo dicen por decir lo que todos, mas no para hacerlo: Esto, hermanas, no seria bien, ni razon que lo que ofrece nuestro buen Jesús por nosotros , dejásemos de hacerlo *verdad*; ó no lo digamos. Ahora quiero llevar por otra via. Mirad, hijas , ello se ha de cumplir (la voluntad de Dios) que queramos ó que no , y se ha de hacer su voluntad en el cielo y en la tierra: tomad, pues, mi parecer, y haced de la necesidad virtud. Buena estuviera yo , si estuviera en mi mano el cumplirse vuestra voluntad en el cielo y en la tierra: ahora la mia os doy libremente , aunque á tiempo no va libre de intereses, por la experiencia que tengo de la ganancia , que es dejar libremente mi voluntad en la vuestra. Y qué pérdida en no cumplir lo que decimos en el *Pater noster*, en esto que le ofrecemos.

«Y antes quiero declarar lo mucho que ofreceis, porque no os llameis á engaño , como algunas Religiosas, que no hacemos sino prometer , y como no lo cumplimos , decimos despues que no se entendió lo que se prometia. Ya puede ser ; porque decir que dejaremos nuestra voluntad en otra, parece muy fácil, hasta que probando , se entiende que es la cosa más recia que se puede hacer; es fácil de hablar y dificultoso de obrar, y si pensaron que no era más lo uno que lo otro, no lo entendieron. Hacedlo entender á las que acá hicieron profesion por larga prueba , no piensen que sólo ha de haber palabras, sino obras. Mas no todas veces nos llevan con rigor los Prelados , de que nos ven flacas; pero á las veces flacos y fuertes , los llevan de una suerte. Acá no es así ; que sabe el Señor lo que cada uno puede sufrir, y á quien ve con fuerza no se detiene en cumplir en él su voluntad (que no es otra que trabajos).»

Por esta leccion y doctrina de santa Teresa se ve que el mejor fundamento para establecer la paciencia en el corazon no es otro que decir con resolucion aquellas palabras: *Hágase tu voluntad*. A este fin la Santa nos dispone, haciéndonos advertir que nuestro buen Jesús, por las palabras anteriores del *Padre nuestro*, nos hizo hermanos suyos é hijos de su Padre, en cuyo nombre nos ofrece aún en este mundo darnos su reino, que es la paz y quietud del alma; mas para recibir tan gran dón de Dios, nos dice que debemos dar nuestra voluntad, deseando, y de corazon, que se cumpla en la tierra como en el cielo. Y esto es como quien dice: Sin desnudarnos de la voluntad propia, no puede haber más que inquietudes y deseos vanos, como que no está su cumplimiento en nuestra mano, y de aquí mil disgustos y trabajos. Sin la paciencia, que es la que nos deja á la divina voluntad, no puede el hombre sufrir la enfermedad, las persecuciones y calumnias, porque las mira como venidas de los hombres, y no de Dios, que todo lo dispone ó permite. Fijemos, pues, esta sentencia de la Santa, que nos pone á cubierto de todos los disgustos: *La voluntad de Dios se ha de cumplir, que queramos ó no, tomad mi consejo y haced de la necesidad virtud*. Mas esta oferta y resolucion, que no sea con los labios, sino con toda el alma, á la que nos determinará no sólo lo dicho, sino el saber que el gobierno de Dios es más prudente que el de los hombres. Estos cargan muchas veces más de lo que podemos, mas Dios lleva á cada uno segun su carácter; al débil lo carga poco, al fuerte le carga más, y nunca permite que el peso sea más que las fuerzas que aumenta con su gracia, y todo para nuestro bien y corona eterna.

FRUTO. — En nuestros padecimientos pensar que con ellos cumplimos la voluntad de Dios, con la cual debemos conformarnos.

MÁXIMA. — Querria preguntar á los que por temor no los piden (los trabajos) qué es lo que dicen cuando piden se cum-

pla su voluntad en ellos. O es que lo dicen por decir lo que todos, mas no para hacerlo.

JACULATORIA.— Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegednos.

LECCION CL.

DIA 29 DE MAYO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... como en la página 7.

Nos enseña Teresa que la regla para conocer lo que podemos sufrir por Dios es el amor, y que Dios á quien mas ama, cruz da; y á quien ménos, ménos le da que padecer.

Bien conocia santa Teresa lo mucho que importaba diéramos de veras nuestra voluntad á Dios, como el más sólido cimiento de la paciencia cristiana. Esta gran Maestra no se va por las ramas como los filósofos, que trataron de esta virtud necesaria en la sociedad. Nada nos disimula. «Pues quiéroos avisar, dice (1), y acordar cuál sea *la voluntad de Dios* (que pedís se cumpla en vosotros dándole vuestra voluntad): no hayais miedo que sea daros riquezas, ni deleites, ni honras, ni todas estas cosas de acá: no os quiere tan poco, y tiene en mucho lo que le dáis (vuestra voluntad), y quiéreoslo pagar bien, pues os da su reino (que es la paz) áun viviendo, ¿quereis ver como se há con los que de veras le dicen esto? Preguntadlo á su Hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oracion del huerto: *Hágase tu voluntad y no la mia*. Como esto fué dicho con determinacion y de toda voluntad, mirad si la cumplió bien en Él, en lo que le dió de trabajos, dolores, injurias y persecu-

(1) Cam. de perf., cap. xxxii, n.º 5.

ciones; en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz. Pues veis aquí, hijas, á quien más amaba lo que le dió, por lo que se entiende *cuál es su voluntad*: así que estos son sus dones en este mundo: va conforme al amor que nos tiene. A los que ama más, da estos dones; mas á los que menos, menos, y conforme al ánimo que ve en cada uno, y al amor que tiene á Su Majestad. Quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por él; al que amare poco, le dará poco. Tengo yo para mí, que la medida de poder llevar gran cruz ó pequeña es la del amor.

«Así que, hermanas, si le teneis este amor, procurad que no sean palabras de cumplimiento las que decís á tan gran Señor, sino esforzaos á pasar lo que Su Majestad quisiere. Porque si de otra manera dáis la voluntad, es sólo mostrar la joya, é irla á dar, y rogar que la tomen, y cuando extienden la mano para tomarla, tornárosela Vos á guardar muy bien. No son estas burlas para con quien le hicieron tantas por nosotros: aunque no hubiera otra cosa, no es razon que burlemos ya tantas veces, que no son pocas las que se lo decimos en el *Pater noster*. Démosle ya una vez la joya (de nuestra voluntad) del todo, de cuantas acometemos á dársela. Es verdad que nos da primero su reino y gracia, para que le demos la voluntad. Los del mundo harto harán si tienen de verdad determinacion de cumplirlo; vosotras, hijas, diciendo y haciendo palabras y obras, como á la verdad parece que hacemos los Religiosos; sino que á las veces no sólo acometemos á dar la joya, sino ponémosela en la mano, y tornámosela á tomar. Somos tan francos de presto, y despues tan escasos, que valiera en parte más que nos hubiéramos detenido en el dar.»

¡ Con qué suavidad nos va llevando esta gran Santa á la resolucion heróica de darnos del todo á la voluntad divina, sin disimular lo mucho que se comprende en esta noble resolucion! Lo primero que nos propone es el ejemplo de Jesucristo, que dijo con resolucion estas palabras: *Hágase tu voluntad*: y las muchas penas que padeció por nosotros, para animarnos con su ejem-

plo. De aquí infiere la Santa, que á quien más ama el Señor, da más trabajos, y á quien menos, menos. Mas como es natural el querer todos que Dios nos quiera, nos advierte que la medida de poder llevar gran cruz ó pequeña, no es otra que la del amor, y con esto exhorta á que nos esforcemos á pasar por donde quisiere Su Majestad; no seamos como los que ofrecen y no cumplen, pues el decir de ceremonia: *Hágase tu voluntad*, es burlar de Dios, que tan burlado fué ya en Jesucristo por los judíos. Lo segundo nos enseña la diferencia que hay entre los del mundo y los Religiosos, ó los que caminan por la via espiritual. Los del mundo harto harán de tener determinacion de cumplir lo que prometen; esto es, de sufrir con paciencia las cruces que Dios les envia como es obligacion, haciendo de la necesidad virtud; mas los otros, que son ya escogidos de Dios, que ó están fuera del mundo, ó viven en él como si no vivieran, retirados y devotos, es preciso que hagamos algo más, esto es, no sólo de la necesidad, virtud ó sufrimiento, como quien no puede echar la carga, sino que recibamos los trabajos, como señales del amor particular que Dios nos tiene, y los estime-mos como divisa de su amor. Y siendo este amor la regla para padecer mucho ó poco, bien podemos creer que habiendo amado santa Teresa tanto á Dios, habia de ser mucho lo que padeciese, como verémos. Procuremos, pues, amarle, y este amor nos hará suave la cruz que Dios nos envíe como á Teresa.

FRUTO. — Probar nuestro amor á Jesús padeciendo por Él y con Él.

MÁXIMA. — Quien le amase mucho (á Dios) verá que puede padecer mucho por Él; al que amare poco le dará poco. Tengo yo para mí que la medida de poder llevar gran cruz ó pequeña es la del amor.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CLI.

DIA 30 DE MAYO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Nos enseña la Santa como no hay camino más breve para llegar á la perfeccion, que decir de veras: «Hágase tu voluntad,» y tener paciencia.

Me parece que veo á santa Teresa como á un maestro sentado en la cátedra, instruyendo por menor á sus novicias, á sus hijas, hijos, y aún á todos los fieles. Oigámosla algo más sobre esta materia. «Porque todo lo que os he avisado en este libro, dice (1), va dirigido á este punto de darnos del todo al Criador, y poner nuestra voluntad en la suya, y desasirnos de las criaturas, y teneis ya entendido lo mucho que importa, no digo más de ello, sino que con decir de veras estas palabras: *Hágase tu voluntad*, hacemos un gran servicio al Eterno Padre, porque nos disponemos cumpliéndolas, para que con mucha brevedad nos veamos acabado de andar el camino de la perfeccion. Sin dar nuestra voluntad del todo al Señor, para que haga, en todo lo que nos toca, conforme á ella, nunca deja beber desta agua (de la contemplacion). No es menester, pues, más para conseguirla, sino decir: *Hágase tu voluntad*: todo lo demás estorba é impide, no se necesita ni trabajar ni negociar más. Cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras que Vos, Señor mio, quisiéredes; si quereis con trabajos, dadme esfuerzo y vengan; si con persecuciones y enfermedades, deshonras y necesidades, aquí estoy: no volveré el rostro, Padre mio, ni es razon vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dió en nombre de todos esta mi voluntad,

(1) Cam. de perf., cap. xxxii, n.º 6.

no es razon falte por mi parte, sino que me hagais Vos merced de darme vuestro reino, para que yo lo pueda hacer, pues él me lo pidió: disponed en mí como en cosa vuestra, conforme á vuestra voluntad.»

«Oh hermanas mias, continúa, ¿qué fuerzas tiene este dón, este dar toda nuestra voluntad? No puede menos, si va con la determinacion que ha de ir, de traer al Todopoderoso á ser uno con nuestra bajeza, y transformarnos en sí, y hacer una union del Criador con la criatura. Mirad si quedaréis bien pagadas, y si teneis buen Maestro, que como sabe por donde ha de ganar la voluntad de su Padre, enséñanos cómo y con qué le hemos de servir. Y mientras con más determinacion da el alma su voluntad, y más se entiende por las obras, que no son palabras de cumplimiento, mas nos llega el Señor á sí, y nos levanta de todas las cosas de acá, y de nosotros mismos, para habituarnos á recibir grandes mercedes, pues no contento con tener esta alma una cosa consigo por haberla ya unido á sí mesmo, comienza á regalarse con ella, y descubrirle secretos, y á holgarse que entienda lo que ha ganado, y conozca algo de lo que la tiene que dar. Comienza á tratar de tanta amistad con ella, que no sólo la torna á dejar su voluntad, mas dale la suya con ella, porque se huelga el Señor que manden á veces, como dicen, y cumplir él lo que ella le pide, como ella hace lo que él manda, y mucho mejor, porque es poderoso y puede cuanto quiere.»

Esta doctrina es excelente para las almas que caminan muy adelante en la perfeccion, para que conozcan es imposible llegar á ella sin desprenderse primero de la propia voluntad. Por esta doctrina se desengañarán muchas almas de la poca solidez de sus virtudes, pues su pasion dominante en los ejercicios de piedad es hacer su propia voluntad, y no la del Superior ó confesor, y estos sabrán que la piedra de toque no es otra que quebrar la voluntad de las hijas, que quieren pasar por muy espirituales, pues deben notar que la Santa expresamente dice, que este solo es el medio de llegar á la perfeccion, y que todo lo demás *impide y*

embaraza. Mas tambien puede ser útil esta instruccion á todos los fieles cristianos. ¡Qué consuelo para nosotros saber que la recompensa de los trabajos es grande sobremanera, y que nuestro Padre Dios los permite ó envia á sus siervos tanto mayores, quanto más amados, como vemos en su Hijo, en María santísima y en santa Teresa! Ya que no podemos, pues, alegrarnos en las penas, ni desearlas; cuando menos hagamos de la necesidad virtud, suframos los que debemos pasar, queramos ó no queramos. Nuestras penas se alivian con la paciencia, y se agravan con la inquietud. No miremos jamás las manos por donde nos vienen, ni la ingratitud de los hombres ó su injusticia: adoremos los designios de la providencia divina, bien satisfechos de que con los trabajos sufridos por Dios, satisfaremos por nuestras culpas é ingraticudes, se nos aliviará la cruz, llevándola con fortaleza y no arrastrando, y conseguiremos la vida eterna.

FRUTO. — Dar toda nuestra voluntad al Señor.

MÁXIMA. — Cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras que Vos, Señor mio, quisiéredes; si quereis con trabajos, dadme esfuerzo y vengan; si con persecuciones y enfermedades, deshonras y necesidades, aquí estoy: no volveré el rostro, Padre mio, ni es razon vuelva las espaldas.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

LECCION CLII.

DIA 31 DE MAYO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Continúa la Santa con casos particulares, enseñando que la paciencia no está en las palabras, sino en las obras; descubriendo las excusas con que cubrimos nuestras impaciencias.

Después de explicar santa Teresa cuál sea el fundamento de toda virtud, reducido á darle á Dios nuestra voluntad, ó conformarnos con la suya en las penas, diciendo de corazón: *Hágase tu voluntad*, pasa más adelante con ejemplos sencillos, para que no nos engañemos. «Ahora, dice (1), notad otro aviso. Hácenos entender el demonio que tenemos una virtud, digamos de paciencia, porque nos determinamos y hacemos muy continos actos de pasar mucho por Dios, y parécenos en hecho de verdad que lo sufriríamos; y así estamos muy contentas, porque ayuda el demonio á que lo creamos. Yo os aviso no hagais caso de estas virtudes, ni pensemos las conocemos, sino de nombre, ni que nos las ha dado el Señor hasta que veamos la prueba. Porque acaecerá que á una palabra que os digan á vuestro disgusto vaya la paciencia por el suelo. Cuando muchas veces sufiéredes, alabad á Dios que os comienza á enseñar esta virtud, y esforzaos á padecer, que es señal que en esto quiere se la pagueis, pues os la da, y no la tengais sino como en depósito (esto es, no creais que es cosa vuestra, sino únicamente de Dios).»

En las *Moradas* (2), después de hablar de la poca seguridad que hay en este mundo en ningun estado por subido que sea en perfeccion, habla de algunas

(1) Cam. de perf., cap. xxxviii, n.º 6.

(2) Mor. III, cap. ii, n.º 1 y 2.

personas que están muy adelantadas en la oracion, y que ya parece debian ser señoras del mundo y muy desengañadas, y dice: «Cuando las prueba Su Majestad en cosas no muy grandes, andan con tanta inquietud y apretamiento, que me traen tonta y harto temerosa. Y no hay remedio en darles consejo, porque les parece pueden enseñar á los demás, y que les sobra la razon para sentir aquellas cosas, y así no acaban de entender que es imperfeccion. Esto es, que quiere el Señor que sus escogidos sientan su miseria, y aparta un poco su favor, que no es menester más para conocerlos bien presto. Y luego entienden su falta claramente, y tienen mucha pena por ella. Bien hay personas que canonizan en su pensamiento sus quejas y resentimientos de impaciencia, y así querrian que otros las canonizasen. Quiero decir algo porque nos entendamos y nos probemos á nosotras mismas antes que nos pruebe el Señor. Viene á una persona rica y sin hijos, ni para quien querer la hacienda, una falta de ella (por desgracia ó pérdida de pleito), mas no es de manera que en lo que le queda le pueda faltar lo necesario para sí y su casa, y sobrado: si éste anduviese con tanto desasosiego como si no le quedase un pan que comer, ¿cómo ha de pedirle nuestro Señor que lo deje todo por El? Aquí entra el decir que lo siente, porque lo quiere para los pobres. Yo creo que quiere Dios más que yo me conforme con lo que Su Majestad hace, y en que procure tener quieta mi alma, que no esta caridad. Y ya que no lo hace, porque no le ha llegado el Señor á tanto, enhorabuena; mas entienda que le falta esta libertad de espíritu, y con esto se dispondrá para que el Señor se la dé porque se la pedirá. Tiene una persona bien de comer y aún sobrado, ofrécesele poder adquirir más hacienda; tomarlo si se lo dan, enhorabuena, pase; mas procurarlo y despues de tenerlo, procurar más y más, tenga cuan buena intencion tuviere, aunque sean personas de oracion, no hayan miedo que suban á las moradas más juntas al Rey. De esta mesma manera es, si se les ofrece algo, de que los desprecien ó quiten un poco de honra, que aunque lo

sufran bien en el exterior, allá les queda una inquietud que no se pueden valer, ni acaba de acabarse tan presto. ¡Válame Dios! ¿No son estos los que ha tanto que consideran como padeció el Señor y cuán bueno es padecer y aún lo desean? Plega á Dios no piensen que la pena que tienen es por la culpa ajena (y no por la injuria) y la hagan pasar en su pensamiento por meritoria.»

No necesita glosas ni reflexiones esta doctrina de la Santa tan útil para Religiosos y seglares. A todos alcanza su magisterio; lo que importa es que ella misma nos alcance esta paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, pidiéndoselo nosotros, y no dudo lo conseguirá si lo pedimos de veras. Y cuando no lleguemos á esta perfeccion de no sentir estas penas y desgracias, á lo menos sufrámoslas con espíritu de penitencia y humillacion. Conozcamos que no es todo paciencia lo que aparece tal al exterior: miremos bien el interior y nuestros resentimientos, y conozcamos que no hay excusa por las buenas intenciones ó por la falta ajena con que cubrimos nuestra imperfeccion. «Ya que no hayamos llegado aquí, dice la Santa, *humildad*, que es el unguento de nuestras heridas, conocimiento de nuestra imperfeccion, que si de veras lo tenemos, aunque tarde algun tiempo, verná el cirujano, que es Dios, á curarnos.»

FRUTO. — Probar, no solamente con deseos y palabras, sino tambien con obras, nuestro desasimiento de las cosas terrenas y perfecta conformidad con la voluntad de Dios.

MÁXIMA. — Cuando muchas veces sufriéredes, alabad á Dios que os comienza á enseñar esta virtud, y esforzaos á padecer, que es señal que en esto quiere se la pagueis, pues os la da.

JACULATORIA. — Guardadnos, oh María, como á la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegednos.

LECCION CLIII.

DIA 1 DE JUNIO.

ORACION. — ; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Caso particular que refiere la Santa de una persona que parecia santa y pacífica, y la hizo temer más que todos los pecadores, por donde se ve que la virtud y paciencia sólo viene del cielo pidiéndola con fervor y humildad.

Como la virtud de la paciencia no consista en tenerla en una ú otra cosa particular, que quizá no nos toca en lo sensible que nos interesa, ni tampoco en aquella insensibilidad que vemos en algunos más por estupidez que por razon, ó más por vanidad y apariencia que por Dios, conviene que digamos ser ésta un conjunto de virtudes que entre todas fomentan una paz y serenidad cristiana, por motivos religiosos y por dar gloria á Dios, reconociendo que nada bueno nos es debido de justicia, sino favor; y condicion de la naturaleza el estar expuesta á mil disgustos por el pecado original y por los muchos personales. Para comprender esta verdad servirá un caso que refiere santa Teresa (1): «Había una persona muy amiga de comulgar muy á menudo, y jamás decia mal de nadie, tenía muchas ternuras en la oracion y continua soledad, porque se estaba en su casa de por sí; tan blanda de condicion que ninguna cosa que se le decia la hacia tener ira, que era harta perfeccion; no decia malas palabras, nunca se habia casado, ni era ya de edad para casarse, y habia padecido hartas contradicciones con esta paz, y como veia yo esto en ella, parecíame aspecto de muy aventajada alma y de muy gran oracion, y preciábala

(1) Conc. de amor, cap. II, n.º 49.

mucho á los principios, porque no la veia hacer ofensa de Dios, y entendia se guardaba de ella. Tratada, comencé á entender que todo estaba pacífico, si no le tocaba en interés; mas llegando aquí, no iba tan delgada la conciencia, sino bien gruesa, y entendí que con sufrir todas las cosas que le decian, tenia un punto de honra ó estima tan embebido en esa miseria que tenia, y era tan amiga de entender y saber lo uno y lo otro, que yo me espantaba como aquella persona podia estar una hora sola, y era bien amiga de su regalo. Todo esto que hacia lo doraba y libraba de pecado, y segun las razones que daba, en algunas cosas me parece le hiciera agravio por no se entender bien, si lo juzgara. Traíame desatinada, y casi todos la tenian por santa. Puesto que ví que de las persecuciones que ella contaba haber padecido, debia de tener ella alguna culpa, no tuve envidia á su modo y santidad. Esta y otras dos almas que he visto en esta vida de las que ahora me acuerdo, *santas en su parecer, me han hecho más temor que cuantos pecadores he visto.* Alabad al Señor, que os trajo á donde por mucho que haga el demonio, no puedé tanto engañar como á las que están en su casa. Hay almas que parece no les falta nada para volar al cielo, porque en todo siguen la perfeccion á su parecer; mas no hay quien las entienda, como en los monasterios, donde no hacen lo que quieren, sino lo que les mandan; pero en el mundo, aunque ellas se quieran entender, no pueden, porque en fin, hacen lo que hacen por su voluntad propia, y aunque algunas veces las contradigan, no se ejercitan tanto en la mortificacion. Dejemos las que procuran tener quien las entienda y á quien su sujeten, y la gran humildad, que trae poca confianza de sí, y aunque más letrados sean, se sujetan á parecer ajeno.»

Mucho debe despertarnos este caso que refiere la Santa y su doctrina para no fiar de nuestras virtudes, porque en siendo la paciencia parcial en unas cosas y no en otras, es prueba de que no es por Dios, sino por genio ó por otras causas naturales ó de interés, como la de los pretendientes. Parecerá excesivo lo que dice, es-

to es, que las tales personas que se tienen por santas, la hacian más temor que cuantos pecadores habia visto. Mas ello es cierto; basta que lo diga santa Teresa, porque el orgullo y vanidad las domina; y el demonio, para más engañarlas, las deja algunas apariencias de virtud, retiro, oracion, etc. Dios las abandona, como que se atribuyen á sí mismos los bienes, y en el caso de la mayor necesidad descubren su miseria, y quizá se obstinan. Lo seguro es que Jesucristo reprendió con más fuerza á los hipócritas que á los adúlteros, á los soberbios fariseos que á los pecadores; porque estos soberbios son los que ponen el mayor impedimento á la divina gracia, pues roban á Dios lo que es de su majestad, se atribuyen á sí las virtudes como los naturalistas filósofos, y por lo mismo los abandona Dios al réprobo sentido de su vanidad, caen de golpe en un precipicio, y no teniendo principio de conversion por creer que nada necesitan de Dios, sino de sus luces y voluntad propia, perecen miserablemente. Humillémonos y clamemos al cielo, de donde viene todo el bien.

FRUTO. — Pedir á Dios con mucha humildad que nuestras virtudes sean verdaderas y no fingidas.

MÁXIMA. — *Algunas almas* que he visto en esta vida, santas en su parecer, me han hecho más temor que cuantos pecadores he visto.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiados de los que mueren en este día.

LECCION CLIV.

DIA 2 DE JUNIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Santa Teresa reconoce el precio de los trabajos, y pide á Dios «ó morir ó padecer,» pues la vida no es buena sino para esto; doctrina nueva para el mundo.

Ya es hora que de la doctrina especulativa de la Santa sobre los trabajos, paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, entremos á verla maestra práctica de esta virtud, la más necesaria á toda la humanidad, que está tan unida con el padecer en este destierro verdadero. No fué, pues, menos admirable la paciencia de la Santa en sus obras que en sus palabras; y sus ejemplos podrán consolar al más afligido. Si la virtud de la fortaleza la armaba un brazo para emprender las obras más grandes, difíciles y superiores á sus fuerzas, á su sexo y estado, la paciencia la ponía en la otra mano el broquel para recibir los encuentros, los golpes y las persecuciones más terribles. Este broquel, pues, de la Santa llevaba por divisa: *O padecer ó morir*, que tantas veces decia á su Dios y á sus hijas. Tal era su continuo pensamiento, dice el Ilmo. Sr. Yepes; y lo único que la podía hacer tolerable la vida enojosa que sufría, separada de su Dios, no era otra cosa que el gusto de padecer algo por su Esposo. «Para nada es buena esta vida, decia, sino para trabajar. En muy grandes trabajos y persecuciones y contradicciones que he tenido, hame dado Dios grande ánimo, y cuanto mayores, mejor, sin cansarme de padecer.» Estando en Avila al fin de su vida, se le ofreció un gran trabajo, y lejos de sentirlo, dijo á una amiga suya: «Con este trabajo, Señor, me pagais todos los que me habeis dado en mi

vida:» en cuyas palabras se ve, dice el Ilmo. Sr. Yebes, que no sólo padecía con gusto, sino que tenía por felicidad y dicha en la vida, tener trabajos, y como corona, sufrir algo por Dios. Por lo mismo, vemos que para Teresa no había medio entre *morir* y *padecer*, contando la vida por nada y por cero, sino era llena de penas y trabajos. «Me parece, dice (1), que nunca me ví en pena despues que estoy determinada á servir con todas mis fuerzas á este Señor y consolador mio, que aunque me dejaba un poco padecer, me consolaba de manera, que no hago nada en desear trabajos; y así ahora no me parece hay para qué vivir, sino para esto, y lo que más de voluntad pido á Dios: dígole algunas veces con toda ella: Señor, *ó morir ó padecer*: no os pido otra cosa para mí: me da consuelo oír el reloj, porque me parece me llevo un poquito más para ver á Dios, al ver pasada aquella hora de la vida.» Esto sucedió á la Santa en ocasion de estar con muchos dolores y vómitos, y se le apareció el Señor y la regaló mucho, y la dijo que hiciese todas las cosas por amor de El, y lo pasase, que era entonces necesaria su vida, aunque tan enferma.

Bien se puede conocer por este suceso, que santa Teresa no decia las cosas de cumplimiento, ni conformaba su voluntad con la divina de ceremonia, pues aún en ocasion de estar tan fatigada de dolores, dice á Dios, *ó morir ó padecer*, porque la vida sólo para esto puede servir; es larga para destierro, y corta para penar y merecer.

Este lenguaje tan contrario á las ideas del mundo, que sólo piensa de gozar en la vida, que para esto le parece corta, y larga para sufrir molestias, se hará algo duro á los amadores de la tierra; mas esto consiste en que la Santa estudió desde niña en muy diferente escuela que nosotros. Leia las vidas de los penitentes y mártires, y á vista de lo que ofrecia el Señor de premio, la parecia que compraban muy barata la gloria. Leia las Epístolas de san Jerónimo y Confesiones de san

(1) Vid., cap. xl, n.º 15.

Agustin, y hallaba allí pintados los gustos del mundo y sus amarguras: leia en los Morales de san Gregorio la vida de Job, y aprendia á decir: Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos tambien los males? Pero qué diferentes son nuestros libros y maestros desde la infancia! vean los padres á qué aficionan á los hijos y las hijas: vean éstos los libros que leen: yo podria citar muchos de los que llaman *del buen gusto, del buen sentido, de la naturaleza*, y otros; mas como no es mi objeto herir ni criticar, me basta decir que huimos de los libros de sólida doctrina, y buscamos los que adulan las pasiones, el gusto, la naturaleza, y apenas tenemos ideas de esta opinion de santa Teresa, que en muchas partes de sus obras confiesa que la mejor paga que Dios acostumbra á dar en vida por sus servicios, es la de dar trabajos en vida. Nosotros creemos ser castigo del cielo qualquier trabajo que vemos descargar en el hombre, ¿pero cuántas veces erraremos? ¿Quantas veces será la mas grande misericordia? Confundámonos, pues, siquiera á vista de tan groseras ignorancias, dejémonos en manos de Dios, no juzguemos á nadie, y adoremos su mano cuando nos favorece ó castiga.

FRUTO. — Ver en los trabajos una prueba especial del amor que Dios nos tiene, y abrazarlos para imitar á Jesucristo.

MÁXIMA. — En muy grandes trabajos y persecuciones y contradicciones que he tenido hame dado Dios grande ánimo, y cuanto mayores mejor, sin cansarme de padecer.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este dia.

LECCION CLV.

DIA 3 DE JUNIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Resúmen de la enfermedades que padeció la Santa, que son las mayores y más largas; en lo que nos enseña la utilidad que podemos sacar de ellas.

Hora es ya que entremos á referir los trabajos particulares que padeció santa Teresa, en cuantos géneros se pueden padecer, entre las diferentes clases y estados de los hombres. Es verdad que ya insinuámos algunos, y las enfermedades que padeció en su juventud; mas como ahora tratamos de la paciencia, debemos reunir aquí cuanto dice relacion con esta virtud. Y en efecto, la misma Santa en pocas palabras nos lo dice todo, renovando la memoria de la vision que tuvo del infierno (1): «Sentí, dice, un fuego en el alma que no puedo entender de la manera que es; los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, es nada todo en comparacion de lo que allí sentí, y más al ver que habian de ser sin fin, y sin jamás cesar...» Y para que se conozcan las enfermedades y dolores que pasó en vida, añade, «que segun los médicos habian sido los mayores que se podian pasar, porque fué encojérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aún algunos causados por los demonios, y así no me acuerdo jamás de esta vision, cuando tengo algun trabajo que no me parezca no nada todo lo de acá se puede pasar, y me parece nos quejamos sin propósito.» Cuando de jóven se fué á curar á Bè-

(1) Vid., cap. xxxii, n.º 21.

cedas, dice (1): «Estuve allí tres meses con gravísimos trabajos, porque la cura fué más récia que lo que podía mi complexion: á los dos meses á poder de medicinas me tenian casi acabada la vida, y el rigor del mal de corazon, de que me fuí á curar, era mucho más recio; pues algunas veces me parecia con dientes agudos me asian de él; tanto que se temió era rabia. Con la falta de virtud ó fuerza, porque nada podia comer, gran hastío, calentura muy continua, y tan gastada con un mes de purgas diarias, estaba tan abrasada, que se me comenzaron á encoger los nervios con dolores tan grandes, que ni de dia ni de noche podia tener ningun sosiego, y una tristeza muy profunda. Todos me desauciaron, y decian estaba ética: esto me daba poca pena; los dolores me fatigaban de los piés á la cabeza. En esta reciedumbre estuve tres meses, que parecia imposible poder sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto y tengo por gran merced la paciencia que Su Majestad me dió, que se veía claro venir de El. Mucho me aprovechó haber leído la historia de Job en los Morales de San Gregorio, y comenzado á tener oracion, para llevarlo con tanta conformidad. Aunque sané de aquella grande enfermedad, siempre hasta ahora las he tenido y tengo bien grandes, aunque de poco acá no con tanta reciedumbre, mas no se quitan de muchas maneras. En especial tuve vómitos veinte años por las mañanas, y hasta más de medio dia no podia desayunarme; algunas veces más tarde: despues que frecuento más los Sacramentos y comuniones (esto es todos los dias) es á la noche antes que me acueste, con mucha más pena, y casi nunca estoy sin muchos dolores, en especial en el corazon (por la herida quizá del Angel); perlesia récia, y otras enfermedades de calenturas récias que solia tener, ya no las tengo hace ocho años. De estos males se me da ya muy poco, que muchas veces me huelgo, pareciéndome se sirve en algo el Señor. Con un poquito de cuidado grandes bienes se hallan en las enfermedades, aunque nos quite el tiempo de oracion.»

(1) Vid., cap. v, n.º 3.

A todo esto añade el señor Yepes, que tenia dolor de hijada, temblor recio que la daba á la cabeza y al brazo, y á veces á todo el cuerpo, y en fin, en las Moradas (1), que escribió pocos años ántes de morir, dice que en cuarenta años no se le pasó un dia sin dolores, pero que considerando la pena que merecia por sus pecados, todo se le hacia poco.

No seria mucho que comparásemos á santa Teresa con el santo Job y aún más, pues fué más largo su martirio. Lo admirable es verla padecer tanto, y trabajar como si nada tuviera, y esto fué sin duda porque el Señor la quiso presentar como modelo y ejemplar de todos los estados, y de todos los modos posibles. ¿Quién, pues, á vista de esto, se quejará de sus enfermedades? La Santa las mira como favores de Dios, y aún las sufre como bien merecidas por sus pecados, y compensacion de otras muchas deudas que tenemos. La Santa no perdía tiempo aún enferma, y como ella dice, aún ganaba almas, y las dedicaba á la oracion. Aprendamos, pues, tantos ejemplos reunidos en una sola persona, tanta paciencia, tanto adelantamiento en la virtud estando enferma, y notemos que la Santa consiguió la salud por san José más que por los médicos, por misas y devociones, y que habiendo adelantado enferma, se entibió en la oracion ya sana, para que esto nos haga conformar con la voluntad de Dios.

FRUTO. — Sufrir con paciencia las enfermedades como bien merecidas por nuestros pecados.

MÁXIMA. — Con un poquito de cuidado grandes bienes se hallan en las enfermedades, aunque nos quite el tiempo de oracion.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este dia.

(1) Mor. VI, cap. 1, n.º 7.

LECCION GLVI.

DIA 4 DE JUNIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Comienza la Santa á dar medios y remedios para suavizar las enfermedades: y podemos conocer de cuánto más alivio es santa Teresa á los enfermos que los médicos.

Después de haber pasado santa Teresa tantos males y enfermedades de cuerpo, bien puede dar documentos y medicinas. En efecto: el primero que propone es decir que las enfermedades y trabajos vienen de la mano de Dios, que da juntamente la paciencia. «También suele dar el Señor, dice (1), á los que quiere para sí, y para hacerles favores, grandísimas enfermedades. Este es muy mayor trabajo, en especial cuando son dolores agudos, que si son recios, me parecen los mayores de la tierra; exteriores, aunque entren cuantos quieran, porque descomponen lo interior y exterior, de manera que aprieta un alma que no sabe qué hacer de sí, y de muy buena gana tomara ántes cualquier martirio de presto, que estos dolores; aunque en grandísimo extremo, no duran tanto, que en fin, no da Dios más de lo que se puede sufrir, y da Su Majestad primero la paciencia. Yo conozco una persona (era ella misma), que desde que comenzó el Señor á hacerla esta merced, que há cuarenta años, no puede decir con verdad que ha estado un dia sin tener dolores y otras maneras de padecer, falta de salud corporal digo, sin otros grandes trabajos. Verdad es que habia sido muy ruin, y para el infierno que merecia, todo se le hace poco. Otras que no hayan ofendido tanto á nuestro Señor, irán por otro camino; yo siempre escogeria el padecer, siquiera por imitar á nuestro Señor, y áun hay otras ganan-

(1) Mor. VI, cap. 1, n.º 7.

cias.» La misma nos asegura (1), que cuando estaba mala, se hallaba mejor con Dios, y procuraba que las personas que la trataban lo estuviesen también.

Otro ardid del demonio es hacernos creer que estamos muy malos, y que nada podemos hacer, ni menos penitencia; mas sobre esto dice la Santa (2): «Como soy tan enferma, hasta que me determiné no hacer caso del cuerpo, ni de la salud, siempre estuve atada, sin valer nada, y ahora hago bien poco; mas como quiso Dios entendiéndose este ardid del demonio, y como me ponía delante el temor de perder la salud, decía yo: poco va en que me muera: si: el descanso: no he menester ya descanso, sino cruz. Ansí otras cosas. Ví claro que en muchas, aunque yo de hecho soy harto enferma, que era tentación del demonio ó flaqueza mía; que después que no estoy tan mirada y regalada, tengo mucha más salud. Ansí que va mucho en los principios de comenzar oración á no amilanar los pensamientos, y créanme en esto, que tengo experiencia.»

Cuando la Santa comenzó más de veras la vida perfecta, cuenta que el confesor que tomó de la Compañía de Jesús la comenzó á aficionar á la penitencia de que estaba descuidada por sus graves enfermedades (3): «Díjome aquel varón santo que me confesó, que algunas cosas (de penitencia) no me podían dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, y porque yo no hacía penitencia me la quería dar Su Majestad. Mandábase hacer algunas mortificaciones, no muy sabrosas para mí.»

Y porque no se diga que todas son consolaciones pero no remedios para aliviar los males, aunque la paciencia sola por sí los disminuye mucho, vaya una receta de la Santa: «¿Pensais, dice (4), que la comunión no es mantenimiento para estos cuerpos y gran medicina áun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona (que era ella misma) de gran-

(1) Vid., cap. viii, n.º 4.

(2) Vid., cap. xiii, n.º 6.

(3) Vid., cap. xxiv, n.º 4.

(4) Cam. de perf., cap. xxxiv, n.º 5.

des enfermedades, que estando muchas veces con grandes dolores, como con la mano se le quitaban (comulgando), y quedaba buena del todo: esto muy ordinario, y de males muy conocidos que no se podian fingir.»

Meditemos esta doctrina de la Santa, que tan útil nos puede ser en nuestras dolencias y enfermedades. Vemos por lo que dice la Santa, como Dios envia los dolores, ó bien sea para disponer á los hombres á recibir grandes mercedes de Su Majestad, ó bien en justo castigo de los pecados para evitarles el infierno, y por esto, y por imitar á Jesucristo, se pueden apetecer las enfermedades, pues en ellas se hallaba mejor con Dios que en la salud. Temamos tambien no nos engañe el demonio con vanos temores de perder la salud con la penitencia, pues muchas veces las enfermedades las da el Señor por lo mismo que no nos mortificamos; y en efecto, vemos más enfermos en los de vida regalada, que en los pobres. En fin, no dudemos que la comunión puede ser medicina para los cuerpos enfermos, y por lo mismo no debemos dilatar el recibir el viático á lo último de la vida, creyendo que con él nos viene la muerte. La experiencia no sólo en la Santa sino en otros, declara que muchas veces con el viático viene la salud corporal. Cuando menos, como en los Sacramentos está depositada la gracia, si el enfermo procura confesarse y comulgar á menudo, sin duda le dará el Señor la gracia y virtud de la paciencia para sufrir las penalidades que Dios le envia. Son, pues, poco temibles los males del cuerpo; el pecado es el verdadero mal que debemos temer.

FRUTO. — En esto de padecer no amilanar los pensamientos y huir de todo melindre.

MÁXIMA. — No da Dios más de lo que se puede sufrir, y da Su Majestad primero la paciencia... VÍ claro que despues que no estoy tan mirada y regalada tengo mucha más salud.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este dia.

LECCION CLVII.

DIA 5 DE JUNIO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Doctrina admirable para no quejarse en las enfermedades y males pequeños, que no sólo es propia para la Religión, sino tambien para los del siglo.

«Cosa imperfectísima me parece, hermanas (1), este quejarnos con livianos males. Si podeis sufrirlos, no lo hagais. Cuando es grave el mal, él mesmo se queja: mirad que sois pocas, y si una tiene esta costumbre es para fatigar á todas, si os teneis amor. La que estuviere de mal que sea de veras mal, dígalo, y tome lo necesario, que si perdeis el amor propio, sentiréis tanto cualquier regalo, que no lo tomaréis sin necesidad, ni os quejaréis sin causa. Y como os veréis unas á otras, no hayais miedo que os falte el cuidado y el regalo. Mas unas flaquezas y malecillos de mujeres, olvidaos de quejarlos, que algunas veces pone el demonio imaginacion de estos dolores, quitanse y pónense; si no se pierde la costumbre de decillo y quejaros del todo, si no fuere á Dios, nunca acabaréis. Pongo tanto en esto, porque tengo para mí que importa, y que es una cosa que tiene muy relajados los monasterios; y este cuerpo tiene una falta, que cuanto más le regalan, más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado, y como tiene algun buen color, por poca que sea la necesidad, engaña á la pobre alma para que no medre. Acordaos cuantas pobres enfermas habrá que no tienen á quien quejarse; pues pobres y regaladas, no lleva camino. Acordaos tambien de muchas ca-

(1) Cam. de perf., cap. xi, n.º 1.

sadas; yo sé que las hay, y personas de suerte que con graves males no se quejan por no dar enfado á sus maridos; ¡ pues pecadora de mí! sé que no venimos aquí á ser más regaladas que ellas. ¡ Oh, que estais libres de grandes trabajos que hay en el mundo! Sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos. Pues si una mujer mal casada pasa su desventura y mal sin decir nada y quejarse, porque no lo sepa su marido, ¿ no pasaremos algo entre Dios y nosotras de males, que nos da por nuestros pecados? Cuanto más, que apenas se aplaca el mal por quejarnos. En todo esto no trato de males recios, cuando hay calentura mucha, aunque pide tambien moderacion y sufrimiento, sino de unos malecillos que se pueden llevar en pié, sin que matemos á todas con ellos. Acordémonos de nuestros padres hermitaños: ¡ cuántos dolores pasarían, y á solas, de hambre, frio, sol y calor, sin tener á quien se quejar sino á Dios! ¿ Pensais que eran de hierro? Pues tan de carne eran como nosotras. Creed que en comenzando á vencer estos cuerpos, no nos cansan tanto. Si no nos determinamos á tragar de una vez la muerte y falta de salud, no harémos nada. ¿ Qué va en que muramos? Poco á poco que lo vamos haciendo, quedaremos señores del cuerpo.

»A los que no lo hagan así, tengo para mí (1), que quiere seamos más enfermos. Algunas veces da un frenesí de hacer penitencias sin camino ni concierto, que duran dos días, despues pónelos el demonio en la imaginacion, que les hizo daño, y que nunca más penitencia, ni la que manda la Orden. No guardamos unas cosas muy bajas de la regla, como es el silencio, que no nos ha de hacer mal, y no nos ha venido á la imaginacion que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro que tampoco nos mata. Un dia porque nos dolió, y otro porque nos ha dolido, y otros tres porque no nos duela, y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza, para que no podamos hacer lo uno ni lo otro, y á las veces es poco el mal, y nos parece no

(1) Cam. de per., cap. x y xi, n.º 5.

estamos obligados á hacer nada, que con pedir licencia cumplimos.»

Parece santa Teresa en esta doctrina muy sublime, y lo más particular es, que no sólo es propia de los Religiosos y Religiosas, si tambien de toda clase de gentes. No hay hombre infeliz, que si fija los ojos en los trabajos de otros, no halle consuelo en los suyos, como dice la Santa; que mire cuantos pobres no tienen á quien se quejar. El ejemplo que pone de los casados es admirable, pues nos enseña cuánto puede sufrir el hombre sin amor y sólo por respetos humanos ó por temor, y lo poco que hace por amor de Dios y utilidad de su alma. ¡Qué no sufren las mujeres casadas en disimular sus males, ó por temor, ó por no disgustar á sus maridos! ¡Qué no aguantan los pretendientes por su vil interés, que cada día se ve burlado! *Sabed, pues, sufrir un poquito por amor de Dios*, dice la Santa á todos, sin que lo sepa todo el mundo. Poco se aplaca el mal por quejarnos. Lo señores con especialidad, que traen en un pié toda la casa, que á nadie dejan descansar, y que fatigan los criados y asistentes de modo que padecen más que el enfermo en sufrir su mal humor, oigan á santa Teresa que dice: *Si uno tiene esta costumbre es para fatigar á todos*. Suframos, pues, por Dios y nuestros pecados, y fijemos los ojos en los solitarios y penitentes, que eran de carne, y sus muchos trabajos, porque sólo llegaremos al cielo por el camino de la tribulacion ó tomada por nuestra mano, ó sufrida la que viene de Dios.

FRUTO. — No quejarnos en las enfermedades y males pequeños.

MÁXIMA. — Cosa imperfectísima me parece, hermanas, este quejarnos con livianos males. Si podeis sufrirlos, no lo hagais... La que estuviere de mal que sea de veras mal, dígalo y tome lo necesario.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día.

LECCION CLVIII.

DIA 6 DE JUNIO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... como en la página 7.

La penitencia de santa Teresa nace del grande amor de Dios; á nosotros nos lo manda el Señor por nuestros pecados y pasiones, y sin ella no llegáremos al cielo.

Aunque la virtud de la penitencia y mortificacion del cuerpo sean bien diferentes, yo las reuno aquí para tratar brevemente de la aspereza de vida que reunió santa Teresa con sus muchas enfermedades y trabajos interiores y exteriores, sin embargo de haber insinuado ya algo. Aunque la penitencia sea más propia de los pecadores que de los justos, y aunque santa Teresa siempre fué santa, su humildad la hizo que se mirase siempre como la más grande pecadora. Pero debemos notar que esta virtud en la Santa no tuvo su origen, como en los pecadores, en sus delitos, sino en el grande amor de Dios que la obligaba á imitar la vida áspera de Jesucristo. «Me enseñó el Señor, dice (1), el grandísimo bien que es pasar trabajos por El; fué tanto el crecimiento que ví en mi alma de amor de Dios, que esto me hace no poder dejar de desear trabajos. A cualquier martirio me determinaba de pasar por Dios con facilidad. Los que llegan á la perfeccion, desean, piden y aman los trabajos (2). Son como los soldados, que están más contentos cuanto hay más guerra, porque esperan salir con más ganancia...» Pero donde más descubre su deseo de hacer penitencia, es cuando da cuenta de su alma á san Pedro Alcántara (3): allí explica

(1) Vid., cap. xxxiii, n.º 3; cap. xxxv, n.º 5.

(2) Cam. de perf., cap. xxxviii, n.º 4.

(3) Tom. II, cap. xi.

las grandes ansias que en ella producía el amor de Dios para deshacerse toda por El y acabar de una vez su miserable vida: los ímpetus para servir más á Dios, de modo que ningun trabajo, ni muerte, ni martirio se le ponía delante, que no lo pasara con facilidad, y esto la sucedía de repente sin meditacion particular ni esfuerzo suyo. Sentía con exceso verse atada en el cuerpo sin poder hacer nada por Dios ni por el Estado, y esto la era más pena que todas las penitencias y trabajos. «Otras veces, añade la misma, con estas ansias me dan deseos de hacer penitencias; mas no puedo, y el hacerlas me aliviaria mucho, y alivia y alegra, aunque no son casi nada las que hago por flaqueza de mi cuerpo, aunque si me dejasen con estos deseos, creo haria demasiado. Me da gran pena comer, beber y dormir, y ver que yo más que nadie no lo puedo dejar de hacer. Hágolo por servir á Dios, y así se lo ofrezco.»

Bien se ven aquí sus ansias de padecer en todo y hacer penitencia, que no sería tan poca como dice, sino con relacion á sus grandes deseos, pero sí demasiada para nuestra sensibilidad. Su humildad ocultó muchas de sus penitencias particulares, y como la principal era relativa á los apetitos y pasiones, á la privacion de gustos inocentes y de curiosidades; á refrenar los ojos, los oídos y la lengua, no podemos sino inferirlo de sus deseos, manifestados á los confesores. Con todo, aún sabemos bastante para avergonzar la delicadeza de nuestra sensibilidad. En efecto. *¿Es casi nada*, como dice, traer su cuerpo rodeado de silicios y rалlos, como nos dice su confesor el señor obispo de Tarazona, *Yepes? ¿Es casi nada* castigar su carne y cuerpo con cordeles, ortigas y manojos de llaves hasta despedazarlo? *¿Es casi nada* revolcarse entre espinas, sin dejar la menor parte de su cuerpo sin su dolor particular? Pues todo esto era nada para sus deseos, y casi nada para lo mucho que se mortificó toda su vida, en la austeridad que llevaba, y en otras cosas que hay más sensibles en la penitencia interior, aunque no parezcan al exterior.

Si así trataba Teresa su virginal cuerpo é inocente carne, ¿que debíamos nosotros hacer con el nuestro, súcio y manchado con vicios y grandes pecados? «Lo primero que debemos procurar, dice (1), es quitar de nosotras este amor del cuerpo, que no hay poco que hacer aquí, y tan amigas de nuestra salud, que es mucha la guerra que da á monjas y áun á las que no lo son. Aquí poco lugar hay para cuidar del cuerpo con la obra, pero no querria yo lo hubiese con el deseo. Determinaos á morir por Cristo y no á regalaros por Cristo. No falta discrecion en esto, que luego temen los confesores nos hemos de matar con penitencias...» Y si así habla la Santa á unas monjas penitentes, ¿qué diria de los que sólo piensan en delicias y regalos, y jamás se creen satisfechos, aunque junten para su comodidad y servicio cuanto produce la tierra, quitando á los pobres las limosnas que se les deben? ¡Ay Dios mio! ¡Y qué erradas están las ideas de los mundanos! Sin duda piensan que su vida debe ser contraria á la de santa Teresa para salvarse, ó que la penitencia no habla con ellos, aunque haya pecado. ¿Qué diria de los que en su vida ayunan, y quedan muy serenos porque el confesor y el médico les aprueban su idea? Aún hablando de las monjas, no las excusa con la licencia de la Prelada (2), pues dice: «A saber lo interior, quizá no daria la licencia; mas como le informais de la necesidad, y no falta un médico que ayuda, y una amiga que llora, ¿qué ha de hacer la pobre Priora?» Aplíquense esta doctrina los que se creen seguros en no ayunar ni hacer penitencia por semejantes principios.

FRUTO. — Huir las delicias y regalos del mundo y de la carne.

MÁXIMA. — Me enseñó el Señor el grandísimo bien que es pasar trabajos por Él; fué tanto el crecimiento que ví en mi

(1) Cam. de perf., cap. x, n.º 4.

(2) Ibid., n.º 6.

alma de amor de Dios, que esto me hace no poder dejar de desejar trabajos.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día.

LECCION CLIX.

DIA 7 DE JUNIO.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Santa Teresa reune de un modo singular la mortificacion externa con la interna, para enseñarnos el mejor modo de practicarla.

Aunque la penitencia exterior de santa Teresa era muy grande y castigaba su cuerpo mucho más de lo que podian sufrir sus fuerzas y mucho menos que su deseo y la licencia que le daban sus confesores, bien podia servir de ejemplo á los que sin padecer ninguna de las enfermedades gravísimas que la Santa, se creen excusados de toda mortificacion y ayunos. Con todo, no es la penitencia exterior del cuerpo la principal, aunque buena en todos y precisa en los pecadores, porque puede haber exceso ó imposibilidad verdadera para practicarla. Bien es verdad que á Teresa no la detenian sus enfermedades para seguir un rigor continuo, que debe admirarnos aún más que los silicios y disciplinas.

Desde niña la vimos orar y amiga de soledad, luego entrar monja para seguir una vida muy mortificada, y en fin, no contenta con aquel rigor, renovar el espíritu primitivo del Cármen, porque, como el hidrópico, siempre estaba más y más sedienta de mortificarse. Al principio de la Reforma usaban las monjas unas camisas de jerga muy grosera, que era un verdadero silicio, has-

ta que las mandaron que fuera de estameña: su cama era un poco de paja, cuando no era la tierra dura: sus vigiliass continuas sin exceder tres horas de descanso: su comida ordinaria un huevo ó sardina con algunas legumbres: el pan frito en aceite ya era regalo de pocos dias. No bebió santa Teresa jamás vino ni comió carne, sino con mucho mal. Los ayunos eran de casi todo el año, y en este tenor de vida siguió hasta la muerte.

Pero sobre todo esto era mayor su mortificacion interior, pues como ella misma decia: *Era más amiga de apretar en las virtudes que en el rigor*. Su obediencia era el silicio de su entendimiento y voluntad, pues como no tenia otra regla para todas sus obras que la obediencia, ni áun las revelaciones, no podia haber en ella amor propio, que es la ruina del hombre, y la cosa más dura, el sujetar nuestro juicio y querer. Mortificaba su espíritu de curiosidad tan natural al hombre, como dijo á san Pedro Alcántara (1): evitaba las palabras y conversaciones que no eran de Dios, huia el trato de las gentes, y como esto le era de gran pena, lo sufría cuando la obediencia la ocupaba en cosas exteriores, haciendo de esto un acto grande de mortificacion, así como para nosotros lo es de descanso. Dejaba la quietud de la oracion, y áun cedia las mercedes de Dios por la caridad del prójimo. En nada era suya, porque sabia que no está el merecer en el gozar de las mercedes de Dios y quietud propia, sino en padecer y quebrar sus deseos y propia voluntad en todo.

Este tenor de vida y negacion de sus pasiones y de sí misma, era donde más ejercitaba lo que llamamos penitencia ó mortificacion, y sobre lo que decia, que nadie podia presentar excusa por falta de salud ó de fuerzas, pues no necesitan de la accion de cuerpo sino de la del alma, y estos actos son los más aceptos á Dios, los más sensibles á la carne, y los que no pudiendo dañar la salud son propios de todo género de personas.

(1) Tom. II, cart. 11.

Hay quien se cree muy mortificado porque hace alguna penitencia en el cuerpo, pero conserva el alma llena de aficiones, amor propio y pasioncillas. «Donosa manera de buscar á Dios, dice la Santa (1), quererlo á manos llenas y tenernos nuestras aficiones, ya que no procuramos efectuar nuestros deseos, y no acabar de levantarlos de la tierra, y queremos muchas consolaciones espirituales con esto. No viene bien, ni se compadece uno con otro. Ansí porque no acabamos de darnos de junto á Dios, no se nos da por junto este tesoro. Toda la perfeccion está en este desasimiento (2), y abrazarnos con solo el Criador. Con esto ternemos poco que pelear, pues el Señor toma la mano contra los demonios y contra todo el mundo en nuestra defensa.»

Convengamos, pues, en que el hombre debe mortificarse interior y exteriormente, pero que aún es más necesaria la mortificacion del corazon, alma y potencias para quitar los resabios de las personas que presumen de espirituales, sólo porque mortifican el cuerpo. Esta mortificacion sirve poco ó nada, sino hace que nos dominemos en los deseos. Por tanto, la obediencia es mejor que las víctimas y en lo que debemos trabajar con más cuidado, prefiriendo siempre la mortificacion que nos viene por los hombres ó que Dios nos envía á la que nosotros hacemos por capricho y sin sujecion, pues en ésta puede haber sus peligros y daños; mas nunca la hay en mortificar nuestra curiosidad, resentimientos, vanidad y deseos, desasiéndonos de las criaturas, como dice la Santa, y mirando á solo Dios, á lo justo y al bien de nuestras almas y las de los prójimos.

FRUTO. — Mortificar nuestras aficiones y apetitos desordenados.

MÁXIMA. — Donosa manera de buscar á Dios, quererlo á ma-

(1) Vid., cap. xi, n.º 2.

(2) Cam. de perf., cap. viii, n.º 4.

nos llenas y tenernos nuestras aficiones... No viene bien ni se compadece uno con otro.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este dia.

LECCION CLX.

DIA 8 DE JUNIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Trabajos interiores de la Santa muy graves, que pueden y deben consolarnos en las melancolías, desconsuelos y desamparos de los hombres.

Es una materia inagotable la de la paciencia y mortificación que padeció santa Teresa; y en efecto, si en el cuerpo fueron las mayores y más crueles enfermedades y penitencias, fueron sin duda más graves en su alma como de Santa que Dios quería formar á toda prueba. «Acaeciame algunas veces, dice (1), estar con grandísimos trabajos de alma, juntos con tormentos y dolores de cuerpo, y de males tan recios que no me podía valer. Otras veces tenia males corporales más graves, mas como no tenia los del alma, los pasaba con mucha alegría, pero cuando era todo junto, era tan gran trabajo que me apretaba muy mucho. Todas las mercedes que me habia hecho el Señor se me olvidaban, sólo me parecian como de cosa soñada para me dar más pena. Andaba con mil dudas y sospechas, como que no las habia sabido entender, y que bastaba que anduviese engañada sin que engañase á los buenos. Parecíame ser yo tan mala que cuantos males y herejías se habian levantado, me parecia eran por mis pe-

(*) Vid., cap. xxx, n.º 5.

cados. Esta era una humildad falsa que el demonio inventaba para desasosegarme y traerme á desesperacion. Es una invencion del demonio de las más penosas y sutiles y disimuladas. Hame acaecido un dia antes del Corpus, que no me duró sino hasta el dia, que otras dúrannme ocho y quince dias y áun tres semanas, y no sé si más, en especial las Semanas Santas, que solia ser mi regalo de oracion, me coge de presto el entendimiento por cosas tan livianas, que otras veces me reiria de ellas, y queda trabucado el espíritu y el alma aherrojada allí sin ser señora de sí, ni poder pensar otra cosa más que los disparates que ella representa, que casi ni tienen tomo, ni atan ni desatan, sólo para ahogar el alma, y así hame acaecido parecerme que los demonios andan como jugando á la pelota con el alma. No se puede decir lo que en este caso se padece, ella anda á buscar reposo, y permite Dios no le halle; sólo queda siempre la razon del libre albedrío, no clara, sino casi atapados los ojos. La fe está entonces como amortiguada y dormida, como todas las demás virtudes. El amor tan tibio, que si oye hablar de él, escucha y cree como cosa que lo tiene la Iglesia, mas no hay memoria de lo que ha experimentado en sí. Irse á rezar es más congoja, ó estar en soledad, porque el tormento que se siente sin saber de qué, es incomportable; á mí me parece un poco de traslado del infierno. Una vez estando así, fui á leer una vida de un Santo para ver si me embeberia, y para consolarme de lo que él padeció; y leí cuatro ó cinco veces otros tantos renglones, y con ser romance, menos entendia de ellos á la postre que al principio, y así lo dejé: esto me acaecia muchas veces. Tener, pues, conversacion con nadie es peor, porque un espíritu tan disgustado de ira pone el demonio, que parece á todos me querria comer, sin poder hacer más, y algo se hace en irse á la mano. Pues ir al confesor: permitia el Señor me riñeran con tal aspereza, que despues ellos mismos se espantaban, y me decian no estaba en su mano, y aunque otras veces estaba para sufrirlo, en éstas me era tormento.»

Estos trabajos, que sólo los conocerá quien los haya

sufrido, son mucho mayores que todas las penitencias corporales, pero Dios las permite para purificar el alma como en un crisol, dice la misma Santa, y lo compensa con grandes mercedes, como veremos. Mucho de esto se ve en personas espirituales; y en lo que se llama hipochondría ó melancolía se ve un diseño de lo que probaba santa Teresa, pues como nó lo causaba sólo el humor, sino la voluntad de Dios, que queria probarla en todo, sin duda era mucho más terrible que lo que nos sucede. Tengámoslo presente, y nos servirá de consuelo en nuestras desazones, para no caer de ánimo, procurando que la voluntad esté firme, pues como nos advierte la misma, siempre queda la razon del libre albedrío, aunque no clara, y Dios que nos tiene de su mano. No, no hay que buscar aquí consuelo en criaturas, sino en la paciencia y en Dios, y en los Sacramentos, como nos dice la Santa, que la eran el único y eficaz remedio para ver la luz del sol.

FRUTO. — En nuestras sequedades, desazones y contratiempos, no caer de ánimo, procurando que la voluntad esté firme.

MÁXIMA. — ¿Qué es esto, Señor, que para todo somos cobardes, sino es para contra Vos?

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día.

LECCION CLXI.

DIA 9 DE JUNIO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Comienza la Santa á dar remedios para estos trabajos interiores y de melancolía, y mejores y más eficaces que los que dan los médicos.

La relacion que santa Teresa hace de sus trabajos interiores es de las más enérgicas que supieron formar los corazones más afligidos. En estas penas parece se conjuraban contra la Santa el cielo, la tierra y los demonios, no sólo por el humor melancólico, sino por los artificios del enemigo comun, las reprensiones de los confesores, los desvíos de las criaturas, los trabajos y enfermedades, y hasta el mismo Dios, porque todos aumentaban su pena: su memoria olvidaba los beneficios, su entendimiento tenia sus ojos atapados, y su voluntad estaba como envuelta en cenizas frias. Mas como Dios á un tiempo hiere y cura, la previno los remedios que ella misma nos dice por estas palabras (1): «Algunas veces, y casi de ordinario, en acabando de comulgar descansaba, y aún algunas sólo en llegando al Sacramento, quedaba tan buena, alma y cuerpo, que yo me espanto. No parece sino que en un punto se deshacian las nieblas, y salido el sol (esto es, comulgando), conocia la alma las tonterías en que habia estado. Otras veces con una sola palabra que me decia el Señor: *No estés fatigada; no hayas miedo*, quedaba del todo sana. Quejábame al Señor como consentia que padeciese tantos tormentos; mas era bien pagado, porque siempre eran despues en gran abundancia las mercedes, y sale el alma del crisol de estas penas

(1) Vid., cap. xxx, n.º 10.

como el oro más afinado, y así se desean volver á padecer, y parecen pequeños todos los trabajos.»

Otro remedio insinúa poco más adelante, y en ocasiones de hallarse como imposibilitada de pensar cosa buena, ni aún desear, sino un alma y cuerpo del todo inútil y pesado. Para estos casos, que son muy frecuentes, dice: «Procuraba hacer buenas obras exteriores, para ocuparme como medio por fuerza: conozco bien lo poco que es un alma, cuando se esconde la gracia; pero esto no me daba mucha pena, porque este ver mi bajeza me daba alguna satisfaccion.»

«Estas ocupaciones exteriores, dice la Santa en el fin del capítulo, eran de que viendo no soy para más, me ocupo en poner ramitos y flores á imágenes, en barrer ó en poner un oratorio (curioso), ó en unas cositas tan bajas, que me hacia confusion. No tienen poco trabajo las ánimas, á quien Dios da este fuego de amor en abundancia, y les falta fuerzas para hacer algo por El. Es una pena bien grande, porque como les faltan fuerzas para echar alguna leña en este fuego, y ella muere, pareceme que ella entre sí se consume y hace ceniza, y se deshace en lágrimas, y se quema, y es harto tormento, aunque sabroso.»

Si los hombres estuvieran dispuestos á recibir y practicar estas medicinas que tan sábia Maestra da para los tiempos de tribulacion, sin duda se aliviarían los males de la humanidad muy considerablemente. Recopilemos, pues, aquí las medicinas y remedios que nos da santa Teresa para conservarlas en la memoria, porque no se hallan en los libros de medicina. La primera es la frecuencia de Sacramentos y más de la Eucaristía. ¿Cuándo debemos acudir más á Dios, que cuando nos faltan las criaturas y las fuerzas? ¿Y con qué fin su sábia providencia nos pone en este estado de desolacion natural, sino para que reconozcamos nuestra dependencia de Dios? ¿No vemos como la Santa solo hablaba el remedio en la comunión? Pues si nosotros tomamos por pretexto para no hacer cosa alguna de cristianos la enfermedad, disgusto y pesadez, ¿de quién esperamos el consuelo? Parece al enfermo que recibir los

Sacramentos es echar en sí el sello de la muerte, y por esto, ó mueren sin ellos, ó los reciben cuando les falta el conocimiento; pues á Teresa la daba la vida, el gozo y alegría. Así vimos que acabado de fundar el Convento de Avila tuvo una obscuridad y afliccion interna muy grande, y sólo con llegar á la comunión, ó ponerse delante del Santísimo Sacramento, se le quitó todo. Así lo debemos hacer en ocasiones semejantes, que si acudimos á Jesús sacramentado, aunque un poco nos deje penar, nos lo pagará bien con muchos favores como á la Santa. El segundo remedio es ocuparnos en obras exteriores que sean buenas y dirigidas á Dios y su culto. Es cierto que á veces no estamos para rezar ni para orar, ni para hacer penitencias, ¿pero quién nos quita el cuidar de los pobres, visitar enfermos, hacer limosnas, ó cuidar de una imágen, del aseo y devoción? Todo esto parece nada, y lo es para lo mucho que debemos á Dios, pero esta misma confusion que sentia la Santa, la daba fuerzas y consolaba. No, no nos desdeñemos de estos actos, que los pagará muy bien el Señor, como al que da un vaso de agua fria por su amor.

FRUTO. — Buscar en la Comunión el principal remedio de nuestras aflicciones.

MÁXIMA. — Algunas veces, y casi de ordinario, en acabando de comulgar descansaba, y aún algunas sólo en llegando al Sacramento, quedaba tan buena, alma y cuerpo, que yo me espanto.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadados de los que mueren en este día.

LECCION CLXII.

DIA 10 DE JUNIO.

ORACION. — ¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Continúa la Santa sus trabajos interiores y sus remedios, que sin duda podrán sernos muy útiles en estado semejante.

Es muy notable ver como la Santa descende hasta los movimientos más mínimos del corazón humano y trabajos del ánima. En esto sin duda profundizó más santa Teresa que todos los médicos del mundo. Continúa, pues, descubriendo estas enfermedades del espíritu, diciendo (1): «Otras veces me hallo que tampoco cosa formada puedo pensar de Dios, ni de bien que vaya con asiento, ni tener oracion, aunque esté en soledad. El entendimiento é imaginacion es lo que aquí me daña, que la voluntad buena está, y dispuesta para todo bien, mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso, que nadie le puede atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un Credo. Algunas veces me rio, y conozco mi miseria, y estóyle mirando, y déjole á ver que hace, pero nunca por maravilla se va á cosa mala, sino indiferente, si algo hay que hacer aquí y allí, y acullá. Entonces conozco (y saco este bien) la gran merced que me hace el Señor cuando tiene atado este loco; he lástima al alma de verla en tan mala compañía (del entendimiento). Esto pasa muchas veces, y veo que mucho contribuye la poca salud corporal. Otras veces me da una bobería de alma, que ni bien ni mal me parece que hago, sino andar al hilo de la gente, como dicen, ni con pena ni gloria, ni placer, ni pesar, parece que nada se siente. Anda el alma como un asnillo

(1) Vid., cap. xxx, n.º 44.

que paze y se sustenta, porque le dan de comer, y come casi sin sentirlo.

«Acuérdome mucho del daño que nos hizo el primer pecado, pues de aquí parece nos vino ser incapaces de gozar tanto bien, y deben ser los míos, que si yo no hubiera tenido tantos, estuviera más entera en el bien. Pasé tambien otro gran trabajo, que como todos los libros de oracion que leía, me parecia entenderlos, y que Dios me habia dado aquello, que no los habia menester, y así no los leía, sino vidas de Santos; parecíame despues poca humildad pensar yo habia llegado á tener aquella oracion, y como no podia acabar conmigo otra cosa, dábame mucha pena, hasta que letrados y el bendito Fr. Pedro Alcántara me dijeron no se me diese nada.»

No serán pocas almas espirituales las que aquí se hallarán retratadas por santa Teresa; mas sobre las medicinas y consuelos que nos dió en la leccion antecedente, podemos añadir otras no menos útiles y eficaces. Sea la primera, que no nos espantemos de la locura de nuestro entendimiento, que no podemos sujetar muchas veces en la oracion y ejercicios espirituales, pues santa Teresa á veces no lo podia tener quieto un Credo: pero tomemos su remedio, que es no inquietarse por ello, sino aprovecharse de la voluntad, para amar á Dios y tenerla fija en él. Esto parece difícil, mas no lo es, si advertimos la conducta de santa Teresa. Se reía de los disparates de su imaginacion, se estaba mirando como andaba como loco, sin fijarse en cosa alguna, y de aquí sacaba el conocimiento de la bondad de Dios, que otras veces lo sujetaba. Así por una parte sacaba una profunda humildad, conociendo su miseria; por otra daba gracias al Señor de sus beneficios, y quedaba con la voluntad fija en su Esposo, dejando al entendimiento como á un loco. Tenia la fortuna de que no se iba á cosas malas, y si á nosotros se nos va á ellas, es preciso atarlo, y cuando menos separar la voluntad, la aficion y el consentimiento. Tambien nos enseña que estas cosas no siempre nacen del demonio, sino muchas veces de la poca salud y disposicion fatal de nuestros cuèrpos. A esto tambien

alude, cuando recuerda la Santa el pecado original, que por una parte nos introdujo la muerte y enfermedades corporales, y por otra dió más riendas á la concupiscencia, y por lo mismo á las enfermedades interiores del espíritu. Ello es bien cierto lo que dice santa Teresa: *Que si no tuviéramos tantos pecados, estuviéramos más enteros en el bien.* Mucho contribuyen éstos á los remordimientos, que suelen producir negros vapores que turban el alma, porque aunque unas veces los permite Dios á los justos como Teresa, otras veces son efectos naturales del vicio y de la pasion. Volvamos, pues, en estos casos nuestros ojos á Dios: si hemos pecado, suframos estas penas interiores como castigo, purifiquémonos como el oro en el crisol, y si nuestra vida ha sido inocente, tomémoslos como prueba que Dios hace de nosotros, y quiere que por este medio ganemos el premio.

FRUTO. — No inquietarnos por nuestras distracciones en la oracion, sino aprovecharnos de la voluntad para amar á Dios y tenerla fija en Él.

MÁXIMA. — Si no tuviéramos tantos pecados, estuviéramos más enteros en el bien.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadados de los que mueren en este dia.

LECCION CLXIII.

DIA 11 DE JUNIO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Avisos admirables de santa Teresa para los tímidos y escrupulosos, y medios para caminar entre el temor y esperanza con seguridad.

Insinuados los trabajos interiores de santa Teresa, que en la realidad son los mayores y más comunes que experimentan los hombres en todo estado, debemos continuar los documentos y avisos que da á sus hijos é hijas sobre esta materia tan necesaria y tan delicada. «En tiempo de tristeza y turbacion, dice (1), no dejes las buenas obras que solias hacer de oracion y penitencia, porque el demonio procura inquietarte para que las dejes; antes tengas más que solias, y verás cuán presto el Señor te favorece. «Guardaos, hijas, dice (2), de unas humildades que pone el demonio con grande inquietud, de la gravedad de los pecados que aprietan hasta apartarse de las comuniones y oracion, por no lo merecer, y en ver si se aparejan ó no para comulgar bien, se les va el tiempo. Llega la cosa á término de parecer al alma, que por ser tal, la tiene Dios tan dejada, que casi pone duda en su misericordia. Todo le parece peligro lo que trata, y sin fruto lo que le sirve, por bueno que sea, y dale una desconfianza que se le caen los brazos para hacer ningun bien. Mirad, hijas, esto muy bien, porque alguna vez podrá ser humildad, y otras grandísima tentacion, porque yo he pasado por ella, la conozco. La humildad (cuando es virtud) no inquieta ni alborota el alma; por grande que sea, viene

(1) Aviso 65.

(2) Cam. de perf., cap. xxxix, n.º 1.

con paz, regalo y sosiego. Aunque uno entienda que es ruin, que merece el infierno, que se aflija, conozca la deben aborrecer, y casi no ose pedir misericordia; si es buena humildad, viene con una suavidad en sí, y contento, que no quisiera verse sin ella; no aprieta, antes dilata para servir á Dios. Estotra pena todo lo turba, alborota y revuelve al alma, y es muy penosa. Creo pretende el demonio que pensemos tenemos humildad, y á revueltas, que desconfiemos de Dios. Cuando así os hallárades, atajad el pensamiento de vuestra miseria, y ponedlo en la misericordia de Dios, en lo que nos ama y padeció por nosotros. Y si es tentacion, aún esto no podréis hacer; harto será, si conoceis que es tentacion. Lo mismo es en penitencias desconcertadas, para hacernos entender el demonio, que somos más penitentes que las otras, y que haceis algo. Si os andais escondiendo del confesor ó Prelado, ó si diciéndoos que la dejeis no lo haceis, es clara tentacion: procurad aunque más pena os dé, obedecer, pues en esto está la mayor perfeccion.

Mas como de lo dicho aquí por la Santa podia alguno confiar demasiado, añade: «Pone el demonio otra tentacion que es seguridad de que no tornaremos á caer, porque ya tenemos entendido que todo se acaba. Si esto es á los principios, es muy mala tentacion, porque esta seguridad nos hace poner en peligro y ocasion, y hácenos dar de ojos, y plega á Dios no sea peor la recaída, porque el demonio ve lo mucho que le va en que no torne á levantarse: así nunca andeis tan seguras, que dejeis de temer que podeis tornar á caer, y guardaos de las ocasiones.»

¡Qué doctrina tan excelente y de tanto tino para los escrúpulos y temores de los que andan apretados en el alma! Los más de los Directores no hacen más en estos casos que ensanchar la misericordia de Dios, pero santa Teresa, como maestra bien experimentada, examina la causa y efectos de estas penas interiores. Si las ve que no desasosiegan, lo mira todo como humildad verdadera y temor justo, porque no es menos mala la desconfianza que la nimia seguridad. Camina entre estos dos

escollos, y por lo mismo no debe evitar el uno cayendo en el otro, y así toma el medio seguro de caminar confiada la alma en la misericordia de Dios y desconfiada de su miseria, para que no cese de clamar al cielo, ni se exponga á los peligros. Para todo da sus remedios: á los confesores les enseña el medio de conocer si es tentacion ó don del cielo, si deben fomentar esta que parece humildad, ó detenerla: á los afligidos les enseña hasta donde debe llegar esta humildad y desconfianza, que es hasta persuadirnos que nada podemos con nuestra gran miseria, pero que con la gracia de Dios lo podemos todo, y que tenemos prendas bien seguras de su amor hácia nosotros y de su poder. Insiste para estos casos en que consultemos y obedezcamos al confesor, y descansenos en la misericordia divina. Acudir á Dios, esperar, confiar en Él, desconfiar de nosotros, estos son los remedios para estos temores de conciencia que tanto afligen las almas tímidas.

FRUTO. — En tiempo de tristeza y turbacion no dejes las buenas obras que solias hacer de oracion y penitencia, porque el demonio procura inquietarte para que las dejes, antes tengas más que solias, y verás cuán presto el Señor te favorece.

MÁXIMA. — Llega (á veces la turbacion á término de parecer) al alma, que por ser ruin, la tiene Dios tan dejada que casi pone duda en su misericordia... Cuando así os halláredes, atajad el pensamiento de vuestra miseria y ponedlo en la misericordia de Dios, en lo que nos ama y padeció por nosotros.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadados de los que mueren este día.

LECCION CLXIV.

DIA 12 DE JUNIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Santa Teresa, para calmar el temor de las almas, porque el mundo pinta como peligroso el camino de la virtud, y los engaños del demonio, nos dice el bien que podemos sacar de la censura de los mundanos.

Conocía bien santa Teresa que estos temores del alma eran una muy grave tentacion, y una afliccion tan grande para muchos, que los detenía en la virtud ó en su entrada, y los volvía atrás. Por esto exclama de este modo (1): «Pues, Padre Eterno, ¿qué hemos de hacer sino acudir á Vos, y suplicaros no nos traigan estos contrarios nuestros en tentacion? Cosas públicas vengan, que con vuestro favor mejor nos librarémos; mas esas traiciones (de los escrúpulos) ¿quién las entenderá? ¡Dios mio! siempre hemos menester pedirnos remedio; decidnos, Señor, alguna cosa, para que nos entendamos y aseguremos. Ya sabéis que por este camino no van los muchos, y si han de ir con tantos miedos, irán muy menos.»

Esto decía la Santa por los muchos temores que varios la pusieron, diciéndola que algunos se habían perdido por este camino de la oracion, y parado en la Inquisicion, y por lo mismo continúa diciendo: «Cosa extraña es esta, como si los que no van por camino de oracion no los téntase el demonio, y que se espanten más todos de uno que engaña de los allegados á perfeccion, que de cien mil que ven en engaños y pecados públicos, que no hay que andar á mirar si es bueno ó

(1) Cam. de perf., cap. xxxix, n.º 5.

malo (como en los que van por oracion) porque de mil leguas se entiende. Mas, á la verdad, tiene razon (el mundo), porque son tan poquísimos los engañados por aquí, como que de cosa nueva y no usada causa admiracion ver engañado uno. Es cosa propia de los mortales pasar fácilmente por lo que ven de contino, sin reflexionar en ello; pero se espantan mucho de lo que ven muy pocas veces ó casi ninguna. Los mismos demonios los hacen espantar, porque les está á estos bien, á causa de que pierden muchos por uno que se llega á la perfeccion (y así hacen que se hable tanto en el mundo, cuando cae algun Santo, ó religioso, ó espiritual, para que no entren en camino que les parece lleno de peligros, y atapa los mayores males, pecados y excesos que diariamente se cometen por tantos en el mundo). Digo que es tan de espantar, que no me maravillo se espanten los del mundo, porque si no es por su culpa, van tanto más seguros los buenos que los malos que están en el mundo, como los que están en el cadalso mirando al toro, ó los que andan poniéndose en los cuernos. Esta comparacion he oido, y paréceme al pié de la letra. No hayais miedo, hermanas, de ir por estos caminos, que son más seguros que los del mundo; mas aina (esto es, seguramente) os libraréis mejor de las tentaciones estando cerca del Señor que estando léjos.»

No es poco necesaria y útil esta doctrina de santa Teresa para el día, porque aunque siempre ha sido uno el mundo y el demonio, pero ahora quizá más que nunca se hace mucha batería á los virtuosos con las caídas y escándalos que se ven. Es muy cierto lo que dice la Santa, que se hace mayor la nota y el escándalo cuando cae un justo, ó que parecia tal, por lo mismo que no es tan comun el mal en ciertos estados que profesan santidad, porque cuando este se hace general, y los vicios son muy frecuentes, ya no causa admiracion, porque esta es de las cosas raras, y no de lo que se ve todos los dias. Lo que sí puede causarla es, que se hagan censores unos hombres profanos y corrompidos, en los que no se ven sino las pasiones más viciosas y groseras, y la menor entre ellas es la que censuran con más

amargura en un pobre infeliz que se desvia del camino de la salud. Mas aún esto mismo lo convierte en bien santa Teresa, pues dice que el mundo en esto hace justicia, y sirve para que nos guardemos más de sus mañas, y no confiemos en sus alabanzas, porque nada perdona á los que no se entregan públicamente á sus banderas. Al fin, el bueno de todo saca bien, como el malo mal, y así lo que importa es no dar materia de censura á nadie, y dejar correr los murmuradores, que sin duda en el juicio de Dios se les juzgará segun sus obras propias, y con la medida y regla que ellos juzgaron á los demás, y entre tanto meditar mucho estos avisos de la Santa: *Jamás de nadie oigas ni digas mal, sino de tí mesmo, y cuando holgares de esto, vas bien aprovechando. No pienses faltas ajenas, sino de sus virtudes y tus propias faltas* (1). Observemos estas sentencias tan sólidas, y así aprovecharemos en las virtudes, y caminando con humildad irémos mucho más seguros por el camino de la virtud que por el del mundo.

FRUTO. — Despreciar los dichos y murmuraciones que el mundo prodiga á los que quieren entrar en camino de virtud.

MÁXIMA. — No hayais miedo de ir por estos caminos (de virtud y oracion), que son más seguros que los del mundo; mas aún os libraréis mejor de las tentaciones estando cerca del Señor que estando lejos.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día.

(1) Avisos 22 y 28.

LECCION CLXV.

DIA 13 DE JUNIO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Continúa la Santa los remedios para los muy tímidos, enseñando cuál debe ser el amor, y por donde se conocerá que es verdadero, como se necesita para caminar sin tanto peligro.

Habiendo enseñado santa Teresa á vencer el vano temor del mundo, que se encarniza contra todo lo que es virtud, sólo por ver la caída ó hipocresía de uno, pasa más adelante, ensanchando el corazón de los escrupulosos, cuya nimiedad les hace detener y no caminar adelante en la virtud por sus vanos temores. Y como esta sea una cruz interior muy grave, y no menos difícil de curar, debemos oír las palabras de la Santa, cuya sabiduría infusa supo cortar el vano temor que tanto daña á los que lo tienen, y á los demás que suelen censurar, sin tocar el verdadero temor de Dios, que es justo no abandonar jamás. «Pues, buen Maestro mio, exclama la Santa á su Dios (1), dadnos algun remedio como vivir sin mucho sobresalto en guerra tan peligrosa. El que podemos tener, hijas, y nos dió Su Majestad es *amor* y *temor*, pues el *amor* nos hará apresurar los pasos, y el *temor* nos hará ir mirando donde ponemos los piés, para no caer en camino donde hay tanto en que tropezar, y con esto á buen seguro no seamos engañadas. Diréisme que como veréis que teneis estas virtudes tan grandes, y teneis razon, porque cosa muy cierta y determinada no la puede haber, pues si lo tuviéramos de que tenemos *amor*, lo estaríamos de que estamos en gracia. Mas mirad: hay unas señales que

(1) Cam. de perf., cap. XL y XLI.

parece las ven los ciegos, no están secretas, aunque no queráis entenderlas, ellas dan voces que hacen mucho ruido, y así se señalan más. Como quien no dice nada; *amor y temor de Dios* son estos dos castillos fuertes de donde se da guerra al mundo y á los demonios. Los que de veras aman á Dios (esta es la señal), todo lo bueno aman; todo lo bueno quieren; todo lo bueno favorecen; todo lo bueno loan; con los buenos se juntan siempre, y los favorecen y defienden; no aman sino verdades y cosas que sean dignas de amar. Meditad si teneis estas señales, y sabréis si amais ó no amais de veras á Dios. ¿Pensáis que es posible, los que muy de veras aman á Dios, amar vanidades, ni riquezas, ni cosas del mundo, ni deleites, ni honras? Ni tienen contiendas, ni andan con envidias todo, porque no pretenden otra cosa sino contentar al mundo; andan muriendo porque los ame, y así ponen la vida en entender como le agradarán más. Que el *amor de Dios, si es de veras amor*, es imposible esté muy encubierto; sino mirad un san Pablo, una Magdalena: en tres días el uno comenzó á entenderse que estaba enfermo de amor, la Magdalena desde el primer día, ¿y cuán bien entendido? Si es poco, dase á entender poco el amor: si es mucho, mucho; mas poco ó mucho, como haya amor de Dios, siempre se entiende. Si en los contemplativos no es grande este amor, anden con gran recelo, crean que tienen bien que temer, hagan oraciones, anden con humildad, y supliquen al Señor no los traiga en tentación, pues si no hay esta señal (de amor), yo temo que andamos en ella, mas andando en humildad, procurando saber la verdad, sujetas al confesor y tratando con él con toda verdad y llaneza, fiel es el Señor, y sino andais con malicia ó con soberbia; con lo que el demonio piense daros la muerte, os dará la vida, aunque más cocos é ilusiones os quiera hacer. Mas si sentís este amor de Dios, y el temor que diré, andad alegres y quietas, que por turbaros el alma para que no goze tales bienes, el demonio os pondrá mil temores falsos y hará que otros os los pongan, porque ya que no puede ganaros, procura que perdaís. No es poco lo que

gana el demonio con esto, pues hace dos daños: el uno atemorizar á los que lo oyen de llegarse á la oracion, pensando ser engañados; el otro, que se llegarían muchos más á Dios, viendo que es tan bueno como he dicho, que es posible comunicarse tanto á los pecadores.»

Meditemos con mucho cuidado cuanto aquí nos dice santa Teresa para quitar vanos temores, mas no para andar descuidados. No pone por señales de virtud, ni el retiro, ni la oracion, ni el silencio, ni el mucho rezar, sino sólo el amor de Dios. Mas como este puede ser de palabra y de obra, advirtamos las condiciones que pide en el amor verdadero de Dios, que son primero amar todo lo bueno, loarlo y favorecerlo. Segundo, no amar sino la *verdad*, esto es, no vivir con artificio é hipocresía, sino con sencillez y llaneza. Tercero, aborrecer las vanidades, riquezas y cosas del mundo, como houras y deleites. Cuarto, no tener contiendas ni envidias jamás. Esto es lo mismo que dice san Pablo: «La caridad es paciente, benigna, cortés, amable, que no piensa ni hace mal, no es vana ni envidiosa. Procuremos radicar, pues, este amor de Dios en nuestro corazon, y andaremos seguros entre los peligros.

FRUTO. — Amar todo lo bueno, loarlo y favorecerlo.

MÁXIMA. — El remedio que podemos tener (en las tentaciones y vanos temores) y nos dió Su Majestad, es amor y temor, pues el amor nos hará apresurar los pasos y el temor nos hará ir mirando donde ponemos los piés para no caer en camino donde hay tanto en que tropezar.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día.

LECCION CLXVI.

DIA 14 DE JUNIO.

ORACION.—;Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Acaba santa Teresa de hablar del verdadero amor de Dios, inspirándonos la confianza del justo que va á ser juzgado por su amigo, y el temor del malo, que sólo ve un Juez severo, el infierno y la nada del mundo.

Mucho más dice la Santa de este *amor de Dios verdadero*, que no puede encubrirse, como no se encubre el que tiene á las criaturas. Pero ¿qué cosa tan diferente debe ser el uno del otro? Plega á Su Majestad nos le dé á entender en esta vida, porque será gran cosa al morir ver que vamos á ser juzgadas de quien habemos amado sobre todas las cosas. Seguras irémos con el pleito de nuestras deudas, no será ir á tierra extraña sino propia, pues es á la de quien tanto amamos y nos ama, que esto tiene de mejor que los quereres de acá, que en amándole estamos bien seguras que nos ama.

«Acordaos, hermanas mias, aquí de la ganancia que trae este amor consigo, y de la pérdida que es no tenerlo, pues nos pone en manos del tentador, en manos tan crueles, manos tan enemigas de todo bien y tan amigas de todo mal. ¿Qué será de la pobre alma que acabada de salir de tales dolores y trabajos, como son los de la muerte, cae luego en ellas? ¿Qué mal descanso le viene! ¿Qué despedazada irá al infierno! ¿Qué multitud de serpientes de diferentes maneras! ¿Qué temeroso lugar! ¿Qué desventuroso hospedaje! Pues si para una mala noche se sufre tan mal una mala posada, si es persona regalada, que son las más que deben ir al infierno; pues posada para siempre sin fin, ¿qué pensais

sentirá aquella triste alma? No queramos, pues, regalos, hijas mías: bien estamos aquí (en el convento): todo es una noche la mala posada; alabemos á Dios, esforcémosnos á hacer penitencia en esta vida. Mas ¡qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene hecha, y no ha de ir al purgatorio! ¡Cómo desde acá aún podría ser que comience á gozar de la gloria! No verá en sí temor, sino toda paz: y el no llegar á esto siendo posible, gran cobardía será; supliquemos á Dios, si vamos luego á recibir penas, sea á donde con esperanza de salir de ellas las llevemos de buena gana y á donde no perdamos su amistad y gracia, y que nos las dé en esta vida para no andar en tentacion sin que lo entendamos.

«¡Oh Señor mio! dadme Vos este amor; no vaya yo de esta vida hasta que no quiera cosa de ella, ni sepa qué cosa es amar fuera de Vos, ni acierte á poner ese nombre en nadie, pues todo es falso, porque lo es el fundamento, y así no durará el edificio: no sé por qué nos espantamos cuando oigo decir: aquel me pagó mal, este otro no me quiere; yo me rio entre mí. ¿Qué os ha de pagar, ni qué os ha de querer? En esto vereis quien es el mundo; y que en ese mismo amor os da despues el castigo; y eso es lo que os deshace, porque siente mucho la voluntad de que la hayais traido embebida en juego de niños. Cosa tan baja como éstas del mundo no merece nombre de amor, porque se funda en no nada, y es asco poner estas comparaciones. El amor de Dios siempre va creciendo, teniendo tanto que amar, que no ve cosa para dejar de amar y tantas causas de amar. Fundado sobre tal cimiento, como es ser pagado con otro amor, ya no puede dudar de él por estar mostrado tan al descubierto con tan grandes dolores y trabajos y derramamiento de sangre hasta perder la vida, porque no nos quedase ninguna duda de este amor. No me he alargado (concluye) tanto como quisiera, porque es cosa sabrosa hablar con tal amor, ¿qué será tenerle?»

No necesita esta exhortacion de reflexiones para encendernos en el amor verdadero, ni debe parecer mal

que repitamos algunas de estas cosas en esta obra, porque aún así no encenderán nuestros frios corazones. Pero siquiera notemos dos cosas. Primera: cómo nos pone al fin de la vida, que es donde más se conocen las sólidas verdades. ¡Cómo distingue la causa y sentencia del que amó á Dios y del que no le amó! El primero tiene por juez á un padre y amigo que dió su vida por él; el segundo á un Dios irritado de su ingratitud. Segundo: cómo nos abre los ojos hácia la eternidad, en que se conocen las cosas como son. Que esta vida es un soplo y una mala noche en posada, y así nos anima á pasarla para llegar á la patria y gloria eterna. A vista de ésta se ve la *no nada*, que es el amor de carne y criaturas, y como sólo Dios es digno de ser amado, y no hacer caso de que nos quieran ó no quieran, como cosa de juego de niños.

FRUTO. — No poner nuestro corazon en cosa del mundo, sino en el Criador, pues cosa tan baja como estas del mundo no merecen nombre de amor, porque se fundan en no nada.

MÁXIMA. — No sé por qué nos espantamos cuando oigo decir: aquel me pagó mal, este otro no me quiere: yo me rio entre mí. ¡Qué os ha de pagar, ni qué os ha de querer! En esto veréis quién es el mundo, y que en ese mesmo amor os da despues el castigo.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este dia.

LECCION CLXVII.

DIA 15 DE JUNIO.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Antes de dar remedio á los escrupulosos, trata la Santa de cómo debe radicarse el santo temor de Dios aún en faltas leves de pensado, para que no se abuse de la doctrina y remedio que da á los tímidos.

Vengamos ahora al temor de Dios (que es lo segundo que importa tener presente para los tímidos y escrupulosos, que son con los que habla la Santa). «Vengamos, dice (1), al temor de Dios, aunque se me hace de mal no hablar en este amor del mundo un rato, porque os librárades dél para siempre, mas porque salgo de propósito lo habré de dejar. El temor de Dios es cosa tambien muy conocida de quien le tiene y de los que le tratan, porque aunque no sea grande en el principio, desde luego se apartan de los pecados y ocasiones y malas compañías, y aunque crezca mucho el amor, jamás dejan de temer el pecado, ni andan descuidados. Por ningun interés harán un pecado venial de advertencia, los mortales temen como el fuego. Este temor deseo no se quite jamás de vosotras, y esto importa mucho en los principios hasta estar bien determinadas de perder mil vidas antes de cometer un pecado mortal, y mucho cuidado de los veniales de advertencia, que de otra manera, ¿quién está sin ellos? Mas hay una advertencia muy pensada, y otra tan de presto, que casi haciéndose el pecado venial y advirtiéndose, es todo uno, que no nos podemos entender. Mas pecado muy de advertencia, por muy chico que sea, Dios nos libre de él, que yo no sé como tenemos tanto atre-

(1) Cam. de perf., cap. xli, n.º 2.

vimiento, como es ir contra un tan gran Señor, aunque sea en muy poca cosa, cuanto más que no hay poco, siendo contra una tan gran Majestad, y viendo que nos está mirando, que esto me parece á mí es pecado sobre pensado, y como quien dice: Señor, aunque os pese, haré esto; ya veo que lo veis, y sé que nó lo queréis y lo entiendo; mas quiero más seguir mi antojo y apetito que no vuestra voluntad. ¿Y qué en cosa de esta suerte hay poco? A mí no me parece leve la culpa, sino mucha y muy mucha. Mirad por amor de Dios, si quereis ganar este temor de Dios, que va mucho en entender cuán grave cosa es ofensa de Dios, y tratarlo en vuestros pensamientos muy de ordinario, que nos va la vida, y mucho más tener arraigada esta virtud en nuestras almas, y hasta que la tengais, es menester andar siempre con mucho cuidado, y apartaros de todas las ocasiones y compañías que no nos ayuden á llegarnos más á Dios. Tened gran cuenta con todo lo que hacemos para doblar en ello vuestra voluntad y cuenta con lo que se hablare que vaya con edificación; huir de donde hubiere pláticas que no sean de Dios.

«Se necesita mucho para arraigar y que quede impreso este temor de Dios, aunque si de veras hay *amor de Dios*, presto se cobra; mas en teniendo el alma visto en sí con gran determinacion, que por cosa criada no hará una ofensa á Dios, aunque despues se caiga alguna vez, porque somos flacos y no hay que fiar de nosotros, no se desanime, sino procure luego pedir perdón. Cuando esto que he dicho entendamos de nosotras, no es menester andar tan encogidas ni apretadas, que el Señor nos favorecerá, y ya la costumbre nos será ayuda para no ofenderlo, sino andar con una santa libertad, tratando con quien fuere justo, aunque sean personas distraidas, porque las que antes de tener este santo temor os eran tósigo y veneno y ayuda para matar el alma, muchas veces os la darán despues para amar á Dios y alabarle, porque os libró de aquello que veis ser notorio peligro. Y si antes ayudásteis á su flaqueza, ahora lo seréis para que se vayan á la

mano en ellas, por estar delante de Vos, que sin querer hacer honra, acaece esto de recatarse los malos delante de los buenos para no hacer el mal.»

No extrañemos que la Santa insista tanto en el temor de Dios y en el cuidado de no perderlo de vista jamás, porque la doctrina que sigue y en la que nos dice no andemos encogidos ni apretados, sino con santa libertad, tratando con quien fuere justo, aunque sean personas distraídas, podían inducir á algun peligro, si esta doctrina la mirásemos separada de lo demás. Y así, notemos bien que para la Santa no hay pecado leve, como sea de advertencia muy pensada, y que sólo cuando se está en esta resolución de no hacer nada malo de advertencia, es para cuando da la doctrina de andar con santa libertad. Entre tanto que llegamos á este estado, meditemos con temor cuán graves son todas las culpas que se hacen contra Dios de pensado, por pequeñas que nos parezcan y sus fatales consecuencias. El principio de la sabiduría santa es este temor santo de Dios.

FRUTO. — Estar bien determinados de perder mil vidas antes de cometer un pecado mortal, y mucho cuidado de los veniales de advertencia.

MÁXIMA. — En teniendo el alma visto en sí con gran determinación, que por cosa criada no hará una ofensa á Dios, aunque despues se caiga alguna vez, porque somos flacos y no hay que fiar de nosotros, no se desanime, sino procure luego pedir perdón.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este dia.

LECCION CLXVIII.

DIA 16 DE JUNIO.

ORACION. — ¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Doctrina admirable para los tímidos y escrupulosos, que nos hace formar la más noble idea de Dios y de la virtud, para seguirla sin temor, y con mucha alegría y santa libertad.

Después de haber explicado la Santa el *amor y temor*, que son el fundamento de toda virtud y la regla que no debe olvidarse para lo que resta que decir, con el objeto de que los escrupulosos vivan sin tanta pena, pasa á decir la conducta exterior que deben observar en sus acciones y en los juicios que suelen formar sobre los demás, que es donde más los engaña su imprudente zelo. Esta doctrina es principalmente para gente espiritual, aunque todos hallarán que aprender, pues la Santa habla con los que en verdad son justos y andan afligidos con estas cruces interiores. A estos, pues, dice (1): «No os apreteis con escrúpulos, porque si el alma se comienza á encoger es muy mala cosa para todo lo bueno, y á las veces da en ser escrupulosa, y veisla aquí inhabilitada para sí y para los otros. Ya que no dé en esto, será buena para sí, mas no llegará muchas almas á Dios, como ven tanto encogimiento y apretura. Es tal nuestro natural que las atemoriza y ahoga y aún se las quita la gana, por no verse en semejante apretura, de llevar el camino que Vos lleváis, aunque conozcan claro ser de más virtud. Y viene otro daño de aquí, que es juzgar á otros, porque no van por vuestro camino de tanto encogimiento, sino que tratan con más libertad por aprovechar al prójimo: luego os

(1) Cam. de perf., cap. xli, n.º 6.

parecerán imperfectos: si tienen alguna alegría santa, parecerá disolución, en especial en las que no tenemos letras, ni sabemos en lo que se puede tratar sin pecado, es muy peligrosa cosa, y aún andar en tentación continua y de muy mala digestión, porque es en perjuicio del prójimo; y el pensar que si no van todos por el modo que vos encogidamente, no van tan bien, es malísimo. Y hay otro daño, que en algunas cosas que habeis de hablar, y es razón habéis, por miedo de no exceder en algo, no osaréis sino por ventura decir bien de lo que sería muy bien que abominásedes.

«Ansí que, hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios, procurad ser afables y entender de manera con todas las personas que os tratasen, que amen vuestra conversacion y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemorizen y amedrenten de la virtud. A las Religiosas importa mucho esto: mientras más santas, más conversables con sus hermanas, que aunque sintais mucha pena por no ser todas las conversaciones de Dios, como quisierades, nunca os extrañéis de ellas, y ansí aprovecharéis y seréis amadas. Mucho hemos de procurar ser afables, agradar y contentar á las personas que tratamos, en especial á las hermanas.

«Ansí que, hijas mias, procurad entender de Dios en verdad que no mira tantas menudencias como vosotras pensais, y no dejes que se os encoja el ánima y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intencion recta, y la voluntad determinada de no ofender á Dios; no dejes arrinconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad sacará muchas imperfecciones que el demonio le porná por otras vias, y como he dicho, no aprovechará á sí y á las otras tanto como pudiera. Veis aquí como con estas dos cosas, amor y temor de Dios, podemos ir por este camino sosegados y quietos, aunque como el temor ha de ir siempre delante, no descuidados, que esta seguridad no la hemos de tener mientras vivimos, porque sería gran peligro, y ansí lo entendió nuestro Enseñador.» Hasta aquí la Santa.

Esta sola doctrina puede muy bien atraer infinitas

almas á la virtud y desengañar á todos del error común en que se vive, de que la virtud es de rostro ceñudo, áspero, poco cortés y menos tratable. La Santa lo desmintió haciéndose el embeleso de todos, y su doctrina lo confirma. Todos, pues, deben aprender: los escrupulosos á andar con santa libertad, sin estos temores, que no son más que debilidad del espíritu, y no el santo temor de Dios que es el útil. Formemos, pues, de Su Majestad una noble idea, y no tan vulgar como la de los grandes del mundo, que por no nada se enfurecen contra el pobre. Dios no es así. *La intencion recta y voluntad determinada de no ofenderle*, pues en lo demás se hace cargo de nuestra miseria, es benigno y perdona. Anímense los pecadores para acudir á este Dios que por su bondad se hizo hombre. Aprendan todos á no juzgar á los demás por sus ideas, y rectificarlas en orden á la virtud que debe ser tan afable, suave y hermosa.

FRUTO. — No apretar el alma con escrúpulos y menudencias, porque si se comienza á encoger es muy mala cosa para todo lo bueno.

MÁXIMA. — Así que todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios, procurad ser afables y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversacion y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemoricen y amedrenten de la virtud.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiaaos de los que mueren en este día.

LECCION CLXIX.

DIA 17 DE JUNIO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Comienza santa Teresa á temer ser engañada del demonio, y nos insinúa los medios que toma sobre esto para nuestra instruccion.

El que oiga á santa Teresa hablar con tal suavidad á las almas tímidas y escrupulosas, para que echen de sí estos temores, creerá que jamás padeció estas nieblas y dudas de espíritu, que tanto afligen á muchas almas justas; mas como ya nos dijo que el Señor permite al demonio que tienta las almas como al santo Job, y que entonces parece que juega con ellas á pelota (1), vamos á ver que no sólo fué Maestra de palabra, sino ejemplar de obra en estos trabajos sufridos con la mayor perfeccion de muchas maneras. Parece que Dios la quiso satisfacer el gran deseo que tenia de sufrir penas y tribulaciones, y esto tan completamente, que quizá no habrá otro ejemplar igual, como veremos, no sólo en haber experimentado los tormentos del infierno, sino por las dudas y temores de si estaba engañada por el demonio, y por los tormentos que estos la causaron interior y exteriormente.

Desde el punto que comenzó santa Teresa su vida nueva ó perfecta (2), como sabia bien lo que previene el Espíritu Santo al que quiere llegarse á Dios, esto es, que se prepare para la tentacion, comenzó á sentir esta batalla y temer los engaños del demonio. «Pues comenzando, dice, á quitar ocasiones y darme más á la oracion, y el Señor á hacerme mercedes grandes y dar-

(1) Vid., cap. xxx, n.º 7.

(2) Vid., cap. xxiii.

me de ordinario oracion de quietud y áun de union; yo, como en estos tiempos habian acacido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que les habia hecho el demonio, comencé á temer. Cuando estaba en oracion era grande el deleite que sentia sin poderlo excusar, puesto que veia en mí por otra parte una grandísima seguridad que era Dios, en especial cuando estaba en la oracion, y veia que allí quedaba muy mejorada y con más fortaleza: mas en distrayéndome un poco, tornaba á temer y á pensar si queria el demonio suspenderme el entendimiento para quitarme la oracion mental, y que no pensara en la Pasion. Pero como Su Majestad queria darme luz para que no le ofendiera y conociera lo mucho que le debia, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que ya tenia noticia de algunos, porque habian venido aquí los de la Compañía de Jesús, á quien yo, sin conocer á ninguno, era muy aficionada de sólo saber el modo que llevaban de vida y oracion; mas no me hallaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacia más temer. En esto anduve mucho, hasta que ya con mucha batería que pasé en mí y temores, me determiné á tratar con una persona espiritual (D. Francisco Salcedo, el caballero que llama Santo) para preguntarle qué era la oracion que yo tenia, y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender á Dios, porque la falta de fortaleza que veia en mí, me hacia temer. ¡Qué engaño tan grande, que para querer ser buena me apartaba del bien (de la oracion)! En esto suele poner mucho el demonio, porque sabe que todo el remedio de un alma es tratar con amigos de Dios, y así no habia término para que yo me determinara á ello...» El dicho caballero la dirigió primero á un clérigo, que desde luego quiso llevarla como muy fuerte, y con esto más la dañó que sirvió. «Algunas veces me maravilló, dice, que siendo persona que tiene gracia particular en llevar almas á Dios, como no fué servido que entendiese la mia, ni se quisiese encargar de ella, y veo fué todo para mayor bien mio, porque yo cono-

ciese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús, que fué donde hallé consuelo.»

Este fué el principio de la gran pelea que habia de tener la Santa con el demonio, y aunque disimuladamente nos abre la misma los ojos para que sepamos tomar las armas propias para vencerlo en estos casos. Notemos que la Santa comienza su vida de perfeccion por el santo temor, que es el principio de la verdadera sabiduría, y luego sigue con la humildad, fundamento de toda virtud. Ella teme engaño, y por esto acude á Dios, fortaleza verdadera. Se humilla, y se tiene por imperfecta, y teme comunicar su alma con gente espiritual. La humildad es buena, mas este temor de comunicar ya era tentacion, y por esto dice la dió el Señor luz para buscar consultor. Vence por fin, y reconoce el engaño del demonio, no menos funesto en dejar la oracion, como en temer tratar con Dios y personas espirituales. No hay, pues, cosa más peligrosa que recatarse y ocultar lo más mínimo del alma al confesor, ó gobernarse por sí, sin buscar médico letrado y santo. ¿Qué dirémos de los que callan pecados, circunstancias notables, se confiesan con artificios, ó no se confiesan, ó no consultan, ó buscan los más laxos y cortos, ó se creen capaces de gobernarse por sí solos? El primer cimiento de la vida buena es, pues, el temor de Dios, la humildad, la confianza en Dios, la oracion y buscar Padre espiritual. Infeliz el que no lo hace.

FRUTO.— Buscar confesor y director de nuestras almas que sea verdaderamente espiritual, á quien nada se oculte.

MÁXIMA.— Como Su Majestad queria darme luz para que no le ofendiera y conociera lo mucho que le debía, creció de suerte este miedo (temores de tentaciones), que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar.

JACULATORIA.— Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este dia.

LECCION CLXX.

DIA 18 DE JUNIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Reconoce la Santa que es imposible gobernarse por sí sola ; comunica con unos que la ponen más temor, pero san Francisco de Borja y otro Jesuita la consuelan.

«Como yo ví iba tan adelante mi temor, continúa santa Teresa (1), porque crecia mi oracion, parecióme que en esto habia algun gran bien, ó grandísimo mal, porque bien entendia yo era cosa sobrenatural lo que tenia, porque algunas veces no la podia resistir, y tenerlo (esto es, la suspension) cuando yo queria, era excusado é imposible. Pensé en mí, que no tenia remedio sino procuraba tener limpia mi conciencia, y apartarme de toda ocasion, aunque fuese de pecados veniales, porque siendo espíritu de Dios, clara estaba la ganancia ; si era demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podia hacer, antes él quedaria con pérdida. Determinada en esto y suplicando á Dios me ayudase, ví que no tenia fuerza mi alma para salir con tanta perfeccion á solas, por algunas aficiones que tenia á cosas, que aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo.»

Cualquier otro hubiera quedado muy contento con la primera reflexion de la Santa, pensando que el demonio no le podia dañar, si procuraba tener limpia la conciencia ; pero la Santa conoció el gran peligro en que estaba aún con tal determinacion, gobernándose por sí, y por lo mismo que debia buscar consultor, pues *á solas* no podia salir con la perfeccion que deseaba. Se resol-

(1) Vid., cap. xxiii, n.º 2.

vió, pues, por el caballero santo (Francisco Salcedo) á tratar con los de la Compañía de Jesús. Este caballero y el clérigo que dijimos en la leccion antecedente, que era el Maestro Daza, docto y espiritual (1), temieron mucho si su espíritu era engañado por el demonio. Por tanto, y por mediacion del caballero que la estimaba mucho, comenzó á tratar con los Padres de la Compañía, y principalmente con el P. Juan Pradanos (2). Este Padre, vista la vida de Teresa por escrito, y confesándola, conoció y aprobó su espíritu: mas como apenas habia tenido Director fijo y del caso, la hizo casi comenzar de nuevo por la Pasion de Jesucristo, y que hiciese penitencia, como ya vimos en otra parte. La Santa conoció la utilidad de todo esto, y lo mucho que le servia la discrecion del confesor y su obediencia contra el demonio, que no quiere sino ver un poco de temor para engañar y hacer creer que la penitencia daña, y que áun el don de lágrimas nos hará cegar. «Conocido esto, dice la Santa, si se me ponía delante que podia dañarme la salud, decia yo: *Poco va en que me muera: no he menester descanso, sino cruz.* Por este tiempo vino (3) á este lugar el P. Francisco (san Francisco de Borja, comisario de España, no General, como dice el Sr. Yepes), que era Duque de Gandía, y habia algunos años que dejándolo todo, habia entrado en la Compañía de Jesús. Procuró mi confesor y el caballero le hablase y diese cuenta de la oracion que tenia. Despues que me oyó, me dijo que era espíritu de Dios, y que le parecia no era bien resistirle ya más, que hasta entonces habia hecho yo bien; que comenzase la oracion con un paso de la Pasion, y que si despues el Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, no lo procurando yo. Yo quedé consolada, y el caballero tambien...» Luego trató con el P. Baltasar Alvarez, que la consoló, aunque no tanto, como ya vimos. Esto sucedió por los años 1557, poco más ó menos.

(1) Hist., lib. I, cap. XIX, n.º 6.

(2) Feder. de san Ant., lib. I, cap. XII, y Flor. del Car., dia 15 de Octubre. n.º 46.

(3) Vid., cap. XXIV, n.º 2.

Mucho tienen que aprender aquí los confesores, pues necesitan tanta prudencia para la dirección. El caballero santo y el Maestro Daza temieron que fuera demonio, aunque no lo resolvieron como cosa cierta, haciendo por esto que la Santa lo comunicara con otros. Entre tanto padecía mucho, y después padeció mucho más; y aunque san Francisco de Borja le aprobó su espíritu como de Dios, y otros de la Compañía, no calmaban del todo los temores, porque Satanás no cesaba de redoblar sus tiros contra la Santa, sosteniendo en ella algunas aficiones, como dice la misma, que no eran malas, sino efecto de su gratitud, mas con todo el demonio se las representaba como contrarias á la perfección por inquietarla. También la disuadía de la penitencia por sus achaques, pero todo era por inquietarla; pues es muy astuto y se vale de principios buenos para mucho mal. Todo esto la causaba una cruz interior muy grande, hasta que el Señor por la obediencia á los confesores la separó del mundo totalmente, y después de dos años la aquietó. Pero le falta mucho que sufrir en este tiempo, como veremos.

De aquí podemos aprender el cuidado con que debemos vivir estando en continua pelea con el demonio, y la poca seguridad que hay en los que dicen no tienen tentaciones. Vemos muchas personas espirituales, llenas de amor propio, delicadeza y con mil aficiones de niñerías, que aunque no sean malas, las tienen añudadas sin dejarlas medrar en la virtud; pero si considerasen la guerra y cruz que atormenta á un alma puesta entre Dios y el mundo, como dice santa Teresa, pronto se resolvieran á volver las espaldas del todo al mundo y demonio, y echarse en los brazos de Dios, donde descansarían más. Y aunque padezcan sus temores y penas, siempre hallarán consuelo en Dios, que no deja perecer, como el mundo.

FRUTO. — Resolvámonos á volver las espaldas del todo al mundo y demonio, y echarse en los brazos de Dios.

MÁXIMA. — Pensé en mí que no tenía remedio si no procu-

raba tener limpia mi conciencia y apartarme de toda ocasion, aunque fuese de pecados veniales.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiados de los que mueren en este día.

LECCION CLXXI.

DIA 19 DE JUNIO.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Muestra la Santa su amistad y agradecimiento al P. Fr. Pedro Ibañez, publicando sus virtudes, en lo que nos hace conocer cuanto mejor es la amistad espiritual que la carnal.

Para descansar un momento de esta materia de las penas interiores de santa Teresa, quiero hablar de estas aficiones que la Santa nos acaba de insinuar, y que la causaban algun escrúpulo, no siendo más que amistades con personas muy santas y su natural agradecimiento. Tambien es necesario tocar este punto, ya por los ejemplos que veremos, ya porque la misma los refiere en sus obras como instrucciones útiles, y en fin, porque son necesarias estas nociones para conocer más el espíritu de la gran Teresa. Comencemos por los que la ayudaron á la fundacion de su primer convento, y luego veremos los que calmaron sus temores. El Padre Presentado, Pedro Ibañez, Dominico, fué de los que más la ayudaron en la fundacion. Despues que la Santa le dió cuenta de sus visiones, dice (1): « Me parece le hizo mucho provecho, porque aunque él era muy bueno, de allí adelante se dió mucho más á la oracion y se apartó á un monasterio de su Orden, donde hay mucha

(1) Vid., cap. xxxiii, n.º 3.

soledad, para mejor poder ejercitarse en esto, á donde estuvo más de dos años, y sacóle de allí la obediencia, lo que sintió, porque le habian menester. Estando yo con gran pena de su retiro, me dijo el Señor que me consolase y no la tuviese, porque bien guiado iba. Vino tan aprovechado, que me dijo por ninguna cosa quisiera haber dejado de ir. Yo podia decir lo mismo, porque lo que antes me aseguraba con sus letras, ahora lo hacia tambien con la experiencia de espíritu, pues tenia hartas cosas sobrenaturales.» Y en efecto, lo trajo el Señor cuando más lo necesitaba, cuando estaba en más fuerza el alboroto de Avila contra el Monasterio, y fué quien lo calmó más, y el primero que aprobó la resolucion de la Reforma (1), y quien la mandó á la Santa escribir el libro de su vida, como consta de la carta (2) con que se lo envió, diciéndole que no la dió tiempo para volverlo á leer despues de escrito, y así irán las cosas mal declaradas, y algunas dos veces, y añade: «En todo (esto es, en corregir ó quitar) haga como le pareciere, y vea está obligado á quien así le fia su alma.»

«Estando en oracion y arrobamiento, dice (3), vi una paloma sobre la cabeza de este Padre, y dióseme á entender que habia de traer muchas almas á Dios. Otra vez ví que nuestra Señora le ponía una capa muy blanca. Díjome le daba aquel manto, por lo que nos habia ayudado á que se hiciese esta casa, y que seria señal que desde entonces guardaria su alma en limpieza, y no caería en pecado mortal. Tengo por cierto que así fué, porque á pocos años murió, y su muerte y lo que vivió fué con tanta penitencia, la vida y la muerte con tanta santidad, que á cuanto se puede entender no hay que poner duda. Díjome un fraile que habia estado á su muerte, que antes que espirase le dijo como estaba con él santo Tomás. Murió con gran gozo y deseo de salir de este destierro. Despues me ha parecido algunas veces con muy gran gloria, y díchome algunas co-

(1) Vid., cap. xxxi.

(2) Tom. I, cap. xv.

(3) Vid., cap. xxxviii, n.º 8 y 9.

sas. Tenia tanta oracion, que cuando murió, aunque la queria excusar por la gran flaqueza que tenia, no podia, y le venian muchos arrobamientos. Escribíome poco antes que muriese, pidiéndome consejo, porque al acabar la Misa se quedaba con arrobamiento mucho rato, sin poderlo excusar, aunque queria. Dióle al fin el premio el Señor de lo mucho que le habia servido en esta vida.»

El agradecimiento que aquí muestra la Santa á este venerable Padre Pedro Ibañez publicando sus beneficios y virtudes, bien debia servir de modelo á todo el mundo, que por política, interés ó envidia, lejos de publicar los favores que recibe, se olvidan, como los nueve leprosos de los diez curados por Jesucristo, de los que uno solo volvió á dar las gracias. La caridad de Dios es la más sencilla y noble que se conoce. ¡ Con qué gusto publica santa Teresa el favor que la hacen! ¡ Con qué naturalidad alaba las virtudes de los buenos! Pero ¡ qué lenguaje tan distante de la vil adulacion, que es el móvil de las más excesivas alabanzas que se dan en el mundo, y á quien menos las merece! ¡ Qué objeto en las amistades de Teresa! Todo se dirige al bien del alma, cuando el mundo sólo mira á la utilidad de los cuerpos. No se avergüenza este teólogo de ser discípulo de una mujer como Teresa, y la pide consejo. En fin, la Santa lo canoniza con lo mucho que dice de su oracion, muerte y gloria. Aprendamos, pues, á escoger amigos que nos sirvan eternamente y no nos dañen. Confesemos que los justos pagan mejor que los políticos malos; seamos agradecidos á todos los favores, y tanto más á los espirituales que á los corporales, cuanto éstos se corrompen y aquellos nos producen una inmortal gloria.

FRUTO. — Aprender á escoger amigos que nos sirvan eternamente y no nos dañen.

MÁXIMA. — Me parece le hizo mucho provecho (á Fr. Pedro Ibañez, el tratar con la Santa), porque aunque él era muy bueno, de allí adelante se dió mucho más á la oracion y se apartó

á un monasterio de su Orden, donde hay mucha soledad, para mejor poder ejercitarse en esto.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiados de los que mueren en este dia.

LECCION CLXXII.

DIA 20 DE JUNIO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Reconocimiento de la santa al P. Gaspar Salazar, jesuita, y sus favores, cuyas virtudes refiere para enseñarnos á esperar la paga de Dios, y no de los hombres.

El P. Gaspar de Salazar, rector de la Compañía en Avila, fué el segundo que más ayudó los intentos de santa Teresa desde que entró en el oficio de Rector: hombre de mucha prudencia, virtud y letras, como lo dice la Santa agradecida, aunque sin nombrarlo, porque escribia en su tiempo (1): «En entrando en su confesonario, dice, sentí en mi espíritu un no sé qué, que ni antes ni despues no me acuerdo con nadie haberlo sentido: fué un gozo espiritual y un entender mi alma, que me habia de entender, y que conformaba con ella, y ni le habia hablado, ni yo tenia antes noticia alguna suya. Despues he visto no se engañó mi espíritu: hace correr las almas, y no ir paso á paso, y su modo es para desasirlas del todo y mortificarlas. Este Padre Rector nunca dudó en que era espíritu de Dios, porque lo miraba todo y los efectos con mucho cuidado. Nunca fué á la mano al Ministro que era mi confesor, antes le

(1) Vid., cap. xxxiii, n.º 5.

decía que me consolase, que no me llevase por camino tan apretado, y que dejase obrar el espíritu del Señor, que á veces parecia con estos grandes ímpetus de espíritu no le quedaba al alma como resollar. Como le comencé á tratar, ví ser un alma pura y santa y con dón particular del Señor para conocer espíritus: consolóme mucho.» Refiere tambien (1) la mucha humildad y letras de este Padre y la mucha fe que le dió el Señor, «y así, dice, ha aprovechado mucho á sí y á algunas almas, y la mia es una de ellas, que como el Señor sabia en los trabajos que me habia de ver, parece proveyó Su Magestad quedasen algunos que me han ayudado á hartos trabajos y hecho gran bien. Hale mudado el Señor casi del todo (por medio de la Santa), de manera que él casi no se conoce, y dado fuerzas corporales para penitencia, que antes no tenia, sino enfermo y animoso para todo lo que es bueno, y otras cosas que se parece bien ser particular llamamiento del Señor. Creo que todo el bien le viene de las mercedes que el Señor le ha hecho en la oracion, porque no son postizas. En algunas cosas ha querido el Señor se haya experimentado, porque salé de ellas como quien tiene ya conocida la verdad del mérito que se gana en sufrir persecuciones: espero ha de venir mucho bien á algunos de su Orden por él y á ella mesma. Ya se comienza esto á entender: he visto grandes visiones, y díjome el Señor algunas cosas de él de grande admiracion, y de otros dos Religiosos de santo Domingo (Ibañez y Bañez). Otra vez le ví con mucha gloria levantar á los Angeles. Entendí iba su alma muy adelante por esta vision, y así fué, que le habian levantado un gran testimonio bien contra su honra, persona á quien él habia hecho mucho bien, y remediado la suya, y el alma, y habíalo pasado con mucho contento, y hecho otras obras muy á servicio de Dios y pasado otras persecuciones. No me parece conviene ahora declarar más cosas. Cuando le acaeció un gran trabajo (2) estando yo oyendo Misa, ví á

(1) Vid., cap. xxxiv, n.º 7 y 9.

(2) Vid., cap. xxxviii n.º 9.

Cristo en la cruz cuando alzaban la Hostia; díjome algunas palabras, que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que habia padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo, y todo ha pasado despues como el Señor me lo dijo.»

¡Qué medios tan dulces, suaves y eficaces tiene el Señor para traer á sí las almas! Este Padre Rector vino á Avila sin saberlo, para consolar á la Santa, y la Santa fué destinada para hacerlo santo. Las letras del Padre sirvieron á santa Teresa, y las virtudes de ésta para encender á aquel en el amor de Dios y en el de los trabajos. Estaba este Padre destinado á padecer persecuciones y calumnias de personas á quienes habia servido y favorecido; pero la bondad de Dios muy de antemano lo va disponiendo por unos medios que parecen muy casuales, para que se utilice su alma. ¡Ah! ¡Si nosotros tuviéramos presente esta sábia economía de la providencia de Dios; y cómo nada atribuiríamos á los hombres, ni menos al *acaso*, que es palabra sin significado! ¡Cómo no nos quejaríamos de la mala correspondencia é ingratitud de aquellos á quienes hicimos bien! Veríamos, como se ve en este suceso, que Dios permitió la ingratitud, pero que fué para bien del que hizo bien. Como habia obrado por Dios, quiso el Señor pagarle por sí mismo y no por el brazo débil del hombre. Pensemos, pues, en casos semejantes, que Dios quiere conozcamos la vanidad del que fia en el hombre y su engaño, ó que nos quiere pagar por sí eternamente, lo que si nos pagara el hombre seria todo aire. De este modo, léjos de resentirnos de la ingratitud, darémos gracias á Dios, que toma la paga y recompensa á su cargo.

FRUTO. — Rogar por nuestros confesores, y en especial por aquellas personas que hacen aprovechar á nuestras almas.

MÁXIMA. — Hale mudado el Señor casi del todo (al P. Gaspar de Salazar, por medio de la Santa), de manera que él casi

no se conoce, y dado fuerzas corporales para penitencia, que antes no tenia.

JACULATORIA.—Corazon de Jesús puesto en agonía, apia-
daos de los que mueren en este día.

LECCION CLXXIII.

DIA 21 DE JUNIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Vuelve la Santa por el P. Salazar respondiendo al Provincial de la Compañía sobre la calumnia que la levantaron á ella y al Padre, dándonos un precioso ejemplo de cuándo y cómo debemos defendernos.

Como habemos visto que el P. Gaspar Salazar, de la Compañía de Jesús, sufrió persecuciones y calumnias, y que la Santa lo previno para otras que le faltaban, desearíamos que santa Teresa no las hubiera callado en particular. Con todo, tenemos otro testimonio de la Santa, en que la vemos defenderse con mucha fuerza y aún con juramentos terribles, cosa que no hizo jamás, ni aún cuando la formaron proceso bien infame y vergonzoso. Mas como éste tocaba en su Padre Salazar, en chisme que podia indisponer los Descalzos con los Jesuitas, era obligacion la defensa. Y porque todo consta de una carta de la Santa, la expondrémos brevemente (1). Dijeron, pues, al Padre Provincial de la Compañía, Juan Suarez, que santa Teresa habia tenido revelacion, y que por ella queria sacar al P. Gaspar Salazar y tráerselo á su Reforma, y que para obrar con más disimulo ó ficcion, le habia prevenido la Santa que

(1) Tom. I, cap. xx.

dijera que ella se lo queria estorbar. Con este motivo el Provincial la escribió una carta muy amarga sin duda, pues la dice que ha tenido *desvelacion* y no revelacion. A esto, pues, responde la Santa, con una fuerza y vigor más que de mujer y como un varon justo que jamás teme. Dice, pues: «El Padre Rector me dió una carta de V. P., que cierto me ha espantado mucho por decirme que he tratado que el P. Salazar deje la Compañía y se pase á nuestra Orden del Cármen, porque Nuestro Señor lo quiere y lo ha revelado. Cuanto á lo primero, sabe Su Majestad que nunca lo deseé, cuanto más procurarlo con él. Y cuando vino alguna cosa de esas á mi noticia, que no fué por carta suya, me alteré tanto, y dió tan gran pena, que ningun provecho me hizo para la poca salud que á la sazón tenia; y esto há tan poco, que debí saberlo despues que V. P. á lo que pienso. Cuanto á la revelacion, pues no habia escrito ni sabido cosa, tampoco sabria si él habia tenido revelacion en el caso. Cuando yo tuviera la *desvelacion* que V. P. dice, no soy tan liviana, que por ello habia de querer hiciese mudanza tan grande, ni darle parte de ello, porque gloria á Dios, sé el valor y crédito que se ha de dar á esas cosas, y no creo yo que el P. Salazar hiciese caso, si no hubiera más en el negocio, porque es muy cuerdo.

«En lo que dice que lo averigüen los Prelados, será muy acertado, y V. P. se lo puede mandar, porque es muy claro que él no hará cosa sin licencia de V. P. á quanto yo pienso, dándole noticia de ello. La mucha amistad que hay entre el P. Salazar y mí, y la merced que me hace, yo no la negaré jamás, aunque tengo por cierto le ha movido más á la que me ha hecho, el servicio de Nuestro Señor y su bendita Madre, que no otra amistad, porque bien creo ha acaecido en dos años no ver carta el uno del otro. De ser (esta amistad) muy antigua, se entenderá que en otros tiempos me he visto con más necesidad de ayuda, porque sólo tenia dos Descalzos, y mejor procurara entonces esta mudanza que ahora, que gloria á Dios hay á lo que pienso más de doscientos (Descalzos), y entre ellos personas bas-

tantes para nuestra pobre manera de proceder. A lo que V. P. dice, que yo he escrito para que se diga que lo estorbaba, *no me escriba Dios en su libro*, si tal me pasó por pensamiento. Súfrase este encarecimiento, para que V. P. entienda que no trato con la Compañía, sino como quien tiene sus cosas en el alma y pondría la vida por ellas, cuando entendiese no desirviere al Señor en lo contrario. Sus secretos son grandes, y como no he tenido más parte en este negocio de lo que he dicho, *y de esto es Dios testigo, tampoco la querria tener en lo que está por venir*. Si se me echare la culpa, no es la primera vez que padezco sin ella; mas experiencia tengo que cuando Nuestro Señor está satisfecho todo lo allana. Y jamás creeré que por cosas muy graves vaya la Compañía contra la Orden de su Madre, pues la tomó por medio para repararla y renovarla, cuanto más por cosa tan leve. Y si lo permitiere, *temo que será posible*, lo que piensa ganarse por una parte perderse por otras... Medio año há que no dejan de llover trabajos y persecuciones sobre esta pobre vieja (era año 1577), y ahora este negocio no le tengo por el menor. Con todo, doy palabra de no se la decir para que lo haga, ni á persona que se la diga de mi parte, ni se la he dicho (esto es, que se pase á los Descalzos).»

Esta carta tiene mucho que meditar y es de las más originales que descubren bien el carácter de la Santa, firme, sencillo, verdadero y de la mayor entereza en cosas de tanta importancia. Mas no corresponde en esta obra notar sino lo que puede ser útil á la enseñanza comun. Es muy bueno el sufrir y dejarse culpar sin volver por su defensa, dejando en manos de Dios nuestro honor; mas esto se entiende cuando no hay otras consecuencias, ni se sigue daño á tercero. Aquí, pues, preveia la Santa efectos que quizá se han verificado demasiado, y los que podian venir sobre el pobre Padre Salazar, que se hallaba perseguido y calumniado, como nos dijo la Santa.

Aprendamos este espíritu noble y firme de la Santa. Dejémonos cargar de calumnias y procesos; riámonos como santa Teresa, cuando la María de San José la dijo

habian formado contra ellas una causa que lo menos era llamarla *mala mujer*; y dijo: *Pues bien; ya que mientan, que sea de modo que nadie los crea*. Y en efecto: cuando se acrimina con furor, no hay necesidad de responder, pues el vicio lleva en la frente su falsedad. Mas cuando puede haber consecuencias, y más en daños de otros, es preciso tomar este tono firme de la Santa, pero jamás es lícito usar críticas ni reconvencciones insolentes. La verdad es muy sencilla y basta por sí, como vemos aquí en la Santa. Cualquiera otro ¿qué hubiera respondido á la insolencia de decirle que habia tenido una *desvelacion* y que escribia una falsedad, como decir que dijeran que ella resistia y bajo mano lo procuraba? Pero Teresa, ¿con qué serenidad, verdad y sencillez responde, que sabe el crédito que debe darse á las revelaciones, y que jamás ella ni Salazar obran sin otros fundamentos? En cuanto á lo demás, como la trataban de mentirosa y enredadora, echa un juramento execratorio, porque era lícito en este caso, y trae á Dios por testigo; mas no acrimina la acusacion, ni se extiende en quejas por ella. Tengamos, pues, bien presente este suceso, que nos podrá aprovechar muchas veces.

FRUTO. — Tener un gran respeto á las personas santas, no tratándolas injustamente.

MÁXIMA. — No trato con la Compañía (de Jesús), sino como quien tiene sus cosas en el alma, y pondria la vida por ellas, cuando entendiése no desirviése al Señor en lo contrario.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este dia.

LECCION CLXXIV.

DIA 22 DE JUNIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Santa Teresa cuenta la mucha penitencia de san Pedro de Alcántara para confundir las vanas excusas de los hombres.

San Pedro Alcántara fué tambien de los que más ayudaron á la Santa, así aprobando su espíritu como su Reforma, y la gran pobreza con que la queria fundar. En agradecimiento nos refiere su vida, que es digna de proponerse aquí, como leccion que nos da santa Teresa. Hablando, pues (1), de las excusas que dan los hombres, diciendo que no está el mundo para tanta santidad y penitencia como en otros tiempos, porque la salud es más débil que en los siglos pasados, dice de san Pedro de Alcántara: «Este santo hombre de este tiempo era; estaba grueso en el espíritu, como en los otros tiempos; y así tenia el mundo debajo de los piés, que aunque no anden desnudos, ni hagan tan áspera penitencia como él (los del mundo), muchas cosas hay para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. El Señor se lo dió á este Santo muy grande para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben. Quiero decir algo de ella, que sé es toda verdad. Díjome á mí y otra persona, de quien se guardaba poco, y volvió por mí, y me animó en tiempo de tanta necesidad, pareceme fueron cuarenta años los que me dijo habia dormido una sola hora y media entre noche y dia, y que este era el mayor trabajo de penitencia que habia tenido en el principio, de vencer el sueño, y para esto estaba siempre de rodillas ó en pié. Lo

(1) Vid., cap. xxvii, n.º 40.

que dormía era sentado, la cabeza arrimada á un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro piés y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los piés, ni vestía sino hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y esto tan angosto como se podría sufrir, y un mantillo de lo mismo encima. Decíame que en los grandes frios se le quitaba (el mantillo), y dejaba la puerta y ventana abierta, para que con ponérselo despues y cerrar la puerta contentaba al cuerpo, para que sosegase con más abrigo. No comía ordinariamente sino al tercer dia: y díjome, que ¿de qué me espantaba? Que muy posible era á quien se acostumbraba á ello. Un compañero suyo me dijo que le acaecía estar ocho dias sin comer, debía ser estando en oracion, porque tenía grandes arrobamientos é ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fuí testigo. Su pobreza era extremada, y su mortificacion en la mocedad, pues me dijo que habia estado tres años en una celda de la Orden, y no conocer fraile sino por el habla, porque no alzaba los ojos jamás, y así cuando habia de ir á alguna parte, no sabia, sino ibase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos: á mujeres jamás miraba; esto fué muchos años. Decíame que ya no se le daba más de ver que de no ver: mas era muy viejo cuando le vine á conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecia sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no le preguntaban, y en éstas muy sabroso, porque tenía lindo entendimiento.»

¡Qué pintura ésta para la afeminacion de nuestro siglo! La debilidad de naturalezas no la causan los siglos, sino los vicios que nos cargan de necesidades, y buscando la molicié, nos castiga Dios con el trabajo. Con el trabajo se curte y se fortalece el hombre, como se ve en la gente del campo, pero jamás entrarán en este conocimiento los que siguen el lujo, por más que la experiencia les demuestre cuanto debilita cuerpo y alma la delicadeza. San Pedro Alcántara se hizo viejo con su

mucha penitencia, y ahora descansa por una eternidad. «¡Qué rico se hallará, dice santa Teresa (1), el que todo lo dejó por Cristo! ¡Qué honrado el que no quiso honra por él, sino que gustaba de verse abatido! ¡Qué sabio el que se holgó que le tuvieran por loco, pues así lo llamaron á la misma sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos, de verlos hacer obras heróicas de amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo! ¡y cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan! ¿Mas si pensamos se sirve ya más á Dios en que nos tengan por sabios y discretos? Eso, eso debe ser, segun se usa de discrecion: luego nos parece poca edificacion no andar con mucha compostura y autoridad cada uno en su estado: hasta el clérigo, fraile y monja no parece bien con cosa vieja, y áun estar recogidos...» Meditemos lo que pasa en el mundo, y lo que oimos á santa Teresa de san Pedro Alcántara, y Dios nos iluminará.

FRUTO. — Huir de toda molicie y afeminacion, y despreciar la honra mundana.

MÁXIMA. — ¡Qué rico se hallará (en el cielo) el que todo lo dejó por Cristo! ¡Qué honrado el que no quiso honra por él, sino que gustaba de verse abatido!... ¡Oh mundo, mundo! ¡y cómo vas ganando honra en haber pocos que te conozcan!

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este dia.

(1) Vid., cap. xxvii, n.º 9.

LECCION CLXXV.

DIA 23 DE JUNIO.

ORACION.—; Oh Dios mio... como en la página 7.

Refiere santa Teresa la muerte de san Pedro Alcántara, las muchas veces que la apareció y vió la gloria de sus trabajos, para que aprendamos el medio por donde se va al cielo, y no seamos locos mundanos.

Hasta santa Teresa tenia sus miedos la censurasen por larga ó corta, por si seguia ó no seguia el fin de su obra, y si se metia en lo que no le tocaba. «Otras cosas muchas quisiera decir, añade (1), hablando de san Pedro Alcántara, sino que hé miedo, dirá V., que para qué me meto en esto, y así lo dejo, con decir que fué su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes. Como vió se acababa ya, dijo el Salmo: *Lætatus sum in iis quæ dicta sunt mihi*, é hincado de rodillas murió. Despues ha sido el Señor servido yo tenga más en Él que en la vida, aconsejándome (desde el cielo) en muchas cosas. Hele visto muchas veces con grandísima gloria. Dijome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia que tanto premio habia merecido, y otras muchas cosas. Un año antes que muriese, me apareció estando ausente, y supe se habia de morir, y se lo avisé estando algunas leguas de aquí. Cuando espiró me apareció, y dijo como se iba á descansar: yo no lo creí; dijelo á algunas personas, y desde á ocho dias vino la nueva como era muerto, ó comenzado á vivir para siempre, por mejor decir. Hela aquí acabada esta aspereza de vida con tanta gloria; paréceme que mucho más me consuela que cuando acá estaba. Díjome una vez el Señor que no le pedirian co-

(1) Vid., cap. xxvii, n.º 10.

sa en su nombre que no la diese. Muchas que le he encomendado pida al Señor las he visto cumplidas. Sea bendito para siempre. Amen.»

Este santo fué quien aprobó los pensamientos de santa Teresa (1) sobre la fundacion, y el que con el caballero santo consiguíó del obispo de Avila, D. Alvaro de Mendoza, que admitiera las monjas bajo su obediencia y sin renta; sobre lo cual dice la Santa: «El aprobarlo este santo viejo, y poner mucho con unos y otros en que nos ayudasen, fué el que lo hizo todo. Si yo (santa Teresa) no viniera en esta ocasion á Avila, no pudiera hacerse (el convento), porque estuvo muy poco aquí este santo hombre, que no llegó á ocho dias, y enfermó, y á poco se lo llevó Dios. Parece lo habia traído y guardado Su Majestad hasta acabar este negocio de la fundacion, que hacia creo dos años que andaba muy malo. Antes de morir, como supo la contradiccion tan grande, me escribió se holgaba mucho de ella, que era señal se habia de servir el Señor muy mucho en este monasterio, pues el demonio ponía tanto en que no se hiciese, y áun me aseguraba dos ó tres veces en que no admitiese renta, y que se haría todo. Al aparecérseme me volvió á decir no tuviese renta.» En las Moradas (2) vuelve á hablar de él, diciendo: «Yo conocí uno llamado Fr. Pedro Alcántara, que pregonaba las grandezas de Dios, y le tenían por loco los que alguna vez le oyeron. ¡Oh, qué buena locura! ¡Si nos la diese Dios á todas! Y qué merced os ha hecho de teneros en parte (habla á sus monjas), que aunque deis muestras de esta locura, antes será para ayudaros que no para murmuracion. ¡Oh desventurados tiempos y vida miserable en que ahora vivimos! Mas que hablar he hecho, concluye la Santa (3), para despertar á V. á no estimar en nada cosa de esta vida, como si no la supiese, ó no estuviera ya determinado á dejarlo todo, y puéstolo por obra. Veo tanta perdicion en el mundo, que aunque no aproveche más decirlo yo, de cansarme de escribirlo

(1) Vid., cap. xxxii, n.º 6; cap. xxx, n.º 3, y cap. xxxvi, n.º 4.

(2) Mor. VI, cap. vi, n.º 8.

(3) Vid., cap. xxvii, n.º 12.

me es descanso, que todo es contra mí lo que digo. El Señor me perdona lo que en esto le he ofendido, y que le canso á V. sin propósito, y le hago hacer penitencia de lo que yo pequé.»

Bien envidiable nos parecerá la muerte de este Santo, pero la quisiéramos lograr sin imitar la penitencia de su vida. Esta sí que es locura, y le tenían por loco los que le veían publicar las grandezas de Dios, pero ahora dirán los tales: *Nos insensati*: Nosotros insensatos, teníamos por locura su vida áspera, y ahora condenados vemos que erramos, y nosotros fuimos los locos. En efecto, el mundo ¿cómo podía entender estas palabras que dijo á santa Teresa? *¡Dichosa penitencia, que tanto premio le habia merecido!* ni menos el que san Pedro dijera que se alegraba de la contradicción de la Reforma, *porque era señal* se habia de servir mucho Nuestro Señor, y ello fué así. Pensemos, pues, esta gran verdad, y que no es locura el hacer penitencia, sino el no hacerla. Si Jesucristo fué conveniente, dice el Apóstol, que padeciera y así entrara en su gloria, ¿cuánto más necesario es que padezcamos nosotros pecadores para llegar al cielo? Y conozcamos que no es ignorancia del mundo este error sino locura, pues sus pretendientes, sus soldados, sus mercaderes y labradores necesitan sufrir mucho antes de gozar un puñado de tierra ó un bocado de pan. Abramos, pues, los ojos antes que nos los abra la muerte y el infierno.

FRUTO. — Devoción á san Pedro de Alcántara é imitar su espíritu de penitencia.

MÁXIMA. — Díjome una vez el Señor que no le pedirían cosa en su nombre (de san Pedro de Alcántara) que no la diese.

JACULATORIA. — Corazón de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día.

LECCION CLXXVI.

DIA 24 DE JUNIO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Estrecha amistad que tuvo la Santa con Fr. Domingo Bañez, y cómo muestra su reconocimiento á sus favores, para que seamos agradecidos, amemos los buenos, y despreciemos las injurias del mundo.

Ya vimos como el Presentado Fr. Domingo Bañez, del Orden de Santo Domingo, defendió á la Santa y su fundacion, cuando se hizo la junta grande en Avila contra el convento fundado (1), y como detuvo toda la furia del Corregidor y de los estados del pueblo. Habla la Santa, pues, de él en muchas partes de sus obras, manifestando su amistad y gratitud. Dice que fué su confesor mucho tiempo, y que ella todo lo hacia con su parecer, que era gran siervo de Dios, y muy letrado: que habiéndole hallado en Arévalo, le comunicó sus cosas, que todo le parecia muy posible, y compuso la oposicion que allí le hacian los Agustinos (2). Este fué quien reprobó el consejo que un confesor dió á la Santa, de hacer higas á Nuestro Señor cuando se le aparecia, diciendo que siempre que se ve la imágen de Jesucristo se debe reverenciar, aunque el demonio la haya pintado (3). Riñó á la Santa una vez porque se detenia en admitir una fundacion en Alba con renta, diciéndola, que supuesto que el Concilio lo permitia, no era justo dejar de hacer una casa más á Dios, y que esto no impedia que las monjas fuesen muy perfectas (4).

(1) Vid., cap. xxxvi, n.º 8.

(2) Fund., cap. iii, n.º 5.

(3) Fund., cap. viii, n.º 3.

(4) Fund., cap. xx, n.º 4.

En sus cartas habla tambien muchas veces la Santa de este Padre con el mayor elogio (1). El Padre Medina, dominico, hablaba mal de la Santa, y sobre esto dice: «De lo del Padre Medina, aunque sea mucho más, no haya miedo me alborote, antes me ha hecho reir (las injurias que dice): más sintiera media palabra de Fr. Domingo (Bañez) porque ese otro ni me debe nada, ni se me da mucho que no me tenga esa ley. Él no ha tratado esos monasterios, y no sabe lo que hay, ni habia de igualarse con lo que Fr. Domingo los quiere, *que es cosa propia, y los ha sustentado á la verdad.*»

Este es buen modo de despreciar las injurias, y más cuando vienen de quien no está bien informado, y por lo mismo lo excusa la Santa, y nada la incomoda. Si así lo hiciéramos, evitaríamos muchos resentimientos, y quizá lograríamos volver amigos los enemigos, como aquí sucedió, pues informado mejor el Padre Medina, despues la quiso mucho, y confesó que se habia engañado con lo que oia, creyendo era mujer; mas que tratada la Santa, vió que era varon en sabiduría, prudencia y discernimiento. El Padre Bañez en verdad miraba la Reforma como *cosa propia que habia sustentado y defendido*, y más habiendo sido Prelado de la Orden, por comision que le dió para visitar el Visitador apostólico Fr. Pedro Fernandez. Por esto decia á la Priora de Valladolid que deseaba tener allí á la Santa (2). «No veo haya necesidad de que yo vaya, porque á donde está el Padre Maestro (Bañez), ¿qué falta puedo yo hacer?» Tambien le escribió algunas veces, aunque muchas cartas se han perdido, mas en una le dice (3), que no sabe en qué ha de parar aquel encantamiento que tiene con él, pues quiere lo que él quiere, y le parece bien lo que á él le parece así. La única cosa temporal que pidió la Santa á Dios, fué una cátedra de Prima de Salamanca para este Padre, y la consiguió (4). En una otra carta á la Madre María Bautista habla de Bañez, diciendo (5):

(1) Tom. III, cap. LIX, n.º 4.

(2) Tom. III, cap. LX, n.º 4.

(3) Tom. I, cap. XVI.

(4) Tom. IV, cap. XV.

(5) Tom. IV, cap. LXIV, n.º 5.

«Grande es la pena que me ha dado el mal de mi *Padre*, y hé miedo que hizo alguna penitencia de las que suele en Adviento, de echarse en el suelo, pues no suele él tener ese mal. Hágale poner ropa.» En fin, al mismo le envió el *Camino de Perfeccion* para que lo leyera y decidiera si seria útil para sus hijas (1). Le oyó un sermón que predicó de santo Tomás, donde alababa de tal modo los trabajos y el padecer, que comenzó la Santa como de nuevo á descartarlos, despues de cuarenta años que padecia (2).

Aunque en esta leccion se hallan las noticias como por apuntaciones, no falta mucha doctrina en que meditar, al ver lo primero el grande espíritu de este Religioso, que se atrevió á hacer frente á un Gobernador, y á todo el pueblo que estaba como furioso y amotinado contra el pobre convento, que acababa de fundar la Santa. No es menos digno de admiracion ver el respeto que le tienen aún en medio de la pasion. Mucha fuerza tiene la virtud, mas no contribuiria poco el respeto que entonces tenian al estado religioso. Sepa, pues, el mundo que hubo Religiosos doctos y santos, que el estado lo es, y que si hay viciosos, basta que se pongan la mano en su pecho, y con esto callarán. La Santa no apreciaba sino á quien lo merecia, y Dios no juzga por las opiniones del mundo, sino por las obras. ¿Quién pensaria que este religioso, catedrático de Prima, dormia en el suelo y hacia penitencia, como dice la Santa? Bien al contrario, cuando le oyeran predicar y alabar la penitencia, pensarian que obraba diferentemente: por esto no hacen fruto los sermones, porque el espíritu no le recibe, como el de santa Teresa. Confesemos, pues, que el mundo yerra muchas veces sus juicios, y que lo que nos importa es obrar bien y despreciar lo que el mundo habla y dice.

FRUTO. — Viva gratitud por nuestros bienhechores.

MÁXIMA. — Buen medio es para tener á Dios, tratar con sus

(1) Cam. de perf., cap. XLII.

(2) Tom. I, cap. XII, n.º 6.

amigos: siempre se saca gran ganancia, yo lo sé por experiencia.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día.

LECCION CLXXVII.

DIA 25 DE JUNIO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Las virtudes que santa Teresa refiere del caballero santo, don Francisco Salcedo, prueban bien que en todos estados se puede servir á Dios, y sin ser molestos en la sociedad.

Como el caballero santo de quien habla muchas veces la Santa, sea uno de los que más contribuyeron y ayudaron en la fundacion del primer convento reformado de Monjas, se hace preciso decir algo de su carácter, pues Teresa es muy reconocida á los favores, y describe sus virtudes para utilidad comun. En efecto, aunque en el libro de su vida no acostumbra la Santa nombrar los sujetos, porque el que leyera no viniera en conocimiento suyo por las personas que nombraba, como le escribió varias cartas, y en otras habla de él, se sabe con certidumbre que era un caballero de Avila llamado Francisco Salcedo. Pero ¿quién dijera, que despues de veinte años que Teresa era monja y santa, y tenia oracion de quietud y de union, como dice y confiesa, se habia de hacer discípula de este caballero, que era casado? Estos son los misterios admirables de Dios, que sabe comunicar su divina gracia en todos los estados del mundo á quien se dispone dignamente, y para verificar el dicho de la Santa, que asegura, que

jamás dejaría el Señor de hacer mercedes y comunicar sus secretos á los hombres, si hubiera en estos buena correspondencia. Oigamos, pues, á la Santa esta historia tan singular (1). Hablando de los primeros temores que tuvo sobre su oracion y visiones, y lo mucho que este Santo la favoreció, dice: «Es casado este caballero; mas de vida tan ejemplar y virtuosa, y de tanta oracion y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfeccion, y con mucha razon, porque gran bien ha venido á muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que áun con no le ayudar su estado no puede dejar con ellos de obrar: mucho entendimiento y muy apacible para todos; su conversacion no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser recta y santa, que da contento grande á los que trata: todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece trae otro estudio sino hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar á todos. Pues este bendito y santo hombre con su industria me parece fué principio para que mi alma se salvase. Su humildad á mí espántame, que con haber á lo que creo poco menos de cuarenta años que tiene oracion, y que lleva toda la vida de perfeccion, que á lo que parece sufre su estado, porque tiene una mujer tan gran sierva de Dios y de tanta caridad, que por ella no se pierde; en fin, como mujer de quien Dios sabia habia de ser un gran siervo suyo, la escogió. Estaban deudos suyos casados con parientes míos: y con otro harto siervo de Dios que estaba casado con una prima mia, tenia mucha comunicacion. Por esta vida procuré viniese á hablarme este clérigo (el Maestro Daza, que no entendió su espíritu, como ya dijimos), tan siervo de Dios, que era muy su amigo, con quien pensé confesarme y tener por Maestro (mas esto no se verificó). Desta vez quedé concertada con este caballero santo para que alguna vez me viniese á ver. Aquí se vió su grande humildad, querer tratar persona tan ruin como yo.»

¿Qué dirán los que viven en el mundo, y se excusan

(1) Vid., cap. xxiii, n.º 3.

de la oracion y virtudes por su estado de matrimonio y por los negocios que los ligan en el mundo, sin dejarles tiempo para cuidar de su alma? Vemos, pues, por santa Teresa, que todavía hay santos y prudentes en la tierra, y entre los casados y caballeros, y por lo mismo, que nadie tendrá excusa por el estado en que se halle. Y no como quiera hay santos encapotados, sombríos, y que no se dejan ver de los hombres, sino para reprender con amargo y desabrido celo, sino tales que son las delicias de cuantos los tratan. Así pinta las virtudes de éste, de modo que las hace amables y nada fastidiosas en el mundo: agrado, cortesía y caridad, buen trato, no pesado en el hablar, y amigo de contentar á todos en lo que no se ofenda á Dios, ¿no es este el verdadero carácter de la sociedad humana? Pues ¿por qué no lo practicamos con las virtudes? Acaso, lo que se llama política, cortesía y agrado, puede contentar al hombre, si sólo está en el exterior, labios y ceremonias? No, no se aprecia sino cuando sale del corazon. Pues la virtud sólida es quien lo causa, la oracion y el deseo de ganar almas, como se ve en este caballero. Y es tanto más admirable, cuanto el clérigo, aunque muy santo y sabio, no entendió á la Santa, y el caballero sí; el clérigo, aunque santo, queria las cosas con demasiada fuerza, y hacer santos de repente. D. Francisco Salcedo era santo, pero de carácter dulce y prudente, suavizando el yugo de la ley de Dios. Confundámonos los sacerdotes al ver este caballero casado más propio que el clérigo para gobernar á santa Teresa, y los seculares teman que el dia del juicio se levante contra todas sus excusas, pues él fué santo en el matrimonio, nobleza y caudales.

FRUTO. — Persuadirnos que sabe Dios comunicar su gracia en todos los estados del mundo á quien se dispone dignamente.

MÁXIMA. — Si quisiésemos á Su Majestad como Él nos quiere, á todos las daría (sus mercedes). No está deseando otra co-

sa sino tener á quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este dia.

LECCION CLXXVIII.

DIA 26 DE JUNIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Nos da cuenta de la diferencia con que el caballero santo y el clérigo quisieron dirigir su alma, y nos enseña cuánto más útil es la suavidad que el rigor muchas veces.

Convenidos santa Teresa y el caballero santo, don Francisco Salcedo, de verse y comunicarse algunas veces, continúa la Santa diciendo (1): «Comenzóme á visitar, y animarme y á decirme que no pensase que en un dia me habia de apartar de todo, que poco á poco lo haria Dios, que en cosas bien livianas habia él estado algunos años, que no las habia podido acabar consigo. ¡Oh humildad, qué grandes bienes haces, adonde estás, y á los que se llegan á quien la tiene! Decíame este *Santo*, que con razon le puedo poner este nombre, flaquezas que á él le parecía que lo eran con su humildad para mi remedio; y mirado conforme á su estado, no era falta ni imperfección, y conforme al mio era grandísima tenerlas. Yo no digo esto sin propósito, aunque parece me largo en menudencias, pero importa mucho para comenzar á aprovechar un alma, y sacarla á volar. Y porque espero en Dios que V. ha de aprovechar mucho, lo digo aquí, que fué toda mi salud saber-

(1) Vid., cap. xxiii, n.º 4.

me curar, y tener humildad y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me enmendaba. Iba con discrecion poco á poco dando maneras para vencer al demonio. Yo le comencé á tener tan grande amor, que no habia para mí mayor descanso, que el dia que le veia, *aunque eran pocos*. Cuando tardaba, luego me fatigaba mucho, pareciéndome que por ser tan ruin no me veia. Como fué entendiendo mis imperfecciones tan grandes, y aún serian pecados, aunque despues que le traté estaba más enmendada, y como le dije las mercedes que Dios me hacia, para que me diese luz, díjome, que no venia lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran de personas que estaban ya muy aprovechadas y mortificadas.»

Parece que aquí están en competencia dos santos para humillarse. La Santa se pinta con colores, que á no conocerla, diríamos que comenzaba á convertirse del gentilismo, ó que estaba muy en el principio de la virtud, pero sabemos que ya era muy santo y unida con Dios, pues en el principio de este capítulo nos dice, que ya es vida nueva, no porque comenzara á servir á Dios, sino porque entonces la dijo el Señor que no queria ya tratase con hombres, sino con Angeles, pues la comenzó Su Majestad á hacer ya mercedes muy subidas y sobrenaturales con éxtasis y arrobamientos, por cuya causa el caballero santo comenzó á temer, á causa de que, como no conocia aún bien á la Santa, y esta ponderaba tanto sus imperfecciones, le parecia que eran tales, y que no se compadecia tantos favores con tan subidos beneficios sobrenaturales. *¡Pero qué suave y recto es el espíritu de Dios y el de los justos!* ¡Qué admirable aparece este magisterio del caballero en cotejo del que comenzó el clérigo Gaspar Daza, que tambien era santo y letrado? Este, dice la Santa, la comenzó á dirigir por el camino de los fuertes, queria que en un momento subiera á lo más alto de la perfeccion, y apretaba con preceptos duros. El caballero santo comenzó por otro camino que es el del amor y suavidad. Son muchos los caminos que Dios tiene para las almas, y á cada una se la debe llevar por donde más le conviene,

sin juzgar á los otros. Los más que oyeron al clérigo y á este caballero casado, estarían por el rigor del primero, y condénarian la condescendencia del segundo, y puede que dijeran no era propio de un casado enseñar la virtud, ni menos dirigir una monja, y monja como santa Teresa. Mas como Dios sabe hacer hijos de Abraham de las piedras duras, esto es, comunicar su espíritu cómo, cuándo y á quien quiere, *debemos oír la verdad, venga de donde viniere*. Lo cierto es, que comenzando este Maestro con suavidad, humildad y paciencia á romper los hilos que detenían á Teresa para dar el más alto vuelo como águila á lo encumbrado del Líbano y Carmelo, la hizo tanto provecho como ella misma dice, y que si hubiera seguido con el Clérigo, *nunca, dice, medrara mi alma*. No hay cosa más necesaria para dirigir que la discrecion, paciencia y humildad. Si Dios sufre tanto á los pecadores, ¿por qué el hombre flaco no sufrirá á sus discípulos? Más hace la maña que la fuerza, y Jesucristo vino á suavizar el yugo que agravaron los Escribas y Fariseos con sus mandatos. *El que todo lo quiere todo lo pierde; el que aprieta mucho saca sangre*. El espíritu de Dios no está en el fuego, no en el aire impetuoso, sino en el blando y suave. Pensemos toda esta doctrina, que contiene reglas utilísimas para todos los estados y situaciones de la vida humana, y más para no ahogar el espíritu de Dios, ni mirar la vida del alma y del cristiano como un yugo intolerable y pesado.

FRUTO. — Refrenar nuestro carácter impetuoso, procurando que sea blando y suave para con el prójimo.

MÁXIMA. — Con todos seas manso y contigo riguroso.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiados de los que mueren en este dia.

LECCION CLXXIX.

DIA 27 DE JUNIO.

ORACION.—¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

La entereza que muestra el Maestro que parecia tan suave, diciendo á Teresa que temia iba engañada, nos enseña cuál debe ser el carácter de los padres espirituales y de las confesadas.

Si vimos la suavidad y condescendencia de este Maestro de santa Teresa en su gobierno, veremos tambien no era de los que pasan la mano y la esponja con facilidad por todo, grave y leve, sin discrecion, queriendo unir á Dios con el mundo en un alma. Comenzamos á insinuar esto mismo, porque de la leccion antecedente nadie abuse por el modo suave con que llevaba á la Santa en el principio, diciéndola que *no pensara se habia de apartar del mundo en un dia*. La oirémos ahora á la Santa la segunda parte de su Maestro. « Como fué entendiendo (el caballero santo) mis imperfecciones tan grandes, dice (1), y aún serian pecados (notemos que habla su humildad), y como le dije las mercedes que Dios me hacia, díjome que no venia lo uno con lo otro, que aquellos regalos de Dios eran de personas que estaban ya muy aprovechadas y mortificadas, que no podia dejar de temer mucho, aunque no se determinaba. Que pensase bien todo lo de mi oracion y se lo dijese. Y era el trabajo, que yo no sabia poco ni mucho decir lo qué era mi oracion, porque esta merced de saber entender qué es, y saberlo decir, há poco que me la dió Dios. Como me dijo esto, fué grande mi afliccion y lágrimas. Mirando libros para ver si sabia decir la oracion que tenia, hallé en uno que se llama *Subida del monte*,

(1) Vid., cap. xxiii, n.º 5.

en lo que toca á union del alma con Dios, todas las señales que tenia en aquel no pensar en nada, señalé con unas rayas la parte que eran, y díle el libro para que él y el otro clérigo (Maestro Daza), santo y siervo de Dios, lo mirasen, y me dijesen lo que habia de hacer; y que si les pareciese, dejaria la oracion del todo, que para qué me habia de meter yo en esos peligros, pues al cabo de veinte años no habia salido con ganancia, sino con engaños del demonio, y así era mejor no la tener, aunque tambien esto se me hacia recio, porque ya habia probado cuál estaba mi alma sin oracion. Pues como dí el libro, é hice relacion de mi vida y pecados lo mejor que pude, los dos siervos de Dios miraron con gran caridad y amor lo que me convenia; venida la respuesta que yo esperaba con harto temor, díjome que á todo su parecer de entrambos *era demonio*; que lo que me convenia era tratar con un Padre de la Compañía de Jesús, y me confesara generalmente con él, que Dios le daria luz, y que era muy experimentado en cosas de espíritu, porque habia mucho peligro, sino tenia quien me gobernase. A mí me dió tanto temor y pena, que no sabia qué me hacer; todo era llorar, y estando en un oratorio, parece que Dios puso en mis manos un libro, en que dice san Pablo: Dios es muy fiel, y nunca á los que le aman, consiente ser engañados por el demonio. Esto me consoló mucho.» Por fin, como ya dijimos, el Padre de la Compañía aprobó su espíritu, y tambien san Francisco de Borja, y así quedó sosegada la Santa, y el caballero santo y el clérigo muy amigos suyos, aunque duró poco este sosiego.

La entereza que aquí manifestó el caballero santo don Francisco Salcedo para descubrir á la Santa el temor que él tenia de que fuese demonio, prueba bien hasta donde debe llegar la condescendencia de los Padres espirituales. Tanto amor y no hacer alto en las imperfecciones de Teresa como vimos podian persuadir, que como Maestro secular é indulgente todo lo aprobaria en esta, como muchos hacen con las que llaman beatas; pero como ya tocaba la oracion de la Santa en cosas sobrenaturales y fuera del órden comun, le ve-

mos revestirse de entereza y decir con resolucion: *No vienen estas mercedes sobrenaturales, con las imperfecciones que se me dicen.* Es verdad que como el caballero no conocia muy bien la humildad de Teresa, y creia que las faltas eran reales y verdaderas, y no con relacion á la ruindad que veia la Santa en sí, cotejada con los favores divinos, pudo creer que era demonio, aunque no de modo que lo decidiese del todo, ni con firmeza caprichuda, que acompaña á muchos directores. Léjos de abrogarse toda la autoridad de maestro, él mismo la conduce á otro, la quita los temores y reparos que tenia de hablarle, se lo busca y lo hace venir á ver y hablar á la Santa. Aprendan aquí los confesores y confesadas á tener docilidad, no encapricharse en uno siempre y por siempre, sino que obren con prudencia, y sepan hay casos en que los confesores mismos deben buscar otros. La suavidad y dulzura del Evangelio sabe hermanarse con la entereza y severidad, porque reúne la sencillez de paloma y la astucia de serpiente. Andemos, pues, siempre pecho por tierra por la humildad, que así nos elevarémos á lo alto como la paloma, pero no olvidemos lo que leyó santa Teresa, esto es, que nadie es más tentado de lo que puede resistir con su divina gracia, si corresponde á ella.

FRUTO. — Docilidad con los confesores y directores.

MÁXIMA. — Dice san Pablo: Dios es muy fiel, y nunca á los que le aman consiente ser engañados por el demonio. Esto me consoló mucho.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este dia.

LECCION CLXXX.

DIA 28 DE JUNIO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Las virtudes de don Francisco Salcedo se hacen amables á santa Teresa, para enseñarnos á amar el bien y aborrecer el mal.

Despues de este exámen del espíritu de santa Teresa por el señor Francisco Salcedo y los Padres de la Compañía, quedó más firme la amistad de los dos, y siempre continuó Salcedo en favorecer á la Santa. Luego que enviudó Salcedo (1) se hizo sacerdote, y vivió en este estado diez años, asistiendo como Capellan y confesor á las Religiosas de Avila, donde murió el año 1580 á 12 de Setiembre. Era muy sabio, pues aún siendo casado, se ocupó veinte años en oír lecciones de Teología en el convento de Santo Tomás. Mientras fué sacerdote, lo llevó el Señor por el camino de los fuertes, ejercitándolo en trabajos interiores con una grande angustia, sobre si salía ó no vencedor en las tentaciones que sufría. Viniendo un dia á decir Misa á San José de Avila, dijo el Señor á la Santa que le eran muy agradables los sacrificios de aquel Sacerdote, no sólo porque ofrecia la hostia, sino por su corazon contrito y humillado en los trabajos del alma. Escribiendo la Santa á su hermano don Lorenzo, muy santo, y que le habia dado la obediencia como á Maestra, despues de calmarle varios escrúpulos que tenia, y haberle dado mucha doctrina saludable, le dice (2): «Ya le digo que en todas esas cosas pregunte y siga el parecer de Francisco Salcedo, y no andará en esos pensa-

(1) Tom. IV, cap. XLIII, not. 43.

(2) Tom. I, cap. xxxi, n.º 42 y 48.

mientos, y siempre me lo encomiende mucho y á quien más quisiere. Es su humildad por un término extraño, que le lleva Dios de suerte con temor, que aún podría ser no le parecer bien hablar en estas cosas de esta suerte. Hémos de acomodar con lo que vemos en las almas. Yo le digo que es santo, mas no le lleva Dios por el camino que á V. En fin, llévale como á fuerte, y á nosotros como á flacos.»

Al mismo Francisco Salcedo le escribió algunas veces, pero hay una muy (1) particular propia de la Santa, que á cada uno habla como le conviene. Como este santo hombre era tan santo y tan escrupuloso, escribía siempre con melancolía, diciendo que estaba ya viejo, y se moriría luego, pero que deseaba verla, y por ello daría de buena gana seis ducados. A esto, pues, le respondió la Santa, que se alegra mucho de ver sus cartas, pero á condicion que no diga tanto que es viejo, «porque me da pena, dice, en todo mi seso, como si en la vida de los mozos hubiera alguna seguridad.» Le dice que si ella muere antes, se lo llevará luego por tenerlo en su compañía. «No me pareció poco encarecimiento decir V. que daría seis ducados por verme: más pudiera yo dar por ver á V. Verdad es que V. merece más precio que una mongilla pobre, porque V. puede darme agua de aloja y obleas, rábanos y lechugas, porque tiene huerto, y sé que es buen mozo para traer manzanas. La dicha aloja dicen la hay aquí muy buena, más como no tengo á Francisco Salcedo, no sabemos á qué sabe, ni lleva arte de saberlo.»

Por esta carta sabemos que la mujer de Salcedo se llamaba doña Mencía de Avila, y que la criada era tan buena como los amos, llamada la señora Os pedal, para quienes da recados la Santa, y acaba diciéndole que no sea incrédulo, que todo lo puede la oracion, y que ella ayudará como la del templo con lo poco que pueda, esto es, con un cordanillo ú ocha-vo... ¡Que admirable conjunto de cosas sabe Dios reunir en los santos! Aquí vemos un caballero, pero santo, y

(1) Tom. II, cap. LVI.

que hace su casa morada de santos, pues lo era su mujer y la criada, que mereció las atenciones de santa Teresa, con otras muchas que hizo Monjas. Este santo era casado, y también teólogo, viudo y sacerdote, afable y escrupuloso, seglar y muy amigo de santa Teresa, que parece enamorada suya, y lo estaba en Dios y por Dios. Tal es el carácter de la virtud. La sólida devoción, dice santo Tomás (1), produce una alegría muy sazónada como esta de Teresa, para consolar á un afligido y alegrar á un melancólico. Al justo que ama á Dios todo se le convierte en bien, pero al malo todo le sucede al contrario. En efecto, las expresiones de Teresa á este santo, que quizá serian malas entre los mundanos, porque mirarian la carne, la adulacion, ú otros fines bajos, son en Teresa actos de virtud, porque las dicta el amor casto de quitarle la melancolía y distraerlo de los escrúpulos, y ellas realzan el hermoso carácter de la virtud, que léjos de ser agreste, duro ni feroz, se hace amable y suaviza los males. El hombre se hizo para amar, no hay casi otra pasion que el amor, pues este es la vida y alma de las obras, mas el hombre torció la obra de Dios, que lo hizo para amar á Dios y al bien, y el hombre ama la vanidad, el mundo y la carne. Amemos, pues, con órden, rectifiquemos nuestras intenciones, miremos el bien sumo, que es Dios, nuestro Criador, Padre y Redentor, amemos el bien donde lo veamos, huyamos el mal, y aborrezcamos el pecado, y todo se nos hará suave y dulce.

FRUTO. — Amar el bien donde lo veamos, rectificando nuestras intenciones mirando al Bien sumo que es Dios.

MÁXIMA. — Hémonos de acomodar con lo que vemos en las almas.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día.

(1) Lib. II, q. LXXXII, art. 4.

LECCION CLXXXI.

DIA 29 DE JUNIO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Nuevos temores de la Santa por una junta de cinco ó seis que la dicen era demonio, la quitan la comunión, oracion y soledad; pero su valor nos enseña á confiar en solo Dios.

No se acabaron con la aprobacion de san Francisco de Borja los temores y dudas de la Santa, sobre si era demonio ó Dios quien la hablaba en la oracion. Quiso el Señor probarla, permitiendo que el mismo demonio la pusiera nuevos miedos. A este fin se le apareció dos ó tres veces desfigurado, y hablándola algunas cosas buenas al parecer (1), mas luego la avisaba el Señor que era demonio; y aún despues lo conocia por los efectos; mas como habia tantos que dudaban fuese Dios quien la hacia tantos favores, y la daba tantas suspensiones en la oracion, por manera que ella no sabia explicarse, y aún la parecia que estaba ociosa, se aumentaban cada dia las dudas. «En especial, dice (2), me acaeció una vez que se habian juntado muchos, á quien yo daba gran crédito, y era razon se le diese, creo eran cinco ó seis, todos muy siervos de Dios; y díjome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan á menudo, y que procurase distraerme de suerte que no tuviese soledad. Yo era temerosa en extremo, y ayudábame el mal de corazon, que aún en una pieza sola no osaba estar de dia muchas veces. Como ví que tantos lo afirmaban, y yo no lo podia creer, dióme grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad, porque todos eran más de

(1) Vid., cap. xxv, n.º 6.

(2) Vid., cap. xxv, n.º 8.

buena vida sin comparacion que yo, y letrados: y me decia, que ¿por qué no los habia de creer? Forzábame lo que podía para creerlos, y pensaba en mi ruin vida, y que conforme á esto debian de decir verdad. Fuíme de la iglesia con esta afliccion, y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos dias de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí, unos me parecia burlaban de mí, cuando de ello trataba, como que se me antojaba, otros avisaban al confesor que se guardase de mí, otros decian que era claro demonio; sólo el confesor, aunque por probarme, como despues supe, se conformaba con los demás, pero me consolaba y decia, que aunque fuese demonio, no ofendiendo yo á Dios, no me podia hacer nada; que ello se me quitaria, que lo rogase mucho á Dios, y esta era toda mi oracion y de otros muchos siervos de Dios, para que me llevase por otro camino, y esto me duró no sé si dos años, que era contino pedirlo á su Majestad. A mí ningun consuelo me bastaba, pensando que era posible que tantas veces me habia de hablar el demonio. Porque aunque no tomaba horas de soledad para la oracion (por la prohibicion de los confesores y letrados), en conversacion me hacia el Señor recojer, y sin poderlo yo excusar, me decia lo que era servido, y aunque me pesaba, lo habia de oír. Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar ni leer, sino como persona espantada de tanta tribulacion, y temor de si me habia de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí, estuve cuatro ó cinco horas, de modo que ni consuelo ni del cielo ni de la tierra no habia para mí, sino que el Señor me dejó padecer, teniendo mil peligros.

Abismos de tristeza y amargura es este, en que se nos presenta santa Teresa desamparada de cielo y tierra: el hombre más esforzado en este caso no seria más que una hoja de un árbol en otoño, que se mueve á todas partes y cae seca á la tierra; mas ¿qué diferente el que se halla arraigado en la virtud como santa

Teresa? Reflexionemos un instante sobre los sentimientos de esta gran Santa en ocasion que nos parece se halla en el mayor abatimiento. para que aprendamos á no perder jamás la confianza. Oigamos como continúa en esta afliccion (1): «¡Oh Señor mio! ¡Como sois Vos el amigo verdadero! pues como poderoso, cuando quereis podeis, y nunca dejais de querer si os quieren. ¡Alábenos todas las cosas, Señor del mundo! ¡Oh quién diese voces por El, para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan; Vos, Señor de todas, nunca faltais. Poco es lo que dejais padecer á quien os ama. ¡Oh Señor! ¡Oh quien nunca se hubiera detenido en amar á nadie sino á Vos! Parece, Señor, que probais con rigor á quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh Dios mio! Quién tuviera entendimiento y letras, para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma. Fáltame todo, mas si Vos no me desamparais, yo no osaltaré. Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios, no me falteis Vos, que ya sé la ganancia con que sacais al que en Vos solo confia. Pues estando en esta fatiga, sólo estas palabras bastaban para quitármela y quietarme del todo: *No hayas miedo, hija, que Yo soy, y no te desampararé, no temas.*»

Conozcamos, pues, cuanto más puede Dios que todo el mundo.

FRUTO. — En nuestras tribulaciones y aflicciones de espíritu acudir á Dios, fuente de todo consuelo.

MÁXIMA. — Persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme todos los demonios, no me falteis Vos (Señor), que ya sé la ganancia con que sacais al que en Vos solo confia.

JACULATORIA. — Corazon de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día.

(1) Vid., cap. xxv, n.º 6.

LECCION CLXXXII.

DIA 30 DE JUNIO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Nuevas aficiones de santa Teresa, á quien creen endemoniada, y quieren conjurar, como á tal: mas ella siempre nos enseña que sólo en Dios se debe confiar.

Una de las mayores penas que tenia la Santa en este tiempo, en que se dudaba sobre su espíritu, si era de Dios ó del demonio, era el haber de comunicar sus revelaciones y las muchas veces que le aparecia el Señor, las más resucitado y en la hostia, aunque otras muchas, si estaba en tribulacion, era con la cruz, la corona de espinas, ó con las llagas. «Hartas afrentas y trabajos, dice (1), he pasado en decir esto, y hartos temores y hartas persecuciones. Tan cierto les parecia que tenia demonio, que me querian conjurar algunas personas. Desto poco se me daba á mí, mas sentia cuando veia yo que temian los confesores de confesarme, ó cuando sabia les decian algo (que se guardasen de santa Teresa). Con todo, jamás me podia pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo sola una vez no lo trocara: siempre lo tenia por gran merced de Dios, y me parece un grandísimo tesoro, y el mesmo Señor me aseguraba muchas veces. Yo me veia crecer en amarle muy mucho: íbame á quejar á El de todos estos trabajos, siempre salia consolada de la oracion y con nuevas fuerzas. A ellos no los osaba yo contradecir, porque veia era todo peor, que les parecia poca humildad.

«Como las visiones iban creciendo, continúa la Santa, uno de ellos, que antes me ayudaba, comenzó á de-

(1) Vid., cap. xxix, n.º 3.

cir que era claro demonio. Mandábame que ya que no habia remedio de resistir, que siempre que viera alguna vision me santiguase y diese higas, y que tuviese por cierto era demonio, y con esto no vendria, y que no hubiese miedo que Dios me guardaria y me lo quitaria: esto me era grande pena, porque como yo no podia creer sino que era Dios, era cosa terrible para mí; y tampoco podia, como he dicho, desear que se me quitase; mas en fin, hacia cuanto me mandaba.»

Este confesor de la Santa que la mandó estas cosas, no era de los que conocemos, sino otro que no nombra la Santa, con quien no solia confesarse, sino sólo en ausencia del Padre Ministro ó Rector de la Compañía, el P. Alvarez, como la misma lo insinúa. Por esto no conviene echarnos á adivinar quién seria, ni es necesario para nada.

¿Quién dijera que habíamos de ver á santa Teresa en un estado tal que pensarán personas de juicio que debia ser conjurada con los exorcismos de la Iglesia como si estuviera endemoniada? Por aquí podemos aprender cuán falible es el juicio de todos los mortales, áun de aquellos que parecen más prudentes y sabios. Bien se ve aquí lo que dice el Apóstol, que toda la sabiduría de los hombres no es más que ignorancia delante de Dios, y que permite estos errores con fines tan altos y sublimes, como propios de su omnipotente providencia. Parecerá muy extraña esta permission del Señor, pero quien medite los efectos alabará la admirable sabiduría del Todopoderoso. ¡Qué bien se ven verificadas las palabras de la Santa, esto es, *que Dios prueba con rigor á quien ama, pero que sólo El es el amigo verdadero y poderoso!* Todo se verifica en este caso. Pruebas fueron de mucho rigor las que aquí vemos sobre santa Teresa, pero no son menos las que ella nos da de que no hay amigo más fiel ni más poderoso que el mismo Señor. La seguridad que la infundia en el alma, el asegurarla Dios muchas veces, y con una sola palabra: «Héme aquí, dice (1), con una palabra sosegada, con fortaleza,

(1) Vid., cap. xxv, n.º 10.

con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz que en un punto ví mi alma hecha otra. ¡Oh qué buen Dios! ¡Oh qué buen Señor! No sólo da el consejo, sino el remedio. Sus palabras son obras. ¡Oh váleme Dios! ¡y cómo fortalece la fe y se aumenta el amor!...» Por estos efectos en medio de sus penas siempre lo tenía todo por gran merced, y no lo trocara por todos los deleites del mundo. Si nosotros calculáramos de este modo, ¡cómo se suavizarían nuestros trabajos! ¡Cómo descansaríamos en nuestras penas en los brazos de Dios, que si es el cirujano que aplica el cauterio á nuestros males, también es el Padre que nos consuela y todo lo dirige á nuestro bien! Despreciemos, pues, el juicio de los hombres, desconfiemos de toda la sabiduría humana, confiemos en Dios, echémonos en sus brazos, fortalezcamos la fe y su amor en nuestro corazón con los trabajos, que el Dios que lo es de toda consolación, nos probará, sí, mas no nos desampará.

FRUTO. — Firmeza, confianza y amor en las pruebas que el Señor nos envía.

MÁXIMA. — Estando en gran fatiga, sólo estas palabras (del Señor) bastaban para quitármela y quietarme del todo: «No hayas miedo, hija, que Yo soy y no te desamparé, no temas.»

JACULATORIA. — Corazón de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día.

LECCION CLXXXIII.

DIA 1 DE JULIO.

ORACION. — ; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

El mandato de hacer burla ó higas santa Teresa cuando veía la figura de Jesucristo, y su obediencia en cosa tan dura, nos enseña que esta virtud es la piedra de toque del espíritu.

Uno de los casos más árdulos en que se vió santa Teresa sobre la obediencia, fué cuando la mandaron hacer higas y burlarse de la imágen de Jesucristo cuando le aparecía en la oracion. «Dábame, dice (1), este dar higas grandísima pena, cuando veía esta vision del Señor, porque cuando yo lo veía presente, si me hicieran pedazos no pudiera creer que era demonio, y así era un género de penitencia grandísimo para mi, y por no andar tanto santiguándome, tomaba una cruz en la mano. Esto hacia casi siempre: las higas no tan continuo, porque sentia mucho; acordábame de las injurias que le habian hecho los judíos, y suplicábale me perdonase, pues yo lo hacia por obedecer al que tenia en su lugar, y que no me culpase, pues eran los ministros que El tenia puestos en su Iglesia. Decíame el Señor que no se me diese nada, que bien hacia en obedecer, mas que El haria se entendiese la verdad. Cuando me quitaron la oracion, me pareció se habia enojado. Díjome les dijera que ya aquello era tiranía. Dábame causas para que entendiese que no era demonio. Una vez, teniendo yo la cruz en la mano, que la traía en un rosario, me la tomó el Señor con la suya, y cuando me la tornó á dar, era de cuatro piedras muy más preciosas que diamantes sin comparacion, y tenían las cinco

(1) Vid., cap. xxix, n.º 5.

llagas de muy linda hechura, y de allí adelante siempre las veía así, pero ningún otro las veía. En comenzando á mandarme el confesor hiciese estas pruebas y que resistiese, era muy mayor el crecimiento de las mercedes: en queriéndome divertir (por el mandato del confesor) nunca salía de oracion: áun durmiéndome parecia estaba en ella, porque aquí era crecer el amor y no podia dejar de pensar en él. Con todo, obedecia (al confesor) cuanto podia, y el Señor nunca me lo quitó (el que obedeciera).»

No deja de ser éste un caso de los más extraordinarios que hallamos en las historias por el conjunto de cosas que vemos. El mandato era terrible, la seguridad que la Santa tenia de ser Dios, muy grande, y con todo verse precisada á hacerle higas, y santiguarse ó conjurarlo con una cruz, como si fuera demonio, era sin duda la tentacion más grande para faltar á la obediencia. Con todo, esta Maestra de espíritus habia de enseñar con la práctica, que quien no se rinde á los superiores no lleva buen camino, aunque le parezca que sube al cielo. Lo más particular es que el mismo Dios la dice que obedezca, que no se le dé nada de hacer estas burlas, y esto aunque es tiranía. Ella misma hace lo que la mandan, y da sus razones al Señor, de que ella obedece á sus ministros y á los que tiene en su Iglesia para gobernar las almas. Que estos errasen nada importaba, porque Dios lo tomaba como acto de religion y obediencia en santa Teresa; pero que ella desobedeciese, hubiera parecido mal al Señor. Es muy grande la instruccion que aquí podemos aprender sobre la deferencia á los prelados y confesores. Sus yerros no se nos imputarán; los tenemos en lugar de Dios, y se les debe respeto, honor y sumision. La obediencia es mejor que todas las víctimas y sacrificios, y la piedra de toque más segura para conocer ciertos espíritus que parecen santos y no lo son. Se quieren asegurar en sus caprichos ó imaginaciones con la seguridad que muestra santa Teresa, mas ¿por qué no la toman por modelo en su obediencia y en hacer cuanto les mandan? El espíritu de Dios es sencillo, y como el

de un niño, que no tiene querer ni voluntad, sino el de su padre y madre. No olvidemos esta regla sublime; desconfiemos de todo el que desprecia al superior, el que critica, el que juzga, el que no obedece aún en las cosas más difíciles. Apreciemos esta virtud, que por el hecho de santa Teresa nos asegura más que todas las revelaciones. Doblemos la cerviz á los que mandan, y en no siendo el precepto de cosa claramente contra la ley divina, depongamos nuestras opiniones y sigamos la del que manda, cuando menos en la obra. Ofrezcamos á Dios este sacrificio, como aquí hacia santa Teresa, y Dios lo recibirá como obsequio grande, y crecerán en nosotros las virtudes y gracia con Dios y los hombres.

FRUTO. — No tener querer ni voluntad propia, sino la de los superiores.

MÁXIMA. — En comenzando á mandarme el confesor hiciese estas pruebas y que resistiese (á Dios), era muy mayor el crecimiento de las mercedes.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CLXXXIV.

DIA 2 DE JULIO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Doctrina de santa Teresa sobre adorar la imágen de Jesucristo hecha por el demonio, y sobre los peligros de estas ilusiones en que inspira un gran amor á la verdad.

Habiendo tratado de este suceso tan raro en que mandaron á la Santa que despreciara la vision de Jesucristo, porque al confesor le parecia ser demonio, veamos lo que dijo la Santa sobre este mandato muchos años despues. «Yo sé (1) (dice de sí, aunque en tercera persona) de una que la trajeron harto apretada los confesores por cosas semejantes de visiones ó revelaciones, que despues á lo que se pudo entender por los efectos y buenas obras que desto procedieron, era Dios, y con todo, cuando veía su imágen en alguna vision, tenia que santiguarse y dar higas, porque se lo mandaban así. Despues, tratando con un gran letrado Dominicó, el maestro Fr. Domingo Bañez, le dijo que era mal hecho, que ninguna persona hiciese esto; porque á donde quiera que veamos la imágen de nuestro Señor, es bien reverenciarla, aunque el demonio la haya pintado, porque él es gran pintor, y antes nos hace buena obra, queriéndonos hacer mal, si nos pinta un crucifijo ú otra imágen tan al vivo que la deje esculpida en nuestro corazon. Cuadróme mucho esta razon, porque cuando vemos una imágen muy buena, aunque supiéramos la ha pintado un mal hombre, no dejaríamos de estimar la imágen, ni haríamos caso del pintor para quitarnos la devocion, porque el bien ó el mal no está en

(1) Fund., cap. viii, n.º 3.

la vision, sino en quien la ve y no se aprovecha con humildad de ella; que si esta humildad hay, ningun daño podrá hacer, aunque sea demonio, y sino la hay, aunque sea de Dios, no hará provecho; porque si lo que ha de ser para humillarse, viendo que no merece aquella merced, la ensoberbece, será como la araña que todo lo que come lo convierte en ponzoña, ó la abeja que lo convierte en miel. Yo aseguro, si obedece con perfeccion, que no torne el demonio, sino que se vaya corrido y ningun daño deje al alma. Cuando dice (en la vision) que haga algunas cosas, aquí es menester tratarlo con confesor discreto y letrado, y *no hacer ni creer cosa*, sino lo que aquel la dijere. Téngase por cierto, que si no obedeciere á lo que el confesor le dijere, y se dejase guiar por él, que es mal espíritu, ó terrible melancolía; porque puesto que el confesor no atinare, ella atinará más en no salir de lo que le dice, aunque sea Angel de Dios el que la habla, porque Su Majestad le dará luz ú ordenará como se cumpla, y es sin peligro hacer esto, y en hacer otra cosa puede haber muchos peligros y muchos daños. La flaqueza natural de las mujeres es muy grande, y así en este camino de oracion y donde hay algo de melancolía, es menester mucho más aviso, porque cosas han venido á mí de estos antojos que me han pasmado, como era posible que tan verdaderamente les parezca que ven lo que no ven. Una vez vino á mí un confesor muy admirado que confesaba una persona, y decíale que veia muchos dias Nuestra Señora, y se sentaba sobre su cama, y estaba hablando más de una hora, y diciendo cosas por venir y otras muchas: entre tantos desatinos acertaba alguno, y con esto teníase todo por cierto. Yo entendí lo que era, pero no lo osé decir, porque estamos en un mundo que es menester pensar lo que pueden pensar de nosotros, y así dije que esperasen un poco el cumplimiento, preguntasen otras cosas, se informaran de la vida: en fin, se vió que todo era desatino.»

¡Qué noble é ingénuo me parece aquí la verdad! Habla la Santa de cuando la creían engañada y del error de su confesor y mandato tan mal dado; mas

cuando de aquí parece que habia de declamar contra los que no creen las obras de Dios, ó contra la imprudencia de los confesores, se pone muy de propósito á tratar de la flaqueza de las mujeres y de los antojos que son muchas de las que parecen visiones, *para que no se crea un alma.* « No há mucho, dice, que un hombre desatinó á letrados y espirituales por cosas semejantes, hasta que tratando con quien tenia experiencia, se vió que era locura junto con ilusion.» Todo esto parece que era hablar la Santa contra sí y á favor del confesor imprudente; pero la verdad jamás huye, jamás rehusa el exámen, jamás adula, jamás es artificiosa, ni sabe ciertas prudencias ó políticas disimuladas; es firme é invencible. Saquemos, pues, de aquí un amor grande á la verdad y sencillez, huyamos la doblez, fingimiento y el arte, pues el espíritu del Evangelio es decir *sí, sí*, si la cosa es verdad, y *no, no*, si es mentira: y Dios es la verdad misma.

FRUTO. — Sujecion completa al confesor.

MÁXIMA. — Téngase por cierto que si no obedeciese á lo que el confesor le dijere, y se dejase guiar por él, que es mal espíritu ó terrible melancolía.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CLXXXV.

DIA 3 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Comunica la Santa sus dudas con san Pedro Alcántara, que la consuela y previene para padecer más. Santa Teresa nos enseña prácticamente cómo debemos tratar con el confesor.

En estos trabajos y dudas pasó mucho tiempo la Santa, «pero á poco tiempo, dice (1), comenzó Su Majestad, como me lo tenia prometido, á señalar más que era El (quien me hablaba) creciendo en mí un gran amor de Dios, que no sabia quien me lo ponía, porque era muy sobrenatural ni yo le procuraba. Fué el Señor (2) servido remediar por entonces todo mi trabajo con traer á este lugar al bendito Fr. Pedro Alcántara, que habia traído veinte años contino cilicio de hoja de lata. Qui-so el Señor darle luz, en lo que no la tenían los letrados. Como le dí cuenta de todo con la mayor claridad que supe, porque siempre traté con toda claridad y verdad, y hasta los primeros movimientos querria yo fuesen públicos, y en las cosas dudosas yo les argüia con razones contra mí; así que sin doblez ni encubierta le traté mi alma. Casi á los principios ví que me entendia por experiencia. Me dió grandísima luz, y dijo que no tuviese pena, sino que alabase á Dios, y estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que si no era la fe, cosa más verdadera no podia haber: húbome grandísima lástima. Díjome que uno de los mayores trabajos de la tierra, era el que habia padecido, que es contradiccion de buenos, y que todavía me quedaba harto, porque siempre tenia necesidad, y no habia en esta ciudad

(1) Vid., cap. xxix, n.º 7.

(2) Vid., cap. xxx, n.º 2 y 3.

quien me entendiese, mas que él hablaría al que me confesaba, y á uno de los que me daban más pena, que era el caballero santo (D. Francisco Salcedo), porque como quien me tenía mayor voluntad, me hacia toda la guerra, y es alma temerosa y santa. El confesor poco había menester; el caballero, tanto que aún no bastó del todo. Ansí que, aunque me consoló (san Pedro Alcántara), no le di tanto crédito para quedar sin temor, porque me llevaba el Señor por camino de temer, en especial cuando me dejaba en los trabajos del alma.»

Vemos aquí por san Pedro Alcántara ser uno de los mayores trabajos el que viene por los buenos y con buen zelo, como sucedía á la Santa con los temores de los confesores que la estimaban, y aún de este caballero santo, que *por lo mismo, dice, que la amaba más, la hacia la mayor guerra.* De aquí podemos aprender, que no todos los que nos contradicen son enemigos, y que es posible hacernos la guerra unos con otros, sin desunir las voluntades, ni la caridad; no como en el mundo, donde el que no adula, es enemigo, y al que es de distinta opinión, aborrece, sólo porque no seguimos su modo de pensar. También vemos aquí la profecía de san Pedro Alcántara, de que aún la quedaba mucho que padecer, y esto se verificó, no sólo por las dudas y temores, sino por las grandes persecuciones que se levantaron contra la Reforma y fundaciones, no sólo por personas mal intencionadas, con calumnias, memoriales al Rey, y procesos contra la Santa y Gracian, como ella dice (1) al Arzobispo de Évora, sino por artificios del demonio, y por otros buenos y con buen zelo. «Son tantas las cosas y diligencias que han hecho, dice, para desacreditarnos, y los memoriales que se han dado al Rey contra este hombre (el Padre Gracian) y estos monasterios de Descalzas, que le espantaría á V. S. si lo supiese, de cómo se pudo inventar tanta malicia.» (Pero de esto se tratará adelante).

«El demonio, dice la Santa (2), no engaña, ni Dios lo permite, al alma que en nada se fia de sí, cuando es-

(1) Tom. I, cap. III, n.º 5 y 6.

(2) Vid., cap. xxv, n.º 7.

tá fuerte en la fe, y determinada á morir mil veces por un punto de lo que enseña la Iglesia, y pregunta á unos y otros. Un confesor me dijo, que supuesto estaba yo segura, que callase y no comunicase nada: luego entendí que era mal consejo, aunque yo sentia mucha pena de decir las mercedes del Señor. Lo más seguro es decirlo todo y no callar nada al confesor, como muchas veces me lo dijo el Señor...» Tambien san Pedro Alcántara la previno á la Santa que comunicara sus cosas con el confesor para ir segura. Una ocasion tuvo tentaciones la Santa de dejar el confesor, porque la affigia mucho (1), pero entendió de Dios no lo hiciera, diciéndola que no era obediencia verdadera, si no estaba determinada á padecer, y que pusiese los ojos en lo que El habia padecido, y todo se le haria fácil.

Pues si áun las mercedes se deben comunicar, y sufrir cualquier disgusto que por esto venga por el confesor, ¿cuánto más deberémos confesar todos los pecados, que son la materia del Sacramento, y todas nuestras pasiones sin rebozo, para que pueda formar idea verdadera de nuestra conciencia? Aprendamos de santa Teresa á explicarlo todo con claridad y verdad, y poner de manifiesto en cuanto sea posible, hasta los primeros movimientos, y sufrir las reprehensiones del confesor. Ofrezcamos á Dios la vergüenza natural que nos causa decir el pecado por la desvergüenza que tuvimos en hacerlo á vista de Dios; que este es el medio para que Dios nos perdone, y admita nuestro dolor y confusion.

FRUTO. — Explicar todo lo del alma al confesor con claridad y verdad, si es posible, hasta los primeros movimientos, y sufrir las reprehensiones del confesor.

MÁXIMA. — Lo más seguro es decirlo todo y no callar nada al confesor, como muchas veces me lo dijo el Señor.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

(1) Vid., cap. xxv, n.º 7.

LECCION CLXXXVI.

DIA 4 DE JULIO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Doctrina de la Santa sobre otros engaños del demonio, que nos hace creer tenemos virtudes, y nos enseña á temer y pedir á Dios la humildad que las guarda todas.

No se reducen todos los engaños del demonio en fingir revelaciones ó transformarse en Angel de luz ; hay otros todavía más dañosos. Santa Teresa en el prólogo al *Camino de perfeccion*, que, como dice, lo escribió para remedio de algunas tentaciones menudas del enemigo, nos asegura que son muchas sus sutilezas. « ; Oh de cuántas maneras nos daña el demonio ! dice (1) ; no penseis que es sólo en hacernos entender que los gustos que puede fingir en nosotros y los regalos, son de Dios. Este me parece el menor daño en parte, que ellos pueden hacer, antes podrá ser que con esto hagan caminar más apriesa, porque cebados de aquel gusto están más horas en oracion, y como ellos están ignorantes que es demonio, y se ven indignos de aquellos regalos, no acaban de dar gracias á Dios, quedarían más obligados á servirle ; esforzarse han á disponerse, pensando son de su mano los favores. Con esta humildad pienso que pierde el demonio de su poder, pensando que las engaña, y que el Señor saca bien del mal que el demonio procura.

« A dónde el demonio puede hacer gran daño sin entenderle, dice aquí mismo, es haciéndonos creer que tenemos virtudes no las teniendo, que esto es pestilencia. Porque en los gustos sólo recibimos y quedamos más

(1) Cam. de perf., cap. xxxviii, n.º 2.

obligados á servirle ; acá parece que damos y servimos, y que el Señor está obligado á pagar, y ansí hace mucho daño , pues por una parte enflaquece la humildad, por otra descuidámonos de adquirir aquella virtud que nos parece ya tenemos. Y sin sentir, pareciéndonos vamos seguros, damos en un hoyo, que no podemos salir de él, que aunque no sea pecado mortal, nos desjarreta las piernas para no andar este camino. Yo os digo que es bien peligrosa esta tentacion. ¿Pues qué remedio? A mí me parece el mejor el que nos enseña nuestro Maestro, oracion y suplicar al Padre que no permita que andemos en tentacion. Tambien lo es, que si nos parece que el Señor nos ha dado una virtud , pensemos que nos la puede quitar, como ha sucedido á muchos, y yo lo he visto por mí. Unas veces me parece que estoy muy desasida, y en prueba, venida á la obra, lo estoy: otras me hallo tan asida, y de cosas que antes burlaba de ellas, que casi no me conozco. Unas veces me parece que tengo mucho ánimo, y en cosas del servicio de Dios que no volveria el rostro, y con prueba es ansí. Otro día viene que no me hallo con fuerza para matar una hormiga por Dios, si hallan contradiccion. Unas veces me parece y sufro cualquier murmuracion, no sólo con paciencia sino con contento: vienen dias que una sola palabra me aflige y querria irme del mundo, porque me parece me cansa todo. Y no soy sola, pues sé que esto pasa por muchas. Pues si esto es ansí, ¿quién podrá decir de sí que tiene alguna virtud, ni que está rica, pues al mejor tiempo que la necesita, se halla pobre? Verdad es, que sirviendo á Dios con humildad, siempre nos socorre en la necesidad; mas si no hay esta virtud, á cada paso nos dejará el Señor. Os hace creer el demonio que teneis una virtud, por ejemplo la paciencia, y á una palabra va todo por el suelo; ó que sois pobre, porque prometisteis la pobreza (ó que el seglar no es codicioso ó soberbio). Vengamos á la prueba, que muy presto da señal; por ejemplo, tiene demasiada renta, y puede pasar con un mozo ó criado, ¿pues por qué tiene tres? Pónenle un pleito ó déjale de pagar el pobre labrador; tanto desasosiego le da, como

si sin ello no pudiera vivir. Dirá que lo siente, porque no se pierda: luego hay disculpa. El verdadero pobre tiene en poco estas cosas, y ya que no los deje, jamás se inquieta. Así nos acaece en la humildad, que nos parece no queremos honra, ni se nos da nada: viene la ocasion de tocaros en un punto; en lo que haceis se entenderá que no sois humildes. Cuando el Señor da una virtud, todas parece las trae consigo; es muy conocida cosa. Mas tórnoos á avisar, que aunque os parezca que la teneis, temais que os engaña, porque el verdadero humilde siempre anda dudoso en las virtudes propias, y le parecen más ciertas y de más valor las que ve en sus prójimos.»

De esta doctrina que, aunque dada á sus monjas, los ejemplos que propone son para todo cristiano, debemos sacar: lo primero, que es muy difícil asegurarse el hombre que tiene virtud alguna, pues nos manifiesta santa Teresa la gran flaqueza humana: lo segundo, que el demonio puede ayudar á practicar algun acto virtuoso, para ensoberbecernos y quitarnos la humildad: lo tercero, que aunque tengamos de Dios una virtud, nos la puede quitar, que como es suya y no nuestra, y por lo mismo, que no debemos gloriarnos, sino glorificar á Dios, y pedirle no nos la quite: lo cuarto, que siempre debemos creer más las virtudes ajenas que las propias, porque el humilde siempre teme. Pidamos, pues, á Dios esta humildad de corazón, que es la que guarda todas las demás virtudes.

FRUTO.— Considerar que es tentacion del demonio creer que tenemos virtudes no las teniendo, que esto es pestilencia.

MÁXIMA.— El verdadero humilde siempre anda dudoso en las virtudes propias, y le parecen más ciertas y de más valor las que ve en sus prójimos.

JACULATORIA.— Vuestra soy, para Vos nació, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CLXXXVII.

DIA 5 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Comienza el demonio á atormentar visiblemente á santa Teresa, mas esto nos enseña el provecho que puede sacarse, viendo por aquí cómo atormentará en el infierno á los pecadores.

Avergonzado el demonio viendo que todos sus artificios le salian, no sólo vanos, sino que se volvian contra él, porque la Santa ni dejaba la oracion, ni menos la obediencia á sus confesores, la emprende con licencia de Dios cara á cara, y brazo á brazo. «Quiero decir (1), ya que he dicho algunas tentaciones y turbaciones interiores y secretas que el demonio me causaba, otras que hacia casi públicas en que no se podia ignorar que fuera él: estaba una vez en un oratorio, y aparecióme hácia el lado izquierdo, de abominable figura; en especial le miré la boca, porque me habló, que la tenia espantable. Parecia le salia una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Dijome, que bien me habia librado de sus manos, mas que él me tornaria á ellas. Yo tuve gran temor, y santiguéme como pude, y desapareció y tornó luego; por dos veces me acaeció esto. Ya no sabia qué me hacer; tenia allí agua bendita y echéla hácia aquella parte, y nunca más tornó. Otra vez me estuvo cinco horas atormentando con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que no me parece se podia ya sufrir. Las que estaban conmigo estaban espantadas y no sabian qué se hacer, ni yo cómo valerme. Tengo por costumbre, cuando los dolores y mal corporal es intolerable, hacer actos, como

(1) Vid., cap. xxxi, n.º 4.

puedo, dentro de mí, suplicando al Señor si se sirve de aquello, me dé Su Majestad paciencia, y me esté yo así hasta el fin del mundo. Pues como esta vez ví el padecer con tanto rigor, remediábame con estos actos, para poderlo llevar. Quiso el Señor entendiéndose como era demonio, pues ví cabe mí un negrilla muy abominable, regañando como desesperado, de que á donde pretendia ganar perdía. Yo, como le ví, reíme y no hube miedo, porque habia allí algunas conmigo que no se podian valer, ni sabian qué remedio poner á tanto tormento, que eran grandes los golpes que me hacia dar, sin poderme resistir, con cuerpo, cabeza y brazos, y lo peor era el desasosiego interior, que de ninguna suerte podia tener sosiego. No osaba pedir agua bendita, por no las poner miedo, y porque no entendiesen lo que era. Pero como no cesaba el tormento, dije: Si no se riesen, pediria agua bendita. Trajéronmela, echáronmela á mí, y no aprovechaba: echéla hácia donde estaba, y en un punto se fué y se me quitó todo el mal, como si con la mano me lo quitaran, salvo que quedé cansada como si me hubieran dado muchos palos. Hízome gran provecho ver que aún no siendo un cuerpo y alma suya, cuando el Señor le da licencia hace tanto mal, ¿qué hará cuando él lo posea por suyo propio? Díome de nueva gana de librarme de tan ruin compañía. Otra vez poco há me acaecia lo mismo, aunque no duró tanto y yo estaba sola; pedí agua bendita, y las que entraron despues, que eran dos monjas, que por todo el mundo dijeran una mentira, olieron un olor muy malo, como de piedra azufre: yo no lo olí: duró de manera que se podia advertir aquello. Otra vez estaba en el coro, y dióme un gran recogimiento, y fuíme de allí porque no lo entendieran, aunque cerca vieron todas dar golpes grandes á donde yo estaba, y yo cabe mí, oí hablar como que concertaban algo, mas no entendí cosa, ni hube miedo.

No necesitamos más reflexion que pensar en lo que dice la Santa: si así atormentan los demonios un alma, sólo porque Dios les da licencia, aunque no es suya, ¿qué hará con los condenados? Si esto pensáramos, cier-

tamente nuestro temor no sería tanto al demonio como á los pecados, que son los que le dan autoridad para atormentarnos para siempre como ministros de la justicia de Dios. Temamos, pues, la culpa; huyamos de ella como huiríamos de una culebra ó serpiente disforme. El pecado es el mal verdadero, y el único que debemos temer, todos los demás aunque sean causados por el demonio ó por nuestros mayores contrarios, y aún por los que pagan el beneficio con ingratitudes, no deben asustarnos ni affigirnos, porque podemos sacar bien de ellos, como lo sacó santa Teresa de los que le ocasionaban estos con golpes y tormentos. Tengamos á Dios de nuestra parte, y nunca temerémos á nadie.

FRUTO. — Temer al pecado como el único mal verdadero.

MÁXIMA. — Hízome gran provecho ver que aún no siendo un cuerpo y alma suyo (del demonio), cuando el Señor le da licencia, hace tanto mal, ¿qué hará cuando él lo posea por suyo propio?

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CLXXXVIII.

DIA 6 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Teresa saca á un sacerdote de un gravísimo pecado, y se le quitan todas las tentaciones con solo leer las cartas de la Santa; pero la atormentan á ésta los demonios un mes, y nos da una grande enseñanza.

« Cuando el Señor me hacia merced, dice la Santa (1), de que por mi persuasion se aprovechase algun alma, casi cada vez me atormentaban los demonios, y es cierto que me acaeció lo que ahora diré, y hay muchos testigos, en especial el que me confiesa: vino una persona á mí que habia dos años y medio que estaba en pecado mortal de los más abominables que yo he oido, y en todo este tiempo ni se confesaba, ni se enmendaba, ni dejaba de decir Misa. Y aunque confesaba otros pecados, este, decia que como habia de confesar cosa tan fea, y tenia gran deseo de salir de él, y no se podia valer á sí. A mí hízome gran lástima, y ver que se ofendia á Dios de tal manera, me dió mucha pena: prometé de suplicar á Dios le remediase, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribí á cierta persona que él me dijo podia dar las cartas; y es así, que á la primera se confesó, que quiso Dios nuestro Señor, por las muchas personas muy santas que lo habian suplicado, hacer con esta alma esta misericordia, y yo, aunque miserable, hacia lo que podia con harta cuidado. Escribíome que estaba ya con tanta mejoría, que habia dias que no caia en él, mas que era tan grande el tormento que le daba la tentacion, que

(1) Vid., cap. xxxi, n.º 2 y 3.

parecia estaba en el infierno segun lo que padecia, que lo encomendase á Dios. Yo lo torné á encomendar á mis hermanas, por cuyas oraciones debia el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy á pechos: era persona que nadie podia atinar en quien era. Yo supliqué á Su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios á atormentarme á mí, con que yo no ofendiese á Dios en nada. Es así, que pasé un mes de grandísimos tormentos; entonces fué servido Nuestro Señor, que le dejaron á él. Tomó fuerza su ánima, y quedó del todo libre, que no se hartaba de dar gracias al Señor y á mí, como si yo hubiera hecho algo, sino que ya el crédito que tenia de que el Señor me hacia mercedes le aprovechaba.

«Decia que cuando se veia muy apretado, leia mis cartas y se le quitaba la tentacion, y estaba muy espantado de lo que yo habia padecido, y cómo se habia librado él; y aún yo me espanté, y lo sufriera otros muchos años por ver aquella alma libre. Sea Dios alabado por todo, que mucho puede la oracion de los que sirven al Señor, como las de esta casa, sino que como yo lo procuraba, debian de indignarse más conmigo los demonios, y el Señor por mis pecados lo permitia.

«En este tiempo tambien pensé que una noche me ahogasen, pero como echaron mucha agua bendita, ví ir mucha multitud de ellos como quien se va despeñando.»

¡Cuánta materia de meditacion nos presenta este caso que refiere santa Teresa! Lo primero, pensemos la misericordia de Dios con esta persona que despues de dos años de sacrilegios por una criminal vergüenza, le excitó la divina gracia por la oracion de Teresa, pero siempre bajo el principio de confesar su culpa. Es, pues, indispensable la confesion del pecado, y este acto de humildad es el que atrae la divina gracia. No hay que buscar otro remedio á las culpas mortales, que la confesion, cuando se puede confesar. Esta ley es indispensable segun la providencia de Dios, ¿y qué cosa más justa, que ya que el pecador se atrevió á obrar el mal delante de Dios, que todo lo ve, obligarle á que diga su pecado delante de un ministro suyo? Dios, que podia

hacer pública la maldad del hombre, se contenta con que humillado y con dolor lo diga en secreto á un confesor. Sea bendita tal bondad y misericordia. Lo segundo, pensemos la fuerza de la virtud y su heroísmo. El mismo que no se atrevia á confesarlo, lo declara á una mujer porque es Santa. ¡Y cuánto valen sus oraciones animadas con el espíritu de caridad de santa Teresa! Esta carga sobre sí toda la furia de los demonios por llevar un alma á Dios. Heroísmo mayor que el de exponer su vida por todo el pueblo; más que dar la vida por los hermanos. ¡Y qué mucho que este acto tan noble consiguiera de Dios no sólo la conversion, sino la gracia de quitarle las tentaciones sólo con leer sus cartas! Lo tercero, pensemos cuál será ahora el poder de santa Teresa en el cielo, pues aún viviendo tenia tanta fuerza su oracion y humildad. Acudamos, pues, todos los infelices acosados del enemigo al amparo de Teresa. Tomémosla por refugio en las tentaciones. Leamos sus obras y doctrina, imitemos sus virtudes, y confiemos en su proteccion para conseguir la gracia.

FRUTO. — No callar en la confesion ningun pecado por vergüenza, y si la tenemos acudir al amparo de Teresa.

MÁXIMA. — Decia (un gran pecador) que cuando se veia muy apretado, leia mis cartas y se le quitaba la tentacion.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CLXXXIX.

DIA 7 DE JULIO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Continúan las peleas con el demonio, que la quiebra el brazo dos veces: pero siempre triunfa la Santa, y nos da mucha doctrina.

«Son tantas veces, dice (1), las que estos malditos (demonios) me atormentan, y tan poco el miedo que yo les tengo, con ver que no se pueden menear, si el Señor no les da licencia, que cansaria á V. y me cansaria si las dijese. Siempre queda algun provecho, que por no alargar no lo digo. Sólo diré esto que me acaeció una noche de las ánimas estando en un oratorio, habiendo rezado un nocturno y diciendo unas oraciones muy devotas, que están al fin del que tenemos en nuestro rezado; se me puso sobre el libro (el demonio) para que no acabase la oracion, yo me santigué, y fuése. Tornando á comenzar, tornóse tres veces que comencé, y hasta que eché agua bendita, no pude acabar; ví que salieron algunas almas del purgatorio en el instante, que debia faltarles poco, y pensé si pretendia estorbar esto. Pocas veces lo he visto tomando forma, y muchas sin tomar forma alguna.»

Sobre todos estos casos que refiere la Santa, sabemos que por dos veces el demonio le quebró el brazo izquierdo con gran furia y mucho dolor. La primera vez fué en Avila noche de Navidad año 1577, segun depone el P. Yanguas, su confesor, habérselo referido la misma el año siguiente el dia de san Bartolomé (2). Este Maes-

(1) Vid., cap. xxxi, n.º 3 y 4.

(2) Tom. II, cap. xxiv, not. 7.

tro Yanguas, según la relación de la Santa, dice que sucedió así. Saliendo del coro la noche de Navidad, el demonio la arrojó con tanta furia muchos escalones abajo, que le quebró el brazo izquierdo, y diciendo ella: «Válgame Dios: Señor, éste quiso matarme:» le respondió Su Majestad: «Sí quiso, pero estaba yo contigo.» La venerable Ana de San Bartolomé confirma lo mismo, diciendo que el demonio quiso quebrarle el brazo derecho; pero no quiso el Señor, porque lo necesitaba para escribir. La segunda vez que le quebró el brazo fué en Villanueva de la Jara. Lo refiere la venerable Ana de San Bartolomé, diciendo: «Cuando iba la Santa un día á ver un torno, que se ponía para sacar agua de un pozo hondo, saltó el torno y le dió en el brazo que le quebró el demonio, y se lo lastimó de nuevo.»

Mucho tiempo duró la cura y con mucho dolor, como ella misma lo insinúa al P. Gracian en una carta (1), diciendo: «La mujer vino á curarme el brazo, que no le costó poco, ni á mí el curarme. Tenía perdida la muñeca, y así fué terrible el dolor y trabajo, como había tanto que caí. Con todo, me he holgado por probar lo que pasó Nuestro Señor en algún poquito. Crea, venerable Padre, que si tardara un poquito más, quedara manca. A la verdad, no tenía mucha pena, si Dios lo quisiera. Bueno ha andado el padecer en todas maneras. A veces parece se cansa el cuerpo, cuando viene un trabajo sobre otro, aunque la voluntad buena está al parecer.»

Esto decía la Santa, porque era el año de las mayores turbulencias contra la Reforma. El Ilmo. Sr. Yepes cuenta que dos años y más después de muerta la cortaron este brazo, y estaba tan fresco como un queso, y que hizo muchos milagros. En las fundaciones de Burgos y Sevilla padeció también mucho por el demonio, y por falsos y horrendos testimonios que hizo la levantasen; pero ya es bastante lo dicho en esta materia.

¿Para qué fin permitió el Señor tantos y tales atropellamientos del demonio contra santa Teresa? Para lo

(1) Tom. II, cart. xxiv, n.º 3.

misimo que lo permitió en el santo Job. Gloria suya, utilidad del paciente, provecho de las almas, y confusión del demonio. Todo esto lo insinúa la Santa: «Querida, dice (1), de estas peleas como si me hubieran molido á palos; pero hízome gran provecho al ver que si no siendo aún suya, hace tanto mal, ¿qué hará después con los condenados? ¡Oh qué incurable locura, exclama (2), que sirvamos al demonio con lo que nos dais Vos, Dios mio! Cosa es que espanta nos falte esfuerzo para irnos á la mano en una cosa leve ó peligro en que se pierde el alma, y tengamos valor para ir contra vuestra Majestad! ¿Qué es esto, Dios mio? ¿Quién nos da estas fuerzas, sino el mesmo demonio vuestro esclavo? ¿Cómo siguen á quien perdió todas las riquezas y no tiene que dar sino desventura? Aun si debiéramos algo al demonio, no llevaba camino servirle contra Vos, que tales bienes nos guardais, y no los falsos y traidores que él nos promete. Seguimos al capitán del infierno, claro está que serémos unos con él, si vuestra piedad no nos torna el seso y perdona lo pasado.»

Meditemos, pues, bien todo esto, y verémos como es locura grande servir á tirano tan cruel. Suframos, pues, por la gloria de Dios y provecho nuestro sus tentaciones, y confundámoslo, como lo confundió Job y santa Teresa con su paciencia, cuyos ejemplos produjeron tanta utilidad en muchas almas. Aún queda mucho que ver para confirmar esta verdad, y el dominio que la Santa adquirió sobre todos los enemigos, que no temia más que á moscas.

FRUTO. — Sufrir á la mayor gloria de Dios y provecho nuestro las tentaciones del demonio.

MÁXIMA. — Son tantas veces las que estos malditos (demonios) me atormentan, y tan poco el miedo que yo les tengo,

(1) Vid., cap. xxxi, n.º 2.

(2) Excl. xii.

con ver que no se pueden menear si el Señor no les da licencia, que cansaría á V. y me cansaría si las dijese.

JACULATORIA.—Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CXG.

DIA 8 DE JULIO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Ve santa Teresa pelear á los demonios contra los Angeles, esto es, los malos contra los buenos: doctrina singular para no temer las murmuraciones, ni peligrar con las alabanzas.

«Estando un dia de la Trinidad, dice la Santa (1), en un monasterio en el coro y en arrobamiento, ví una gran contienda de demonios contra Angeles; yo no podía entender qué queria decir aquella vision; ántes de quince dias se entendió bien en cierta contienda que acaeció entre gente de oracion y muchas que no lo eran, y vino harto daño á la casa que era: fué contienda que duró mucho y de harto desasosiego. Otra vez veia muchos demonios en rededor de mí, y parecíame estar en una gran claridad que me cercaba toda, y ésta no les consentia llegar á mí: entendí que me guardaba Dios, porque no llegasen de manera que me hiciesen ofenderle; en lo que he visto en mí algunas veces, entendí que era verdadera vision. Algunas veces en estas tentaciones todas las vanidades y flaquezas tornaban á despertar en mí, que tenia bien que encomendarme á Dios: luego era el tormento parecerme, que pues venian aquellos pensamientos, todo debía ser demonio, porque

(1) Vid., cap. xxxi, n.º 4.

áun primer movimiento me parecía no debía tener quien tantas mercedes recibia de Dios. Otros me atormentaba que hicieran caso de mí, pues veo que Cristo y los Santos iban por desprecio é injurias, y esto me hace andar temerosa, porque voy al revés. Me parece que de mejor gana me dejara enterrar viva, que saberse mis arrobamientos, y así despues quedaba tan corrida, que no quisiera me viera nadie. Mas el Señor me dijo una vez, que ¿qué temia? Que sólo podia suceder que murmurasen de mí, ó lo alabasen á El: y que ambas cosas eran ganancia para mí. Vino á términos la tentacion, que me queria ir de este lugar y muy lejos y más encerrado (antes de descalzarse), y nunca me dejó mi confesor. Mucho me quitaban la libertad de espíritu estos temores, que despues entendí no era buena humildad, pues tanto inquietaba, y el Señor me enseñó esta verdad, que si estaba segura que ninguna cosa buena era mia, sino de Dios, que así como no pesaba oír loar á otras personas, que tampoco me pesaria de que Dios en mí mostrase sus obras. Todos estos temorcillos y penas y sombra de humildad, entiendo yo ahora era harta imperfeccion, y no estar mortificada, porque un alma dejada en manos de Dios, no se la da más que digan bien que mal, si ella está bien entendida que no tiene nada bueno de sí.»

Esta leccion encierra mucha doctrina y muy sublime. Vió la Santa la contienda de demonios con Angeles, esto es, la que hubo luego entre gente de oracion, que serian los Angeles, y los que no la tenian, que serian los demonios, ó estos los moverian para perseguir á los Santos. Por esto dice aquí mismo: «Bien se puede aparejar un alma (de oracion) que así permite que ande á los ojos del mundo, á ser mártir del mundo, porque si ella no se quiere morir á él (del todo y en todo) el mesmo mundo la matará (1). Ni veo otra cosa en él que bien me parezca, sino no consentir faltas en los buenos, que á poder de murmuraciones no las perfeccion: hay mil ojos para un alma de estas, á donde pa-

(1) Vid., cap. xxxi, n.º 6 y 7.

ra mil almas de otra hechura (esto es, pecadoras) no hay ninguna.» No sabemos de qué Monasterio habla aquí la Santa, ni cuando sucedió esta vision, porque cuidaba poco de la cronología, sí sólo de la obediencia: mas no importa el no saberse más en particular, pues todo el mundo y demonio está continuamente en armas contra los buenos para censurarlos y burlarse. Así debemos estar preparados á la pelea. La Santa se veía rodeada de luz, y como el demonio es tinieblas, no podia llegarse á ella, porque el que obra mal, aborrece la luz y el que se sepa. Aprovechémonos de esta divina luz, para andar siempre con ella, esto es, con la divina ley, de la que dice David es luz para que no tropiecen nuestros piés.

Admiremos la delicadeza de santa Teresa en mirar como imperfeccion estos temores de que la alabasen ó vituperasen. ¡Qué divina es la doctrina del cielo! Si estás persuadido que nada bueno es tuyo, no hay de que gloriarse ni desvanecerse, y esta humildad y verdad es el fundamento para calmar la soberbia y dar á Dios lo que es suyo, esto es, lo bueno, y á nosotros lo nuestro, que es lo malo, y así jamás nos atreveremos á hablar contra otro, sabiendo que si no somos tan malos como aquel, no es por nuestra virtud, sino por la gracia de Dios. Que nos censuren ó alaben, siempre es ganancia para los humildes, que sufren con paciencia y no se hinchan con las alabanzas que siempre refieren á Dios. Estudiemos mucho esta doctrina, que tantas veces se nos ofrece ocasion de aprovecharnos de ella.

FRUTO. — Persuadirnos que todo lo bueno que tenemos es de Dios y lo malo de nosotros, para andar en verdad y humildad.

MÁXIMA. — Un alma dejada en manos de Dios, no se le da más que digan bien que mal, si ella está bien entendida que no tiene nada bueno de sí.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis. Señor, de mí?

LECCION CXCI.

DIA 9 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Santa Teresa nos enseña la virtud del agua bendita contra los demonios, y el no tener miedo, sino firme resolucion de seguir á Dios, y no ser cobardes.

Aunque hemos hecho mencion del agua bendita, de que se servia la Santa para ahuyentar el demonio, ahora veremos más por menor lo que dice de esto. « De muchas veces, dice, tengo más experiencia (1), que no hay cosa de que huyan los demonios que del agua bendita. De la cruz tambien huyen, mas vuelven luego: debe ser grande la virtud del agua bendita: para mí es muy particular y conocida consolacion, que siente mi alma cuando la toma. Es cierto que lo más ordinario es sentir una recreacion, que no sabria yo darla á entender, con un deleite interior que toda el alma se cohonorta. Esto no es antojo, ni cosa que me acacció una sola vez, sino muy muchas, y mirado con advertencia... » Así ahuyentaba la Santa al demonio cuando la daba golpes, como ya vimos, y echando el agua bendita hácia donde estaban, no volvian. « El verdadero siervo de Dios, continúa, dásele poco de estos espantajos que ponen los demonios para hacer temer; sepan que cada vez que se nos da poco de ellos, quedan con menos fuerza, y el alma muy más señora. El caso es que ya tengo entendido su poco poder, si yo no soy contra Dios, que casi ningun temor les tengo, porque no son nada sus fuerzas, sino ven almas rendidas á ellos y cobardes, que en éstos es en quien ellos muestran su

(1) Vid., cap. xxxi, n.º 2 y 4.

poder. Plega al Señor no sea yo de éstos, sino que me favorezca Su Majestad, para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés, y una higa para todos los demonios, que ellos me temerán á mí. No entiendo estos miedos, demonio, demonio, donde podemos decir, Dios, Dios, y hacerlos temblar. Sí, que ya sabemos no se puede menear, si el Señor no lo permite. ¿Qué es esto? Es sin duda que tengo más miedo á los que tanto miedo le tienen al demonio, que á él mismo, porque él no me puede hacer nada, y estos otros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto como lo he podido sufrir. Yo deseo servir á este Señor (1), no pretendo otra cosa sino contentarle, no quiero descanso ni otro bien que hacer su voluntad. Pues si este Señor es poderoso, y sus esclavos los demonios, y de esto no hay que dudar; siendo yo sierva de este Señor, ¿qué mal me pueden hacer ellos á mí? ¿Por qué no he de tener fortaleza para combatirme con todo el infierno?»

De este modo anima santa Teresa á los hombres contra todos los demonios. Ella nos da los remedios eficaces, y aunque la cruz es lo que más temen, por ser el medio con que Jesucristo destruyó su imperio, es cosa bien singular oír á santa Teresa, que aún huyen más del agua bendita. No es esto porque el agua bendita sea más que la cruz, sino porque el agua recibe toda la virtud por la bendicion y por la cruz, y además con este hecho de la Santa quiso el Señor dar más realce á las bendiciones de la Iglesia y sacramentales, á fin de que se respeten. La cruz ya tiene su respeto por lo que representa, pero hay herejes que se rien de estas bendiciones santas, y aún algunos que se dicen cristianos, y éste puede serles un grande argumento de la virtud que encierran las palabras santas. Otro remedio es no temerlos, sabiendo que son esclavos de Dios, y nada pueden sin su permiso, mirarlos como unos espantajos

(1) Vid., cap. xxv, n.º 10.

que sólo causan miedo á los niños. Quitemos, pues, de nosotros las vanas preocupaciones de timidez, esforcémonos á mirar á Dios en todo, y no pensar sino en que se cumpla su santa voluntad, y aguardemos á pié firme al enemigo, que sólo de ver que no le tememos, huirá. Esta lección puede ser también útil á los escrupulosos, pues la Santa dice (1): «Esté firme la intención, que no es nada delicado mi Dios, no mira en menudencias, es generoso, y tiene en poco los pecados para perdonarlos. No hayais miedo, que un alzar los ojos por El deje sin premio. Otra causa es, porque el demonio no tiene tanta mano para tentar á los que ve determinados, sino mucho miedo. No hemos de estar descuidados, porque las habemos con gente traidora; á los apercebidos no osa acometer, pero si ve descuido, hace gran daño. Si uno es mudable, ó no está firme, no le deja á sol ni sombra, miedos le pondrá é inconvenientes que nunca acabe.»

FRUTO. — Tener en gran estima las bendiciones sacramentales y ceremonias de la Iglesia.

MÁXIMA. — De muchas veces tengo más experiencia, que no hay cosa de que huyan los demonios que del agua bendita. De la cruz también huyen, mas vuelven luego: debe ser grande la virtud del agua bendita.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

(1) Cam. de perf., cap. xxiii, n.º 4.

LECCION CXCII.

DIA 10 DE JULIO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Imperio que gozó la Santa contra los demonios, que no temia más que si fueran moscas: doctrina para vencerlos, y que sólo á Dios se debe temer.

No acostumbra santa Teresa hablar sino lo mismo que obra, y por esto, habiendo visto como se explica contra los demonios, veamos si corresponden los efectos de sus obras. En ocasion que los confesores la ponian mucho miedo, creyéndola endemoniada ó ilusa (1), con sola una palabra que la dijo el Señor, vió en un punto su alma en la mayor quietud y fortaleza, cuando parecia que necesitaba muchos años para salir de sus angustias. «Me acordaba, dice, de cuando el Señor mandó los vientos en la furia de la tempestad, y así decia yo: ¿Quién es éste á quien le obedecen mis potencias, y en un momento me da luz y ablanda el corazon con lágrimas suaves, cuando parecia estar seco mucho tiempo? Tomaba, continúa, tomaba en la mano una cruz, y dábame Dios un ánimo, pues me veia tan otra en breve tiempo, que no temeria tomarme con ellos á brazos, que me parecia fácilmente con aquella cruz los venciera á todos; y así dije: Ahora venid aquí todos (los demonios), que siendo sierva del Señor, yo quiero ver lo que me podeis hacer. Es sin duda, que me parecia me habian miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solia tener hasta hoy, porque

(1) Vid., cap. xxv, n.º 9.

aunque algunas veces los veia , no los he habido ya más miedo, antes me parecia me lo habian ellos á mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos, que de moscas. Parécenme tan cobardes, que en viendo los tienen en poco, no les queda fuerza.»

«El demonio es tan soberbio, dice, que pretende entrar por las puertas que entra Dios, que son las comuniones, confesiones y oraciones (1), y poner ponzoña en lo que es medicina.» Este aviso debe juntarse con todo lo antecedente, para no espantarnos del atrevimiento del enemigo, que pone ponzoña en estas tres cosas que son las que más nos santifican; porque con el temor hace callar pecados, ó revuelve la conciencia con escrúpulos, y en las comuniones y oraciones por la hipocresía aparenta lo que no hay. Mas si recordamos lo dicho por la Santa, que sólo tiene poder contra los cobardes, fácilmente nos librarémos de sus manos.

«Pluguiese á Su Majestad, dice (2), temiésemos á quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto, pues ello es así. Qué espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra, haciendas y deleites, que entonces juntos ellos con nosotros mismos, que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que debemos aborrecer, mucho daño nos harán, porque con nuestras mismas armas les hacemos que pelee contra nosotros, poniendo en sus manos lo que debíamos defender. Esto es la gran lástima; pero si todo lo aborrecemos por Dios, nos abrazamos con la cruz, y tratamos de servirle con *verdad*, huye él de estas *verdades*, como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la mentira mesma. Cuando ve oscurecido el entendimiento, ayuda lindamente á que se quiebren los ojos, esto es, si con error busca el deleite por descanso, ve que es niño, juega con él, lo engaña con el oropel de las cosas.»

(1) Tom. I, cartas. Aviso 46.

(2) Vid., cap. xxv, n.º 41.

La Comunion es, por ejemplo, el manjar de vida eterna, no siente el hombre este gusto, y se sirve de ello el demonio para que no se llegue, ó que sólo sea de ceremonia y sin gracia, y así por nuestra culpa se hace veneno. La Confesion la dejó el Señor por remedio de los pecados: el demonio hace que no se disponga bien, que no haga exámen, que calle pecados, ó los excuse, ó que no tenga dolor, y así entra él por donde habia de entrar Dios. La oracion es indispensable para recibir la gracia y fortaleza: el demonio nos aparta con pretextos frívolos, ó llena de vanidad al que la tiene, apropiándosela como suya propia, y así se pierde todo. Todo esto se remedia con los avisos de santa Teresa bien practicados, atribuir lo bueno á Dios, lo malo á nosotros, temer á Dios, y pedirle de veras perdon, que grande es su misericordia, pues á estos dice (1): «No conviene amedrentarse, porque yendo con conciencia limpia y obediencia, no permite el Señor que engañe el demonio de modo que dañe, y así no hace él tanto mal como nuestra imaginacion y humores de melancolía y flaqueza, pues he conocido muchos que ellos son los que se han engañado sin querer, y no el demonio.»

FRUTO. — No amedrentarse en las tentaciones, porque yendo con conciencia limpia y obediencia, no permite el Señor que engañe el demonio.

MÁXIMA. — Parécenme tan cobardes (los demonios), que en viendo los tienen en poco, no les queda fuerza.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

(1) Fundacion, cap. iv, n.º 1.

LECCION CXCIII.

DIA 11 DE JULIO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 7.*

La revela el Señor que está en gracia: perfecciona un alma tibia y la hace muy santa: lo mismo hará con nosotros si hacemos lo que aquel hizo.

Cuando la Santa se hallaba en la fundacion del primer convento, dice (1): «Acuérdome que me dió un affigimiento muy grande de pensar si estaba en amistad de Dios, y como no podia saberlo, deseábame morir, por no me ver en vida donde no estaba segura, si estaba muerta, pues no podia haber muerte más recia para mí, que pensar si tenia ofendido á Dios. Entendí entonces, que bien me podia consolar, y confiar que estaba en gracia.»

Estaba en esta ocasion la Santa rogando por un dominico que la pedia oraciones, y sin duda era Barron, García, Ibañez ó Bañez, aunque me inclino más á uno de los dos primeros, y sobre esto añade: «Quedé confiada haria el Señor lo que le suplicaba de esta persona. Dijome le dijera unas palabras (que serian de advertencia ó precaucion) lo que sentí mucho, porque no sabia cómo las tomaria, y por la gran vergüenza que tenia de decírselas, las escribí y se las di. Bien pareció ser cosa de Dios por lo que obraron en él, determinóse muy de veras darse á la oracion, aunque no lo hizo desde luego. Como el Señor lo queria para sí, por mi medio le enviaba á decir unas verdades que, sin entenderlo yo, iban tan á su propósito, que él se espantaba, y yo le suplicaba mucho al Señor que del todo lo tornase á

(1) Vid., cap. xxxiv, n.º 6.

sí, y le hiciera aborrecer los contentos y cosas de la vida, y en fin, lo hizo tan de hecho, que cada vez que me habla, me tiene como embobada, y si yo no lo hubiera visto, lo tuviera por dudoso en tan breve tiempo hacerle tan crecidas mercedes, y tenerle tan ocupado en sí, que no parece vive ya para cosa de la tierra... Su Majestad le tenga de su mano, que si así va, será uno de los más señalados siervos suyos, y para gran provecho de las almas, porque en cosas de espíritu en poco tiempo tiene mucha experiencia, pues estos son dones que da Dios, cuando quiere y como quiere, y ni va en el tiempo ni en los servicios. El engaño es que por los años nos parece hemos de entender lo que no se alcanza sin experiencia. Este Religioso es bien letrado y humilde, y el Señor le da mucha fe, y así aprovecha muchas almas, y la mia es una. No son postizas sus virtudes, sino sólidas, como quien conoce el mérito de las persecuciones. Díjome el Señor cosas de él de grande admiración, y de otros dos (Dominicos, Ibañez y Bañez). Una cosa quiero decir de este otro de quien hablo. Estaba yo con él en el locutorio, y era tanto lo que yo entendía que su alma ardía en el amor á Dios, que me tenia casi absorta, porque pensaba la grandeza á que Dios le habia subido en tan poco tiempo. Me confundía al ver la humildad con que oía lo que yo le decia en cosas de oración. Hacíame tanto provecho estar con él, que dejaba en mi alma un nuevo fuego para servir al Señor. Pues estando yo así mirando las mercedes que Dios le habia hecho, y que fuera *por medio mio*, hallándome indigna, salió mi alma de sí, perdióse en un arrobamiento, y ví á Cristo mostrando gran contento de lo que allí pasaba; y así me lo dijo, y quiso viera claro que á semejantes pláticas siempre asiste, y lo mucho que se sirve en que hablen de Su Majestad.

¡Cuán admirable se muestra Dios en santa Teresa! No hay lugar, sino para recoger estas palabras de vida eterna. Despues de tantas virtudes y trabajos, aún teme si está ó no en gracia; Dios la dice que confie, y confía, mas no se cree en seguridad. ¿Y nosotros, despues de tantos vicios y pecados, viviremos como si tuviésemos costumbre de la gracia?

La Santa ruega por quien la pide oraciones y consigne que sea un Santo. Mas ¿por qué medios? Adoremos la bondad de Dios. Le envia avisos, lo corrige por medio de santa Teresa, y con palabras, que sin entenderlas ella, á él le tocan en lo más vivo de su conciencia. Con todo le cuesta tiempo el resolverse, pero al fin resarce el tiempo perdido, corre y adelanta en la perfeccion, y Dios lo llena de favores. ¡Qué bondad, qué piedad! ¡Quién desconfiará por pecador que sea, si se sirve de los Santos y siervos de Dios, y no desprecia los avisos é inspiraciones! Busquemos las almas justas, sean nuestras conversaciones de Dios, pues vemos por santa Teresa cuanta verdad es que asiste en el Señor en medio de los que hablan de El. Por el contrario, si jamás pensamos ni hablamos de Dios, ¿cómo nos ha de favorecer y dar su gracia? Si vamos con el mundo, al mundo amarémos; si con Dios, á Dios serviremos. «Bien viene aquí, dice la Santa (1), que es perdido quien tras perdido anda, ¿y qué más perdicion que tener en mucho (el mundo) que no es nada?» Sigamos, pues, á santa Teresa, por cuyo medio este Religioso fué tan santo, y sin duda lograremos lo mismo.

FRUTO. — Agradecer mucho los avisos que se nos den para nuestro aprovechamiento en la virtud.

MÁXIMA. — Me dijo (Cristo) y quiso viera claro que á semejantes pláticas (de virtud) siempre asiste, y lo mucho que se sirve en que hablen de Su Majestad.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

(1) Vid., cap. xxxiv, n.º 8.

LECCION CXCIV.

DIA 12 DE JULIO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Cuenta la Santa dos muertes repentinas, y los medios para que ésta no suceda jamás, nos dice que son la frecuencia de Sacramentos. y cuidado del alma.

No fué sola la alma de aquel Religioso la que la Santa ganó para Dios, pues como destinada por el Señor para ganar almas, y acreditar su misericordia por medio de sus avisos, contarémos aquí un suceso cuya época ignoramos. «Habiéndose muerto un cuñado mio, dice (1), súbitamente, y estando yo con mucha pena por no haber tenido lugar de confesarse, se me dijo en la oracion, que habia de morir así mi hermana, que fuese allá, y que procurara se dispusiera para ello. (Esta era D.^a María su medio hermana, casada con D. Martin de Guzman y Barrientos). Díjelo á mi confesor, y como no me dejaba ir, entendilo otras veces; ya como esto vió el confesor, díjome que fuese allá, que no se perdía nada (estaba entonces aún en la Encarnacion). Ella estaba en una aldea, y como fuí sin decirle nada, la fui dando la luz que pude en todas las cosas; hice se confesase muy á menudo, y en todo trajese cuenta con su alma: ella era muy buena é hizolo así. De allí á cuatro ó cinco años que tenia esta costumbre, y muy buena cuenta con su conciencia, se murió sin verla nadie, ni poderse confesar. Fué el bien, que como lo acostumbra, no habia sino poco más de ocho días que estaba confesada; á mí me dió gran alegría cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en purgatorio.

(1) Vid., cap. xxxiv, n.º 10 y 11.

«Serian aún no me parece ocho dias, cuando acabando de comulgar, me apareció el Señor, y quiso la viese como la llevaba á la gloria. En todos estos años, desde que se me dijo hasta que murió, no se me olvidaba lo que se me habia dado á entender, ni á mi compañera, que ansí como murió, vino á mí muy espantada de ver como se habia cumplido. Sea Dios alabado por siempre, que tanto cuidado tiene de las almas, para que no se pierdan.»

Bien se ve que no hay cosa en la vida de santa Teresa, que no sea claramente dirigida á la gloria de Dios y provecho de las almas. Conviene, pues, tener muy presentes todos estos sucesos, que deben mirarse como testimonios muy decisivos de la gran bondad y misericordia que Dios tiene con los hombres, y de cuantos medios se vale para asegurar la salvacion, sin quitar la libertad. Es bien admirable ver que el Señor cuida, áun cuando nosotros descuidamos, previniendo á santa Teresa lo que ha de suceder á su hermana. Y como el confesor no la daba licencia, le repite el mandato, mas ella está muy léjos de ponerlo en ejecucion contra el dictámen del confesor; éste al fin se lo da, ó sin saber la revelacion ó sin creerla, y santa Teresa obra con tal prudencia, que sin decírselo á su hermana, la va disponiendo, para que la muerte no la halle desprevenida.

Mucho conviene considerar el hombre, que las más veces llega la muerte, como el ladron, cuando más descuidados nos hallamos. Ella misma nos avisa, pero es dándonos el golpe. Todos los dias vemos de estas muertes imprevistas, y á mi juicio las más son así, porque ó no avisan los médicos y asistentes con tiempo del peligro del enfermo ó la enfermedad no da lugar, ó sólo se confiesan por ceremonia ó con poco conocimiento, como se ve las más veces, que si sanan no se acuerdan de la confesion hecha. Lo que más importa, pues, es tener muy presente aquel aviso de santa Teresa: *Acuérdate que no tienes más que un alma, y darás de mano á muchas cosas.* El que así lo hace, jamás muere de improviso, porque siempre estará prevenido.

Desengañémonos, pues, que el alma que se pierde

no es porque salga repentinamente del cuerpo, sino porque es muy culpada en su negligencia. Despues de esto, santa Teresa, llevada de su amor ardiente de salir del mundo y morir por ver á Dios, dice (1): «¡Oh muerte, muerte! ¡no sé quién te teme, pues está en tí la vida! ¿Mas quién no temerá, habiendo gastado parte de ella en no amar á su Dios? Y pues soy ésta, ¿qué pido y qué deseo? ¿Por ventura el castigo tan merecido de mis culpas? No lo permitais, Dios mio, que os costó mucho mi rescate. ¡Oh ánima mia! Deja hacerse la voluntad del Señor, esto te conviene (que sea de repente ó de espacio) y espera en su misericordia, que remediará tu pena, cuando la penitencia de tus culpas haya ganado algun perdon de ellas. No quieras gozar sin padecer...» Hagamos nosotros esta exclamacion á Dios con más causa que la Santa; pero entre tanto hagamos penitencia y dispongámonos con la frecuencia de Sacramentos.

FRUTO.—Prepararnos de continuo á bien morir, para que no nos coja desprevenidos la muerte.

MÁXIMA.—¡Oh muerte, muerte! ¡no sé quién te teme, pues está en tí la vida! mas ¿quién no temerá habiendo gastado parte de ella en no amar á su Dios?

JACULATORIA.—Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

(1) Excl. vi.

LECCION CXC.V.

DIA 13 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Dos casos que le pasaron á la Santa con dos señoras principales, en que nos da una verdadera idea, de que estas son señoras, no por sus riquezas, sino por la virtud.

Con dos señoras trató mucho la Santa, que fueron D.^o Guimar de Ulloa y D.^a Luisa de la Cerda, y en las dos casas hizo mucho bien, como ella misma dice (1), pero aquí diremos lo que ella cuenta. «Estando con aquella señora (parece que era D.^a Luisa de la Cerda) y con mal de corazon, que lo he tenido muy récio, como era mucha su caridad, hizome sacar joyas de oro y piedras que tenia de gran valor, en especial una de diamantes, que apreciaba en mucho. Ella pensó que me alegraran; yo estaba riéndome entre mí, y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que Nuestro Señor nos tiene guardado, y pensaba cuán imposible me seria tener en algo aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma tan grande, que no sé si lo entenderá sino quien lo posea. Quedóme tambien poco miedo á la muerte, á quien yo siempre temia mucho; ahora pareceme felicísima cosa para quien sirve á Dios, porque en un momento se ve el alma libre de esta cárcel y puesta en descanso. Tambien me aprovechó para conocer nuestra verdadera tierra, y ver que somos acá peregrinos, y así todo me parece sueño y burla lo que veo con los ojos del cuerpo, lo que ya he

(1) Vid., cap. xxxiv, n.º 3; cap. xxxviii, n.º 4, y cap. xxxix, n.º 6.

visto con los del alma, esto es lo que ella desea, y como le ve léjos, este es el morir.

«De la otra tambien dice, que vió era mujer tan sujeta á pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y como mientras es mayor, tiene más cuidados y trabajos, y un cuidado de la compostura conforme al estado, que no las deja vivir, comer sin tiempo ni concierto, y no á su gusto. Es así que del todo aborrecí el ser señora. Dios me libre de mala compostura. Esta (D.^a Guimar de Ulloa), áun con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes y de mucha llaneza. Yo la habia lástima de ver como va muchas veces no conforme á su inclinacion, por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco, lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenia buenos. Ello es una sujecion, y una de las mentiras del mundo, llamar *señores á personas semejantes, que no me parece sino que son esclavos de mil cosas*. En todo me sacó el Señor con mejoría de alma (y tambien á toda la casa, criados y criadas).»

Por estos dos sucesos se ve que las cosas no son más que lo que quiere el que las mira ó tiene. Estas señoras eran viudas jóvenes, pero muy santas, como ya vimos por la misma Santa, y con todo la una cree que las joyas divertirian á la Santa que estaba con mal de corazon, ó quizá con el dolor del dardo y Transverberacion, pues parece que sucedió por aquel tiempo, y la otra aunque buena, estaba atada á la *razon de estado*, tan mujer como otras, y por esto la tenia lástima. A Teresa lo dicho la hacia *señora de verdad*, porque era superior á todo este *oropel y razon de estado*, y estas que parecian señoras no lo eran, por estar esclavas ó atadas á cosas del mundo.

Pero ¡qué diferente este tiempo y estas ideas de santa Teresa, á las que tenia cuando vivia con alguna tibieza! «Dábame contento, dice (1), entonces todo lo de Dios, pero teníame atado el mundo. Parece queria concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro.

(1) Vid., cap. vii, n.º 9.

No andaba mi espíritu, Señor, sino esclavo...» Ahora dice ya (1): «Oh que es burlería todo lo del mundo, si no nos llega y ayuda para servir á Dios y conocerle, y esto aunque duraran para siempre sus deleites y riquezas y gozos cuantos se puedan imaginar: todo es asco y basura comparados á estos tesoros que se han de gozar sin fin: ni áun éstos son nada en comparacion de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros y del cielo y tierra. ¡Oh ceguedad humana! ¡Hasta cuando, cuando se quitará esta tierra de nuestros ojos!»

Conozcamos, siquiera, nuestra ceguedad, y confesemos á santa Teresa que somos como los niños que se van tras las bagatelas y gusanillos de luz: nos preciamos de mucho juicio y saber, pero si reflexionamos un poco, será forzoso confesar, que cuanto oro, joyas, gustos y regalos hay en el mundo, no es más que aire; un soplo que pasa sin dejar rastro, como ni la ave que vuela. Se verifica lo que dicen san Pablo y santa Teresa, que todo es basura, si volvemos los ojos á Jesucristo, que es quien puede hacernos felices. Seamos, pues, hombres y no niños, busquemos los bienes sólidos en la virtud y servicio de Dios, que nos hace señores de verdad, y no esclavos como el mundo.

FRUTO. — Tener por burlería todo lo del mundo, si no nos llega y ayuda para servir á Dios y conocerle.

MÁXIMA. — Ello es una sujecion y una de las mentiras del mundo llamar señores á personas semejantes (señores principales), que no me parece sino que son esclavos de mil cosas.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos naquí, ¿qué quereis, Señor, de mí?

(1) Mor. VI, cap. iv, n.º 4.

LECCION CXCVI.

DIA 14 DE JULIO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Vision que tuvo la Santa del mundo en armas contra los buenos.
Pintura que nos hace de sus artificios, y las armas para vencerlo.

No es pequeña verdad la que decía santa Teresa de Jesús (1): «Que el mundo va ganando honra, porque hay pocos que le conocen.» Una de las visiones que tuvo la Santa, estando en casa de D.^a Luisa de la Cerda, fué la siguiente (2): «Víme un día estando en oracion, en un gran campo á solas, en derredor de mí muchas gentes de diferentes maneras que me tenían rodeada: todas tenían armas en las manos para ofenderme: unas, lanzas; otras, espadas; otras, dagas, y otras, estoques muy largos... pero ví al Señor que desde el aire me favorecía...» Esta vision de la Santa figuraba la gran persecucion que se habia de levantar en Avila contra el pequeño monasterio que iba á fundar, de solas trece mujeres, como ya vimos en otra parte (3); mas aquí hablaremos de ellas con la relacion general que manifiesta á todo el mundo puesto en armas contra los buenos. «Parece sin fruto esta vision, continúa la Santa, y hame hecho grandísimo provecho, porque se me dió á entender lo que significaba, y poco despues (en la fundacion) me vi casi en aquella batería, y conocí ser aquella vision un retrato del mundo, que cuanto hay en él parece tiene armas para ofender á la triste alma.»

La Santa, que de nadie sabia hablar mal, aún halla

(1) Vid., cap. xxvii, n.º 9.

(2) Vid., cap. xxxix, n.º 6 y 12.

(3) Pág. 505.

en el mundo una cosa de bueno, y es, como ya vimos, que no permite faltas en los buenos, de mil leguas se las conoce, se hace verdugo de los que se dedican á servir á Dios, pues quiere que desde el primer dia ya sean perfectos, y hagan lo que hicieron los Santos en su mayor perfeccion, sin contar con la miseria humana, y así lo censura todo, y más si los ve un pequeño defecto, aunque en los suyos pasa la esponja; y canoniza sus vicios por virtudes (1). Por lo demás tiene en sí el mundo cuanto le puede hacer aborrecible por sus injusticias. «El alma que quiere unir á Dios y al mundo, esto es, dar gusto á los dos, dice (2), vive con mucha penalidad,» como le sucedió á la Santa en su juventud. «El mundo, dice la misma, martiriza con sus cumplimientos y puntos (3) á las almas que tratan con Dios, pues son tales, que la vida es corta para aprender sus leyes.» Por esto la dijo el Señor en la fundacion de Toledo, que querian no diese enterramiento á los caballeros: «Mucho te desatinará, hija, si miras las leyes del mundo (4). Pon los ojos en Mí, pobre y despreciado dél. ¿Por ventura serán los grandes del mundo, grandes delante de Mí, ó habeis vosotras de ser estimadas por linajes ó por virtudes?» «El mismo mundo, dice en otra parte (5), da el castigo al fin de la vida á todos los que le amaron, porque entonces ven que los engañó y ocupó en juegos de niños. Lo que no deja andar el mundo en concierto, decia la Santa, es los intereses de honra y hacienda, y por esto abandona al pobre que no puede ayudar á los que siguen sus vanidades, que sin embargo de que son aire y los hace viles esclavos, les pinta las cosas, y les hace creer que es una grande felicidad ser vanos, malgastar en lujo inútil, tener muchos criados, mandar á todos, servir á las pasiones más infames, y vivir en contiendas y desazones por bagatelas.» Esta es en suma la pintura que la Santa

(1) Vid., cap. xxxi, n.º 6.

(2) Vid., cap. ii, n.º 9.

(3) Vid., cap. xxxvii, n.º 3 y 6.

(4) Al fin de la Vid., n.º 48.

(5) Cam. de perf., cap. xli, n.º 1.

hace del mundo, y lo que el Señor la manifestó, presentándolo todo en armar contra los buenos. «Por esto, dice (1), estando en casa de aquella señora, había menester estar con cuidado, y considerar la vanidad de todo, porque estaba muy estimada y loada, y ofrecíanse hartas cosas á que me pudiera bien apegar si mirara á mí... «Y no le faltaron trabajos y envidiosos que creían buscaba interés la Santa (2), y esto fué bueno para no embeberse en el regalo que había por otra parte.

Pues si santa Teresa se vió rodeada de tantos peligros en el mundo traidor, ¿qué esperamos nosotros? ¿Creerémos que será más justo con quien no tiene tanta virtud? Conozcamos, pues, estas verdades que nos enseña la Santa, y sepamos que si nos parece estamos en paz con el mundo, es porque seguimos sus banderas. A estos solos es á quien disimula sus faltas, y aún alaba sus vicios. Contra los siervos de Dios todo está en armas de toda especie, no hay artificio de que no se sirva para derribarlos y atraerlos á su partido. Pues, ¿qué remedio? «Digo (habla santa Teresa) (3), que me ví á veces de todas partes tan apretada, *que sólo hallaba remedio en alzar los ojos al cielo, y llamar á Dios.*» Hagámoslo nosotros así sin caer de ánimo, que más fuerza tiene Dios que el mundo, y como dice el Apóstol: Si Dios está con nosotros, ¿quién será poderoso para derribarnos? Ni la espada, ni la persecucion, ni los trabajos, ni la muerte misma. «Todo lo puedo, decía san Pablo, con la gracia de Dios que me da fuerzas.»

FRUTO. — Andar muy prevenidos contra los halagos y artificios del mundo.

MÁXIMA. — Díjome el Señor: Mucho te desatinará, hija, si

(1) Vid., cap. xxxix, n.º 6.

(2) Vid., cap. xxxiv, n.º 3.

(3) Vid., cap. xxxix, n.º 13.

miras las leyes del mundo: pon los ojos en Mí, pobre y despreciado dél.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué queréis, Señor, de mí?

LECCION CXCVII.

DIA 15 DE JULIO.

ORACION. — ¡Oh Dios mio... como en la página 7.

La vision más sublime que tuvo la Santa de la Humanidad de Jesucristo, como en premio de su humillacion, nos enseña el medio para lograr favores del cielo.

«Estando un dia, vispera del Espíritu Santo (1), despues de la Misa, dice la Santa, en lugar bien distante, comencé á leer en un Cartujo esta fiesta, y las señales que deben tener los que comienzan, aprovechan, y los perfectos, para entender que está con ellos el Espíritu Santo. Parecióme que por la bondad de Dios no dejaba de estar conmigo á lo que podia entender. Y estándole alabando, acordándome de otra vez que lo habia leido, cuando estaba bien falta de todo aquello, comencé á considerar el lugar que tenia en el infierno, merecido por mis pecados, y daba muchos loores á Dios, porque no me parecia conocia mi alma, segun la veia trocada. Estando en esta consideracion, dióme un ímpetu grande sin entender yo la ocasion. Era tan excesivo, que no me podia valer: arrímeme que ni áun sentada podia estar, porque la fuerza natural me faltaba... Estando en oracion comencó el Señor á traerme á la memoria

(1) Vid., cap. xxxviii, n.º 6 y 12.

mi ruin vida, y decirme algunas palabras que me hacian harta confusion, porque aunque no iban con rigor, hacen un sentimiento y pena que deshacen, y siéntese más aprovechamiento que en muchos dias que nosotros consideremos nuestra miseria, porque traen estas palabras de Dios esculpida una verdad que no podemos negar. Representóme las voluntades que con tanta aficion habia tenido, y cuán mal habia gastado la vida, que me acordase cuando tenia por honra el ir contra la suya, lo mucho que le debia, y como cuando yo le daba mayor golpe, estaba él haciéndome mercedes. Acaeciame reprenderme el confesor, y quererme consolar en la oracion, y hallar allí la reprehension verdadera. Pensé si me queria hacer algun favor, porque es ordinario haberme deshecho primero á mí mesma, para que vea claro que me las hace sin merecerlas. Fuí, pues, arrebatada, que pareció estaba del todo fuera del cuerpo, al menos no se entiende que se viva en él. Ví á la Humanidad sacratísima con más excesiva gloria que jamás la habia visto. Representóseme por una noticia admirable estar metida en los pechos del Padre, de modo que no sé decir. Pasaron algunos dias que no podia tornar en mí. Esta mesma vision he visto otras tres veces, y me parece la más subida de todas las que he visto, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza casi del todo á esta sensualidad: es una llama que abrasa y aniquila todos los deseos de la vida: declaróseme como era todo vanidad, y cuán vanos son los señoríos de acá, y hace levantar los deseos á la pura verdad. Queda imprimido un acatamiento, que no sabré decir cómo. Hace un espanto al alma de ver como osó ni puede osar nadie ofender á una Majestad tan grande.»

¡Qué admirable nos pinta aquí la Santa la sábia economía de Dios! Si alaba al Señor pareciéndola que está con ella el Espíritu Santo, luego le da á él toda su gloria, pues se le representa el lugar que tenia prevenido en el infierno. El mismo Dios contribuye á esto, porque sabe que la humildad es el medio para recibir

favores de su mano. Nos abate primero para conocer nuestra nada, y esto aunque sea una santa Teresa. La representa sus vanidades y flaquezas con una viveza tal, que la confunde más que todas las reprensiones del confesor, y esto aún despues de estar la Santa perfecta, y quizá confirmada en gracia. ¿Hasta dónde, pues, nos debemos abatir nosotros, ó hasta qué punto nos abatirá el Señor, cuando nos venga á juzgar, si ántes no nos humillamos en su presencia? Convengamos que esta humillacion es el primer paso para acercarnos á Dios. Si la Santa no hubiera sido tan humilde, cuando vió la paloma sobre su cabeza, figura del Espíritu Santo, ó la Humanidad de Jesucristo, se hubiera ensoberbecido; como se ensoberbecen los hombres con las honras de los soberanos. ¡ Pero qué diferentes y qué grandes los efectos que producen estas mercedes en alma tan humilde! Se quita *casi del todo* la fuerza de su concupiscencia, se aniquilan los deseos de las cosas de esta vida, conoce la vanidad del mundo, tiembla de la Majestad de Dios, y no sabe como nadie se atreve á pecar. Humillémonos nosotros, y conocerémos que somos nada, y las grandezas divinas que adoraremos con respeto, huirémos de los pecados y vanidad, se templará la concupiscencia, y serviremos y amaremos á Dios con todas nuestras fuerzas.

FRUTO. — Tener un gran concepto de la infinita majestad de Dios, para no pecar nunca en su presencia.

MÁXIMA. — Hace espanto al alma de ver como osó ni puede osar nadie ofender á una Majestad tan grande.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CXCVIII.

DIA 16 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

La vista de la Humanidad de Jesucristo en la Eucaristía electriza á la Santa, y nos enseña la gran diferencia entre aquella Majestad y nuestra miseria.

Acababa la Santa de ver en un raptó casi fuera del cuerpo y sentidos, la Humanidad de Jesucristo con más gloria que jamás, y en la vision más admirable que tuvo en su vida, y continuando sus efectos entre otros, dice así (1): «Cuando yo me llegaba á comulgar, y me acordaba de aquella Majestad grandísima que habia visto, y miraba que era el que estaba en el santísimo Sacramento, y muchas veces quiere el Señor que le vea en la hostia, los cabellos se me espeluzaban, y toda parecia me aniquilaba. ¡Oh Señor! Si no encubriéades vuestra grandeza, ¡quién osara llegar tantas veces á juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad! Alábenos los Angeles y todas las criaturas, que así medís las cosas con nuestra flaqueza, para que no nos espante vuestro gran poder, como gente flaca. Nos podia acaecer lo que á un labrador, y pasó así, que se halló un tesoro, y como era más de lo que cabia en su pecho, le dió una tristeza, que poco á poco se vino á morir de puro affligido, y de no saber qué hacerse con él. Si lo hallara poco á poco, no le costara la vida. ¡Oh riqueza de los pobres, que sin que las vean de golpe, se las vais mostrando poco á poco! Cuando yo veo una Majestad tan grande, disimulada en cosa tan poca co-

(1) Vid., cap. xxxviii, n.º 13.

mo la hostia , me admira su sabiduría , y no sé cómo me da ánimo para llegarme á El. ¿Qué sentiria una miserable como yo , cargada de abominaciones , y que con tan poco temor de Dios ha gastado la vida, de verse llegar á este Señor de tan gran majestad? ¡Cómo ha de juntar boca, que tantas palabras ha hablado contra el mesmo Señor, á aquel cuerpo gloriosísimo lleno de limpieza y de piedad!

«Por cierto pienso, dice en otra parte (1), que si nos llegáramos una vez al Sacramento con gran fe y amor, nos bastaria para dejarnos ricas , ¿ cuánto más de tantas? Pero no parece más que cumplimiento el llegarnos á él , y así nos hace tan poco fruto. ¡ Oh miserable mundo, que así tienes atapados los ojos de los que viven en tí , para que no vean los tesoros con que podrían granjear riquezas perpétuas! ¡ Oh Señor del cielo y tierra! ¡Que es posible que aún en esta tierra mortal se puede gozar de Vos con particular amistad! ¡ Y que tan á lo claro nos lo diga el Espíritu Santo en estas palabras, y que aún no lo queramos entender! Una palabra vuestra habia de bastar á deshacernos en Vos. ¡Qué de caminos , por qué maneras y modos nos mostrais el el amor! Con trabajos , con muerte tan áspera, con tormentos , sufriendo cada dia injurias y perdonando! Y no sólo con esto , sino con unas palabras herideras para quien os ama.»

¡ A quién no encenderán estas palabras de santa Teresa , mirando al santísimo Sacramento ! ¡ Quién no se pondrá bajo el polvo, al oír que la Santa se mira como tan indigna de llegarse , y se pinta como la más abominable pecadora ! Lo cierto es que á vista de aquella majestad y hermosura las criaturas más santas y hasta los Angeles aparecen manchados , ¿ qué serán los grandes pecadores como nosotros ? Así hablaba santa Teresa , exponiendo las primeras palabras del Cántico de Salomon, las que aplica al santísimo Sacramento. «Y una cosa quiero decir, añade, que tengo por cierto que habrá muchas personas que lleguen al santísimo Sacra-

(1) Con. de Amor., cap. III, n.º 10.

mento, y plegue á Dios que yo mienta, con pecados mortales graves, y si oyesen á un alma enamorada de Dios decir estas palabras: *Béseme con el beso de su boca*, se espantarian y lo tendrían por grave atrevimiento. Al menos estoy segura que no lo dirán ellos; dícelas el amor, y como no le tienen, ni aún las osarán tomar en la boca, que verdaderamente aún el oirlas ponen temor, porque traen gran majestad consigo. Harta traéis Vos en el santísimo Sacramento, sino como no tienen fe viva, sino muerta, estos tales os ven tan humilde debajo de especie de pan, y no les habláis nada, porque no lo merecen ellos oír, y así se atreven á tanto. Estas palabras ponen temor en sí, si está en sí quien las dice, tomadas á la letra, mas nó á otros que con el amor sacó el Señor fuera de sí mismos. Bien me perdonaréis que diga yo esto, aunque sea atrevimiento. Pues, Señor mio, no os pido otra cosa (1), sino que me beseis con el beso de vuestra boca, y sea de manera, que aunque yo quiera, no pueda apartarme.»

Meditemos el fuego de estas palabras de Teresa con su Esposo Jesucristo Sacramentado, y ya que nosotros no podemos decir tanto, pidámosle nos deje besar sus piés y sus llagas, para que nos aproveche su sangre.

FRUTO. — Llegarnos al Sacramento del altar con gran fe, amor y humildad.

MÁXIMA. — Por cierto, pienso que si nos llegáramos una vez al Sacramento con gran fe y amor, nos bastaría para dejarnos ricos, ¡cuánto más de tantas!

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos naací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

(1) Cantares, cap. III, n.º 10.

LECCION CXCIX.

DIA 17 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Historia horrible que cuenta la Santa de un Sacerdote que la dió la comunión, con dos demonios á la garganta, y efectos que causó en la Santa, y debe causarnos á nosotros.

Luego despues de haber visto la Santa la Humanidad tan gloriosa de Jesucristo , y salido fuera de sí por el amor, hablando de la Eucaristía y gran bondad de Dios en dársenos escondido y sacramentado , nos refiere el siguiente suceso, que es bien singular y de mucho espanto. «Llegando una vez á comulgar, dice (1), ví dos demonios con los ojos del alma más claro que con los del cuerpo con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote, y ví á mi Señor con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos , en la forma que me iba á dar, que se veía claro ser ofendedoras tuyas , y entendí estar aquella alma en pecado mortal. ¿ Qué sería , Señor mio, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de Vos , que de buena gana parece que huyeran, si Vos los dejáredes ir. Díome tan gran turbacion , que no sé como pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera vision de Dios, que no permitiera Su Majestad viera yo el mal que estaba en aquella alma. Díjome el mesmo Señor que rogase por él, y que lo habia permitido, para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consa-

(1) Vid., cap. xxxviii, n.º 45.

gracion , y como no deja de estar Dios allí , por malo que sea el sacerdote que las dice , y para que viese su gran bondad , como se pone en aquellas manos de su enemigo , y todo para bien mio y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes á ser buenos que otros , y cuán recia cosa es tomar este santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal: harto gran provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que debia á Dios. Sea bendito para siempre jamás.»

Meditemos bien este caso , y más aquellas palabras que dice la Santa : *Cuán recia cosa es tomar este santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal.* La descripción que hace la Santa del sacerdote que dice misa en pecado, y rodeado de demonios, á presencia de la grande hermosura de Jesucristo puesto en sus manos , es capaz de horrorizar, tanto más cuanto más conocimiento se tenga de la Majestad y Divinidad de Jesucristo. ¡ Qué efectos deben excitarse en nuestro corazón ! Y esto no sólo en los sacerdotes malos , sino en cuantos comulgan en pecado ! El primero , es el respeto á un Dios omnipotente, con que debemos llegarnos, y el temor de nuestra indignidad. Con este principio debe probarse el hombre, como dice el Apóstol, ántes de llegarse al convite del cordero , temiendo que si no llega con la gracia ó vestido de justicia , le suceda lo que al convidado del Evangelio , que lo arrojaron á las tinieblas ó infierno , ó dándolo en manos de su enemigo, como al Sacerdote que vió la Santa. Pero supuestas estas disposiciones de humildad , temor y gracia , ya puede el hombre llegarse con confianza, porque en este mismo caso vemos por mil partes su infinita misericordia. Primero, en descubrirle á santa Teresa esta vision para utilidad *suya y de todos*. Lo segundo , en decirle el mismo Dios que rogase por el sacerdote sacrilego, que fué lo mismo que manifestar el deseo que tenia de convertirlo, y áun decir que lo queria sacar del pecado por las oraciones de la Santa, á quien tenia dada palabra de conceder sus súplicas. Lo tercero, quiso confir-

mar con este caso el dogma de la Iglesia y de la presencia real y verdadera, y su bondad, que se pone en el Sacramento, aunque el sacerdote sea muy malo. Lo cuarto, nos enseña la Santa, que los demonios no estaban allí, sino como esclavos y ministros de la venganza y justicia divina. Lo quinto, vemos aquí el dominio que damos al enemigo por el pecado, y por fin la gran bondad de Dios en sufrirnos y sufrir ser manejado por manos tan inmundas; y todo para nuestro bien. Reflexionemos, pues, sobre nosotros, y adoremos la grandeza y bondad de nuestro Dios.

FRUTO. — Procurar una gran limpieza de alma, para recibir á Cristo sacramentado.

MÁXIMA. — Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes á ser buenos que otros, y cuán récía cosa es tomar este santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio del alma que está en pecado mortal.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué queréis, Señor, de mí?

LECCION CC.

DIA 18 DE JULIO.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Muere un Provincial, de quien temia su salvacion, mas lo ve entrar en el cielo, y al paso nos da doctrina sobre los peligros de condenarse, y ejemplo de su gratitud.

Continúa la Santa hablando de algunas visiones que vió de almas, y despues del caso del condenado, que vió hacer en él algunas justicias á los demonios al tiempo de enterrarlo, como ya dijimos (1), prosigue de este modo (2): «Dijéronme era muerto un nuestro Provincial que habia sido, y cuando murió lo era de otra Provincia, á quien yo habia tratado y debido algunas buenas obras; era persona de muchas virtudes. Como lo supe que era muerto, dióme mucha turbacion, porque temí su salvacion, que habia sido veinte años Prelado, cosa que yo temo mucho y de peligro, cargo de almas; y con mucha fatiga me fuí á un oratorio: dile todo el bien que habia hecho en mi vida, que seriá bien poco, y así lo dije al Señor, que supliesen los méritos suyos, lo que habia menester aquel alma para salir de purgatorio. Estando pidiendo esto al Señor lo mejor que yo podia, parecióme salir del profundo de la tierra á mi lado derecho, y víle subir al cielo con grandísima alegría. El era ya bien viejo, mas víle de edad de treinta años, y aún menos me pareció y con resplandor en el rostro. Pasó muy en breve esta vision, mas en tanto extremo quedé consolada, que nunca me pudo dar más pena su muerte, aunque habia fatigadas perso-

(1) Tom. I, pag. 427.

(2) Vid., cap. xxxviii, n.º 17.

nas hartas por ella, que era muy bien quisto. Era tanto el consuelo que tenia mi alma, que ninguna cosa se me daba, ni podia dudar en que era buena vision; digo que no era ilusion. Habia no más de quinze dias que era muerto, con todo no descuidé de procurar le encomendasen á Dios y hacerlo yo, salvo que no podia con aquella voluntad que si no hubiera visto esto; porque cuando el Señor así me lo muestra, y despues lo quiero encomendar á Su Majestad, paréceme sin poder más, que es como dar limosna al rico. Despues supe, porque murió léjos de aquí, la muerte que el Señor le dió, que fué de tan gran edificacion, que á todos dejó espantados del conocimiento y lágrimas y humildad con que murió.»

A tal vida correspondia tal muerte, porque por lo comun se muere como se vive. Por esto la Santa refiere este suceso luego despues del otro, que vivió mal y murió del mismo modo, y se condenó, aunque parecia estar enmendado alguna cosa, mas no lo que debia, y aún por esto le conservó el honor; pero la Santa vió que los demonios jugaban con él, al paso que en el mundo se le hacian las honras con mucha pompa. ¡ Cuánta doctrina y pura teología nos da la Santa en la vision del Padre Provincial que salia del purgatorio! Sin embargo de las grandes virtudes que tenia el muerto, teme la Santa su salvacion porque habia sido veinte años Prelado. ¿ Qué podrán temer otros que no tienen virtudes iguales, y mandan toda su vida? ¿ Qué los magistrados públicos, seculares, que se ven entre la vanidad y ruido mundano? ¿ Qué los Obispos y príncipes que tienen cargo de provincias enteras? ¿ Qué, en fin, los padres de familia, y cuantos tienen alguna responsabilidad? Si sólo el cuidado del alma propia pide tanta vigilancia, ¿ qué será cuando somos responsables de las ajenas? No admiro que san Juan Crisóstomo tuviera como un milagro la salvacion de quien era Superior. ¡ Qué conformidad de doctrina entre la Iglesia y santa Teresa! ¡ Qué caridad tan sublime, y qué agradecimiento á lo que habia recibido de aquel en vida, pues ofrece por su alma todo lo bueno y trabajos padecidos.

Esta sí que es amistad y no la del mundo. En los justos no sólo no acaba en la vida, sino que se aumenta en la muerte. La del mundo sólo dura mientras hay esperanza de recompensa; mas en cerrando los ojos el amigo, ó en cayendo de fortuna, se acaba toda correspondencia. Los albaceas y hasta los herederos se olvidan del bienhechor, y sólo piensan en lucir con lo que heredaron, sin aplicarle quizá ni los sufragios de obligacion. Busquemos, pues, amigos como Teresa, y dejemos los del mundo ingratos.

FRUTO. — Orar muy especialmente por los superiores y por cuantos tienen cargo de almas.

MÁXIMA. — Dijéronme era muerto un nuestro Provincial... Como lo supe que era muerto, dióme mucha turbacion, porque temí su salvacion, que habia sido treinta años Prelado, cosa que yo temo mucho y de peligro, cargo de almas.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CCI.

DIA 19 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Santa Teresa ve varias almas que suben al cielo, pero muy pocas que no pasen por el purgatorio, y nos enseña el medio de que nos aprovechen las gracias é indulgencias.

Continuando la Santa sus visiones de difuntos, dice (1): «Habíase muerto una monja en casa habia poco más de dia medio, harto sierva de Dios, y estando diciendo una licion de difuntos una monja por ella en el coro, yo estaba en pié para ayudarla á decir el verso: á la mitad de la licion la ví, que me pareció que salia el alma de la parte de la pasada, y que se iba al cielo. Esto no fué vision imaginaria como la pasada, sino como otras que he dicho, mas no se dudán más que las que se ven.

«Otra monja se murió en mi mesma casa (de la Encarnacion) de diez y ocho á veinte años, siempre habia sido enferma y muy sierva de Dios, amiga del coro y virtuosa harto. Yo, cierto, pensé no entrara en el purgatorio, porque eran muchas las enfermedades que habia pasado, sino que le sobrarian méritos. Estando en las Horas antes que la enterrasen, cuatro horas despues de muerta, entendí salir del mesmo lugar, é irse al cielo.

«Habiendo muerto un hermano de la Compañía de Jesús una noche, y encomendándolo á Dios el dia siguiente en la Misa, víle subir al cielo con mucha gloria, y al Señor con él.

(1) Vid., cap. xxxviii, n.º 19.

«Otro fraile de nuestra Orden, harto buen fraile, estaba muy malo, y estando yo en misa me dió un recogimiento y ví como era muerto, y subir al cielo sin entrar en el purgatorio. Entendí que por haber sido fraile que habia guardado bien su profesion, le habian aprovechado las bulas de la Orden para no entrar en el purgatorio. No entiendo porque entendí esto; paréceme debe ser, porque no está el *ser fraile* en el hábito, digo en traerle, para gozar del estado de más perfeccion que es ser fraile.

«No quiero decir más de estas cosas, porque, como dije, no hay para qué, aunque son hartas las que he visto, mas no he entendido de todas, dejar ningun alma de entrar en purgatorio sino es la de este padre y el santo Fr. Pedro Alcántara, y el Padre Dominicó que queda dicho. De algunas ha sido servido el Señor que vea los grados de gloria que tienen, representándoseme en los lugares que se ponen: es grande la diferencia que hay de unos á otros.»

Aunque todas estas visiones son de almas justas que apenas han entrado en purgatorio, con todo nos dan mucho que entender y que pensar. Si con tantas virtudes y abstraccion de mundo, apenas se han podido éstas salvar, y esto pasando por el fuego del purgatorio para acabarse de purificar, ¿qué será del pecador y malo que jamás se acuerda de Dios, ó es de pura ceremonia, y que sólo cuida de la comodidad, etc.? Estos ni tarde ni temprano entrarán en el cielo. A la misma santa Teresa causó admiracion que una monja tan sierva de Dios, amiga del coro, virtuosa harto, y que padeció muchas enfermedades, no se fuera derecha al cielo, ¿qué extraño será que quien huye las penas, el coro, la Iglesia y los ejercicios de piedad, esté muchos años en el purgatorio?

Pero donde hay más que reflexionar es en el Religioso que se fué al cielo sin pasar por el purgatorio, y esto siendo así que la Santa no nos lo pinta más santo que los demás, sí sólo muy observante de su profesion. A este fin nos advierte que no está todo en llevar el hábito, tener el empleo, etc., sino en cumplir exacta-

mente sus obligaciones. Por esto le aprovecharon las bulas é indulgencias, no por llevar el hábito, ó estar escrito en la cofradía, ó vestir el escapulario, rezar el rosario, etc. Todo esto es bueno; pero no basta rezar ciertas devociones, si no hay obras correspondientes, ni hay privilegio para morir sin confesion, ni se sale de purgatorio, ni áun quizá se ganan las indulgencias, sino cuando el espíritu corresponde al exterior. Cuando hay virtudes entonces sí que aprovechan todas las bulas y gracias, y aunque se muera sin confesion se entra en el cielo. Meditemos, pues, cuán pocas son las almas que dejan de pasar por el purgatorio, y áun de Religiosos y Religiosas muy buenas, que tenian más virtudes y más proporción. Temamos, pues, los que no vivimos con tanta perfeccion. Respetemos los estados santos, las bulas, las indulgencias, las cofradías y actos de piedad, mas no nos contentemos con la corteza exterior, sino con el espíritu, virtudes y obras buenas, para que la misericordia de Dios, de quien depende la aplicacion, los valore y haga que nos aprovechen.

FRUTO. — Cumplir exactamente las obligaciones de nuestro respectivo estado.

MÁXIMA. — Entendí que por haber sido fraile, que habia guardado bien su profesion, le habian aprovechado las bulas de la Orden (al morir) para no entrar en purgatorio.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CCII.

DIA 20 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

La ofrece el Señor conceder cuanto le pida Teresa, y lo cumple desde luego dando la salud á dos personas por quienes ruega, y de este modo nos inspira la confianza en su poder.

«Estando yo una vez, dice la Santa (1), importunando al Señor porque diese vista á una persona que yo tenia obligacion, que la habia del todo casi perdido, tenía gran lástima, y temia por mis pecados no me habia de oír el Señor. Aparecióme como otras veces, y comencóme á mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenia metido, parecióme que á vuelta del clavo sacaba la carne; veíase bien el gran dolor, que me lastimaba mucho, y díjome que quien aquello habia pasado por mí, *que no dudase, sino que mejor haria lo que le pidiese; que Él me prometia que ninguna cosa le pidiese que no la hiciese, que ya sabia Él que no pediria sino conforme á su gloria, y que así haria esto que ahora le pedia.* Que aún cuando no le servia, mirase yo que no le habia pedido cosa que no la hiciese mejor, que yo lo sabia pedir; que cuán mejor lo haria ahora que sabia le amaba; que no dudase de esto. No creo pasaron ocho dias, que el Señor no tornó la vista á aquella persona. Esto supo mi confesor luego; ya puede no fuese por mi oracion, mas como yo habia visto esta vision, quedóme una certidumbre que por merced hecha á mí dí á Su Majestad las gracias.

«Otra vez estaba una persona muy enferma de una

(1) Vid., cap. xxxix, n.º 4.

enfermedad muy penosa. Era cosa incómoda lo que habia dos meses que pasaba, y estaba en un tormento que se despedazase. Fuéle á ver mi confesor, que era el Rector (de la Compañía), y húbole gran lástima, y díjome que en todo caso le fuese á ver, que era persona que yo lo podia hacer, por ser mi deudo. Yo fui, y moviome á tener dél tanta piedad, que comencé muy impórtunamente á pedir su salud al Señor. En esto ví claro á todo mi parecer la merced que me hizo, porque luego á otro dia estaba del todo bueno de aquel dolor.»

Dos milagros tenemos aquí obrados por santa Teresa, dando la vista á uno que casi del todo la habia perdido, y á este pariente suyo la salud de los gravísimos y agudísimos dolores que padecia por dos meses. Pero aún es más admirable todo lo demás que dice: la aparicion de Jesucristo, la bondad de irla enseñando sus llagas, las expresiones de afecto y cariño tan tierno que la da en prueba de su amor y desposorio, cuyas arras no son más que un clavo de su Pasion, porque como Esposo de sangre quiere que sus esposas lo acompañen en la cruz, y clavadas con él. ¡Qué diferente conducta de la que tienen los esposos en el mundo! Aquí todo es prometerse mútuas y eternas felicidades, pero Jesucristo no da más que clavos, espinas y cruz. ¡Pero qué diferentes las resultas de unos y otros desposorios! En el mundo dura la felicidad el dia de la boda (sino se acaba antes), pero despues se mudan las circunstancias, y se hacen y suelen infelices por una y otra parte. Mas el clavo, espinas y cruz de las almas desposadas con Jesucristo, duran *un dia* que suele ser la vida, y aún antes de acabarse se convierte en un gozo que luego pasa á ser eterno. Apreciemos, pues, ahora lo que en verdad es apreciable, y lo que es de más valor y duracion, y no nos dejemos engañar con promesas lisonjeras de palabras que, ó engañan ó duran un instante, y sigue una pena eterna.

¡Cuánto más vale la dulce conversacion que tuvo Jesucristo con Teresa, que todas las de los esposos y amigos del mundo! ¡Con qué franqueza la da palabra de

concederla cuanto le pida ! ; Con qué cariño la da esta seguridad ! ; Con qué razones se la persuade, pues si aún cuando no le servia tanto, hizo lo que le pedia y mejor de lo que le pedia, qué no hará ahora que es toda suya ? ; Qué pruebas más terminantes que las dos curaciones que le acaba de pedir y las ve efectuadas, de modo que no puede dudar lo hace el Señor por su oracion, dejando á un lado su misericordia, qué es lo principal, como ya notó la Santa ? A este fin la dió tambien el Señor todos sus méritos de la Pasion, para que como suyos propios pida lo que quiera.

No dudemos de esta verdad y promesa que se hizo á Teresa. Aprovechémonos de tal oferta, sabemos que la Santa es poderosa, que es caritativa, que es agradable, y desea nuestro bien temporal y espiritual. Pero sepamos que no pide la Santa, sino con relacion á la gloria de Dios, para que en nuestras súplicas siempre digamos nos alcance la salud, etc., si conviene á su gloria, y sino la paciencia que aún es gracia mayor.

FRUTO. — Poner nuestra confianza en el gran valimiento de Teresa para con su divino esposo Jesús.

MÁXIMA. — Díjome el Señor que Él me prometia que ninguna cosa le pidiese que no la hiciese, que ya sabia Él que yo no pediria sino conforme á su gloria.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nacl, ¿qué quereis, Señor, de mí ?

LECCION CCIII.

DIA 21 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Santa Teresa reduce dos personas que se desviaron del camino de salvacion, y su grande poder para sacar almas de pecado, lo que debe empeñarnos en tenerla de nuestra parte.

«Estaba una vez, dice (1), con grandísima pena, porque sabia que una persona á quien yo tenia mucha obligacion queria hacer una cosa harto contra Dios y su honra, y estaba ya determinada á ello. Era tanta mi fatiga que no sabia qué remedio me hacer para que lo dejase y áun parecia que no lo habia. Supliqué á Dios muy de corazon que pusiese El mismo el remedio, mas hasta verlo no podia aliviarse mi pena. Fuíme estando así á una ermita bien apartada, que las hay en este Monasterio (seria de la Encarnacion), y estando en una á donde está Cristo á la columna, suplicándole me hiciese esta merced, oí que me hablaba una voz muy suave, como metida en un silbo. Yo me espelucé toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decia, mas no pude, que pasó muy en breve. Pasado mi temor, que fué presto, quedé con un sosiego, gozo y deleite interior, que yo me espanté. En esto ví que se habia de hacer lo que pedia, y así fué, que se me quitó del todo la pena en cosa que aún no era, como fué despues. Díjelo á mis confesores, que tenia entonces dos, harto letrados y siervos de Dios.

«Sabia que otra persona que se habia determinado á servir muy de veras á Nuestro Señor, que ya le habia

(1) Vid., esp. xxxix, n.º 3.

hecho muchas mercedes, por ciertas ocasiones que habia tenido habia dejado la oracion, y aún no se apartaba de ellas, y eran bien peligrosas. A mí me dió grandísima pena, por ser persona á quien yo queria mucho, y debia: creo que fué más de un mes, que no hacia sino suplicar á Dios tomase esta alma á sí. Estando un dia en oracion, ví un demonio cabe mí, que hizo unos papeles, que tenia en la mano, pedazos con mucho enojo, y á mí me dió gran consuelo, que me pareció se habia hecho lo que pedia; y así fué, y despues lo supe, que habia hecho una confesion con gran contricion, y tornóse tan de veras á Dios, que espero en Su Majestad ha de ir siempre muy adelante.

«En esto de sacar almas Nuestro Señor de pecados graves por suplicárselo yo, y otras traídas á más perfeccion es muchas veces, y de sacar almas del purgatorio y otras cosas señaladas, son muchas las mercedes que Dios me ha hecho. Esto es cosa muy conocida y hay muchos testigos, y más en salud de almas, que de cuerpos. Luego, luego dábame mucho escrúpulo, porque yo no podia dejar de creer que el Señor lo hacia por mi oracion, dejemos ser la principal por sola su bondad; mas son ya tantas las cosas y tan vistas de otras personas, que no me da pena creerlo, y alabo á Su Majestad, y háceme confusion, porque veo soy más deudora, y háceme, á mi parecer, crecer el deseo de servirle, y avívase el amor. Y lo que más me espanta es, que las que el Señor ve no convienen, no puedo, aunque quiero suplicárselo, sino con tan poca fuerza, espíritu y cuidado, que aunque más quiero forzarme es imposible, como otras cosas que Su Majestad ha de hacer, que veo yo puedo pedirlo muchas veces y con gran importunidad, aunque yo no traiga este cuidado, parece que se me representa delante. Es grande la diferencia de estas dos maneras de pedir, que no sé cómo lo declarar.»

Con lo que aquí dice la Santa, ya nadie dudará de la verdad de cuanto dice, y más haciéndolo por obediencia, ni tampoco de la fuerza de su oracion, viéndola tan humilde, que lejos de serle materia de vanaglo-

ria, la confunde y humilla más. Pero notemos el empeño que tiene la Santa en que sus amigos sirvan más á Dios, y en que si algun tanto se desvian, vuelvan pronto al camino. Esto nos enseña que jamás debemos tener seguridad, pues vemos que estas personas tan adelantadas en oracion y favores del cielo, en dejándolas el Señor un punto en su flaqueza, caen, y Dios lo permite para humillarlas y humillarnos á su vista. En fin, advirtamos que la Santa es abogada para la conversion de los pecadores y sacar almas de pecados, y librar más de peligros espirituales que de corporales, pues éstos muchas veces no conducen á la salvacion, y aquellos sí. No perdamos, pues, tan buena protectora, obligándola con nuestros servicios y buena conducta de vida, que si así lo hacemos, tendremos segura su proteccion.

FRUTO.— Poner de un modo especial nuestra confianza en la Santa para que, como abogada para la conversion de los pecadores, nos saque de pecado, de tentacion, ó nos ayude á ser más perfectos.

MÁXIMA.— En esto de sacar almas Nuestro Señor de pecados graves por suplicárselo yo, y otras traídas á más perfeccion, es muchas veces.

JACULATORIA.— Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CCIV.

DIA 22 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Refiere la Santa la instruccion que Dios la dió sobre que el mérito no está en gozar, sino en amar y padecer, la aplica su sangre, y nos enseña que no hay madre más cariñosa que Dios con los hombres.

Ni santa Teresa escribió todas las visiones que tuvo, ni yo pretendo referirlas todas, sino las que parezcan de más utilidad comun. Quería saber uno por medio de nuestra Santa, si sería servicio de Dios que admitiera un obispado, y la respuesta del Señor fué: Díle: cuando entienda con toda verdad que el verdadero señorío es no poseer nada, entonces lo podrá tomar, dando á entender que no lo debe desear ni querer, el que ha de tener prelacías (1). «Dijome otra vez el Señor consolándome, no me fatigase, y esto con mucho amor, que en esta vida no podíamos estar siempre en un sér, que unas veces tendria hervor y otras estaria sin él, unas con desasosiego y otras con quietud y tentaciones, mas que esperase en El y no temiese.

«Esto me dijo el Señor un dia (2): ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, en padecer y en amar. No habrás oido que san Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Y ves mi vida toda llena de padecer, y sólo en el monte Tabor habrás oido mi gozo. No pienses cuando ves á mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin

(1) Vid., cap. XL, n.º 41 y 42.

(2) Al fin de la Vida, n.º 4.

grave tormento. Desde que le dijo Simeon aquellas palabras, la dió mi Padre clara luz, para que viese lo que Yo habia de padecer. Los grandes Santos que vivieron en los desiertos, como era nguiados por Dios, así hacian graves penitencias, ysin esto tenian grandes batallas con el demonio y consigo mesmos; mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolacion espiritual. Cree, hija, que á quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y á estos responde el amor; ¿en qué te lo puedo mostrar más que querer para tí lo que quise para Mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores. Este es el camino de la verdad. Así me ayudarás á llorar la perdicion que traen los del mundo, entiéndelo tú esto, que todos sus deseos y cuidados y pensamientos se emplean en cómo tener lo contrario. Cuando este dia comencé á tener oracion, estaba con tan gran mal de cabeza, que me parecia casi imposible poderla tener. Y díjome el Señor: Por aquí verás el premio del padecer, que como no estabas tú con salud para hablar conmigo, Yo he hablado contigo y regaládote. Y es así cierto que seria como hora y media poco menos el tiempo que estuve recogida. En él me dijo las palabras dichas y todo lo demás, ni yo me divertia ni sabia á donde estaba, y con tan gran contento que no sé decirlo, y quedóme buena la cabeza, que me ha espantado, y harto deseo de padecer. Tambien me dijo, que trajese mucho en la memoria las palabras que dijo á sus Apóstoles, que no habia de ser más el siervo que el Señor.

«Un dia de Ramos al acabar de comulgar quedé suspenso, de modo que no podia pasar la Forma, y parecióme se me habia hinchado la boca de sangre, y que yo estaba toda cubierta de ella, como si entonces acabara el Señor de derramarla; estaba caliente y era excesiva la suavidad, y díjome el Señor: Hija, Yo quiero que mi sangre se aproveche, y no hayas miedo te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózasla tú con tan gran deleite, como ves. Bien te pago el deleite que me hacias este dia. Esto dijo, porque há más de treinta años que yo comulgaba este dia si

podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar al Señor, porque me parecía mucha crueldad la que hicieron los judíos, despues de tan gran recibimiento, dejarlo ir á comer tan lejos, y hacia yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, segun ahora veo, y me ha quedado aprovechamiento con estas consideraciones bobas para la Comunión.»

¡Qué buenas consideraciones podemos sacar de aquí para comulgar! En especial notemos estas palabras que le dijo el Señor: Yo derramé mi sangre con tantos dolores y tú la gozas con tanto deleite. Así sucede á los que comulgan bien dispuestos. Y de aquí ¿qué ánimo puede recibir nuestro corazon, si añadimos toda la vision primera en que el Señor tan dulcemente la anima á padecer con un cariño, que al más distraído lo debe recoger mucho? ¿Qué madre habla con igual amor á sus hijos? ¿Qué capitán inspira valor á sus soldados con iguales razones, suavidad y fuerza? Meditemos cuán ciertas son todas las palabras del Señor, y como en prueba la quita el dolor de cabeza, la llena de consuelo, y habla con ella, ya que ella no está para hablar. Amemos, pues, á este Dios tan bueno, que si nos da trabajos, es á proporcion del amor que nos tiene, y poco tiene á quien todo le sale bien en este mundo.

FRUTO. — Prepararnos devotamente para recibir á Cristo sacramentado, para poder gozar de Cristo como la Santa.

MÁXIMA. — Esto me dijo el Señor un dia: ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, en padecer y en amar.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nació, ¿qué queréis, Señor, de mí?

LECCION CCV.

DIA 23 DE JULIO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Continúa la Santa diciéndonos cuatro instrucciones muy doctrinales que la enseñó su maestro Dios, para que las aprendamos nosotros y nos aprovechemos.

Sigue la Santa contándonos varias instrucciones que la dió el Señor, y dice (1): «Había leído en un libro que era imperfeccion tener imágenes curiosas, y así quería no tener en la celda una que tenía. Y también antes que leyese esto, me parecía pobreza tener ninguna sino de papel, y como después leí esto, ya no las tuviera de otra cosa. Y entendí del Señor esto que diré, estando descuidada de ello: que no era buena mortificación; ¿que cuál era mejor, la pobreza ó la caridad? Que, pues, era mejor el amor; que todo lo que me despertase á él, no lo dejase, ni lo quitase á mis Monjas, que las muchas molduras y cosas curiosas en las imágenes, decía el libro, y no la imagen: que lo que el demonio hacía contra los luteranos, era quitarles todos los medios para más despertar, y así iban perdidos: mis fieles, hija, han de hacer ahora más que nunca al contrario de lo que ellos hacen.

«Estando yo pensando una vez con cuánta más limpieza se vive estando apartada de negocios, y como cuando yo ando en ellos, debo andar mal y con muchas faltas, entendí: No puede ser menos, hija, procura siempre en todo recta intencion y desasimiento, y mírame á Mí, que vaya lo que hicieres conforme á lo que Yo hice.

(1) Adic. al fin de la Vid., n.º 3.

«Estando pensando cuál sería la causa de no tener ahora casi nunca arrobamientos en público, entendí: No conviene ahora, bastante crédito tienes para lo que yo pretendo: vamos mirando la flaqueza de los maliciosos.

«Estando un día con temor de si estaba en gracia ó no, me dijo: Hija, muy diferente es la luz de las tinieblas; yo soy fiel, nadie se perderá sin entenderlo; engañarse ha quien se asegurare por regalos espirituales; la verdadera seguridad es el testimonio de la buena conciencia: mas nadie piense que por sí puede estar en luz, así como no podría hacer que no viniese la noche natural, porque depende de mi gracia. El mejor remedio que puede haber para detener y conservar la luz, es entender el alma que no puede nada por sí, y que le viene de Mí; porque aunque esté en ella, en un punto que Yo me aparte, verá la noche. Esta es la verdadera humildad, conocer el alma lo que puede y lo que yo puedo. No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no te se olviden, pues quieres poner por escrito los de los hombres.»

Estas cuatro instrucciones que el Señor como verdadero maestro dió á santa Teresa, nos pueden ser muy útiles: la primera sobre las imágenes: si tuviéramos siempre presente esta divina regla de que la caridad es el fin de todas las leyes, y el alma que valora nuestras obras, no erraríamos infinitas veces, mirando las virtudes como opuestas entre sí, por ejemplo, la humildad á la grandeza de ánimo, la pobreza á la devoción, el amor al temor, el retiro al zelo de las almas, etc. Ninguna se opone á otra, porque á todas las dirige la caridad, y segun ésta manda, así obra cada una, pues cada cosa tiene su tiempo. Otras veces revestimos el vicio con la ropa de la virtud; tomamos el zelo de las almas para disipar las nuestras, el retiro para fomentar y seguir el humor y comodidad, la humildad para cubrir la hipocresía, etc. Así los luteranos, bajo pretexto de que Dios es espíritu, y á quien sólo se debe la adoración, quitan el culto de las imágenes y Santos. La segunda es una confirmación de esta verdad: mejor es

el retiro que el tropel de negocios: así lo dicta la caridad, sino hay alguna obligacion de justicia ó caridad; mas si la hay, entonces dijo el Señor á la Santa, no puede ser menos, y lo que importa es llevar en todo recta intencion, y como en otra parte dijo la Santa (1): *Tratar con quien fuere justo, aunque sean personas distraidas*. La tercera instruccion en que el Señor la da las causas por qué ya no tiene los arrobamientos en público tantas veces, nos enseña, lo primero la economía de Dios, que quiso acreditar á la Santa con estas cosas, para que brillase más la obra de su Reforma y la creyesen; pero asegurada ya bien su opinion de santidad, ya no son precisas estas señales, y la ven pocas veces arrobada: lo segundo, debe considerarse la causa que Dios añade, y es el mirar la flaqueza de los maliciosos, para enseñarnos á evitar no sólo el escándalo de los párvulos, sino tambien para suspender algunas obras buenas, cuando no son precisas por la flaqueza de los que miran. La cuarta instruccion sobre el medio de atraer la divina gracia ó conservarla, es la doctrina pura de san Agustin, conocer que nada puede por sí el hombre, y que todos los demás sistemas son más inventados por la vanidad que por la verdad. Humildad, humildad: esta es la verdad.

FRUTO. — Pedir con humildad al Señor la gracia de la perseverancia final.

MÁXIMA. — Díjome el Señor: Yo soy fiel, nadie se perderá sin entenderlo; engañarse ha quien se asegurase por regalos espirituales; la verdadera seguridad es el testimonio de la buena conciencia.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

(1) Camino, cap. xli, n.º 5.

LECCION CCVI.

DIA 24 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Doctrina admirable que podemos sacar de las visiones que refiere la Santa, y áun de la noticia que tuvo de como Dios es Trino y Uno, para ver que, si nos perdemos, toda la culpa es nuestra.

Despues que la Santa oyó á la Virgen que la decia haber hecho bien en poner su imágen en el asiento prioral de la Encarnacion, porque estaria presente á las alabanzas que diesen á su Hijo: despues que la consoló el Señor en la ausencia que le hizo su confesor, que la tomó las manos despues de comulgar, y la dijo: Mira, no estás sin Mí, y entendió que nunca habia bajado personalmente del cielo sino en el Santísimo Sacramento, y que luego que resucitó se apareció á nuestra Señora, que estaba traspasada de pena, y muy necesitada de su presencia, refiere dos visiones singulares (1). «Primera: estando en arrobamiento parecióme que Nuestro Señor me llevó al Padre Eterno, y díchole: Ésto que me diste te doy, y me llegaba á sí. La segunda: el martes despues de la Ascension, habiendo estado un rato en oración, despues de comulgar con pena, porque no podia estar recogida, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Parecióme entender que veia la santísima Trinidad, y como es Dios Trino y Uno, y á mí parecia hablarme todas tres Personas, diciéndome que desde este dia veria mejoría en mí en tres cosas, que cada una de estas tres Personas me hacia merced: *En la caridad; en padecer con contento;*

(1). Adiciones á la Vid., n.º 7, 40 y 42.

en sentir esta caridad con encendimiento en el alma. Estando agradeciendo esta merced, entendí lo que dice el Señor, que las tres Personas estarán con el alma que está en gracia. Y viéndome indigna de tanto favor, decía á Su Majestad, que pues me habia de hacer semejantes mercedes, ¿por qué me habia dejado de su mano para que fuese tan ruin? Habia tenido gran pena de mis pecados el dia antes. Ví aquí claro lo mucho que el Señor habia puesto de su parte, desde que era muy niña, para llegarme á sí, con medios harto eficaces, y como todos no me aprovecharon: por donde claro se me representó el excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto, cuando nos queremos tornar á El, y más conmigo que con nadie por muchas causas. Parece quedaron en mi alma imprimidas aquellas tres Personas que ví, siendo un solo Dios, que á durar así, imposible sería dejar de estar recogida con tan divina compañía. Otra vez, yendo á comulgar, ví una manera de paloma. Turbóme tanto, y suspendióme que con harta fuerza tomé la forma. Esto era todo en San José de Avila, año 1571, donde entendí: Tiempo vendrá que en esta Iglesia se hagan muchos milagros, y llamarse ha Iglesia Santa.»

Muchas cosas vemos aquí bien singulares de santa Teresa, que trata ya tan familiarmente con Dios, y de modo que á algunos les parecerá demasiado, y esto es porque no llegan á conocer, como tiene el Señor sus delicias puras con las almas santas. Es notable tambien lo que dice, que entendió no haber bajado Jesucristo en persona despues de su Ascension sino al Santísimo Sacramento. Así, las apariciones que hace Su Majestad á muchas almas son únicamente por ministerio de Angeles ó por visión imaginaria ó intelectual; pero como en santa Teresa vemos las más que se le hacian quando comulgaba, no parece que hay inconveniente en decir, que allí lo veia verdadera y realmente como está, lo que aumenta mucho estos favores. Con todo, áun parece más grande el ver como Dios es Trino y Uno, y la gracia peculiar que cada Persona la hizo. Es verdad que tuvo otras visiones de la santísima Trinidad seme-

jantes á ésta, mas aquí hallamos el singular favor de sus dones y una instruccion muy necesaria. Nos quejamos, como santa Teresa, porque nos abandona ó deja el Señor de su mano, y así caemos en la culpa. Pero si santa Teresa *vió claro lo mucho que el Señor habia puesto de su parte desde niña*, para que no cayera, y como por lo mismo, la culpa era únicamente suya, ¿qué dirémos nosotros que cada dia resistimos á Dios? Si el pobre no quiere tomar la limosna que el rico le ofrece una y muchas veces, cuando éste se va, y lo abandona, ¿podrá quejarse el pobre que perece porque no tiene quien le socorra? Pues si nosotros despreciamos la gracia una y muchas veces, ¿qué mucho nos abandone el Señor? Cuando caemos, es verdad que nos falta la gracia, mas es nuestra la culpa, porque no la quisimos. Os busqué, y no quisísteis oirme ni responder, dice Dios, pues yo me reiré en vuestra muerte. Santa Teresa vió claro el excesivo amor que nos tiene para perdonarnos, cuando tornamos á El; luego toda la culpa es nuestra. No dejemos, pues, pasar la hora de la gracia, el tiempo en que Dios nos llama y nos ayuda, y así no nos abandonará á nuestras miserias.

FRUTO. — Gran aprecio de la gracia.

MÁXIMA. — Ví claro lo mucho que el Señor habia puesto de su parte desde que era muy niña, para llegarme á sí con medios harto eficaces, y como todos no me aprovecharon: por donde claro se me representó el excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CCVII.

DIA 25 DE JULIO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Enseña Jesucristo á la Santa que es mejor la obediencia que la penitencia, y cual está el alma en gracia en pecado, exhortándonos en su relacion á huir del pecado mortal.

«Estando pensando una vez en la gran penitencia que hacia una persona muy religiosa (quizá seria la venerable Cardona), y como yo pudiese haber hecho más, dice la Santa (1), si no fuera por obedecer á los confesores, ¿si seria mejor no los obedecer en esto de aquí adelante? me dijo el Señor: Eso no, hija: buen camino llevas: ¿ves toda la penitencia que haces? En más tengo tu obediencia. Una vez estando en oracion, me mostró el Señor cómo estaba el alma que está en gracia, en cuya compañía ví la santísima Trinidad, de cuya compañía venia á aquel alma un poder que señoreaba toda la tierra. Diéronseme á entender aquellas palabras de los Cánticos: *Mi amado descendió á su huerto*. Mostróme tambien cómo está el alma que está en pecado, sin ningun poder, sino como una persona que estuviese del todo atada y aliada, y atapados los ojos, que aunque quiere ver, no puede, ni andar ni oír y en gran oscuridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están así, que cualquier trabajo me parece ligero por librar una. Parecióme que á entender esto como yo lo ví, que se puede mal decir, no era posible querer ninguno perder tanto bien, ni estar en tanto mal.»

Son muchas las veces que tuvo la Santa estas visio-

(1) Adiciones, n.º 15.

nes sobre la alma en gracia y en pecado, y ya hemos hablado en otra parte; mas como la materia es importante, y la Santa habla tantas veces, no será razon censurarme el que la imite y lo vuelva á recordar. Unas veces vió á Dios como un claro diamante (1), que todo lo llena, y en él se ven la alma justa y la pecadora. Otras veces veia el alma como un globo de cristal ó como un espejo, donde brilla la que está en gracia, y la del malo se oscurece por el pecado, y como la herejía lo quiebra todo, que es peor.

Por medio de todas estas comparaciones quiere la Santa infundirnos el mucho cuidado que debemos tener de nuestra alma, que sin duda es la cosa más preciosa que Dios ha criado. Y en verdad, si nosotros reflexionáramos sobre esto, viéramos que es una imágen de la santísima Trinidad, y que por esto no podemos comprender su naturaleza, que sin duda es semejante á la de los Angeles. Aún hay más. Esta naturaleza de nuestra alma adquiere una grande perfeccion por la divina gracia, cual nos lo insinúa aquí santa Teresa, representándonosla como un castillo, como un palacio, como un diamante, ó cerrada en este diamante de la Divinidad, ó como un huerto de delicias en que descansa todo un Dios Trino y Uno, y por lo que entra en posesion de todas las cosas, con un dominio absoluto, que pone todo el mundo y sus encantos y glorias bajo sus piés, sujetando hasta sus mismas pasiones; así como por el contrario, esta misma alma en pecado se hace trono del demonio, que la señorea con el pecado, yugo de su cautiverio, de modo que la hace esclava de sus ministros, de todas las bagatelas del mundo, de los vicios más infames, y en fin de todas sus pasiones. No es dueña de nada, ni menos de sus deseos, ni aún de su amor.

«Os quiero decir, añade la Santa (2), que considereis qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es

(1) Vid., cap. XL, n.º 2.

(2) Mor. I, cap. II, n.º 4 y 4.

Dios. Cuando cae en un pecado mortal no hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa más oscura y negra que no lo esté mucho más. No queráis saber más, de que con estar el mismo sol en el centro del alma, es como sino estuviese, para participar de su luz, con ser tan capaz el alma para gozar de Su Majestad, como el cristal para resplandecer en el sol. Ninguna cosa le aprovecha, y de aquí viene que todas las buenas obras que hiciere estando en pecado mortal, son de ningún fruto para alcanzar gloria, porque no procediendo de aquel principio que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de él, no puede ser agradable á sus ojos; pues en fin, el intento de quien hace un pecado mortal, no es contentarle, sino hacer placer al demonio, que como es las mismas tinieblas, así la pobre alma queda hecha una mesma tiniebla. Oí una vez á un hombre espiritual que no se espantaba de cosas (malas) que hiciese el que está en pecado mortal, sino de lo que no hacia.

«¡Oh almas redimidas por la sangre de Jesucristo, acaba la Santa, entendeos, y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible, que entendiendo esto, no procuráis quitar esta pez de este cristal? Mirad que se os acaba la vida, y jamás tornaréis á gozar de esta luz. ¡Oh Jesús, qué es ver un alma apartada de Vos!...» No hay más que decir en la materia.

FRUTO. — Rogar por los que están en pecado mortal.

MÁXIMA. — ¡Oh almas redimidas por la sangre de Jesucristo, entendeos y habed lástima de vosotras!... Mirad que se os acaba la vida, y jamás tornaréis á gozar de esta luz. ¡O Jesús, qué es ver un alma apartada de Vos!

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué queréis, Señor, de mí?

LECCION CCVIII.

DIA 26 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Se justifican todas estas visiones en la boca de la misma Santa, y se nos presenta perfectísimamente y sobre todo lo mundano, para emprender las demás fundaciones.

Aunque santa Teresa no necesita apología en cuanto parece extraño que ella misma lo refiera en su vida, con todo, para que nadie abuse de ello, diciendo que así como santa Teresa cuenta sus revelaciones, milagros y visiones tan particulares, así también será lícito hacerlo á otro cualquiera, es preciso notar algunas cosas en este lugar, aunque en otros se ha insinuado mucho. En primer lugar, sabemos que ninguna cosa la fué tan sensible como los mandatos que recibió para escribir sus libros y sus mercedes singulares, pues confiesa que era tal su pena en los arrobamientos en público, que quisiera meterse donde nadie la viera; y quedaba tan avergonzada, que estuvo para irse en otro monasterio bien distante (1), ó sufrir que la enterraran viva, ántes que nadie supiera los favores que Dios la hacia. Lo segundo, aunque ella escribió su vida por obediencia, fué sólo para sus confesores, y era indispensable esta claridad, porque se trataba de saber si su espíritu era de Dios ó del demonio. Daba licencia para que sus confesores publicaran sus pecados, mas no sus virtudes ni recibos. Cayó su vida en la Inquisición, donde estuvo muchos años, y nunca hizo diligencias para que saliese, ni para justificarse, ántes por el contrario, sabiendo que un Inquisidor no la era muy afecta, fué á

(1) Vid., cap. xxxi, n.º 4.

él, y le comunicó todas sus cosas, para que la desengañase, y como ella misma dice, iba de mejor gana á comunicar con los que mostraban más que no la creían. El libro, pues, de su vida no salió del Tribunal hasta despues de muerta la Santa, y entonces fué con mucha aprobacion y elogio. Lo tercero, jamás perdió de vista, aún quando referia los mayores favores de Dios, su abatimiento, y nada realza tanto su virtud, como ver casi de continuo hasta qué grado se abate, pintándose de manera, que muchos creyeron habia pecado gravemente en su juventud, sin embargo del testimonio uniforme de sus confesores, que dicen no perdió jamás la gracia del Bautismo, y la seguridad que nos da todo el proceso de su canonizacion, y la autoridad del Papa y de los Cardenales. Lo cuarto, el carácter de la verdad está tan impreso en sus palabras, que hace imposible dudar en cosa alguna, como le sucedió á un hereje, que tomando sus obras para impugnar con ellas la Religion y la santidad, no pudo hacerlo, y vencido se convirtió. Su humildad es tan sin afectacion, que no hay lugar de pensar en si era hipocresía, como la de muchos que se humillan para ser más alabados. En la hipocresía siempre se trasluce el vicio, mas en los escritos de Teresa se ve el carácter de la verdad, simplicidad y prudencia. ¿Quién sino Teresa dijera que conoció ser mala humildad sentir tanto que se supieran sus revelaciones, y dar las pruebas evidentes de esto? «Si yo estuviera, dice, determinada y cierta de que ninguna cosa buena era mia, sino de Dios, poco me pesaria que se descubriesen en mí sus obras.»

«Por esto, continúa (1), aunque el Señor quiso que se supieran en público las mercedes que me hacia, es consuelo para mí, que no ha sido por mi culpa, pues he tenido extremo en no las decir sino á los confesores, y no por humildad: ahora ya gloria á Dios, aunque mucho me murmuraban, y con buen celo, como entiendo que por este medio ha querido el Señor remediar muchas almas, muy poco se me da de todo. Lo miro

(1) Vid., cap. xl, n.º 16.

como desde lo alto. En más tendria que se aprovechase un tantico un alma, que todo lo que de mí se puede decir...» En fin, ya hemos notado el poco caso que hacia de las revelaciones para obrar, y cuando despues de ellas pedia consejo al confesor, por lo comun callaba la revelacion, y lo proponia sin relacion á ella, y obedecia siempre.

Lo dicho no sólo es una apología de gracias tan extraordinarias, sino que nos presenta á santa Teresa como un modelo perfectísimo de todas las virtudes, con especialidad de la humildad, obediencia, celo de las almas y superioridad á todas las cosas del mundo y á las pasiones, sin vanidad, ni embarazo para emprender de nuevo la continuacion de fundaciones. Tal era el estado en que debia hallarse la Santa para tan grande empresa, pues sin este heroísmo de perfeccion no podia completar los designios de Dios, en los que, como veremos, la contradijo todo el mundo y el infierno. Saquemos de aquí desprecio del mundo, amor á la virtud, firmeza en el obrar, y no mirar más que á Dios y nuestra miseria.

FRUTO. — No dejar de obrar el bien por respetos humanos.

MÁXIMA. — En más tendria que se aprovechase un tantico un alma, que todo lo que de mí se puede decir.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CCIX.

DIA 27 DE JULIO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 7.

Se presenta santa Teresa perfectísima y dispuesta en San José de Avila para seguir las fundaciones, y ser propiamente fundadora, enseñándonos los medios para poder hacer cosas grandes.

Dejamos á santa Teresa en su nuevo convento de Avila y de San José, ejercitándose en la regla primitiva, y dando calor á aquellas nuevas plantas con su ejemplo y exhortaciones. Estuvo así, pues, como ella dice, cinco años, «que á lo que ahora entiendo (1) serán los más descansados de mi vida, cuyo sosiego y quietud hecha harto menos mi alma muchas veces...» Esto dice la Santa, porque acabados estos cinco años en que estuvo quieta y retirada, ya no cesó un punto en sus fundaciones, que fueron casi duplicadas que los años de su vida. Era muy necesaria esta quietud de la Santa, como disposición para salir con fortaleza al gran campo del mundo, donde habia de combatir con enemigos muy formidables. También lo era para radicar las virtudes, no tanto en su alma, que ya las tenia, como en sus nuevas hijas que iban entrando Religiosas, estableciendo sus leyes y ejercitándose en la observancia de la regla primitiva. Ya insinuamos algunos de sus ejemplos en el principio, mas como su humildad y silencio nos ha ocultado la mayor parte de sus acciones en estos años, hemos llenado este hueco con los grandes ejemplos de su paciencia, y con algunos de los muchos favores que recibió, cuyos datos no sabemos fija-

(1) Fund., cap. I, n.º 4.

mente , aunque la mayor parte fueron sin duda en los últimos años que estuvo en la Encarnacion; y primeros de Avila ; bien que las dudas sobre su espíritu se habian ya disipado en este tiempo ; pero en el de esta primera fundacion fué cuando más la murmuraron , y por esto de intento reservamos para este lugar tratar las materias antecedentes.

Ahora debemos ya entrar en la extension de esta Reforma , así de Monjas como de Religiosos , que tan rápidamente se propagó por todo el mundo , y más particularmente de los muchos conventos que por sí misma fundó de uno y otro sexo , por cuya causa es , y debe llamarse con toda propiedad *Fundadora y Refbrmadora* de Monjas y Frailes de la primitiva observancia. En efecto , este nombre le es tan propio á santa Teresa , como á todos los demás fundadores , y aún podíamos añadir cosas que quizá no se han visto en otro ningun fundador. Porque dejando á un lado su sexo de mujer , que debia serla un gran impedimento , verémos al fin , como en veinte años , ó por mejor decir en catorce , llegó á fundar treinta y dos monasterios de hijas y de hijos , siendo igualmente propios de la Santa los unos que los otros , porque aunque no vivió con los Religiosos , esto es , en su compañía , como con las Monjas. Teresa fué la primera que lo intentó , la primera que buscó operarios , la que logró el primer sitio de Duruelo , la que llevó en su compañía mucho tiempo á san Juan de la Cruz , para que aprendiera el modo de vivir de sus Monjas , la que sufrió de lleno todas las contradicciones que cayeron sobre sus frailes , la que trabajó más que nadie con el Rey , con el General , con el Nuncio , y con todos los que se oponian. En fin , santa Teresa fué quien los gobernó , pues que todos la consultaban ; era la madre comun á quien acudian en sus trabajos , la que más trabajó en el primer capítulo de la Reforma , y la que no cesaba de escribir consejos , dictar leyes , allanar dificultades , y esto con tal autoridad como verémos adelante , y más particularmente cuando tratemos del V. P. Gracian , primer Prelado de la Reforma , que en todo y por todo consultaba y seguia el parecer de la Santa.

De lo dicho debemos sacar las reflexiones siguientes. Primera, cuanto importe disponernos para las obras grandes con oracion y retiro, pues santa Teresa, aunque Santa, estuvo retirada más de cuatro años en San José de Avila ántes de emprender la Reforma. Si el hombre, pues, para tomar estado, para comenzar un pleito ó pretension, y ántes de resolver alguna cosa árdua, ó de consecuencia, meditara, se retirara, orase y pidiera luz á Dios, más acertados saldrian nuestros negocios. Segunda, pensemos como el hombre, que, segun santa Teresa, nada puede, y nada es por sí, lo puede todo con la gracia. Esta Santa, que tantas veces nos ha dicho que únicamente son suyas las miserias, el mal y el pecado, ahora con la gracia se levanta sobre su sexo, puede lo que parecia imposible, lo que no pudieron los mayores hombres, y reforma una Religion entera. De aquí debemos inferir, que cuanto el hombre es más soberbio, presumido y orgulloso, tanto menos puede, y Dios lo confunde; pero cuanto más se humilla, más conoce su nada é impotencia; cuanto más desconfia de sí, tanto más gracia y fortaleza recibe, y con ella tanto más puede. Humillémonos bajo la mano de Dios, para que así nos exalte, y le demos la gloria de todo lo bueno, sin presuncion nuestra.

FRUTO. — En los negocios árdulos de nuestra vida, y en especial en los que van dirigidos á la gloria de Dios, pedir luz al Señor en el retiro y la oracion.

MÁXIMA. — Querria decir muchas veces, y deseo, hijas, que nunca se os olvide, no sé contenta el Señor con darnos tan poco como son nuestros deseos.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿que quereis, Señor, de mí?

LECCION CCX.

DIA 28 DE JULIO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 7.*

Causas del relajamiento de las Religiones. Zelo del Rey y del General. Medios con que Dios fué disponiendo las cosas para que santa Teresa reformase la Religion, enseñándonos que todo se ordena en el cielo.

Desde el año 1562, en que se habia concluido la fundacion del primer convento de monjas de Avila, pasó la Santa en él hasta el año 1567, en que prosiguió las demás fundaciones. Ya habia tenido la Santa sus impulsos sobre la reforma de los frailes, mas el Señor queria que estos proyectos tan altos se fueran cociendo y madurando con el fuego y ardor de su corazon, y entre tanto iba el Señor disponiendo las cosas para el buen éxito de sus designios. Habia brillado la Orden del Cármen con mucho fervor y sin relajamiento hasta los años 1350. En este se despertó una cruel peste, que naciendo en Italia, se extendió por toda la Europa, y perecieron muchos en ella. No se libraron las Religiones de este contagio, porque entró en los conventos, como en las casas particulares; pero como en estos casos de tanto peligro no tienen los reyes ni los pueblos soldados ni capitanes que los protejan, entraron los religiosos como siempre en esta batalla cruel, que sin ruido, sin recompensa humana, es sin duda más temible que las de los bárbaros, y aunque menos recompensada por los hombres, ni aún con alabanzas, lo es sin duda de Dios, que recibe estas víctimas como mártires de la caridad. Se llevó, pues, la peste gran parte, y lo mejor de todas las religiones, quedando con

esto pocos, y quizá los más tímidos y ménos fervorosos, que no se atrevieron á exponer sus vidas por la salud de sus hermanos. Con este motivo se enflaquecieron los ánimos, y la observancia, se introdujo mucha relajacion, y en la del Cármen se mitigaron con permiso y bulas de los Papas los puntos principales de la regla, sobre ayunos, comida cuadragesimal y silencio.

Considerando despues el piadoso rey de España Felipe II estas quiebras de las religiones, intentó la reforma universal de todas, por medio de algunos eclesiásticos celosos; mas luego conoció que este era un medio débil y muy poco eficaz, porque aunque los eclesiásticos elegidos eran muy santos, como su profesion era diversa, no podian acompañar sus palabras con el ejemplo personal, observando la misma vida y observancias que querian introducir en los claustros, porque no las profesaban los reformadores. Suspendió, pues, el Rey este medio, y sabiendo que el docto y santo Padre Juan Bautista Rubeo de Rabena acababa de ser electo General de toda la religion del Cármen, le escribió para que se viniese desde Roma donde estaba, á España para visitar y reformar su Orden. Llegó á Madrid el año 1566, donde recibió las instrucciones de Su Majestad para el intento, y luego se fué á Sevilla, donde haciendo capítulo, reformó muchos abusos de aquella provincia, mas no se atrevió á mandar se observase la regla primitiva, por parecerle imposible y hallar muchos embarazos. En efecto, cuando volvió á Madrid, halló ya tantas representaciones de los andaluces contra él, que cerradas las puertas, no pudo conseguir audiencia del Rey, y tuvo que marcharse á Avila, donde en otro capítulo reformó lo que pudo en aquella provincia.

Se hallaba la Santa en esta ciudad en su convento de San José, y así tuvo proporeion para tratarle, aunque temia á causa de haber dejado la obediencia de la Religion, y dádola al Obispo. Con todo, procuró que fuera el General á visitarla, y sacó licencia del Obispo para portarse con él como si fuera Prelado suyo. Cuan-

do el General vió á la Santa , la oyó , y con sus ojos miró ejecutada en unas pobres mujeres la Reforma y regla primitiva, que le habia parecido imposible en los hombres, se enterneció, lloró, y no dejó de sentir que no estuvieran bajo su obediencia, sino en la del Obispo. Conoció con todo, que no habia sido culpa de la Santa, pues el Padre Provincial Fr. Angel de Salazar no quiso recibir el convento , por la mucha contradiccion de la ciudad, como expuso la Santa para excusarlo.

Meditemos aquí lo primero , como todas las cosas humanas decaen con el tiempo , y que este es un defecto de los hombres en todos los estados. Pero confesemos de buena fe , que se han separado más los cristianos del dia de los primitivos , que los religiosos de sus primeros fervores. Pero esto no es excusa , ni tampoco la causa que fué la peste, porque siempre es nuestra culpa, y el vicio de los otros no justifica nuestros males , aunque debe contener la maledicencia. Lo segundo, cuán propio es de los reyes y superiores el celo de la reforma de los abusos , y en los padres de familias el de su casa , y no censuremos este celo , porque vemos muchas veces que no corresponden los efectos, como no correspondieron en este caso, y sí alabemos el buen deseo que hace tomar las medidas. Lo tercero, admiremos la providencia de Dios , que dispone las cosas dulce, suave y fuertemente , enseñándonos que no la fuerza humana , sino su voluntad y gracia es quien consigue las cosas grandes, cuándo , cómo y por quien quiere. Así lo vemos aquí , y el General lo vió por sus ojos en trece pobres mujeres , que practicaban el rigor primitivo de la regla, y aún mucho más, lo que le habia parecido imposible , y que tanto resistieron sus frailes. Adoremos , pues , el poder de Dios , y pongámonos al abrigo de su gracia.

FRUTO. — Celo prudente y discreto en los superiores por el exacto cumplimiento de los deberes de los súbditos.

MÁXIMA. — Mirad que de muy pocas cosas se abre puerta

para muy grandes, y que sin sentirlo se os irá entrando el mundo.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CCXI.

DIA 29 DE JULIO.

ORACION. — ¡Oh Dios mío... *como en la página 7.*

El General se enamora de santa Teresa por su virtud, ella vuelve a su obediencia, y sin pedir nada la da patentes para fundar más Conventos, enseñándonos en esto la fuerza de la virtud sobre las pasiones.

Mucho sentia el buen General que deseaba la Reforma, que santa Teresa y su primer convento de San José no estuvieran bajo su obediencia. Prosiguiendo, pues, esta conversacion con la Santa, para informarse más de todo, como ella no sabia ni podia ocultar cosa alguna á los que miraba como Superiores y enviados de Dios, le dijo que todo esto se habia hecho, no sólo por no haber querido la Religion admirar aquel convento en su obediencia, sino tambien porque se habia sacado Breve del Papa para darla al Ordinario. Quiso verlo el General, y halló que no estaba legítimamente despachado, porque ni se habia citado la Religion, ni tampoco notificado á los Superiores, cuyas omisiones habia permitido el Señor para mucho bien de toda la Orden. Con este motivo; el General que ya habia caido en el lazo encantador de santa Teresa, y deseaba tenerla á su obediencia, por haber conocido su mérito, talento y virtud, la dijo, que si ella queria, él tenia

facultad para volverla á la obediencia, como Visitador Apostólico, pues como tal podia resistir el Breve, por hallarle falto de aquellos requisitos. La Santa, que como dice el P. Julian de Avila, nunca se habia sosegado con el Breve, aunque ignoraba estos defectos, viendo el gusto del General, y estimulada de su primer deseo, que era estar sujeta á los Prelados de la Orden, se ofreció de buena gana á ser súbdita suya. No debemos dudar que ántes de dar su palabra al General sabria bien la voluntad de Dios, pues todo lo consultaba con su Señor, y áun por hacer la voluntad divina contra la suya habia sujetado el primer convento al Obispo, pues vimos como la Virgen expresamente la dijo que así convenia entonces. El señor Obispo, D. Alvaro de Mendoza, que tanto queria á la Santa y favorecia á sus monjas, lo sintió mucho, y áun lo manifestó; pero como hombre santo y de juicio, cuando se hizo cargo de todas las razones, y la paciencia con que la Santa sufrió los primeros ímpetus de su resentimiento, añadía la palabra que dió el General de no volver la Santa al convento de la Encarnacion, se templó y volvió en amistad.

Súbdita ya Teresa del General Rubeo, la trató éste con mucho aprecio. «Alegróse, dice (1), de ver la manera de vivir y un retrato del principio de nuestra Orden, y como la regla primitiva se guardaba en todo rigor, pues en ninguno se guardaba más que la regla mitigada, y con la voluntad que me tenia de que fuese muy adelante este principio, dióme muy cumplidas pateras para que se hiciesen más monasterios, con censuras para que ningun Provincial me pudiese ir á la mano. Yo no se las pedí, aunque él conoció por mi proceder en la oracion los deseos que tenia de ser parte para que alguna alma se llegase más á Dios. Y con esto ya me parecia que los veia hechos los monasterios, acordándome de las palabras que me dijo el Señor (2): «Aguarda un poco, hija, y verás grandes cosas.» Cuando el General podia desocuparse de negocios, se iba á

(1) Fund., cap. II, n.º 2.

(2) Fund., cap. I, n.º 5.

tratar allá (á San José de Avila con santa Teresa) cosas espirituales, como á persona á quien el Señor debe hacer grandes mercedes : en este caso nos era consuelo oírle.»

Para conocer las obras de Dios es preciso aguardar el fin de la obra. Las cosas parecen muchas veces muy desordenadas, incompletas y sin enlace, y aún quizá inútiles y malas, como si el que nunca ha visto un reloj, viera todas sus ruedas, muelles y resortes tendidos en una mesa y separados. Así parecerá extraño que dispusiera el cielo se diera la obediencia al Ordinario, y se sacara Breve del Papa en el principio, y que éste viniera con defectos y que no se conocieran ; mas el que medita las ocurrencias, verá y alabará mucho el fin y objeto de la Providencia. Por esto nota la Santa que ningún General habia venido á España, y que aún parecia imposible ; mas cuando Dios quiere todo se hace, y por esto la venida del General que temia la Santa, se convirtió en bien. No nos cansemos en ideas y proyectos ; lo mejor es ponernos en las manos de Dios, aunque siempre obrando como pide la prudencia cristiana, pero confiando más en Dios, aunque nos parezca que va mal la cosa, que en nuestras diligencias, que jamás deben pasar á ser intrigas, sino obras de buena fe. ¿ Quién habia de decir que el General se habia de hacer tan amigo de la Santa, que habia dejado su obediencia, y que sin pedir ella nada la habia de dar patentes para fundar conventos de monjas, y que el Obispo se habia de templar tan fácilmente al ver que se le iba santa Teresa y sus hijas, que habia protegido y alimentado con sus limosnas? Todo lo hace la virtud, que se hace más cargo de las razones y circunstancias que toda la política humana. Cuando las pasiones dominan no se conoce razon, todo es capricho y quimera. Amemos, pues, y sigamos la virtud que es tan racional y prudente, y dominemos las pasiones que tanto daño nos causan, disgustos, errores y terquedad.

FRUTO. — No obrar nunca, sobre todo en negocios de importancia, bajo el impulso de la pasión, sino con madurez y prudencia.

MÁXIMA. — Paz, paz, hermanas mías, dijo el Señor, y amonestó á sus Apóstoles tantas veces. Pues, creedme, que si no la tenemos y procuramos en nuestra casa, que no la hallaremos en los extraños.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

LECCION CCXII.

DIA 30 DE JULIO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 7.

San Pedro Alcántara profetiza la Reforma de los Religiosos Descalzos. Deseos de santa Teresa que consigue la licencia del General que no pudo alcanzar el Obispo, y en esto podemos conocer la mano de Dios que obra.

El santo Fr. Pedro de Alcántara habia profetizado la Reforma de los Religiosos Descalzos luego despues de comenzar la de las Monjas. Una hija suya de confesion, llamada D.^a Isabel Ortega, y en Religion de Santo Domingo, queria ser monja, y dudaba el entrar en la Reforma de las monjas Descalzas de Avila, porque no habia Religiosos de la regla primitiva que las pudiesen dirigir con el ejemplo; pero el Santo la animó diciéndola que entrase, pues dentro de poco habria frailes de la primitiva observancia (1). Esto mismo quiso significar el Señor cuando el año de 1566 la dijo: *Espera, hija, un poco, y verás grandes cosas*. Con todo, parecia esto tanto más difícil, cuanto estando el General en Avila para partirse, el señor Obispo D. Alvaro

(1) Hist., tom. II, lib. 2, cap. 1, n. 2.

de Mendoza procuró que le dejara licencia al mismo Obispo, para que en su obispado se hiciesen algunos monasterios de frailes Descalzos de la primera regla, y no lo pudo conseguir, como ni tampoco otras personas que se lo suplicaron. «Él lo quisiera hacer, dice la Santa (1), mas halló contradicción en la Orden, y así, por no alterar la Provincia, lo dejó por entonces.» Mucho sintió esta repulsa la Santa, porque aunque no habia andado en ello, tenia ya grandes deseos. «Consolada, dice, con la licencia que me dejó para fundar más conventos de monjas, creció más mi cuidado, por no haber fraile en la Provincia para ponerlo por obra, ni seglar que quisiese hacer tal comienzo. Pasados algunos dias, considerando yo cuán necesario era que hubiese frailes de la misma regla, si se hacian más de monjas, encomendándolo mucho á Nuestro Señor, escribí á nuestro Padre General (que se habia ido) una carta, suplicándole lo mejor que pude, dándole las causas por donde seria gran servicio de Dios, y los inconvenientes que podia haber no eran bastantes para dejar obra tan buena: poniéndole delante el servicio que haria á nuestra Señora, de quien era muy devoto. Ella debia ser la que lo negoció, porque esta carta llegó á su poder estando en Valencia, y desde allí me envió licencia para que se fundasen dos monasterios, como quien deseaba el mayor bien de la Orden. Y porque no hubiese contradicción remitiólo al Provincial (de Castilla, Fr. Alonso Gonzalez) que lo era entonces, y al pasado (Fr. Angel de Salazar), que era harto dificultoso de alcanzar; mas como ví lo principal, tuve esperanza que el Señor haria lo demás, y así fué, que con el favor del señor Obispo, que tomó este negocio por suyo, entrambos vinieron en ello.» Este deseo se le habia avivado el Señor, porque, como dice (2), «á los cuatro años que estaba en San José vino á verme un fraile francisco, Fr. Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos del bien de las almas que yo. Este venia de Indias, y comencóme á contar los muchos millones de al-

(1) Fundaciones, cap. II, n.º 4, 5 y 6.

(2) Fund., cap. I, n.º 4.

mas que allí se perdían por falta de doctrina. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que me fuí á una ermita y clamaba al Señor diese medio como yo pudiese algo para ganar algun alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, ya que yo no era para más. Había gran envidia á los que podían emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes, y así me hace más devoción cuando leo vidas de Santos que convirtieron almas, que todos los martirios que padecen, por ser ésta inclinación que el Señor me ha dado; pues me parece precia más un alma que ganemos, que todos los servicios que le podemos hacer.» Estando, pues, en esta oración fué cuando la dijo el Señor: *Espera, hija, un poco, y verás grandes cosas*, aunque entonces no pudo atinar su significado, hasta que pasado medio año vió al General y consiguió estas licencias para fundar monjas y frailes reformados.

¡Quién no ve aquí la mano de Dios bien visiblemente! ¿Negada la licencia al Obispo y á otras personas respetables que la piden cara á cara, cuando está el General en Avila, viene á concederla á una pobre monja por una carta sencilla que le escribe, y estando ya de viaje y próxima á salir de España? El que aquí no vea sensiblemente el dedo de Dios que obra en fuerza de su poder y milagrosamente, sin atender á la prudencia humana, ni verá el sol de Mediodía ni tampoco le hará fuerza la resurrección de un muerto. Quedará impenitente como los judíos y filósofos ateos del día, que niegan milagros y Providencia. Aunque Abrahán enviara un profeta del otro mundo, como pedía el rico avariento, no se convertiría. Temamos, pues, el abandono total de Dios, no nos quejemos de que no se ven milagros ni profetas. Temamos esta sentencia del Evangelio y de Abrahán: allá tienen la ley y los profetas, el que no la cree ó se burla de los siervos de Dios, se burlará también de todos los milagros. Temblemos en nuestro siglo, en que parece no hay ya fe sobre la tierra. Aumenta, Señor, nuestra fe, para creer vuestros prodigios y no condenarnos.

FRUTO. — Celo por la gloria de Dios y salvacion de las almas.

MÁXIMA. — Me parece precia más (el Señor) un alma que ganemos, que todos los servicios que le podemos hacer.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué queréis, Señor, de mí?

LECCION CCXIII.

DIA 31 DE JULIO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... como en la página 7.

Principios de la fundacion de Medina del Campo de Religiosas Dezalzas, sin más caudal que el deseo de la Santa y confianza en Dios, donde nos enseña como el Señor favorece al que tiene ánimo.

Cuando santa Teresa se vió con tantas patentes, pero sin casa ni persona de quien servirse para fundar: «He-la aquí, dice, una pobre Monja Descalza (1), sin ayuda de ninguna parte sino del Señor, cargada de patentes y de buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra; el ánimo no desfallecia ni la esperanza, que pues el Señor habia dado lo uno daría lo otro; y á todo me parecia muy posible, y así lo comencé á poner por obra. Acordé ayudarme de los Padres de la Compañía, muy aceptos en Medina (del Campo), y escribí lo que me habia mandado el Padre General al Rector de allí, que era Baltasar Alvarez, su antiguo con-

(1) Fund., cap. II, n.º 6, y cap. III.

fesor. También fué á lo mismo un clérigo muy siervo de Dios, muy desasido y de mucha oración, capellan del monasterio en que yo estaba en Avila; llámase Julian de Avila.» Este no sólo era capellan de las monjas, sino confesor, que acompañó muchas veces á la Santa en sus fundaciones, y muerta la Santa, el Arzobispo de Toledo le hizo Visitador general, pues con el trato de Teresa aprendió á gobernar almas, y concluida su comision se volvió á servir las monjas de Avila, donde murió. Empezó el viaje á mitad de Julio del año 1567 con varias cartas de recomendacion, mas sin dinero. El P. Alvarez sacó la licencia del pueblo y del señor Abad de Medina, y el P. Fr. Antonio Heredia compró una casa sin más crédito que la esperanza de Teresa. «Yo, dice, no tenia casa ni blanca para comprarla; pues crédito para fiarme, nada. Si el Señor no le diera, ¿cómo lo habia de tener una romera como yo? Proveyó el Señor que una doncella muy virtuosa, para quien no hubo lugar en San José de Avila, me vino á rogar la tomase en ésta. Esta tenia unas blanquillas, harto poco, que no eran para comprar casa, sino para alquilarla, y así la alquilamos, y para ayuda del camino. Sin más arrimo que éste, salimos de Avila dos monjas de San José y yo, con cuatro de la Encarnacion donde yo estuve antes que fundase, y nuestro capellan Julian de Avila. La casa que compró el P. Heredia, prior del Carmen de Medina, estaba toda caída, y por esto se alquiló otra hasta componerla aquella. Pero cuando en la ciudad se supo (mi viaje) hubo mucha murmuracion; unos decian que yo estaba loca, otros esperaban el fin de este desatino, al Obispo tambien le parecia grande, mas no se atrevió á estorbármelo, porque me queria mucho. Mis amigos me decian mucho, mas yo hacia poco caso de ello, porque me parecia tan fácil lo que ellos tenian por dudoso, que no podia persuadirme, sino que saldria bien. Todo lo iba disponiendo el Señor.»

Antes de salir la Santa de Avila se fué á una ermita, y suplicó á un Cristo que habia atado á la columna, que cuando volviera de aquella fundacion, hallase su

convento en la perfeccion que lo dejaba, y la imágen le habló y concedió lo que la pedia.

Salió, pues, la Santa de Avila con su comitiva de siete monjas y el capellan, á 13 de Agosto de 1567, y muy empeñada en que se habia de tomar la posesion el dia 15 de la Virgen, esto es, en la misma noche ó mañana siguiente de su llegada á Medina.

Todo parece aquí fuera del órden regular de los negocios comunes. El pensamiento de fundar sin tener renta ni dineros, la compra de la casa sin pedir fianzas, una casa arruinada, y la alquilada en pleito, y con oposicion de los Agustinos vecinos, desaprobado el pensamiento, ninguna prevencion. Con todo se habia de llegar, y tomar la posesion casi en la misma hora, como si todo estuviera corriente. Todo esto parece una novela, y materia de risa y burla á los libertinos, que en nada cuentan con Dios, sino con sus brazos y manobras. «¡O váleme Dios, dice la Santa (1), cuando Vos quereis dar ánimo, qué poco hacen todas las contradicciones! ¡Oh grandeza de Dios! ¡Y cómo mostrais vuestro poder (2) en dar osadía á una hormiga! ¡Y cómo, Señor mio, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía! Como nunca nos determinamos, sino llenos de mil temores y prudencias humanas, ansí, Dios mio, no obráis Vos vuestras maravillas y grandezas. ¿Quién más amigo de dar, si tuviese á quien, ni de recibir servicios á su costa?»

Meditemos estas exclamaciones de la Santa, que con sus obras prueba la verdad de que Dios sólo espera vernos con ánimos para darnos muchos bienes. Esforcémonos con la gracia de Dios, no temamos con ella á todo el mundo, demonio ni carne.

FRUTO. — Gran ánimo y confianza en Dios para todo lo bueno.

MÁXIMA. — ¡Y cómo, Señor mio, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía!

(1) Fund., cap. III, n.º 4.

(2) Fund., cap. II, n.º 7.

Como nunca nos determinamos, sino llenos de mil temores y prudencias humanas, así, Dios mio, no obrais Vos vuestras maravillas y grandezas.

JACULATORIA. — Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué quereis, Señor, de mí?

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



ÍNDICE.

	Pags.
PRÓLOGO.	5
LECCION XCII.—Enseña santa Teresa como por la pobreza de espíritu deben los Religiosos dejar los parientes y su trato, y que los mejores amigos son Dios y sus siervos.	7
LEC. XCIII.—Acaba la Santa de explicar el voto de pobreza con la renuncia total de sí y de su voluntad, para vivir en humildad con Jesucristo.	11
LEC. XCIV.—Ejemplo singular de la mayor pobreza en la fundacion de monjas de Toledo por la Santa, con otras cosas que nos enseñan la justa confianza que debemos tener en Dios.	15
LEC. XCV.—Varios casos sobre pobreza, en que santa Teresa llega á la mayor perfeccion de este voto, y da excelentes documentos, que acreditan la ventaja del pobre de espíritu sobre todos los ricos y poderosos.	19
LEC. XCVI.—Distincion de la verdadera y falsa humildad, y como santa Teresa lo explica admirablemente en cosas suyas y propias.	23
LEC. XCVII.—Santa Teresa alaba la humildad, inspirando su amor y práctica con una idea bien sublime. Ridicaliza lo que llama punto de honor el mundo, y áun el claustro religioso.	27
LEC. XCVIII.—A fuerza de agravar santa Teresa su poca humildad y su falta, nos enseña más esta virtud, y nos precisa á despreciar los puntos de la honra mundana.	31
LEC. XCIX.—Despues de referir la Santa por obediencia los grandes favores que recibió de Dios, se	

- humilla hasta lo sumo, y electrizada predica la humildad á todos con una fuerza inimitable.. . . . 35
- LEC. C. — Reune santa Teresa en su práctica todo lo que enseña con su doctrina sobre la humildad. 39
- LEC. CI. — Admirable providencia con que Dios comienza á preparar á santa Teresa para sus grandes designios, llenándola de humildad y demás virtudes, y haciéndola maestra de oracion. 41
- LEC. CII. — Comienza santa Teresa á instruirnos en el modo de entrar en la oracion; sus impedimentos que son los pecados mortales; y como sus ejes principales son el conocimiento propio y el de Jesucristo, para no engañarnos con falsa humildad. 44
- LEC. CIII. — Exhorta la Santa á que todos entren en el camino de la oracion, para la que se necesita gran determinacion y desprecio de los vanos temores que procura inspirar el mundo. 48
- LEC. CIV. — Nos hace ver santa Teresa qué cosa es oracion mental y vocal, y como toda consiste en atender con quién hablamos, y lo que somos nosotros, y cuántos grados hay de oracion. 52
- LEC. CV. — Explica la Santa el primer grado de oracion, y dice por qué permite Dios las sequedades; y los medios para aprovecharse de ellas, y evitar las turbaciones.. . . . 56
- LEC. CVI. — Causas y razones que presenta la Santa para no volver atrás en la oracion jamás, y cómo se debe orar vocalmente, y cuán junta se halla la oracion vocal con la mental. 60
- LEC. CVII. — Enseña la Santa prácticamente cómo se ha de procurar recoger el pensamiento, considerando el Señor dentro de su alma, y cuanto se facilita por este medio este ejercicio. 65
- LEC. CVIII. — Trata la Santa sobre la gran necesidad que todos tienen, aunque muy espirituales, de pensar en la Humanidad de Jesucristo, respondiendo á todos los argumentos, y aficiónándose á meditar en la Pasion del Señor. 69
- LEC. CIX. — Santa Teresa se descubre práctica y efectivamente Maestra de oracion de los más doctos y santos, y nos enseña el método más sencillo de orar y meditar en la Pasion del Señor. 73
- LEC. CX. — Práctica de santa Teresa, y medios por donde subió á la contemplacion perfecta, y á recibir singulares favores, en lo que nos enseña, no hay otro camino para salvarnos de los peligros que la oracion. 77
- LEC. CXI. — Favores singularísimos que recibe santa Teresa de Jesucristo y de toda la Santísima Tri-

- nidad, con los méritos de la Pasion que la da, y promesa de hacer cuanto le pida la Santa, en lo que vemos su bondad y proteccion de Teresa. 82
- LEC. CXII.—Santa Teresa como otro Moisés trata no sólo con Dios, sino con los Santos y Angeles, como con hermanos, enseñándonos que la humildad es el medio para conocer á Dios y sus verdades. 86
- LEC. CXIII.—Raptos y arrobamientos de santa Teresa: sus causas y efectos admirables, en los que podemos utilizar y aprender verdades sublimes y muy provechosas. 90
- LEC. CXIV.—Desposorio y matrimonio espiritual de santa Teresa: Sus grandes efectos sirven de confusion á la vanidad y orgullo de los hombres. 94
- LEC. CXV.—El Señor la descubre verdades muy sublimes; primero, cómo es el alma en gracia, y cómo en pecado: segundo, qué cosa es «andar en verdad,» de cuyos favores todos pueden sacar utilidad. 99
- LEC. CXVI.—Santa Teresa conoce los secretos del corazon humano, profetizando lo futuro y escondido, pero todo dirigido, á aliviar penas y tentaciones en nosotros, si la tomamos por Madre y Maestra. 103
- LEC. CXVII.—Se confirma lo dicho con el discernimiento que tuvo de espíritus, en las que pretendian tomar el hábito, y en las máximas que proponen de direccion, que nos pueden servir para la eleccion de estado y asuntos graves. 108
- LEC. CXVIII.—Aparece Dios admirable en las revelaciones con que se asegura á la Santa en la empresa de la Reforma, para que sólo en Dios pongamos nuestra confianza. 112
- LEC. CXIX.—Se refiere sencillamente el caso de la Transverberacion del corazon de santa Teresa por un Serafin, y se hace ver por este principio los errores en que vivimos sobre el amor de Dios. 116
- LEC. CXX.—Continúa algunas reflexiones y noticias sobre la Transverberacion del corazon de la Santa, que nos excitán á amar á Dios sobre todo. 120
- LEC. CXXI.—Santa Teresa hace el voto de obrar lo más perfecto, y aún esto lo perfecciona despues de cinco años, enseñándonos como el amor hace suave toda la ley y los trabajos. 124
- LEC. CXXII.—El voto de obrar lo más perfecto es un voto universal y sublime, que enseña el poder de la gracia, y la obligacion que tenemos de cumplir la santa ley. 128
- LEC. CXXIII.—El haber visto la Santa el infierno y

- sentido parte de sus penas, fué el principio para pensar en la Reforma, lo que nos da luz para cumplir con las obligaciones propias. 131
- LEC. CXXIV.—La vista de la gloria en varios arrobamientos aumentó en la Santa el deseo de la regla primitiva, y nos excita con esto á meditar estas verdades. 135
- LEC. CXXV.—El celo de la gloria de Dios y el prójimo es la última disposicion de Teresa para la Reforma, que nos enseña á reformarnos primero, antes de reformar á los otros. 138
- LEC. CXXVI.—Comienza la Santa á hablar sobre la fundacion de la Reforma, y el primer medio que se proporciona confunde los sabios, y nos enseña el poder de Dios. 141
- LEC. CXXVII.—Declara el Señor su voluntad, mandando á Teresa que funde el Monasterio reformado, y nos enseña á no censurar á los relajados. 144
- LEC. CXXVIII.—Consulta santa Teresa su intento de la Reforma con san Pedro Alcántara y san Luis Beltran y sus Prelados, enseñándonos la prudencia con que debemos proceder en causas graves. 148
- LEC. CXXIX.—Terrible contradiccion que se levanta contra el convento que queria fundar la Santa, luego que se supo: la gran serenidad de Teresa nos enseña lo que debemos hacer en tales casos. 151
- LEC. CXXX.—Dos cosas que la fueron muy sensibles en esta contradiccion á la Santa; su gran obediencia y paz con que desiste de todo; pero lo mucho que gana en esto nos instruye divinamente. 155
- LEC. CXXXI.—Consigue la Santa la licencia del confesor para volver á tratar de la fundacion, y comienza de nuevo, sin faltar á la obediencia, enseñándonos á confiar en Dios siempre. 158
- LEC. CXXXII.—Puesta la Santa en libertad para entender en la fundacion, lo hace con prudencia y muchos trabajos, los que Dios suaviza con su favor, para enseñarnos á vencer con la paciencia y esperanza. 161
- LEC. CXXXIII.—Favores y trabajos de la Santa en este año 1561, en que nos enseña la sábia providencia del Señor en mezclar el bien y el mal para nuestro provecho. 164
- LEC. CXXXIV.—Sale la Santa de Avila, cuando parecia más necesaria su presencia, pero Dios lo convierte todo en más bien; para que creamos que todo se dirige á nuestro provecho, aunque parezca que es para nuestro daño. 167
- LEC. CXXXV.—Continúan las providencias singula-

- res de Dios. Vuelve la Santa á Avila el dia que llega el Breve; se funda el convento de San José de Descalzas, y vemos como triunfa la gracia, siempre y cuando quiere. 171
- LEC. CXXXVI. — Continúan los prodigios de la gracia en esta fundacion maravillosa por sus circunstancias, lo que nos reducirá á silencio en el dia del juicio con sola la vista de las primeras Novicias en Convento tan pobre, y solas. 174
- LEC. CXXXVII. — El demonio turba mucho á Teresa con una récia afliccion y oscuridad, pero Dios la da luz, y con su doctrina nos consuela en las mayores aflicciones que podemos tener. 177
- LEC. CXXXVIII. — Mandan á Teresa dejar sus Novicias y volverse á su Convento de la Encarnacion, y cargos que le hacen. Con sus respuestas nos enseña á vencerlo todo con la verdad y virtud. 180
- LEC. CXXXIX. — El pueblo de Avila tiene dos juntas generales para destruir el Convento nuevo de las Descalzas, mas no lo consiguen, y la Santa aún en esto los excusa, diciendo que obraron con buena conciencia. 183
- LEC. CXL. — Cesa la contradiccion con el pacto de que el Convento se funde con renta; conoce la Santa que es maraña del demonio, y se resiste, advirtiéndonos con esto cuán astuto es Satanás para engañarnos. 187
- LEC. CXLI. — Vuelve la Santa á su Convento reformado de San José, llevándose algunas Monjas de la Encarnacion, y con este triunfo nos enseña á pelear y sufrir con valor y esperanza de vencer el mundo. 190
- LEC. CXLII. — Se hace santa Teresa súbdita en su Convento siendo Madre, y en la pintura que hace de la virtud de sus hijas nos arrastra á su práctica y al aborrecimiento del mundo. 193
- LEC. CXLIII. — Continúa santa Teresa en pintar las virtudes de sus hijas, cuyos ejemplos son tales, que se ve la mano de Dios más clara que viendo muchos milagros, para convertirnos y desengañarnos del mundo. 196
- LEC. CXLIV. — Cómo y por qué admitió el Obispo de Avila este Convento de San José bajo su obediencia. El amor que la Santa le manifiesta en sus cartas nos enseña que no hay cosa más amable que la virtud sin ceremonias. 199
- LEC. CXLV. — El mismo señor Obispo don Alvaro de Mendoza, que admitió las Monjas en el principio, las dejó despues para gloria de Dios, en lo que ve-

- mos hay cosas útiles en un tiempo, y no en otro. 202
- APÉNDICE III. — Sobre la libertad que permitió la Santa á sus hijas para confesar en el principio: su último dictámen sobre esto, y fuerza del buen ejemplo para practicarlo los inferiores. 205
- LEC. CXLVI. — Forma santa Teresa las leyes para sus Monjas, y son aprobadas, y en el fin que se propone la Santa en ellas nos enseña á preferir la ley de Dios á las leyes del mundo. 210
- LEC. CXLVII. — Fervor ejemplar de Teresa entre sus hijas, y sus eficaces y sublimes instrucciones, que nos enseñan vale más una virtud que toda la gloria de los malos. 213
- LEC. CXLVIII. — Qué cosa es paciencia: vista general de los trabajos que padeció Teresa, reuniendo en sí todos los que se pueden padecer, para ser nuestro modelo y ejemplar. 217
- LEC. CXLIX. — El fundamento más sólido para la paciencia es, dice santa Teresa, decir de veras: Hágase tu voluntad, haciendo de la necesidad virtud, para animarnos á padecer. 220
- LEC. CL. — Nos enseña Teresa que la regla para conocer lo que podemos sufrir por Dios es el amor, y que Dios á quien más ama, cruz da; y á quien ménos, ménos le da que padecer. 223
- LEC. CLI. — Nos enseña la Santa como no hay camino más breve para llegar á la perfeccion, que decir de veras: «Hágase tu voluntad,» y tener paciencia. 226
- LEC. CLII. — Continúa la Santa con casos particulares, enseñando que la paciencia no está en las palabras, sino en las obras, descubriendo las excusas con que cubrimos nuestras impaciencias. 229
- LEC. CLIII. — Caso particular que refiere la Santa de una persona que parecía santa y pacífica, y la hizo temer más que todos los pecadores, por donde se ve que la virtud y paciencia sólo viene del cielo pidiéndola con fervor y humildad. 232
- LEC. CLIV. — Santa Teresa reconoce el precio de los trabajos, y pide á Dios «ó morir ó padecer,» pues la vida no es buena sino para esto; doctrina nueva para el mundo. 235
- LEC. CLV. — Resumen de las enfermedades que padeció la Santa, que son las mayores y más largas; en lo que nos enseña la utilidad que podemos sacar de ellas. 238
- LEC. CLVI. — Comienza la Santa á dar medios y remedios para suavizar las enfermedades: y podemos conocer de cuanto más alivio es santa Teresa

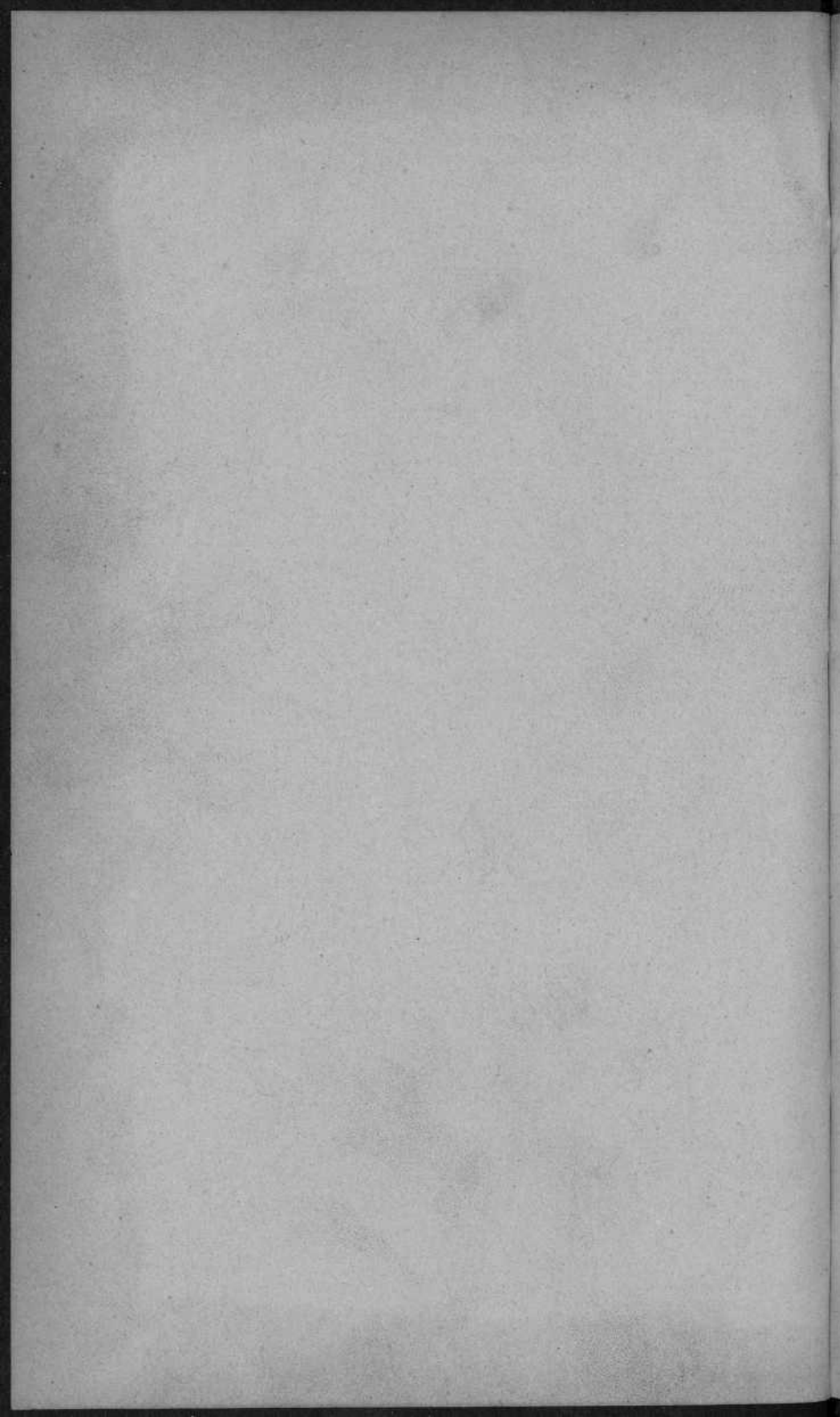
- á los enfermos que los médicos. 241
- LEC. CLVII.—Doctrina admirable para no quejarse en las enfermedades y males pequeños, que no sólo es propia para la Religion, sino tambien para los del siglo. 244
- LEC. CLVIII.—La penitencia de santa Teresa nace del grande amor de Dios; á nosotros nos lo manda el Señor por nuestros pecados y pasiones, y sin ella no llegarémos al cielo. 247
- LEC. CLIX.—Santa Teresa reune de un modo singular la mortificacion externa con la interna, para enseñarnos el mejor modo de practicarla. 250
- LEC. CLX.—Trabajos interiores de la Santa muy graves, que pueden y deben consolarnos en las melancolías, desconsuelos y desamparos de los hombres. 253
- LEC. CLXI.—Comienza la Santa á dar remedios para estos trabajos interiores y de melancolía, y mejores y más eficaces que los que dan los médicos. 256
- LEC. CLXII.—Continúa la Santa sus trabajos interiores y sus remedios, que sin duda podrán sernos muy útiles en estado semejante. 259
- LEC. CLXIII.—Avisos admirables de santa Teresa para los tímidos y escrupulosos, y medios para caminar entre el temor y esperanza con seguridad. 262
- LEC. CLXIV.—Santa Teresa, para calmar el temor de las almas, porque el mundo pinta como peligroso el camino de la virtud, y los engaños del demonio, nos dice el bien que podemos sacar de la censura de los mundanos. 265
- LEC. CLXV.—Continúa la Santa los remedios para los muy tímidos, enseñando cuál debe ser el amor, y por donde se conocerá que es verdadero, como se necesita para caminar sin tanto peligro. 268
- LEC. CLXVI.—Acaba santa Teresa de hablar del verdadero amor de Dios, inspirándonos la confianza del justo que va á ser juzgado por su amigo, y el temor del malo, que sólo ve un Juez severo, el infierno y la nada del mundo. 271
- LEC. CLXVII.—Antes de dar remedio á los escrupulosos, trata la Santa de cómo debe radicarse el santo temor de Dios aún en faltas leves de pensado, para que no se abuse de la doctrina y remedio que da á los tímidos. 274
- LEC. CLXVIII.—Doctrina admirable para los tímidos y escrupulosos, que nos hace formar la más noble idea de Dios y de la virtud, para seguirla sin temor, y con mucha alegría y santa libertad. 277
- LEC. CLXIX.—Comienza santa Teresa á temer ser

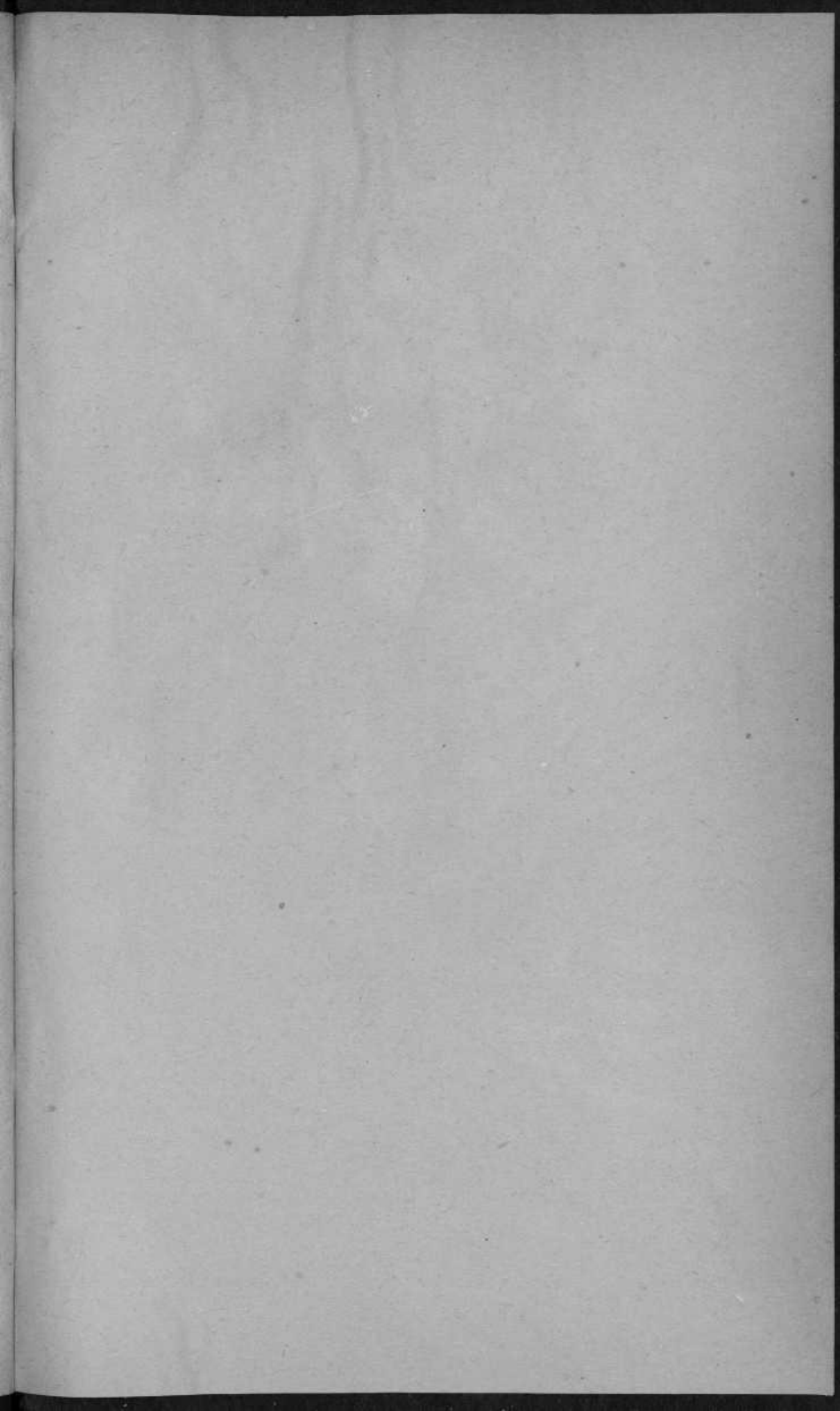
- engañada del demonio, y nos insinúa los medios que toma sobre esto para nuestra instruccion. 280
- LEC. CLXX.—Reconoce la Santa que es imposible gobernarse por sí sola; comunica con unos que la ponen más temor, pero san Francisco de Borja y otro Jesuita la consuelan. 283
- LEC. CLXXI.—Muestra la Santa su amistad y agradecimiento al P. Fr. Pedro Ibañez, publicando sus virtudes, en lo que nos hace conocer cuanto mejor es la amistad espiritual que la carnal. 286
- LEC. CLXXII.—Reconocimiento de la Santa al P. Gaspar Salazar, jesuita, y sus favores, cuyas virtudes refiere para enseñarnos á esperar la paga de Dios, y no de los hombres. 289
- LEC. CLXXIII.—Vuelve la Santa por el P. Salazar respondiéndole al Provincial de la Compañía sobre la calumnia que la levantaron á ella y al Padre, dándonos un precioso ejemplo de cuándo y cómo debemos defendernos. 292
- LEC. CLXXIV.—Santa Teresa cuenta la mucha penitencia de san Pedro de Alcántara para confundir las vanas excusas de los hombres. 296
- LEC. CLXXV.—Refiere santa Teresa la muerte de san Pedro Alcántara, las muchas veces que la apareció y vió la gloria de sus trabajos, para que aprendamos el medio por donde se va al cielo, y no seamos locos mundanos. 299
- LEC. CLXXVI.—Estrecha amistad que tuvo la Santa con Fr. Domingo Bañez, y cómo muestra su reconocimiento á sus favores, para que seamos agradecidos, amemos los buenos, y despreciemos las injurias del mundo. 302
- LEC. CLXXVII.—Las virtudes que santa Teresa refiere del caballero santo, D. Francisco Salcedo, prueban bien que en todos estados se puede servir á Dios, y sin ser molestos en la sociedad. 305
- LEC. CLXXVIII.—Nos da cuenta de la diferencia con que el caballero santo y el clérigo quisieron dirigir su alma, y nos enseña cuanto más útil es la suavidad que el rigor muchas veces. 308
- LEC. CLXXIX.—La entereza que muestra el Maestro que parecía tan suave, diciendo á Teresa que temía iba engañada, nos enseña cuál debe ser el carácter de los padres espirituales y de las confesadas. 311
- LEC. CLXXX.—Las virtudes de don Francisco Salcedo se hacen amables á santa Teresa, para enseñarnos á amar el bien y aborrecer el mal. 314
- LEC. CLXXXI.—Nuevos temores de la Santa por una

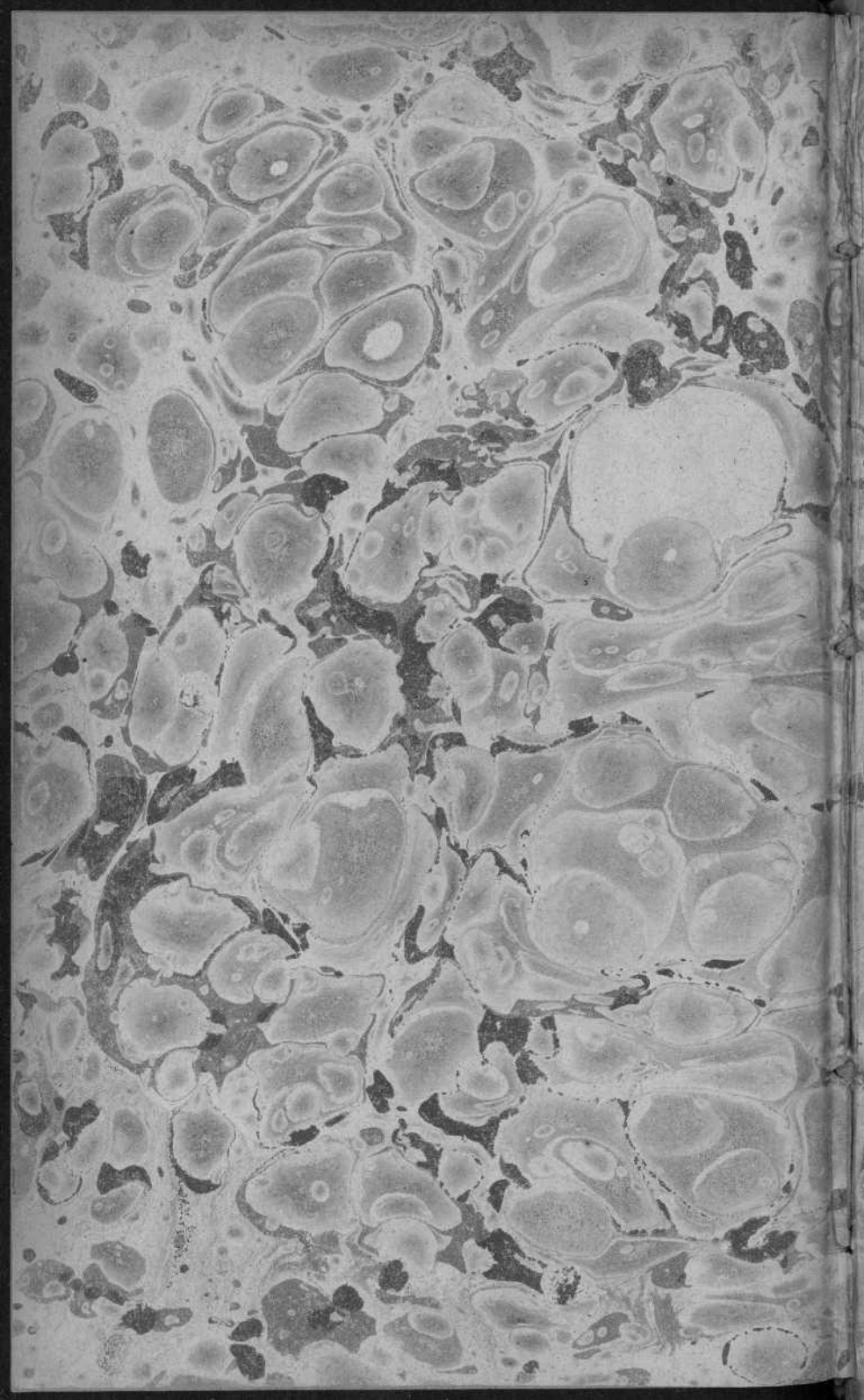
- junta de cinco ó seis que la dicen era demonio, la quitan la comunión, oración y soledad; pero su valor nos enseña á confiar en solo Dios. 317
- LEC. CLXXXII.—Nuevas aficiones de santa Teresa, á quien creen endemoniada, y quieren conjurar como á tal: mas ella siempre nos enseña que sólo en Dios se debe confiar. 320
- LEC. CLXXXIII.—El mandato de hacer burla ó higas santa Teresa cuando veía la figura de Jesucristo, y su obediencia en cosa tan dura, nos enseña que esta virtud es la piedra de toque del espíritu. 324
- LEC. CLXXXIV.—Doctrina de santa Teresa sobre adorar la imagen de Jesucristo hecha por el demonio, y sobre los peligros de estas ilusiones, en que inspira un gran amor á la verdad. 326
- LEC. CLXXXV.—Comunica la Santa sus dudas con san Pedro Alcántara, que la consuela y previene para padecer más; santa Teresa nos enseña prácticamente cómo debemos tratar con el confesor con toda claridad. 329
- LEC. CLXXXVI.—Doctrina de la Santa sobre otros engaños del demonio, que nos hace creer tenemos virtudes, y nos enseña á temer y pedir á Dios la humildad que las guarda todas. 332
- LEC. CLXXXVII.—Comienza el demonio á atormentar visiblemente á Teresa, mas ésta nos enseña el provecho que puede sacarse, viendo por aquí como atormentará en el infierno á los pecadores. 335
- LEC. CLXXXVIII.—Teresa saca á un sacerdote de un gravísimo pecado, y se le quitan todas las tentaciones con sólo leer las cartas de la Santa, pero la atormentan á ésta los demonios un mes, y nos da una grande enseñanza. 338
- LEC. CLXXXIX.—Continúan las peleas con el demonio, que la quiebra el brazo dos veces: pero siempre triunfa la Santa, y nos da mucha doctrina. 341
- LEC. CXC.—Ve santa Teresa pelear á los demonios contra los Angeles, esto es, los malos contra los buenos: doctrina singular para no temer las murmuraciones, ni peligrar con las alabanzas. 344
- LEC. CXCI.—Santa Teresa nos enseña la virtud del agua bendita contra los demonios, y el no tener miedo, sino firme resolución de seguir á Dios, y no ser cobardes. 347
- LEC. CXCH.—Imperio que gozó la Santa contra los demonios, que no temía más que si fueran moscas; doctrina para vencerlos, y que sólo á Dios se debe temer. 350

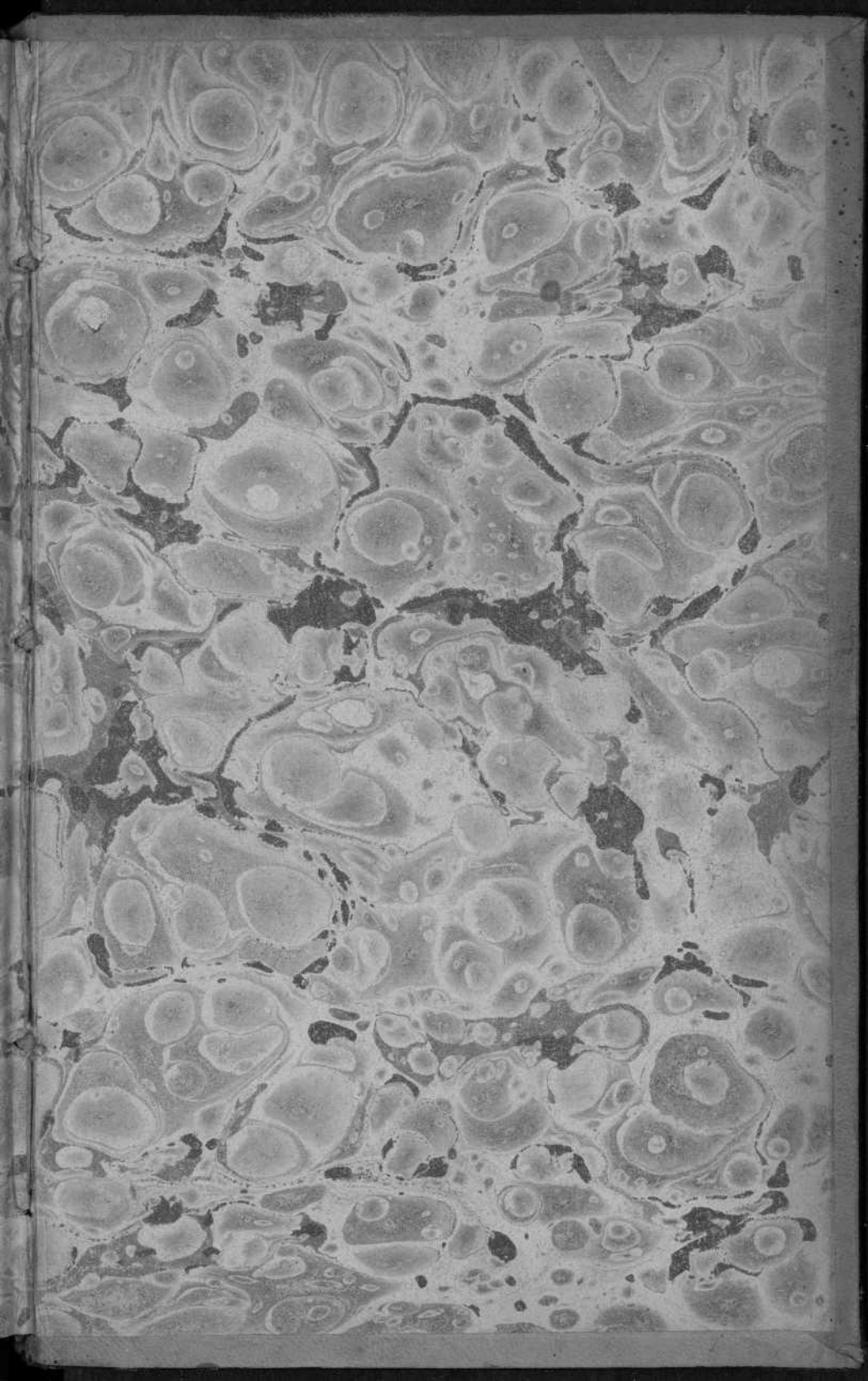
- LEC. CXCIII.—La revela el Señor que está en gracia: perfecciona á un alma tibia y la hace muy santa: lo mismo hará con nosotros si hacemos lo que aquel hizo. 353
- LEC. CXCIV.—Cuenta la Santa dos muertes repentinias, y los medios para que esta no suceda jamás, nos dice que son la frecuencia de Sacramentos y cuidado del alma. 356
- LEC. CXCV.—Dos casos que le pasaron á la Santa con dos señoras principales, en que nos da una verdadera idea de que estas son señoras, no por sus riquezas, sino por la virtud. 359
- LEC. CXCVI.—Vision que tuvo la Santa del mundo en armas contra los buenos: pintura que nos hace de sus artificios, y las armas para vencerlo. 362
- LEC. CXCVII.—La vision más sublime que tuvo la Santa de la Humanidad de Jesucristo, como en premio de su humillacion, nos enseña el medio para lograr favores del cielo. 365
- LEC. CXCVIII.—La vista de la Humanidad de Jesucristo en la Eucaristía electriza á la Santa, y nos enseña la gran diferencia entre aquella Majestad y nuestra miseria. 367
- LEC. CXCIX.—Historia horrible que cuenta la Santa de un sacerdote que la dió la comunion con dos demonios á la garganta, y efectos que causó en la Santa, y debe causarnos á nosotros. 371
- LEC. CC.—Muere un Provincial, de quien temia su salvacion, mas lo ve entrar en el cielo, y al paso nos da doctrina sobre los peligros de condenarse, y ejemplo de su gratitud. 374
- LEC. CCI.—Santa Teresa ve varias almas que suben al cielo, pero muy pocas que no pasen por el purgatorio, y nos enseña el medio de que nos aprovechen las gracias é indulgencias. 377
- LEC. CCII.—La ofrece el Señor conceder cuanto le pida Teresa, y lo cumple desde luego dando la salud á dos personas por quienes ruega, y de este modo nos inspira la confianza en su poder. 380
- LEC. CCIII.—Santa Teresa reduce dos personas que se desviaron del camino de salvacion, y su grande poder para sacar almas de pecado, lo que debe empenarnos en tenerla de nuestra parte. 383
- LEC. CCIV.—Refiere la Santa la instruccion que Dios la dió sobre que el mérito no está en gozar, sino en amar y padecer, la aplica su sangre, y nos enseña que no hay madre más cariñosa que Dios con los hombres. 386
- LEC. CCV.—Continúa la Santa diciéndonos cuatro

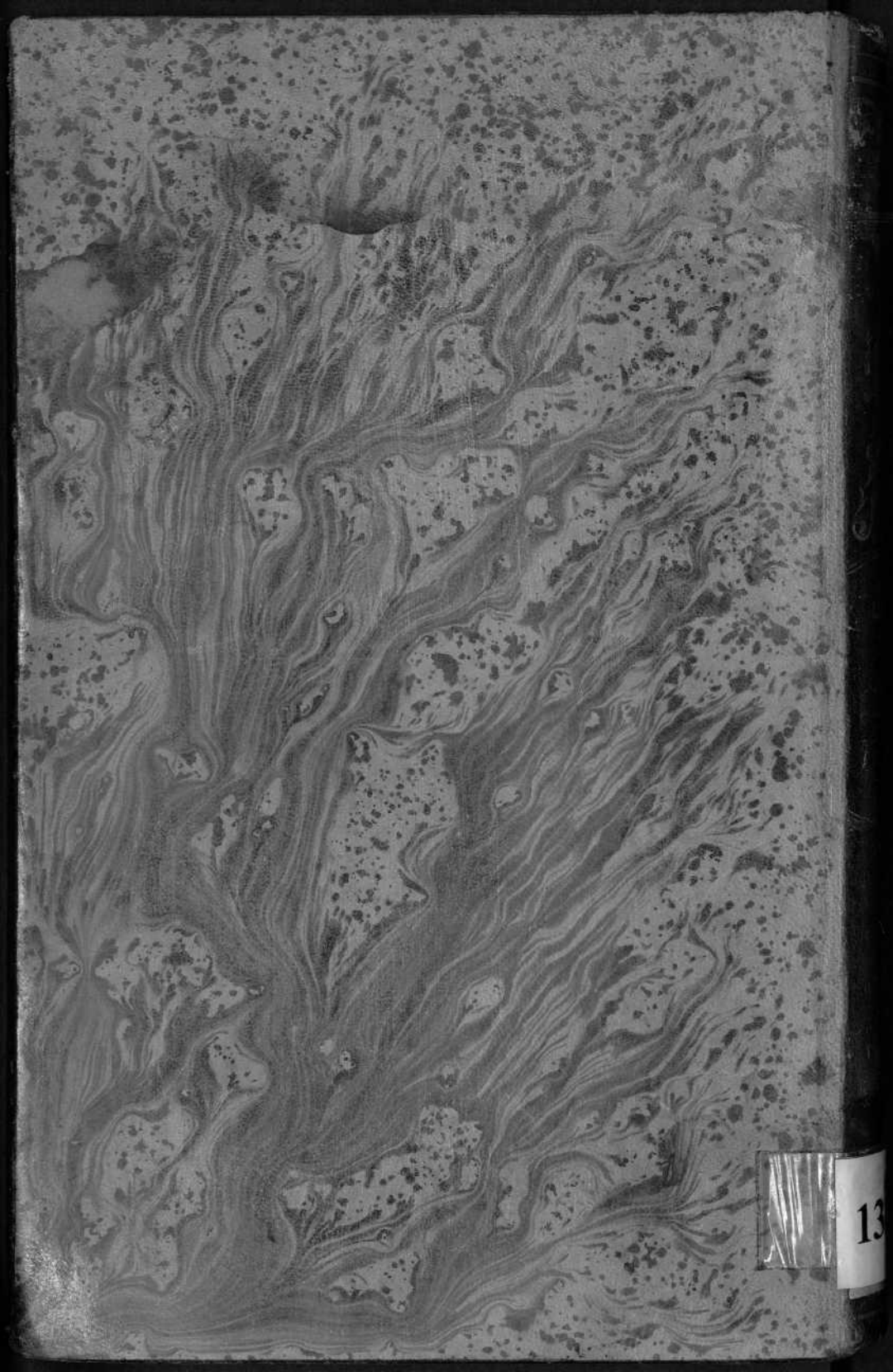
- instrucciones muy doctrinales que la enseñó su Maestro Dios, para que las aprendamos nosotros y nos aprovechemos. 389
- LEC. CCVI. — Doctrina admirable que podemos sacar de las visiones que refiere la Santa, y áun de la noticia que tuvo de cómo Dios es Trino y Uno, para ver que, si nos perdemos, toda la culpa es nuestra. 392
- LEC. CCVII. — Enseña Jesucristo á la Santa que es mejor la obediencia que la penitencia, y cuál está el alma en gracia y en pecado, exhortándonos en su relacion á huir del pecado mortal. 395
- LEC. CCVIII. — Se justifican todas estas visiones en la boca de la misma Santa, y se nos presenta perfectísima, y sobre todo lo mundano, para emprender las demás fundaciones. 398
- LEC. CCIX. — Se presenta santa Teresa perfectísima, y dispuesta en San José de Avila para seguir las fundaciones, y ser propiamente fundadora, enseñándonos los medios para poder hacer cosas grandes. 401
- LEC. CCX. — Causas del relajamiento de las Religiones. Zelo del Rey y del General. Medios con que Dios fué disponiendo las cosas para que santa Teresa reformara las Religiones, enseñándonos que todo se ordena en el cielo. 404
- LEC. CCXI. — El General se enamora de santa Teresa por su virtud, ella vuelve á su obediencia, y sin pedir nada le da patentes para fundar más conventos, enseñándonos en esto la fuerza de la virtud sobre las pasiones. 407
- LEC. CCXIII. — San Pedro Alcántara profetiza la Reforma de los Religiosos Descalzos. Deseos de santa Teresa, que consigue la licencia del General que no pudo alcanzar el Obispo, y en esto podemos conocer la mano de Dios que obra. 410
- LEC. CCXIII. — Principios de la fundacion de Medina del Campo de Religiosas Descalzas, sin más caudal que el deseo de la Santa y confianza en Dios, donde nos enseña como el Señor favorece al que tiene ánimo. 413











13



LA MULIER
GRANDE

13.2

13.609